



Revista

RELIGIOSA, POLITICA Y LITERARIA.

---

---

TOMO PRIMERO.

---

---



PALMA.

IMPRENTA DE ESTÉVAN TRIAS.

1844.



LIBRERIA

IMPRESION Y DISTRIBUCION DE LIBROS

TOMO PRIMERO



LIBRERIA

IMPRESION DE ESTE LIBRO

1881





Por mas que á un escritor sincero, no acostumbrado á decir ni mas ni menos de lo que piensa, sea fastidioso todo lo que huelga á protesta, y parezca ademas inútil esto en un país donde todos personalmente nos conocemos; por mas que el language bien esplicito del prospecto, y sus ideas esplanadas en los tres artículos siguientes, debieran esensarnos toda ulterior explicacion; no serémos con todo avaros de ella acerca del título que escogimos; puesto que si bien nos propusimos discurrir en una region superior á los choques é intereses de partido, achaque podria ser del que anda con los ojos fijos en lo alto, tropezar en obstáculos, ú hollar susceptibilidades, sin apercibirse de ello.

Cabalmente un periódico nada sospechoso de exageracion, el templado *Corresponsal*, en un bien razonado artículo dice ocupándose de nuestro prospecto: «No hace tantos años para que aun los ménos proyectos puedan haberlo olvidado, que una publicacion con semejante título hubiera logrado poca fortuna, inspirando cierto desden, y circulando como vergonzante en un corto número de manos fieles todavía á las antiguas tradiciones..... Ya lo que ántes se consideraba como ridículo va reconciliándose con las costumbres renacientes, y no es preciso cubrirse la cara con el embozo para hacer la señal de la cruz.» Y nosotros no quisiéramos ni creemos que para Mallorca corran todavía aquellos años de verdadero *atraso*, en que la fe pasaba por sinónimo de fanatismo y de persecucion.

Absortos en las secretas relaciones de los diversos órdenes de ideas entre sí, y en el imperio que ejerce la fe sobre todos ellos; ni dábamos, ni creíamos posible que dieran otros á esta angusta palabra otro sentido que el que le dábamos, filosófico, universal, y no por otro motivo religioso que por ser la religion base tambien universal: cualquier otro sentido nos pareciera interpretacion mezquina ó equívoco maligno. No nos acordábamos ciertamente de los *vivas y de las reacciones* de 1814, y no es extraño: no habíamos nacido en aquella época. Y aun en caso de acordarnos no hubiéramos desistido de nuestra eleccion; que no serémos nosotros quienes nos vedemos el uso de las palabras mas santas por el abuso que de ellas se haya hecho. La fe es de naturaleza barto divi-


na, y está colocada demasiado arriba para que pueda salpicarla el lodo de la tierra. De categoría asaz inferior es la *libertad*, y los excesos cometidos en su nombre dejan atrás seguramente á los que en el de la fe puedan haberse perpetrado; y sin embargo aquella palabra no nos asusta, y en su recto sentido la apreciaremos siempre.

Colocar una obra bajo los auspicios de la Religion nos pareció el mas seguro garante de nuestras intenciones, nos pareció que era lo mismo que escribir paz, suavidad, tolerancia... y justicia. Así al ménos comprendemos la Religion.

Y ya que de esplicaciones vamos, apresurémonos á decir lo que de lo anterior habrá ya podido colegirse, á saber, que no es nuestro propósito abarcar la *fe* bajo un aspecto sobrado dogmático, ni aspirarán al honor de enseñanzas teológicas nuestros escritos: nuestras manos vacilarían bajo el peso del depósito sagrado. Triples filas de sacerdotes rodean el arca santa para defenderla de toda agresion: séanos lícito á nosotros, jóvenes y seglares, seguir las huellas de aquellos bajo la mas estrecha disciplina, y hacer alternar la voz del pueblo con la del clero en el concierto de homenajes que al sumo Hacedor debemos. Estamos en una época en que *toda ciencia debe mas que nunca una especie de diezmo á aquel de quien procede*, y en que á nadie debe retraer la medianía del talento si va acompañada de sinceridad de corazón. «No veo, dice el ilustre conde de Maistre con una modestia que fuera en nosotros justicia, porque los seglares á quienes su inclinacion lleva hácia los estudios serios, no han de ir á colocarse entre los defensores de la causa mas santa. Aun cuando no sirvieran mas que para llenar los huecos del ejército del Señor, no se les podría al ménos negar el mérito de aquellas mugeres valerosas, que han subido á las murallas de una ciudad sitiada para asustar al enemigo.»



## FE RELIGIOSA.

——

**L**A fuente de la verdad es única, como la verdad misma. Los que se obstinen en buscar otro manantial para divertir la sed que les acosa, podrán sí fabricar cisternas, según la expresión de Jeremías, donde recojan á duras penas el agua del cielo, terrosa ya y degenerada; pero no abrirse manantiales nuevos.

Amenudo se nos habla de la fe y de la razón, como de dos antorchas; en nuestro concepto es inexacta esta expresión, en cuanto supone dos orígenes de luz distintos. Podrá la luz atravesar por tamices mas ó ménos groseros, reflejarse en superficies mas ó ménos tersas; pero la luz verdadera, la luz viva viene siempre de arriba; acá abajo no tenemos mas luz, que esta que sacamos del seno de los cuerpos para disipar las sombras á algunos pasos en derredor nuestro, y que un soplo enciende y otro apaga. Esta es la razón: para contentarnos con ella es preciso resignarnos á sempiterna noche, ó á vivir en las entrañas de la tierra; pero como el hombre aborrece naturalmente las tinieblas, ingrato con la fe que de tiempo inmemorial posee, como los pueblos meridionales con el sol que cada día les visita, presume que la luz reside en su entendimiento mismo, en este espejo que Dios le ha dado para reflejar la luz increada y hacerle levantar los ojos hácia arriba; y tomando el don por adquisición propia, é interceptando con su mano los rayos que producen el reflejo, contempla muy ufano su razón, sin que las tinieblas en que queda una y otra vez le escarmienten de su necio empeño.

Escusado será advertir que no hablamos aquí de la fe como virtud teologal, ni aun como revelacion en cuanto se limita esta palabra á la ley de Moises ó á la de Jesucristo; sino de la fe como vida del entendimiento, como primer principio de todo conocimiento humano. Tan imposible fuera á la razon individual dirigirse por sí sola, como al hombre engendrarse á sí mismo. Los entendimientos tienen tambien como los séres una generacion, al extremo de la cual está la fe, como al extremo de la cadena de los séres está Dios. La fe puede llamarse la razon de las razones, como Dios el sér de los séres.

Por mas que se apure el abismo de las negaciones, el entendimiento llega á una afirmacion; necesita creer, necesita fijar un eje, al cual atar el primer eslabon de la cadena de sus pensamientos. La fe ó la afirmacion, que son una misma cosa en este sentido, es la condicion de existencia de todo pensamiento; y si una alma pudiera suicidarse, no comprendemos otro modo, que el de cerrarse á toda fe y perderse en una duda sin límites. Pero el escepticismo verdadero es una quimera, porque el escéptico debe creer al ménos en su razon que le sugiere el escepticismo; su razon es su fe, y en su estrecho círculo de conocimiento voltea sobre sí misma, como se adorara á sí mismo el ateo que llegara á perder la idea de toda causa primera.

Las verdades en el órden intelectual, como las existencias en el órden físico, se eslabonan visiblemente y vienen á parar á un punto mismo, que es el que llamamos á la vez Sér supremo y Verdad suprema. Si no queremos llegar hasta él, nos detendrémos en un punto mas bajo, en una atmósfera mas crasa; atribuiremos nuestro origen á un sér ménos grande é inmaterial, ó reposará nuestra razon en una region ménos elevada; serémos en una palabra idólatras y crédulos, ya que no religiosos y creyentes: pero la fe y la adoracion, la dependencia intelectual y física jamas podrémos reusarla á un sér extraño, ya que nosotros mismos conoce-



mos que no son patrimonio nuestro la vida y la verdad.

Desde este punto eterno, centro de la creacion, parten divergentes como rayos de esplendor todas las verdades; y nuestra razon no es, no, la luz á la cual debamos examinarlas; debe mirar solo su procedencia, y cerciorada de que es Dios su punto de partida, cerrar otra vez los ojos. La fe es la luz, los ojos son la razon; y así como de ámbas cosas se necesita para ver, así deben concurrir la razon y la fe paraque sea *razonable el holocausto de nuestros entendimientos*, y sean preservados de todo engaño, así como de rebeldía.

Concretado el nombre de fe á la única genuína y saludable que engendró la ley, revelada primero á Adan, promulgada luego en el Sinaí, y cumplida por fin en el Calvario, se ha creído que las falsas religiones no eran mas que aberraciones de la razon, concediendo en esto una especie de triunfo á los incrédulos y racionalistas, que cuentan así por suyos numerosos pueblos guiados por su misma efímera luz, por mas que honren poco su sistema los estravíos en que cayeron aquellos. En nuestro concepto no puede decirse con mayor razon de los gentiles el que carecieran de fe, porque era errónea su creencia, que el que carecieran de Dios, porque no le adoraban con el debido culto. Nunca estará por demas hacer ver que el racionalismo como el ateismo son una monstruosidad que solo está, no diré en el corazon, sino en los labios del que los profesa. La fe, aunque alterada por la infiel trasmision ó descompuesta en el prisma de las pasiones, era la que presidia en las naciones idólatras; fe en sus divinidades, fe en sus sacerdotes, fe en los agüeros, fe en la naturaleza insensible, fe en todo, ménos en su razon, que en vano les mostraba lo absurdo de sus creencias; creencias, que si unas veces halagaban su corazon depravado, les imponian otras durísimos sacrificios. Eran sus dogmas destellos de una luz primitiva, centellas separadas del foco, y que iban estinguéndose una tras otra, pero no tanto por el soplo helado de la razon, como por el viento impetuoso de las pasiones. Tal

vez un impostor astuto ó reformador atrevido recogia con ansia estas centellas, para encender con ellas un fuego profano que hacia mirar luego como bajado del cielo; tal vez un soñador entusiasta, de los que tanto abunda el Oriente, acababa por persuadir á su entendimiento lo que habia delirado su imaginacion, y con sus mentidas inspiraciones engañaba á los pueblos, siendo él propio la primera víctima de su engaño; de ámbas clases creemos que los hubo entre los autores de las falsas religiones; pero siempre será cierto que los pueblos veían en ellos unos séres superiores, mediadores y representantes de la Divinidad; bajando el cuello á un yugo de fe tanto mas duro, cuanto mas cuestionable era su origen, pues la fe errónea é ilegítima degenera en supersticion, así como la usurpacion se apoya casi siempre en la tiranía.

Los filósofos fueron los primeros que enseñaron á los pueblos á sacudir el yugo con las armas de la razon, y sin embargo de lo degradante de este, y de las luces y tal vez buenas intenciones de aquellos, puede dudarse si su aparicion produjo mas daños que bienes á la humanidad. Por un Sócrates, que bebiendo la cicuta predicó mudamente la paz de la virtud y la inmortalidad del alma; por un Platon, cuyo ojo penetrante veía desde la altura de Sunio el albor naciente del cristianismo; hubo mil y mil sofistas, que profanando la razon, hicieron de ella una pasion mas, y que destruyendo los templos sin construir nada en su lugar, se divirtieron en apagar las débiles centellas que guiaban aun á las sociedades, y en cortar los flojos lazos que las unian. La época de los filósofos fué para Grecia y para Roma la época de las revueltas y de los tiranos; la razon se convino con la supersticion en no dejar existentes mas que sus males y errores, trayendo en dote otros tantos; perdióse toda idea de verdad y de virtud; y estremece el cuadro que hubiera presentado el mundo bajo el imperio romano, si hubiera tardado algo mas en aparecer el cristianismo. El preparar á este el camino fué tal vez

el único bien que produjeron sin saberlo los filósofos de la antigüedad, aunque para nosotros que creemos en los destinos inmortales de nuestra religion, no con ménos presteza á su aparicion se hubieran derrumbado los ídolos de sus altares sin la primera sacudida que les habian dado los sofistas griegos.

Solo Dios podia reparar la humanidad, y solo Dios podia ilustrarla: la razon del hombre era tan impotente para esclarecernos, como su sangre para redimirnos. A Dios solo debíamos creer; y su Verbo divino, su *Palabra*, fué el promulgador visible de esta ley sublime, por la cual se reservaba exclusivamente el dominio sobre nuestra razon, ó nos daba, por decirlo así, una razon nueva. No podia la mente humana subir á mayor altura que refundiéndose en cierto modo en la de Dios, quien viendo la debilidad de sus alas la elevó é hizo penetrar de repente en el santuario mas recóndito de su gloria para mostrarle los tesoros de su grandeza. Tales son los misterios; ¡y el hombre se queja de ignorar el camino por donde llegó allá, y reputa tinieblas su luz vivísima, porque sus ojos carnales no pueden sostenerla! No comprendemos como hay quien vea una sujecion impuesta en el acto de abrirnos Dios sus arcanos y dejarnos espaciar por el mar inmenso de su sabiduría: sujecion fuera, si se hubiera mantenido inaccesible, encerrando nuestra alma en el estrecho círculo de los sentidos. Creer en Dios es mas que saber, porque no hay fuente de ciencia comparable. Con igual motivo podríamos quejarnos de la creacion que de la revelacion, pues si esta supone anterior ignorancia, aquella supone la nada anteriormente.

La humildad es el sentimiento justo de la inferioridad, así como el envilecimiento es un exceso de sujecion indebida: la fe por tanto humilla al hombre, mas no le envilece; sujeta su entendimiento al Criador, mas le exime del dominio de las criaturas, y de su propia falibilidad; su dependencia de Dios y de solo Dios es la mayor de las grandezas. Y para librarle del riesgo de engañarse y de ser engañado, tomando por voz

divina la que no lo fuere, y dejar al mismo tiempo su razon con independencia bastante para hacer de la fe un acto meritorio, estableció Jesucristo un órgano visible para transmitir su voz, constituyó la Iglesia, que no es cuerpo intermedio entre Dios y el hombre, es Dios mismo en cuanto la voz es una misma cosa con los labios: institucion admirable que así concilia la seguridad del hombre con su independencia, y que entrega en brazos de la fe la razon que ha conquistado!

Cuando esta sencilla y grandiosa doctrina, que revelando al hombre el origen de su existencia y de su pensamiento le muestra el término al cual deben ir á parar, no tuviera otro apoyo de su veracidad, que la prontitud, ó mas bien instantaneidad con que se propagó, bastaria para que reconociéramos en ella el espíritu de Dios, así como su mano en lo súbito de la creacion. La razon humana descubre lentamente las verdades, y las propaga mas lentamente: modifica, pero no crea; y si llega á cerrar los ojos á la fe, reteniendo las especies que recibió cuando despierta, las combina bajo una forma mas ó ménos extravagante: de aquí se ve con cuánta propiedad se llaman sueños sus teorías, en cuanto son restos de verdades aglomeradas en monstruoso conjunto. Y sin duda para manifestar esta diversidad permitió Dios que al lado de su obra se desarrollara la de los hombres; permitió que se desmembraran de su naciente iglesia, y la acosaran sectas innumerables y poderosísimas hijas del racionalismo filosófico de Atenas y de Alejandría: el filosofismo se envolvió con el disfraz de cristiano para socavar mejor los cimientos del cristianismo; pero este, despues de una lucha mas terrible mil veces que la que sostuvo contra la idolatría, triunfó del orgullo de la razon como de las prevenciones de una fe errónea y estraviada.

Los pueblos nuevos tienen mas fe, mas vida en el entendimiento, como mas robustez en su existencia: su espíritu, no adulterado aun, refleja mejor la luz que se le comunica. La supersticion de los pueblos septentrionales era á la del imperio

romano que invadieron, lo que la ignorancia de un niño á la árida decrepitud de un viejo; y así cuando plugo á Dios llamarlos para formar con ellos una sociedad nueva, hija exclusiva del cristianismo, brilló la fe sobre aquellas naciones vírgenes con un esplendor tan puro, que nunca pudo lograr entre los degradados romanos del imperio bizantino; siendo notable que de la raza romana salieron los heresiarcas de los ocho primeros siglos de la Iglesia, de la raza bárbara ninguno. Largos siglos dominó la fe en aquellas sociedades que ignoraban, por decirlo así, que la tuvieran, pues creían no tanto por dictámen de su razon, como por necesidad de su espíritu, y porque otra cosa no juzgaban posible, sin ser por esto su fe ménos verdadera, sino mas perfecta; como no dejará de ser vida la de un hombre que no comprendiera la muerte. Mucho se han zaherido la sutileza é inutilidad de ciertas disputas escolásticas entónces en voga; pero nosotros, sin negarla, vemos en ello un síntoma feliz para la vida intelectual de aquellas generaciones, cuyo círculo disputable, del que necesita siempre el espíritu humano para mantener su actividad, estrechado mas y mas por la fe, se veía reducido á jugar sobre palabras, porque estaban fuera de su alcance las cosas. Y si alguna vez estos que podemos llamar torneos del espíritu pasaban algo mas allá del límite vedado, se debían en gran parte sus extravíos al peripateticismo, á este monumento filosófico, resto de un mundo antiguo ya del todo arrasado, que en los siglos de fe habia quedado en pié por una estraña anomalía, y que con una especie de fe solo inferior á la divina era tambien acatado. Ahora por cierto, si se atiende á las materias ventiladas, no adolecen de ridiculez ni de vaciedad nuestras disputas; en el seno de los palacios, al pié de los altares, en las escuelas, en las calles, donde quiera se ha trabado la lucha, y el mundo todo es un campo de batalla: grande es el vuelo que ha tomado en este siglo el espíritu humano, si su grandeza, como la de la tempestad, es en proporcion de lo que destruye. Tal vez no se ha notado bastante

esta diferencia entre la fe y la razon, entre la ciencia de Dios y la del hombre; la primera es positiva y afirma, la segunda es ciencia negativa y se mide por lo que ignora ó lo que duda. El espíritu humano sabe tanto mas cuanto mas de lleno le ilumina la fe, así como la luna se nos presenta más ó ménos llena conforme la parte que vemos de su hemisferio iluminado por el sol.

No hay mayor enemigo de la fe, segun observó ya Bacon, que la ciencia incompleta; pues no divisando más que puntos aislados sin el lazo que los une, hechos sueltos cuya relacion y conjunto se esfuerza vanamente en adivinar, encuentra en aquellos huecos, si no los llena la fe, otros tantos abismos en que naufraga sin remedio su razon. Por esto fué irreligiosa por lo general, como incompleta, la ciencia del siglo pasado, aun prescindiendo de las malas pasiones de los que como arma la esgrimian; por esto indispensablemente va volviéndose religiosa la nuestra conforme se va completando; por esto en fin nunca puede pasarse sin fe la ciencia humana, porque acá en la tierra nunca llegará á su complemento.

Empezó el exámen y la duda en el órden científico: lejos de nosotros el condenarla absolutamente, ni de pedir inviolabilidad para alguna autoridad humana al par de la divina; pero orgulloso el espíritu con lo que en este campo creyó haber conquistado, es decir, destruido, se elevó de este mundo que entregó Dios á las disputas de los hombres á otro inaccesible, y no bastándole las fuerzas para llegar á él, creyó mas cómodo negar su existencia. Ya desde el principio habia peleado la herejía contra la fe, oponiéndole caprichosas cortapisas por entre las cuales no dejaba pasar de su luz sino lo que queria, obligándola á tomar las formas que imaginaba; ya el protestantismo desde el siglo XVI habia roto la cadena que liga á Dios con los hombres, y la razon de estos con su razon suprema, dejando sueltos todos los anillos en medio de una anarquía intelectual, que en vano pretendia remediar fijando un nuevo

centro de autoridad y un eje, aunque mucho mas bajo, en el cual terminaran eslabonadas las razones individuales: ámbos sistemas destruían la fe, la heregía quebrantando su indivisible unidad, el protestantismo socavándola por sus cimientos; pero ámbos hipócrita ó sinceramente mandaban aun en su nombre; y valiéndose del elemento anárquico para destruir, usaban de principios de unidad y gobierno para apoyar el suyo. Débil al par que degradante debia ser esta ilegítima autoridad, y la razon no tardó en destruirla, proclamándose francamente á sí misma, y llevando al último extremo la negacion, en medio de la cual ella sola dominaba como sobre un campo de ruinas. La incredulidad en el órden intelectual, y la anarquía en el social, tal fué en el último siglo el reinado de la razon; y cuando los revolucionarios franceses quisieron personificar en una divinidad su idea dominante, no encontraron otro nombre que darle, que aquel tan hermoso y acariciado por los filósofos de aquella generacion, y padron ya para las venideras de sangre, de crimen y de locura.

Pero todavía faltaba un paso mas que dar: la razon habia producido la nada, y ella misma podia muy bien no ser otra cosa que la nada. ¿Por qué habia de existir ella sola en el caos universal? qué certidumbre más tenia de su existencia que de la de cuanto le rodeaba? dónde estribar los piés? dónde sentarse? Debia acabar por negarse á sí misma desesperadamente, como aquellos sitiados que despues de haber pegado fuego á su ciudad se arrojaban por último á las llamas. La incredulidad terminó en el escepticismo; pero el escepticismo tampoco puede ser estable en el entendimiento, porque se destruye á sí propio; no le queda mas recurso que refugiarse en el corazon con el nombre de indiferencia, materializando en cuanto le es dable el espíritu, y sofocando todo pensamiento con la actividad de las pasiones. Tal es pues la fatal escala que descende la razon abandonada de la fe, tal es la monstruosa generacion de la mentira: el error produjo la incredulidad, esta el escepticis-

mo, el escepticismo la indiferencia; y este que es realmente un progreso en el mal, podemos mirarlo como un bien en cuanto se va acercando mas á su término, porque el error seguido en todas sus lógicas consecuencias es un círculo que por último viene á parar otra vez á la verdad. El que duda en efecto está mas cercano de creer que el que niega, y el que huye de la discusión con un necio *qué me importa?* si bien mas degradado confiesa tácitamente que en la region del entendimiento la fe no puede sufrir enemigos, que solo del corazón pueden levantarse los infectos vapores que la obscurezcan, que es preciso creer en una palabra, ó aniquilar el espíritu, en cuanto está en la mano del hombre aniquilarle á fuerza de embrutecimiento y de goces materiales. Cuando reina la indiferencia, ya no se traba la lucha entre la razon y la fe, sino entre la fe y las pasiones; ya no se dice *esto no es verdadero*, sino *esto no me conviene*: mas como semejante argumento prueba muy poco acerca de la realidad de una cosa, y el entendimiento jamas enmudece del todo, tarde ó temprano disipa la verdad la densa neblina, y muestra que solo es *conveniente lo verdadero*.

Cuando la fe brilla con toda su luz y calor todo lo arrolla, intereses y pasiones; pues siendo tal la naturaleza del corazón que se lanza á lo que como bien se le presenta, ilustrado por la fe acerca del valor verdadero de las cosas, no pudiera menos de apetecer siempre el bien moral, de suerte que con una fe siempre viva sería imposible el pecado. Las faltas de la voluntad van acompañadas siempre de un error práctico en el entendimiento, error culpable porque es efecto de las pasiones. Así una fe sin obras se llama muerta, como una centella oculta entre cenizas; podréis extinguirla, pero no quitarle sus cualidades inherentes, el calor y la luz. Cuando un error formado lentamente por el hálito corrompido de las pasiones ha usurpado á la fe el dominio del hombre, no digais que ha sido vencida y desalojada, sino que ella habia ya desaparecido, dejando vacío el trono en castigo de la prolongada rebeldía de la voluntad. No



hay ningun apóstata que no haya muerto la fe en su corazón antes de renegarla con los labios.

Estas reflexiones que nos muestran el imperio de la verdad sobre el corazón humano, nos tranquilizan también acerca del término de esta letal indiferencia que embarga á nuestras sociedades, y que ha convertido la Europa en un vasto bazar ó en un harem voluptuoso. Cada día se nos ponderan los adelantos industriales, los descubrimientos científicos, el movimiento comercial, los refinamientos de civilización que debe á nuestra época la humanidad: pero ¿qué mucho, si se ha encarcelado dentro de este círculo al espíritu humano, si se estudia la materia, se goza la materia, se explota en todos sentidos la materia? No parece sino que á toda costa se trata de ahogar el pensamiento, ora con el ruido de las máquinas, ora con el humo embriagador de los placeres; pero nunca tal vez se había manifestado aquel tan vivo, tan inquieto, tan turbulento: su agitación se parece á las convulsiones del animal á quien se privara del aire necesario á su respiración. Difícil será á la edad futura, y lo es acaso para muchos de la actual, el comprender el carácter de este siglo, el conciliar tanto bienestar físico con tanto malestar intelectual, tanto materialismo en las costumbres con tantas ansias y vacío en el corazón, tanta frialdad con tanta exaltación, tantos goces con tantos padecimientos, y por último esta mezcla de indolencia y agitación, de muelle letargo y de febril delirio que le acosa: pero todo se explica en nuestro concepto diciendo, que se han dividido el dominio del siglo el escepticismo y la indiferencia, esta risueña, indolente, egoísta, vuelta de frente al mundo material; perdido el otro en las regiones del pensamiento, anhelante, desconsolado, presa de la misma desesperación del que rodara, sin poder hallar fondo, de abismo en abismo. He aquí en gran parte los hijos de este siglo, escépticos ó indiferentes conforme su edad, sus ocupaciones y la naturaleza de su alma; los primeros hombres de estudios y jóvenes particularmente, los segundos hom-

bres de mundo y de negocios; aunque mas amenudo alternan ámbos males en un mismo individuo á horas y en casos distintos. La materia goza y canta sobre sus tesoros, el espíritu gime sediento de verdad; pero francamente nos estremecen mas aquellas risas y alegrías que estos lamentos, y si algo nos hace esperar en la salud del enfermo son sus ayes y quejidos.

Sea como fuere, aun en lo presente tan lamentable como es, vemos un bien, y es que la razon queda herida de muerte como árbitra y legisladora. Todas sus transacciones con la fe, todos sus sistemas ó teorías mas ó ménos especiosas y estables, todos los puntos intermedios y principios de autoridad que entre Dios y la nada habian pretendido fijarse, todos han caducado ya y ha sido reconocida su ineficacia. En un punto convienen la fe y el escepticismo, en la nulidad de la razon; aquella para alumbrarla, este para condenarla á obscuridad sempiterna. El que con ella se encuentre mal hallado no tiene mas recurso que refugiarse á la fe; pero el que niegue la entrada á uno solo de sus rayos, recaerá sin remedio en la obscuridad. Por esto nos parece que se equivocan acerca de las necesidades y exigencias del tiempo los que aun en defensa de la verdad hacen gala de un espíritu harto racionador, y nos guian á su conocimiento por caminos tal vez los mas ingeniosos, pero largos y arriesgados: este siglo está cansado de razon. La grande alternativa que se agita es fe ó escepticismo, luz ó tinieblas, todo ó nada.

Hasta aquí nos ocupó la *fe religiosa*, y no es culpa nuestra si amenudo se rozó el hilo del discurso con otras clases de fe que no miran especialmente á la religion, porque las verdades de todo género se eslabonan. Tal vez desarrollaremos en un plan mas vasto algunos puntos que nos ha impedido ampliar la necesidad de pasar á otras materias.

## FE POLÍTICA.

**D**ESPUES de las verdades del orden religioso no las hay más importantes y dignas de exámen, que las del orden social y político, en cuanto regulan nuestros deberes como ciudadanos, afectan la humanidad en estos grandes cuerpos que se llaman naciones, y establecen en la tierra una paz y unidad, reflejo y preludio de las del cielo, ó presentan en ella una imágen de la region del desorden y del espanto. Despues de fijado el punto de partida y el término de nuestra peregrinacion, clavados siempre en él los ojos, el primer objeto de nuestra atencion es naturalmente la caravana á la cual debemos marchar unidos, cuidando de no estraviarnos del camino en medio de la general confusion; sin dar tampoco tanta importancia á estas cuestiones, que aspiremos á conquistar y á plantar nuestras tiendas en los países que como viageros no hacemos sino atravesar.

Sin embargo este orden, aunque puramente humano, estriba en una base divina, que toda la sagacidad de los políticos y las teorías de los filósofos hubieran sido inhábiles para descubrir sin la revelacion. Las sociedades que de ella carecieron no sabian de donde venian, ni á donde iban: ¿cómo habian de regular su marcha? Si algun punto se ha estudiado en este siglo, es sin duda el cambio que en la vida social y política de los pueblos introdujo el cristianismo, y la constitucion y existencia nueva que les dió, y que á pesar del empirismo filosófico y del trastorno revolucionario subsiste todavía. Si las naciones no son mas que grandes individuos, la política no es en su esencia otra cosa, que la moral de las naciones.

Bajo este concepto hay mucho fijo y eterno en política, y en este campo que tan vago y obscuro se nos presenta á primera vista hay marcados muchos rastros de sendero indeclinable, del cual no se puede salir sin deslizarse en un abismo. Sin mas código que el Evangelio compuso Bossuet un cuerpo de política cristiana.

Dios nos concedió la razon para el conocimiento de las verdades y la conciencia para el conocimiento de los deberes, y entrámbas para suplir el hueco que en puntos ménos necesarios ó elevados nos dejó la revelacion, y para guiarnos en el palenque que esta reservó abierto á la actividad de nuestro espíritu y á los deseos del corazon humano. La conciencia pues y la conviccion de cada cual, pura de todo bastardo elemento que la obscurezca, es la que acaba de trazarnos el sendero político, que las verdades morales y reveladas señalan acá y acullá, como grandes piedras miliarias, y aun á trechos ciñen y encajonan, pero que generalmente dejan abierto en mil direcciones. Por tanto la fe política no es mas que una conviccion arraigada y sostenida por una buena intencion acerca de las ventajas de un sistema ó medida de gobierno; y en este sentido no escluye el error ni la variacion, pues partiendo de un principio humano, versa sobre un objeto humano tambien y variable; no escluye ni aun la accion lenta de las pasiones sobre el entendimiento que llegan á alterar; escluye solo una pasion calculada y en lucha con la conviccion, un interes egoista, y en suma cuanto es hipócrita, dañado y mentiroso.

Así pues la política en la parte que tiene de eterno, de fijo, de invariable, en los deberes de la moral ó en los principios constitutivos de la sociedad, debe ser objeto de una fe tan eterna é invariable como la religiosa; en la parte que se adapta á las necesidades accidentales y al giro voluble de los siglos, á las formas de gobierno, al ejercicio del poder, á las teorías sucesivamente dominantes, nuestra fe será mas ó ménos

prudente ó justificada, segun se adapte mejor á las lecciones de la esperiencia, al conocimiento del corazon humano especialmente en la generacion contemporánea, á ciertas analogías mas ó ménos visibles, que existan entre la sociedad eterna y las temporales, entre el órden del universo y el de un estado; pero será siempre una fe meramente humana. En el segundo sentido podemos muy bien ser escépticos en política irrepreensiblemente; en el primero de ningún modo. La primera fe no tiene analogía alguna con la segunda, pues pertenecen á un órden enteramente distinto; ántes bien suele ser tanto mas impaciente en sujetar su entendimiento á sistema ó autoridad humana el que es mas dócil á la divina, y el ojo acostumbrado á la luz vivísima de las verdades eternas, no encuentra amenudo sino obscuridad en las inciertas é incompletas que se venden por tales en la tierra. De ahí se ve cuán perjudicial y erróneo sea asociar institucion alguna humana, por mas respetable que por su naturaleza y por la tradicion se nos presente, á las cosas de órden sobrenatural ó invariable, ó que se apoyen una en otra las dos clases de fe que hemos distinguido; sucede amenudo que flaquea y cae la humana y arrastra en su caída á su divina hermana, que sin ella se hubiera sostenido eternamente. Creía Lamennais en Dios y en la monarquía con una fe demasiado indivisible; vió en 1830 que *los reyes se iban*, y temió que con ellos se fuera Dios; vió la revolucion triunfante, y quiso santificarla profanando á Dios é invocándole como Dios de las revoluciones. Creamos en cualquier órden enhorabuena, pero sepamos graduar nuestras creencias, y distinguir lo que podemos sacrificar de lo que es, por decirlo así, inenagenable; y en el calor de la lucha abandonemos, si preciso fuere, á nuestros enemigos lo ménos importante para salvar lo mas precioso, como aquel discípulo de Cristo que en Getsemaní dejó en manos de sus perseguidores la sábana en que se envolvía.

Y en efecto, no son las cuestiones de formas políticas tan

trascendentales, que nos sea indispensable tomar acerca de ellas nuestro partido, pues en este caso resultaría una especie de acusación contra Dios que las ha abandonado á nuestras teorías y disputas. Para resolverlas nos dió mas datos de los que se cree ó de los que se quiere creer, en la moral y en la revelación; y la luz con que alumbran sería bastante para llevarnos á un mismo término feliz, cualquiera fuese el camino que tomáramos. El grande error del dia consiste en dar harto valor á las instituciones y harto poco á las costumbres, harto á las leyes y harto poco á las voluntades; y el resultado infalible de esta situación es la anarquía si triunfan estas, el despotismo si aquellas. Dadnos moralidad y habrá buena fe, dadnos buena fe y, ayudada algun tanto con la esperiencia de lo pasado y con el conocimiento de lo presente, habrá concordia y unanimidad las mas veces en estas cuestiones de palabras, ó por mejor decir, de intereses que ensangrientan á las naciones.

Hay empero una fe política que podemos llamar práctica, necesaria indispensablemente para la conservacion de las sociedades. Existe en todas ellas un poder supremo, ora resida en un hombre, ora en un consejo, ora en una asamblea, último juez de toda disension é identificado con el principio de verdad y justicia, alma por decirlo así de aquel cuerpo, Dios político de aquella limitada esfera. Invéntense las formas que se quieran, siempre encontraremos en un Estado el centro de unidad, el límite mas allá del cual no se concede apelacion, la autoridad que prácticamente hemos de juzgar por tanto infalible é impecable, y á quien hemos de prestar nuestra fe política práctica; es decir, obediencia, mientras no contrarien sus preceptos otra fe mas elevada. Esplicado en este sentido el *derecho divino*, no vemos lo que haya de absurdo ni de opresor en dicho sistema, ni lo que pueda echarle en cara la *inviolabilidad constitucional* fundada prácticamente en el mismo principio de la impecabilidad del soberano.

Cuanto mas se acerque pues á la realidad, ora en sí, ora

en el concepto de los pueblos, esta ficción legal á la cual, si ha de existir orden, deben forzosamente prestarse, es decir, cuanto mas acompañada vaya la obediencia en la voluntad de fe política en el entendimiento, tanto mejor será la condición así de los gobernantes como de los gobernados. No nos entrometeremos en pesar la suma de males y bienes que reunían en su tiempo nuestros antepasados, comparada con la nuestra, pero cuando otra ventaja no tuvieran que la fe política, en cuyos brazos descansaban, bastaría para inclinar la balanza en favor suyo. Serían tan desgraciados como queráis, pero no lo sentían; y un mal no sentido vale tanto como un mal no existente. Y á los males que sentían resignábanse como á cosa irremediable, ó esperaban su remedio del tiempo ó de sus instancias, y rara vez era engañada su esperanza. Hasta en los siglos feudales, en la infancia de la civilización, los pueblos bárbaros, como se les llama, de humor áspero y violento, de hábitos guerreros y de fogosas pasiones, avezados á decidir por la fuerza sus querellas particulares, rara vez intervenían en las políticas; y si alzaban alguna vez bandera de insurrección, victoreaban con ella misma á su soberano con alguna mas sinceridad que ahora; ó á lo mas cambiaban de dueño. No tenían *vida política*, pero tenían *fe*, como llamaban con admirable instinto á la obediencia que prometían, y creían lo mejor sujetar sus entendimientos al mismo que había de mandar en sus acciones. Y guardaos de separar entrámbas cosas; que rara vez obedece la voluntad lo que el entendimiento no cree. Solo preguntaremos á los que juzgan saludable y necesario esponer el gobierno á la fiscalización de los gobernados y erigir en juez moral al que ha de ser juzgado prácticamente, si creen ó no en la necesidad de una autoridad definitiva, de un poder supremo que sea irresponsable, y de una obediencia que no penda del capricho de la voluntad de cada cual. En este caso ó el poder desaparecerá, ó pesará sobre la voluntad un yugo que rechaza el entendimiento, situación tan poco duradera

como de un malestar inconcebible. Se dirá que en el sistema representativo queda el poder supremo irresponsable, y solo recae la censura en los consejeros: á lo cual responderemos simplemente que en los años que lleva aquel sistema desde su aparición no hemos visto ministro alguno ahorcado, y sí destronados muchos reyes y muchas sociedades desquiciadas. Cuenta que aquí no hacemos sino lamentar el mal que está á la vista, pero no indicamos su remedio; cuanto mas que lo creemos duradero como encarnado en los ánimos, y que lejos de ser efecto de las instituciones, es su causa, y sobreviviría á ellas mismas, porque la fe no se manda como una ley, ni se establece en un día.

En un siglo razonador por excelencia que suaviza las costumbres hasta enervarlas, evita las batallas hasta envilecerse, y condena la fuerza material bajo todos aspectos, extraño parecerá que se haya proclamado esta como razón suprema. ¿Qué es lo que colocais en efecto sobre el jefe del estado? la revolución: ¿cómo exigirle la responsabilidad? por la revolución, es decir por la violencia. La violencia es una arma tan terrible en los gobiernos cual medio de represión, como en los gobernados cual medio de ataque. Cuando los pueblos no ven un padre sino un dueño en su soberano, no está muy distante este de no ver en ellos hijos sino esclavos. Pero la violencia no es un estado durable, y si de las entrañas de la revolución ha de nacer un gobierno, cualquiera sea su forma, debe correr por el mismo círculo: así que la fe política es tan indispensable vida de las sociedades, como la fe metafísica vida del entendimiento.

Las mismas revoluciones, cuando, digámoslo así, se estrenan, se obran con cierta fe terrible de mejora, fe que si ha de medirse por las víctimas que ha hecho inmolar, reconoce muy pocas mas intensas en el orden humano. Engañariase el que en las revoluciones verdaderas quisiera explicar todo por motivos de corrupción, de egoismo ó de venganza; mucho



habrá de ello, en los gefes especialmente; pero la corrupcion enerva, el egoismo acobarda ó trata de conservar lo conquistado, la venganza no se ensaña sino contra personas ó clases determinadas; mas ¿cómo explicar el vigor salvaje, el desprendimiento, abnegacion y hasta heroismo, el espíritu de ferocidad y de destruccion ilimitada que caracteriza á las masas revolucionarias, y que presta á la revolución francesa esta grandiosidad que, aun abominándola, admiramos? Y es que cuanto se hace con fe aunque estraviada tiene algo de grande y sobrehumano aunque sea la destruccion; por esto son tan terribles las escenas que ofrece el fanatismo, y las del egoismo tan miserables. El fanatismo revolucionario, al par que el incrédulo, aniquilaba entónces los entendimientos y ahogaba los corazones con nunca vista tiranía, y los arrastraba contentos al suplicio en nombre del mismo ídolo que se habian forjado. De la misma suerte que los pueblos que no creen en los sacerdotes consultan á los hechiceros, siguen á sus tribunos cuando desconfian de sus monarcas.

Aun en nuestra España donde mas viva se mantuvo la fe monárquica, y donde la revolución, léjos de haber nacido espontáneamente, fué impuesta por sorpresa, no carecieron de cierta fe en sus primeros ensayos algunos de los que la proclamaron. Muchos de los *pensadores* de Cádiz en 1812 creyeron haber hallado en su código la inmortal panacea contra todos los males de la nacion, y alguno hay á quien tan repetidos escarmientos no han desengañado todavía. Tantas tentativas desgraciadas para restaurarlo, que convirtieron en *mártires* á sus autores, muestran que esta fe no estaba muerta todavía en 1820: y los que recuerdan con irónica sonrisa las sociedades patrióticas, el furor de himnos y divisas, los retos á la Europa entera, y demas exageraciones democráticas que estuvieron de moda en aquella época, se olvidan de que si tenian entónces toda la locura de la juventud, tienen ahora todo el cálculo y frialdad de la madurez. Al ver á uno de aquellos veteranos que se entu-

siasma y palpita todavía con los nombres de antiguos ídolos, que muchos aun invocan pero en quienes nadie apenas cree, no podemos decir si le compadecemos ó le envidiamos; pero ciertamente nos parece mas apreciable que tantos especuladores revoltosos, cuyas doctrinas se rigen por el barómetro de su fortuna.

Pero la fe en las revoluciones pasa muy pronto; los seducidos se espantan de su propia obra, los gananciosos intentan ahogarlas para salvar lo adquirido, los descontentos sienten mas su malestar y se despierta su codicia á vista del botin de los otros. Así como la incredulidad degenera en escepticismo, así el egoísmo reemplaza muy pronto las pasiones revolucionarias. Entónces continúa la revolucion, pero ya no con pretesto del bien comun, sino en pro de ambiciones particulares, lucha que no por mas mézquina es ménos desastrosa. He aquí lo que entre nosotros sucede en este tercer período, especialmente desde que el término de la lucha civil ha quitado todo pretesto de guerra dinástica. Nada al parecer ha faltado á nuestra revolucion que pudiera hacerla terrible y grandiosa en su mismo exceso: sangrienta y porfiada lucha en los campos, incendios y matanzas en las ciudades, desaparicion de lo mas antiguo y sagrado, trastorno de ideas, cambio de costumbres, estremecimiento del mismo trono; y apesar de estas escenas todas trascendentales, ¿cómo es que no nos inspira siquiera el respeto que se confunde con el espanto, que nunca se nos presenta sino como una miserable parodia, como una tragedia tremenda en sí y tal vez sublime, pero representada por cómicos de la legua? Y no es toda la culpa de las cualidades personales de los hombres que en ella han jugado, que ni España agotó ya tanto su jugo en los grandes hombres que produjo que haya quedado para siempre estéril, ni han faltado enteramente hombres de gobierno, tribunos ardientes, generales espertos, génius improvisados. ¿Cuál es pues la causa de la pequeñez con que se nos presentan? Es que ningun hombre puede ser gran-

de si no le anima una conviccion, ninguno que no coloque su engrandecimiento en alguna idea, ninguno que no sea levantado en hombros de un pueblo; y el nuestro no ha adoptado la revolucion, no tiene fe en ella, así como no tuvo la bastante para reprimirla. Y si no son los intereses y ambiciones particulares, digásenos ¿cuál otro es en el dia el objeto ostensible de esta revolucion? Es acaso un cambio de dinastía, un cambio de leyes fundamentales, un cambio de gobierno? No; todos los partidos beligerantes acatan ó muestran acatar á una misma Reina, una misma constitucion y un mismo régimen; y sin embargo se habla de peligro, de salvacion, como si nos asediaran enemigos invisibles, y embarga todos los espíritus un malestar indefinible y una agitacion sorda presagio de mayores males. No es todo en efecto vocería de partido ó ilusion de espíritus sombríos; el peligro y el mal existen, pero no agudo sino crónico; no nos amenaza ya el frenético delirio del fanatismo revolucionario, sino la repugnante agonía producida por la gangrena. Hay dos especies de anarquía, y no definiremos cual sea mas terrible; la una obra de pasiones desencadenadas violenta como ellas; la otra obra del egoísmo y degeneramiento social y de la estincion de toda noble creencia y sentimiento. En nuestros temores siempre tenemos vuelta la vista á la Francia de 1793, y nunca la fijamos en la Polonia de 1772; y sin embargo aquella volvió á la vida de su espantosa crisis, y esta se disolvió en el sepulcro.

Quando los principios cesan de ser revolucionarios y la revolucion continua, bien se ve que no está en los entendimientos sino en los corazones, y que ya no hay fe sino intereses en ella. Aplaudimos, como el que mas, el saludable cambio de ideas verificado de algunos años acá, y el descrédito en que por lo general han caído las teorías disolventes; pero al ver el poco influjo que tienen las ideas sobre los hechos, desarrollándose unas y otros en sentido opuesto, al ver que se eslabonan los desórdenes y se acumulan las ruínas al arrullo de las de-

clamaciones de orden y conservacion , formamos una idea bien triste de la buena fe de los partidos bastante desengañados para no creer en lo que obran , mas no bastante sinceros y desprendidos para obrar como creen. Empeñan á los mas en la empezada senda intereses mas ó ménos personales , mas ó ménos declarados , adquiridos ó por adquirir , bastante cortos de vista para no ver sino el peligro próximo que puede amenazarles , y no el gran peligro social que tarde ó temprano les envolverá por esta senda en la comun ruína : tiéndense otros cansados en mitad del camino con estúpida indiferencia sin fuerzas para pasar adelante ni para volver atras : cuales se retiran desesperanzados y se atrincheran en la vida doméstica huyendo de la tormenta que tal vez provocaron : cuales se guardan para mejores tiempos ; mas ora sean los intereses ó el cansancio , la timidez ó el desaliento los que produzcan inaccion , condescendencia y tal vez complicidad con la revolucion entre los hombres mas desengañados , lo cierto es que estos sentimientos mas ó ménos honrosos y justificados indican un hecho mismo , la falta de fe , falta de fe en la revolucion , y , digámoslo tambien , falta de fe en la reparacion. Por esto no es cumplido nuestro gozo á vista de los numerosos desertores de las filas revolucionarias ; son soldados que se retiran á sus casas y no al campo opuesto , soldados que no recluta la buena causa sino la indiferencia y el egoísmo.

Comprendemos muy bien que á vista de la impotencia ó mala fe de los partidos , á vista de su inconsecuencia en los principios , de la violencia en sus actos , y de las faltas y excesos de todo género en que han incurrido , rehuse todo corazon recto y todo espíritu elevado partir con ellos la responsabilidad , y afiliarse bajo una bandera falsa ó errónea en su lema , ó manchada por los abusos ; y no solo lo comprendemos , sino que no comprendemos lo contrario. No es lo mismo en nuestro concepto tener fe en un principio que tenerla en un partido , pues aunque cada partido proclame su principio , lo alteran de tal

modo las cuestiones personales, que lo convierten en pasión en los momentos de efervescencia, y en los de sosiego y sangre fría no es para muchos sino una asociación de comercio en que á pérdidas y ganancias comunes juegan su fortuna. Y así como en ningunas épocas ó lugares suele haber ménos religion que aquellos en que coexisten multitud de religiones, así la convicción, así la fe política está ordinariamente en razon inversa del número de partidos que se jactan de tenerla. No en los partidos, sino sobre los partidos ha de colocarse nuestra fe; que no deja de existir la verdad por mas que se vea controvertida y profanada, ni deja de hallarla todo el que quiera elevarse á una region superior para gozar de su luz, interceptada á los combatientes por la polvareda misma que levantan.

Para hallar empero la verdad y creer en ella es preciso separar las cosas de las personas, los principios de los abusos que vician su esencia; pues no existiendo ninguno libre de tacha en su uso y aplicacion, y mucho ménos en los actos de sus secuaces, perderíamos toda idea de bien, y nuestro corazon se cerraria no solo á toda esperanza, sino á toda creencia de mejora posible. La historia misma, que en todos los siglos y bajo cualesquiera instituciones no nos presenta sino calamidades y delitos, sería para nosotros fuente de universal escepticismo. En todos tiempos y lugares siempre hallaréis en el hombre esa criatura degradada del Eden, ese compuesto de errores y pasiones que inficiona cuanto toca, y que conociendo su pequeñez busca asirse á una verdad ó á un sentimiento noble, para hacerlo servir de instrumento y de escudo á sus corrompidos deseos. Para ahogarlos y prevenirlos no conocemos mas que un código, y este es el Evangelio; para ordenarlos, supuesto que existen, en menor daño de la sociedad y reprimirlos que la perjudiquen, hay muchos códigos, tantos como instituciones políticas. Si consideramos pues á estas como una segunda revelacion, digámoslo así, como un segundo Evange-

lio que haga á todos y á cada uno de los hombres perfectos y felices, caducará con el desengaño nuestra fe en ellas, por lo mismo que es exagerada. Nosotros por el contrario creemos tanto ménos en la parte variable y humana de la política cuanto mas creemos en la eterna y sobrenatural, graduamos la bondad de las instituciones por su conformidad con la moralidad y religion, y profanos como somos acerca de las teorías del poder y profundidades del derecho político, diríamos solo á nuestros regeneradores: Nada comprendemos de vuestros bellos sistemas, pero habeis tendido á aflojar la una y á debilitar la otra; por esto solo ha sido errada vuestra marcha.

En cuanto á las instituciones mismas, es tal la analogía que concede Dios á cada una con el pueblo ó con el siglo á que la ha destinado, suenan tan alto las lecciones de la esperiencia, que sin duda, si pudiera abstraerse cada cual de sus intereses y pasiones; sería resuelto el problema en unánime sentido. Quitad estas y aquellos, y esas cuestiones políticas, que tan graves é interesantes se nos presentan, se vuelven mas ridículas y vacías á nuestros ojos que las de los sofistas griegos ó de los escolásticos de la edad media. No es la existencia política de tanto influjo é importancia como se afecta creer acerca de la suerte de un pueblo, ni sus abstractas teorías tienen aplicacion inmediata, ó éxito por lo ménos, si se prescinde de la opinion y existencia social; y esta, no son las instituciones, sino el espíritu del siglo quien la crea. Ponga cada cual la mano sobre su pecho, y pregúntese si es tanta como aparenta la conviccion que de sus ideas tiene, y si suena en sus adentros la voz de su conciencia tan fuerte y decisiva como su voz exterior en medio de la gritería de los partidos: y en caso afirmativo grite enhorabuena, que en toda disputa solo pediríamos á nuestros adversarios, ya que no fe verdadera, al ménos buena fe, medio seguro de alcanzar la primera, y el error no nos asustaría tanto si fuera consigo mismo consecuente. La verdad nunca huye del

que la busca con ánimo sincero; y si es innato en el hombre respetar al de buena fe aunque enemigo, y así lo proclaman los mismos partidos en el calor de su choque, teórica si no prácticamente, no es porque el error sea en sí respetable, sino porque la aurora de la verdad brilla ya en aquellas personas, porque son catecúmenos de la verdad.

Reconocemos que las almas de cierto temple corren riesgo de dejarse alucinar por una mal entendida firmeza, y de inmolar la verdad conocida y el fruto del desengaño á compromisos anteriores, y mas en una época en que se mueven á todo viento las opiniones, y en que son tan frecuentes è interesadas las mudanzas. Pero la obstinacion fundada en el orgullo excluye la fe política tanto como la veleidad dirigida por intereses. Nada hay tan perpetuo como la prevencion en el entendimiento y el rencor y venganza en el corazon, y sin embargo ni la una es fe, ni la otra constancia: ántes bien la fe política cambia muchas veces y debe cambiar con las circunstancias, pues lo que ayer fuera util hoy amenudo sería peligroso. Sea pues efecto de circunstancias, sea efecto de desengaños, no deben rehuir los hombres honrados y sinceros de manifestar á voz en grito su cambio de fe, aceptando en todo caso como espiacion la mas severa de su error las esplicaciones poco favorables que pudieran darse á su conducta; pero no hay que temer en este punto, que ni siempre los intereses van tan acordes con el desengaño que este pueda creerse interesado, ni Dios, que odia tanto la traicion como la pertinacia, ha permitido que hasta en la opinion de los hombres los apóstatas se confundieran con los convertidos.

Reine pues la buena fe, y nos entenderémos; y la reconciliacion será sólida y verdadera, y tras la reconciliacion vendrá la única reparacion posible á todos los males, cualquiera sea su fecha y su autor. Nosotros vemos instituciones salvadoras, elementos de vida, medicinas seguras que pudieran reanimar este poco ménos que cadaver político de nuestra España, y res-

pondemos, sino de la realizacion, alménos de la posibilidad de nuestros deseos. Nuestra fe en la reparacion se funda en la de Dios que hizo *curables á las naciones*: en cuanto á nuestra esperanza, parécese al faro que en noche tenebrosa se presenta al navegante, ora como radiante hoguera que se va acercando, ora como luz imperceptible próxima á desaparecer.





## FE LITERARIA.

No hay cosa de que hagamos uso mas frecuente en los actos de la vida y en toda suerte de conocimientos que de la fe moral, ora en el dicho de nuestros semejantes, ora en la esencia misma de las cosas que rara vez penetramos. Todo cuanto no entra directamente por los sentidos, ó no se deduce de un modo inmediato de los axiomas ó primeros principios innatos en nuestra razon, puede llamarse objeto de fe en una acepcion mas ó ménos lata; y hasta en las materias físicas las mas sujetas á los sentidos confesamos que la naturaleza tiene tambien sus arcanos, y arcano es la misma facultad de sentir. La fe por tanto es en todas materias el complemento de la razon, supliendo con sus alas lo que esta no alcanza con sus pasos; y así tiene mas necesidad de fe humana quien tiene la razon ménos espedita ó cultivada, y debe creer mas el que ménos sabe. Pero como no hay ciencia aun de las mas exactas y tangibles que no sea inapeable, forma la fe el fondo y la base de todas ellas, y las hipótesis mas ingeniosas, los mas luminosos sistemas no son mas que dogmas interinos, digámoslo así, para los cuales nos piden fe sus autores, si no queremos rodar de duda en duda y de abismo en abismo.

La misma literatura producto de la imaginacion, facultad la mas libre de nuestro espíritu, que no solo se cierne en su vuelo sobre todo lo criado, sino que crea amenudo, que no solo domina lo existente, sino que extiende su accion á todo lo posible; ni es tan libre que no encuentre un límite cual es el de la posibilidad ó verosimilitud misma, ni tan independiente

y creadora que no necesite de la fe en su apoyo; ántes bien la necesita á proporcion de lo que se levanta sobre la esfera de los sentidos. Tan cierto es esto, que en el lenguaje moderno se han hecho inseparables los nombres de fe y poesía, porque no hay entusiasmo sin fe, ni poesía sin entusiasmo; y así se reconocen por mas poéticos aquellos siglos y aquellos pueblos que se gobernaban por la fe mas bien que por la razon fria, y se confiesa que la poesía se evapora cual precioso aroma de aquel corazon del cual huyó la fe ó llámense *ilusiones*.

Mas ¿en quién debe fijar la imaginacion esta fe que le presta sus alas? acaso en la autoridad cuando prescinde de ella por su naturaleza, tendiendo siempre á la originalidad? acaso en las cosas mismas que á sabiendas inventa, adorando en cierto modo sus hechuras? No seguramente: pero tiene fe en cierto tipo, en cierto modelo infinito al cual bien sabe que jamas llegará, pero al cual se esfuerza en conformar en lo posible sus creaciones; y este tipo á falta de otra palabra, pues que atendida la vaguedad de la idea pudiera apellidarse de mil modos, lo llamaremos belleza. A ella bien ó mal entendida tiende siempre la imaginacion, como tiende el corazon al bien, como á la verdad el entendimiento.

Pero el primer constitutivo de la belleza es el órden y concierto, es decir, conveniencia de las cualidades de un objeto, de suerte que en nada repugnen la existencia. Todo lo imposible es monstruoso, todo lo bello debe ser verdadero ó posible, ya que la verdad en su sentido mas abstracto prescinde de la realidad y se confunde con la verosimilitud. He aquí soltada en nuestro concepto la contradictoria disputa de si la poesía ó creacion literaria reside en la ficcion ó en la verdad: ficcion será respecto de lo real, pero verdad respecto de lo posible. Llamábanla ficcion los antiguos, que tenian mas limitadas ideas del origen y destino del hombre, y no conocian otro mundo que el de los sentidos; pero nosotros consideramos que en la idealizacion de las cosas, contemplándolas

no como son, sino como pudieran y tal vez debieran ser, hay mas verdad porque hay mas concierto y mas belleza, porque todo defecto es un desórden, un principio de muerte, un falseamiento de la esencia de un objeto. La imaginacion no se eleva de la tierra, sino porque está malcontenta en su crasa esfera, y se encarga de reconstruir todo lo trastornado y degenerado; es una memoria vaga de una existencia primitiva y mas perfecta, preludio de otra mejor y mas duradera.

La belleza no es pues la realidad, pero sí la verdad absoluta ó relativa, existente ó posible; y como todas las facultades de nuestro espíritu prueban un objeto del cual deriven, y en el cual, digámoslo así, se sacien, nuestra imaginacion nunca satisfecha no ménos que nuestro corazon, no ménos que nuestro entendimiento, demuestra la existencia de una belleza infinita é increada, origen y término de nuestras creaciones. Así nuestras facultades cada cual por su camino vienen á parar á un mismo punto, y prueban á su manera al Hacedor en quien es uno mismo el nombre de bien, de verdad y de belleza suma que le da cada una de ellas; y cuanto mas se acercan estas á su fuente, mayor es la vida de que gozan. Ciencia, amor y poesia son dones que amenudo profanamos, ó ídolos ficticios á quienes damos este nombre; pero comprendidos en su verdad y pureza solo de Dios pueden emanar, y á él solo tenerle por último objeto.

La imaginacion es una facultad que como las demas puede estraviarse, siendo muy posible que lo que contempla como belleza, en sí no lo sea; pero siempre será cierto que aquella belleza la mira como verdad, que tiene fe en ella; de otro modo no se abalanzaria á abrazarla, ni la escogeria por modelo de sus concepciones. En su creacion hay algo semejante á la del hombre por Dios: este no conociendo nada igual á sí mismo hizo al rey de las criaturas á su imágen y semejanza; la imaginacion crea tambien á semejanza de lo mejor que en su esfera conoce: solo que en el primer caso la criatura como

finita debía quedar precisamente muy inferior á su Criador, y en el segundo casi siempre vale mas que el Criador la criatura.

Bajo este concepto no andaba tan descarriado cual parece á primera vista el que colocaba la poesía en la imitación, que no deja de serlo por mas que el original nos sea desconocido y difícil á veces de señalar. No hay facultad que en su desarrollo y movimiento sea mas independiente de nosotros mismos que la imaginación; ni en la cual valga tan poco el estudio y el cultivo; el entendimiento se forma, pero la imaginación nace, y si las ideas de aquel se llaman *adquisiciones*, no se halló otro nombre mas propio para las de esta que el de *inspiraciones*, como que bajaban de lo alto.

Todo lo dicho manifiesta cuánta parte debe tener la fe sobre la imaginación, como facultad que mas distante está de la fría razón y del alcance de los sentidos. El escepticismo no destruye ménos toda belleza que toda verdad; y cuanto mas vasta es la esfera de creencia en que gira la imaginación, tanto mas bellezas y relaciones y armonía descubre, y tanto mas rica es de poesía. Nada hace al caso lo justificado ó erróneo de la fe: los pueblos bárbaros; las creencias supersticiosas encierran mas poesía que todas las sociedades cultas, que todas las observaciones filosóficas. Juzgar que se puede separar el culto de la belleza de la fe en ella, admirarla y contrahacerla, y por otra parte declararla ilusión, es la mayor de las ilusiones: y si de ejemplo necesitáramos, bastaría dar una ojeada al estado en que ha quedado la literatura en manos de nuestros desencantados poetas. Toda la hermosura de formas sin una alma, sin una fe que las vivifique, no será mas que la hermosura de un cadáver. La poesía es un sacerdocio, no una secta filosófica, cree y no discute, vivifica y no mata.

Nada hay en la literatura que no indique esta tendencia á confundir la belleza con la verdad; y á persuadirse de un objeto ántes de cantarlo. ¿Qué otra cosa es el colorido uniforme

que baña comunmente las obras de escritores contemporáneos ó compatriotas, cualesquiera sea la diversidad de su genio, sino el reflejo de las ideas ó creencias de su época y de su país? Qué otra cosa es el influjo que en las concepciones literarias posee todo cuanto nos rodea en lo exterior, y que en lo interior ejerce la naturaleza de nuestros sentimientos ó la situación de ánimo que en aquel momento nos afecta? Por qué sino, se reputan mejores aquellas inspiraciones que salen de lo mas profundo del corazón, ó han pesado sobre nuestro espíritu mas largo tiempo? Por qué, aun cuando queremos salir de nuestra habitual esfera, ó trasmigrar, por decirlo así, á otro cuerpo, necesitamos poseernos de la nueva situación, y colocarnos bien en aquel punto de vista conformándonos con la virtud hipotética? Y los preceptos que determinan las formas, la propiedad de caracteres, la propiedad de imágenes, la propiedad de estilo, ¿qué otra cosa son sino leyes de verdad, proporcion y concierto, á que estamos obligados á sujetar nuestras creaciones?

Así pues como la esfera de la imaginacion es vasta á proporcion de lo que se cree, la perfeccion y originalidad de sus obras está en razon de la intensidad con que se cree. El genio tiene fe en la belleza misma, pero siendo su fe elevada, ni puede creerla encarnada en algunas formas y circunscrita á un punto, ni se conceptúa capaz de crearla artificialmente de la nada. Las imaginaciones rastreras idolatran en algun sistema ó en algun hombre privilegiado, confundiéndolos con la belleza misma y abdicándose á sí propias: las imaginaciones que en nada creen sino en sí, se lanzan á producir la belleza por medios artificiales, y esperan fecundizar la nada, como el que intentara crear por medio de operaciones químicas: las unas pueden llamarse supersticiosas, las otras impías en literatura, y estos extremos sobradas veces suelen andar unidos.

Los sistemas y autoridades, cuando ganan escesivo crédito, lo roban á la belleza misma, y son otros tantos pesos atados á

las alas de la imaginacion para impedir el remonte de su vuelo; y así se aumenta el número de preceptos á medida de lo que decae la fe en la belleza, como crece el farrago de leyes con la corrupcion de costumbres. Nunca como ahora se habia disputado con tanto encarnizamiento acerca de las reglas, nunca se habia dado tanta importancia á los hombres y á las escuelas, nunca se habia puesto tan en voga el furor de la imitacion: todo esto produce ideas mezquinas, obras pálidas, parodias de lo mismo que se quiere imitar; todo esto rebaja la literatura al rango de manufactura, y no está léjos el dia en que pueda tejerse un poema como una tela, sin que entre en ello por nada la cabeza. Los sistemas son tan fatales á la fe literaria, como los partidos á la política, como las sectas á la religiosa; pues circunscribiendo la esfera inmensa de la belleza á un círculo reducido, ó personificándola en algun modelo creado, la hacemos responsable de su estrechez misma, ó de las faltas de que jamas carece su supuesto tipo. Reflejada la belleza de una en otra concepcion pierde todo el brillo é intensidad de su luz; pierden su vigor y lozanía los sentimientos trasplantados á otro corazon que aquel en que brotaron; pierden su vida las imaginaciones, porque pierden la espontaneidad de su direccion y la verdad de su esencia; siendo tantas las causas que en su desarrollo influyen, que acaso no haya dos parecidas sobre la tierra. Y no solo los sistemas vician lo presente y esterilizan el porvenir, sino que contaminan hasta lo pasado, evocando, por decirlo así, á los muertos para hacerles tomar parte en sus rencillas y combates, desfigurando sus inmortales obras para hacerlas entrar en su molde, y esplicando lo que la fe concibió por el frio análisis ó por gratuitas teorías.

No seremos nosotros quienes neguemos ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la deuda de veneracion á genios ilustres y á profundos observadores: pero sí negarémos que constituyan estas cosas un elemento extraño que limite la independencia de la imaginacion, ó que sirvan de guía

á su camino. En las concepciones literarias no reconocemos mas reglas que las que sean condiciones de existencia y nazcan de las entrañas mismas del asunto, y siendo los asuntos infinitos, é infinitos los modos de tratarlos, dicho está que fuerza podrán tener preceptos universales. La crítica no es mas que el juicio formado sobre la conveniencia ó disconveniencia de aquellas cualidades, y decide acerca de la verdad relativa de la produccion, mas bien que acerca de la absoluta; así es que todo buen crítico debe colocarse bajo el punto de vista del escritor juzgado. En cuanto á la autoridad de los literatos que nos precedieron y al respeto á ellos debido, parécenos que será mas cumplido el homenaje si atribuimos á la fuerza de imaginacion, mas bien que al apoyo de las reglas, la altura á que se elevaron, y su ejemplo sirve ménos para trazarnos la senda que para darnos esfuerzo y brio con que abrírnosla. No debe olvidarse que la literatura no es una ciencia en la cual se vaya ganando terreno palmo á palmo, y cuyos adelantos se eslabonen con los pasados, sino un arte cuyas producciones son por sí solas aisladas y completas con su principio y con su término; no es un camino en el cual queden impresas las huellas de los que nos precedieron, pudiendo descansar en él á trechos para plantar grandes piedras miliarias, sino un espacio inmenso en el que se vuela, y no se anda, sin quedar en él rastros algunos del vuelo. Las ciencias son una herencia que progresivamente se aumenta y se trasmite; la literatura es un don puramente individual que nace y muere con su dueño. Y cuenta con atender demasiado á las cuestiones de escuelas y sistemas, porque todo el tiempo que gastamos en definir la direccion que seguimos, ó en rastrear la que otros han seguido, perdemos de vista á la belleza objeto y término de ella.

No se tema que nuestros principios estableciendo una especie de fanatismo en la inspiracion y un desprecio de toda autoridad y regla, tiendan á rebajar el estudio y á destruir el arte, escudando con el pretesto de original cualquier estravío y mons-

truosidad. Cuanta mas fe se tiene en una idea, mas limadas y perfectas son las formas con que se la reviste, así como adornamos de mas ricas joyas á la efigie que mas veneramos. Sucede en esto lo que con las ideas bien concebidas, á las cuales sigue de por sí la espresion mas exacta. Los sistemas vaciando en su molde las producciones dispensan de mucho trabajo, y á la sombra de sus códigos y entre la confusion de la lucha pueden abrigarse muchas medianías; pero cuando uno es literato porque piensa, y no piensa en cómo ha de ser literato, cuando no pregunta á la moda dónde está la belleza, sino que la señala, la conciencia de su trabajo suele estar en proporcion de la fe que tiene en la idea y en la estabilidad de su belleza.

En otros tiempos cuando la literatura era reina en su esfera y daba leyes al gusto y á la opinion en vez de recibirlas, eran regias tambien sus obras en solidez y magestad. El literato recibia el sello de su siglo sin buscarlo y aun sin conocerlo, pues se imprimia sobre sus ideas y sentimientos; pero ejercia á su vez sobre el siglo con sus producciones un influjo mucho mas activo y marcado. Estudiaba mas sus obras y no tanto á sus lectores, consultaba ménos á la sociedad que á su imaginacion, aspiraba á la belleza, los aplausos los dejaba al acaso, y producía tanto mas efecto cuanto ménos se esforzaba en producirlo. Aquella fe viva, aquel culto desinteresado le inspiraban mejor que todos los reclamos de periódicos, que las mas brillantes proposiciones de un editor. En vez del incienso anticipado de los anuncios respiraba por largo tiempo el polvo de sus libros; vivía años enteros de una sola idea, y todo lo que veía y sentía durante aquel período lo refería á ella; investigaba la creacion entera, y todo le parecia poco para adornar aquella idea querida; sepultábase en el silencio de su estudio, como los astrólogos y alquimistas de la edad media en las entrañas de la tierra, y al cabo de prolongadas vigiliás y de misterioso trabajo volvía á la faz del mundo con su obra inmortal en la mano, clamando: «la hallé, la hallé” como Arquímedes. Ni les importaba acumular obras: co-



mo el viagero que en las llanuras de la Mancha ve desde el principio de su jornada el pueblo en que ha de dormir aquella noche, desde su juventud primera veía tal vez el blanco al cual había de dirigir los esfuerzos de toda su vida; trabajaba como las abejas sin pensar en si gozaria del fruto de su trabajo, ni se apresuraba á publicarlo; ¿no había producido ya? no gozaba contemplando su produccion? qué mérito podia añadirle el que la vieran y aplaudieran los otros? Y ademas todo no moria con él; quedaba su obra, quedaba una posteridad para admirarla, y ni aun comprendia que una vez admirada pudiera ser olvidada por la generacion siguiente, ni que estuviera sujeta la belleza al giro de los siglos. Sin hablar de los tiempos anteriores á la invencion de la imprenta en que la nombradía andaba perezosa y lenta al par de la pluma de los escribientes, ¡cuántas obras aun despues no salieron póstumas, cuántas no quedaron inéditas! Dícese que ahora se escribe mas abundantemente; dígase que se imprime mas, que *todo se imprime*; pues sumando lo inédito y lo impreso no sé si caeria á favor nuestro la balanza. En una palabra los literatos antiguos aspiraban á la celebridad, los nuestros á la popularidad; medítese bien el sentido de estas dos palabras, y se hallará la diferencia que los separa. Se ha dicho que los grandes genios no sabían lo que producian; lo sabian, sí; lo que no sabian ó no curaban era lo que dirian de ellos los demas. La fe en la belleza al paso que les llenaba de noble orgullo emancipándoles del juicio ageno, lo restringia saludablemente reconociéndose instrumentos de un impulso, de un *número* superior. Pero cuanto ménos se creían dueños de la idea, tanto mas ponian de lo suyo el estudio del arte y la perfeccion de las formas. Once años trabajó Virgilio en su Eneida; y algunas leves incorrecciones fueron causa bastante para que legara á las llamas su inmortal poema; y Virgilio no era cristiano, no podia conocer mas humildad que la que infunde la fe en el arte. ¿Se comprende esto en medio de una literatura de fragmentos, en un tiempo en que cada novel

autor se cree obligado á dar al público los primeros apuntes de su obra?

Varias son las causas de la decadencia de la literatura, decadencia que en vano procuramos ocultar con el clamoreo de los vítores y disputas, y con los trages mas deslumbrantes y refinados que ricos con que la engalanamos; pero todas vienen á reducirse á una misma, á la estincion de fe, á la carencia de originalidad. Asentamos que la mejor literatura era la que mas se acercaba á la verdad, la que mas espontáneamente nacia del alma y carácter del autor: júzguese ahora de la bondad de la moderna en general por su espontaneidad. El escepticismo por una parte, el materialismo ó positivismo por otra han estinguido toda idea de bien, de verdad y de belleza; y el poeta encontrando su alma vacia pregunta á los otros; su imaginacion en vez de vivir en sí vive en ellos y para ellos, acecha tras cada esquina lo que dicen de su primera obra ántes de escribir la segunda, explota por el último alcance el estado del gusto y de la opinion, como el comerciante la alza y baja de los fondos para dirigir sus especulaciones, abre una tienda donde despacha sus géneros á gusto de los consumidores, y una coleccion de sus obras dispuesta por fechas sería tan seguro garante de la moda de sus respectivas épocas como una coleccion de figurines. Si quiere dar verdad á sus composiciones, tropieza con la realidad, y la escoge por tema; ¿qué importa la belleza, si es un retrato y se trata solo de lo parecido? Si al contrario busca la belleza ideal, su imaginacion, sin auxilio del corazon ni del entendimiento, seco el uno y sin luz el otro, no alcanza á producir sino un ardor ficticio que infunde una conmocion galvánica pero no vida á sus creaciones; y gracias si al remontarse á lo pasado como mas poético, sus ojos inficionados no alteran los objetos, y le hacen calumniar lo que intentaba celebrar. Así se arrastra por lo general nuestra literatura entre mezquinas copias de lo presente y entre monstruosas adulteraciones de lo pasado, entre insulsos y cínicos cuadros

de costumbres y entre ampulosas y descabelladas leyendas, entre la chochez de la corrupcion y el delirio de la fiebre, no sabiendo ser elevada sin tocar en hipócrita y declamadora, ni verdadera sin rayar en frívola y descarada.

Pocas pero honrosas excepciones hacemos en favor de ciertos escritores ilustres que, vindicando á este siglo de la incapacidad de producir genios, no hacen sino mas culpables á sus contemporáneos: hablabamos aquí de esa literatura de consumo que abastece los folletines y los teatros, que anda siempre pegada á las esquinas, que se ha constituido en oficio permanente. La poesía dejando de ser inspiracion, no es ya mas que un arte; y el genio, de *llama divina* como se le llamaba, ha bajado á ser capital, cuyos réditos no tardarán en ser calculados tan matemáticamente como los de un banco. No hablemos ya de la gloria póstuma, en la cual hacen bien al ménos en no confiar; pero ni aun esta ruidosa y de circunstancias en nada se aprecia sino en cuanto sirve para realzar el crédito de la fábrica y dar salida á sus manufacturas. Así se prodigan los elogios y distinciones como monedas de poca ley y valor, y se echan á los rapaces y principiantes para que se las disputen. En medio de esta inestabilidad continua, de esta helada indiferencia, de esta desacorde gritería de miles y miles de voces, ¿quién sabrá guardar dentro de su corazon el entusiasmo? quién confiará bastante en su voz para dejarse oír? quién aceptará por recompensa una gloria tan envilecida, ó esperará en una fama duradera? quién sabrá resistirse á tantas tentaciones por una parte, y á tantos desengaños por otra? quién aislarse dentro de sí mismo para rendir en el silencio de su corazon generoso culto á la desconocida belleza? No seamos rigurosos con esta generacion, y compadezcamos al jóven de genio que en ella se abrigue, que acaso le valiera mas haber nacido durante la irrupcion de los bárbaros ó en las tinieblas del siglo X.

¿Qué estudio puede caber en el que trabaja á sueldo y á destajo? qué lima y perfeccion en lo que ya se sabe que no ha

de servir mañana? Cada cual se apresura á producir ántes que pase la moda de su artefacto, y aun así amenudo llega tarde; los frutos se cojen en agraz por temor de que otro los robe; los principiantes siguen sus cursos y aprenden á versificar á costa del público; el público es su maestro. La misma facilidad de saber nos hace superficiales, la multitud de recursos nos embaraza; y aun los escritores mas concienzudos ceden á la tentación ó á la necesidad de la época improvisando y corriendo. Las obras, incompletas aun, nos son arrebatadas de las manos por una corriente ineluctable que mucho tememos no sea la del Leteo. Será aprension nuestra, pero á vista de los montones de volúmenes que este siglo ha lanzado, en muchos de los cuales reconocemos con todo muy buenas prendas y muy dulces encantos, nos sobrecoje el mismo pensamiento desconsolador que asaltó á Jerjes á vista de su ejército de dos millones ántes de pasar á la Grecia: ¿Vivirá alguno de estos de aquí á cien años?

Antes de concluir indicaremos, aunque muy de paso porque nos reservamos esponerla con mas estension, otra causa íntimamente ligada con la decadencia de fe literaria, y es la decadencia de la religiosa. Hemos dicho que los siglos de fe eran tambien los de poesía, y siendo esto cierto aun respecto de las falsas creencias, ¿cuánto mas lo será respecto de la cristiana, que descubriendo al hombre la verdad le señala el camino de la belleza? El cristianismo vino á regenerar todas las facultades humanas, y con una sola palabra descifró el enigma y calmó las ansias del corazon, del entendimiento, de la imaginación, que se agitaban afanosos por falta de objeto en quien saciarse. Las que fueron verdades para el entendimiento fueron bellezas para la imaginación: y la naturaleza espiritualista y el sello sobrenatural que llevaban las ideas contribuyeron no poco á realzar su poesía. Así se ha reconocido en este siglo. apenas serenada algun tanto la tormenta que en el pasado sufrió el cristianismo; y algunos, para quienes sus dogmas habian dejado de ser verdades, quisieron cantar sus bellezas; pero sus himnos han sido

una profanacion nueva, y una fuente ademas de extravío y de mal gusto literario; porque de mal gusto es todo lo falso. La imaginacion es muy libre para lanzarse á esta ó aquella belleza, pero una vez escogida no puede desfigurarla; puede vivir en un orbe cualquiera, pero debe conformarse á las leyes de aquel en que vive. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas por mas que sean las superiores y fuente de todas; y aun algunos abrigaron una imaginacion gentílica en una alma muy cristiana, sin que por esto faltara belleza á sus obras, pues habia en ellas verdad relativa: pero entrando en la esfera de la religion la imaginacion debe ser estricta y ortodojamente religiosa, sin poder apartarse de la verdad so pretesto de mejorarla. No puede haber belleza donde hay contradiccion, y la hay mucha en estas monstruosas adulteraciones del dogma cristiano que vemos á cada paso en los modernos poetas: porque sino creen, están de sobra los homenages, y si creen, son sacrílegas las restricciones.

No diremos lo mismo con respecto á la literatura escéptica, pues en ella puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad respecto á la situacion en que el hombre se coloque. Byron, Goethe, Fóscolo ¿quién les negará el título de poetas? en aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazon, en aquel caos de abyeccion y grandeza hay una belleza satánica, si se quiere, pero indeleble; ahora bien, colocad al hombre de espaldas á la luz, apagad la antorcha de la revelacion, y habrá tambien en aquel cuadro una verdad asombrosa. Ademas es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señas de vida vive con él la poesía, porque aspira siempre á la belleza; y sus gemidos, sus delirios, su sed inestinguible, su continua protesta contra los sentidos nunca dejarán de ser alto y sublime asunto. Solo una cosa puede matar el espíritu y la poesía con su traidor beleño, y es la indiferencia ó sea el materialismo.

En estos tres artículos que son una esposición mas lata de las ideas del prospecto y la base de las que nos proponemos desarrollar, intentamos probar que la fe era vida de la razon, vida de las sociedades, vida de la imaginacion; que entendida en su recto y genuíno sentido, solo de Dios podia derivar en los tres órdenes religioso, político y literario, y que si de él la estraviábamos debíamos colocarla en algun principio humano, sujetándola á un dominio mas degradante y ménos seguro. Ignoramos si hemos logrado nuestro propósito, pero al ménos se comprenderá que háyamos escogido por título de nuestra publicacion lo que es en nuestro concepto la esplicacion y la base del universo.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.



# PAZ Y AGITACION.

A UN AMIGO.

*Pax multa diligentibus legem tuam (Psa. 117).*

*Anxiatus est super me spiritus meus,  
in me turbatum est cor meum (Psa. 142).*

¿Por qué para distraerme  
Á mi lira arrimo el plectro,  
Si las sílabas del metro  
Hijas son de mi dolor?

¿Por qué pretendo halagarte  
Con terrena melodía,  
Si suena en tu oreja fría  
Cual desacorde rumor?

Bien sé que la voz del mundo  
Para ti no tiene encanto,  
Ni tiene armonía el llanto,  
Ni la sonrisa placer;

Y que siempre paso á paso  
Vas siguiendo tu camino,  
Como sordo peregrino  
Que su patria anhela ver.

Del hombre que canta ó gime

¿Qué son las palabras vanas,  
Sino voz de hojas livianas,  
Cuando sopla el aquilón,

Para ti que te avezaste  
Á escuchar á Dios que te habla,  
Y dulce coloquio entabla  
En lo hondo del corazón?

Para ti mudo es el hombre,  
Sino cuando su plegaria  
En iglesia solitaria  
Levanta al sumo Hacedor;

Sino cuando enternecido  
Le ves que acompaña á solas  
Á los vientos y á las olas  
Que bendicen al Señor.

O cuando los males cuenta  
 De que su pecho adolece,  
 No al hombre que compadece  
 Sin poder para aliviar,  
 Sino al que tiene en su mano  
 Portentosa medicina,  
 Y tierno su rostro inclina  
 Para dolerse y curar.

Para ti mudo es el hombre,  
 Pues aunque sus labios abra  
 Y fluya miel su palabra,  
 No te llega al corazón.

Ni tampoco te llegara,  
 De Dios durmiendo en el seno,  
 Si fluyese cruel veneno  
 De su boca de escorpion.

¿Qué te importan los humanos?  
 Tú les amas con fe pura,  
 Porque amas de Dios la hechura,  
 Y tu amor es caridad;

Pero nunca les has dicho  
 Para obtener su amor vano:  
 «Mirad que soy vuestro hermano  
 Y anhelo vuestra amistad.»

¿Por qué decirte mis penas,  
 Si mis voces no escucharas,  
 Si no pueden sertē caras  
 Por mas que de amigo son?

Mis acentos en tu pecho  
 No movieran una fibra;  
 Solo cuando el de Dios vibra  
 Se mueve tu corazón.

Ni las voces de natura  
 Penetraran en tu oído,  
 Si su místico sonido  
 No revelase tu sér.

Revolando por los aires  
 Las aves con sus gorgeos  
 De la tierra los deseos  
 Te enseñan á desprender.



Y si ves en ella flores,  
 Pasas pronto y no las miras,  
 Y solo su aroma aspiras  
 Porque incienso es del Señor.

Porque antorcha es de su templo  
 Observas el sol de día,  
 Y te place en noche umbría  
 De la luna el resplandor.

Y tu alma no amedrenta,  
 Ni te da leve recelo,  
 Si te dice el arroyuelo  
 Que tu vida huyendo va;

Porque fijas é inmortales  
 Contemplaste las estrellas;  
 Sabes que has de ser cual ellas,  
 Y que allí tu patria está.

Tranquilo y sin miedo escuchas  
 La voz de tormenta brava,  
 Pues ves que también alaba  
 Al Criador su ronca voz.

No el hijo, sino el esclavo,  
 Ha de lanzar un gemido  
 Cuando el señor ofendido  
 Levanta el látigo atroz.

Si en la luz del rayo brilla  
 La luz de su ojo tremendo,  
 Si la voz del trueno horrendo  
 Es la voz de su furor;

Temblemos los que el semblante  
 Hemos puesto en el suelo,  
 Y no tiembles tú que al cielo  
 Lo elevaste con fervor.

Como corre el niño tierno  
 Al regazo de su madre,  
 Fuiste á él, dijiste: ¡Padre!  
 Suspiraste con afán:

Y por eso en tu esperanza  
 Su indignacion no te arredra,  
 Que el padre no da una piedra  
 Al hijo que pide pan.

Feliz tú cien y cien veces  
 Que pusiste en Dios los ojos!  
 De la tierra los abrojos  
 Pueden solo herir tus piés,  
 Mas nunca sangre sus puntas  
 Del corazon te han sacado,  
 Porque aquel á quien lo has dado  
 Lo ha cubierto de un páves.

Hay un cáliz de amargura;  
 Y sea uno ó muchos sorbos,  
 De sus heces sin estorbos  
 Todo el mundo á beber va:  
 Y al gustarlo te complaces,  
 Porque de él gustara el Cristo:  
 Porque el cáliz nunca has visto  
 Sino el ángel que lo da.

Por esto apacible siempre  
 Tu mirada se divisa;  
 Por eso en tu frente lisa  
 No despunta arruga cruel;  
 Y es tranquilo siempre y dulce  
 Hasta el blando humor que lloras,  
 Porque en tu éstasis ignoras  
 Que haya lágrimas de hiel.

Tú no conoces el llanto  
 Que los párpados destruye,  
 Que se acrecienta si fluye,  
 Restañado muerte da:  
 Lluvia que cae en el pecho  
 Y el corazon no fecunda,  
 Cual ola de mar que inunda  
 La arena que cercá está.

Pues los ojos que la vierten  
 Es que buscan con desvelo  
 En el mundo su consuelo,  
 Cual si él lo pudiese dar.

Y cuando enjugarse esperan  
 Les asalta el desengaño,  
 Y reciben nuevo daño,  
 Y de nuevo han de llorar.

La paz, tesoro del justo,  
 Para ti solo has querido,  
 Y al Señor se la has pedido,  
 Porque de él es solo don.

Y su mano generosa  
 Tu deseo ha satisfecho,  
 Y jamás late en tu pecho  
 Turbulento el corazón.

De Dios el místico aliento  
 Como aire rodea tu alma,  
 Y es una atmósfera en calma,  
 Una atmósfera de luz.

Y de ella huyen tus pasiones,  
 Como se alejan las fieras  
 Del fulgor de las hogueras  
 De la noche entre el capuz.

Porque ya en tu misma cuna  
 Al Escelso has bendecido,  
 Porque cual ángel has sido  
 En tu inocente niñez:

Y las flores más risueñas  
 De tu edad le has consagrado,  
 Y de antemano le has dado  
 Los frutos de tu vejez.

Por eso tu dulce boca,  
 Que de Dios la gloria avisa,  
 Se entreabre á la sonrisa,  
 Cual pimpollo de clavel.

Tus ojos buscan el cielo,  
 Y suspiras blandamente,  
 Y no pasa por tu mente  
 Ni un pensamiento de hiel.

Y te es mansa el aura siempre,  
 Y la esfera ves serena,  
 Y es la tierra siempre amena,  
 Y siempre lisa la mar.

Por eso el clamor del hombre,  
 Cual lejana vocería,  
 Ni te asusta ni desvia  
 Del camino que has de andar.

Prosigue feliz tu curso,  
 Que no ha de faltarte amparo:  
 La luz divina es tu faro;  
 Que se eclipse no hay temor.

La paz del cielo es tu herencia,  
 Sea que andes peregrino,  
 Ó despues de tu camino  
 Te aduermas en el Señor.



¿Por qué de igual ventura no he gozado?  
 Yo comprendo esta paz que no he sentido:  
 Inquieto por lo ménos si no hinchado

He visto siempre el mar.

Yo era niño, y lloraba como el hombre;  
 Me hostigaban de niño las pasiones,  
 Y soñaba en quimeras é ilusiones  
 Que se iban y volvian á la par.

De este sueño fatal y lisongero  
 Despertar me repugna todavía;  
 Orillas del sepulcro solo quiero  
 Se escape mi ilusión.

Porque temo á la vida sin la vida  
 Que en su fiebre ha creado el pensamiento,  
 Y al suelo trasplantar osado intento  
 Flores que solo ¡ay Dios! del cielo son.

Yo era niño, y en plácido remonte  
 Flechar debía á lo alto la mirada  
 Que tendí á un fantástico horizonte  
 De nieblas y arrebol.

Y fascinó mis ojos su hermosura,  
 Sus celages de grana refulgente,  
 Su sombra y luz; cual brilla el occidente  
 Cuando entre pardas nubes muere el sol.

Y dura mi embeleso todavía:  
 En el vago perfil de sus colores  
 Presume descifrar mi fantasía  
 Los signos del placer.

Y pugno, como astrólogo insensato  
 Que en las formas de nubes caprichosas  
 Juzga ver escrituras misteriosas,  
 Y pretende un horóscopo leer.

Siempre, siempre un enigma ó un engaño  
 Ha sido para mí tal horizonte,  
 Siempre á los ojos míos ha hecho daño  
 Su incansable tesón.

Y pues siempre he corrido desalado  
 Por llegar á un confín que siempre huía,  
 Extraño no es que sienta el alma mía  
 De tal lucha la amarga desazon.

Cual lloraría un niño que quisiera  
 Del sol un rayo asir, tal yo lloraba  
 Al ver que arrebataba mi quimera  
 Improviseo vaiven.

Y ha sido tan acerbo el llanto mío  
 Cuan hermoso el objeto de mi anhelo;  
 Era la paz del alma en este suelo,  
 La paz solo gozada en el Eden.

Una paz perfumada con la esencia  
 De las flores que brotan en la tierra,  
 Una paz que el placer y la inocencia  
 Sostuviesen al par.

Yo la quiero abrazar en blando lecho,  
 Yo la quiero entre surves emociones,  
 Sin que nunca la turben mis pasiones  
 Ni espinas que en la tierra han de brotar.

Yo juzgué que el amor me alcanzaria  
 La paz del corazón que á ti te envidio,  
 Cuando este palpitase en armonía  
 Con otro corazón.

Mas el amor es flor de intenso aroma  
 Que á quien la huele dulcemente halaga,  
 Y luego da vahidos, luego embriaga,  
 Y atosiga tal vez sin compasion.

Yo amaba, con amor tan puro y santo  
 Cual ama á tierno infante su Custodio:  
 Yo amaba, y con el prisma del encanto  
 Miraba el porvenir.

¡ Mi celeste ilusion era tan bella!  
 Tan puro mi cariño á una hermosa,  
 Que yo dije: ¿ Por qué de mirto y rosa,  
 Corona la virtud no ha de ceñir?

Como un grito en mitad de vasto yermo  
 Perdí, infeliz! mis lágrimas y endechas;  
 Quedó mi corazon postrado, enfermo,  
 Y aun ¡ ay ! enfermo está.

Y yo dije entre mí: La gloria sea  
 La que aliente mi pecho en su letargo,  
 Y con su miel endulce el pan amargo  
 Que mi hermosa endulzar no quiere ya.

Mas, ¿ qué es la gloria? el polvo de un camino  
 Que levanta corriendo ufano coche,  
 Que lo ciñe con denso remolino  
 Al tiempo de pasar.

Pabellon que un momento solo abriga,  
 Y luego se deshace, y baja al suelo  
 Para cubrir de nuevo con su vuelo  
 Nuevo coche que lo haga levantar.

El aura popular es esa, ¡ ay triste!  
 Y mi ambicion insana la apetece,  
 Y cuando al fin mi espíritu desiste  
 De buscarla en su afan,  
 Acaso ¡ espera un póstumo renombre,  
 Inútil é inodoro sahumario  
 Á unos huesos que en pobre cementerio  
 Revueltos con los otros quizá están.

¡Dignidades! Poder! Tambien me plago  
 Contemplar su radiante perspectiva,  
 Sin meditar que son dorado yugo  
 Que abrumba la cerviz.

Y cuando en mi entusiasta devaneo  
 No las columbro al fin de mi camino,  
 Busco y busco su senda que no atino,  
 Y esclamo en mi dolor: ¡soy infeliz!

Y si añado: «el saber es que endereza  
 Á la cumbre que aspiro el pié cansado,  
 Mi espíritu se pierde en la maleza  
 De una selva sin fin.

No penetra mi mente los arcanos,  
 Ni vuela con osada gallardía:  
 Solo vuela tal vez mi fantasía  
 Si el corazón se agita en su confin.

No del todo infelice es mi fortuna,  
 Pues poseo una lira que embelesa,  
 Como el plácido brillo de la luna  
 Bruñendo el velo azul.

Diz que su son las penas adormece:  
 Mas ¡ay! que siente al par el alma mía  
 Del harpa de David la melodía,  
 Y la negra tristeza de Saul.

Tambien algunas veces he cedido  
 Á la voz de continuos desengaños,  
 Y la paz á los cielos he pedido  
 Con ferviente piedad.

Mas mi virtud rastrera se elevaba  
 Tan poco de la tierra en aquel vuelo,  
 Que á la par de cualquier mundano duelo  
 Lamentaba mi niebla y sequedad.

Así cambiando siempre de esperanza  
 He pasado en la tierra amargos dias,  
 Mirando sucederse sin holganza  
 Ilusion á ilusion.

Como el ancho camino, que en su polvo  
Deja ver sobrepuestas ó truncadas  
De distintos viageros las pisadas  
Mezclándose en estraña confusión;

Y cuando en mi estirada levanto  
Mi pobre corazon impresas lleva  
Las huellas de sus vagas ilusiones,  
Y en su ansiedad perenne las renueva  
Si horrarse las ve:

Porque anhela el reposo; empero temé,  
Si un momento disfruta de reposo,  
Que en medio aquel silencio pavoroso  
Su letargo ó su muerte oculta esté.

No penetra en mi mente los truenos,  
Y por cierto la inercia no es la vida,  
Mas tampoco la paz será la muerte...  
¡Oh! goce yo mi paz apetecida!  
¡Oh! goce yo la paz!

No del Señor, que te la otorga  
Yo la pedí al Señor, que te la otorga  
Como el mas inefable de sus dones,  
Mas precioso que cuantas ilusiones  
Han sido mi tormento ó mi solaz.

Dis que en mi pecho se formaron  
La pedi; pero acaso mi gemido,  
Lanzado en mi desmayo ó mi des pecho,  
De inquieto corazon era el rugido,  
Y á Dios con él llarné.

Tambien  
Mas puse  
A la vez  
Y la  
Mas puse de rodillas á tu lado,  
De alcanzar tu sosiego yo confio,  
Si es el hondo clamor del pecho mio  
La súplica incésante de la fe.

TOMAS AGUILÓ.



## CRÓNICA RELIGIOSA.



Siempre habíamos alimentado en nuestro corazón, á veces mustio, la consoladora esperanza de que terminadas las regencias, débiles y efímeras como todo poder de transición, y así que estuviesen encomendadas á las manos de Isabel II las riendas del Estado, derramaria esta niña desde la altura del trono una mirada infantil y candorosa sobre la situación infeliz de la Iglesia hispana; y que si no se desdeñaba de engalanarse con el timbre de Católica, con que se envanecieron sus augustos progeutores, se apresuraria á devolver la paz á las acongojadas conciencias. Así que, no con extrañeza, con placer sí, leímos la real orden del 19 de los corrientes, por la que se alza el destierro al eminentísimo señor cardenal don Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos arzobispo de Sevilla, varon colmado de letras y virtud, que estaba confinado en Alicante, y al escelentísimo P. Fr. Rafael Velez, digno arzobispo de Santiago y residente en Mahon, cuyo nombre es con tanta estima conocido en la república literaria: esperando que en el momento en que estas líneas escribimos se habrá hecho estensiva dicha real orden á cuantos prelados se hallen deportados por haber comprendido y llenado cumplidamente los deberes episcopales.

Pero si los obispos han de restituirse á sus diócesis sin poder entenderse directamente con el Obispo de los obispos, y no han de ser libres para estender sus manos sobre tantos jóvenes que con noble ansia desean penetrar en el santuario para defenderle de los enemigos que por do quiera le cercan, y han de mirar con el llanto en los ojos, y los brazos cruzados sobre el pecho, tantas ruínas como la revolucion ha amontonado sin poderlas reparar, y tantos males como ha sembrado durante su funesta dominacion, sin libertad para curarlos, ora aplicando el hierro que corta, ora derramando el bálsamo que suaviza, y ha de ser todavía el báculo episcopal caña de escarnio; que gimán en horrorosos destierros atesorando virtudes para el cielo, y aquí en la tierra orlando sus frentes con los gloriosos laureles de la persecucion. Leyendo empero el preámbulo de dicha real orden, y á creer en un orden providencial que dirige los

destinos de la humanidad, se disipan los temores que por otra parte pudiéramos abrigar, y llegamos á esperar que no está léjos el momento en que amauezca para la Iglesia española un dia bonancible despues de diez años de deshecha tormenta.

Justamente ahora tenemos á la vista el discurso de apertura de la Academia española de ciencias eclesiásticas á que asistió un numeroso y escogido concurso, y que escucharon con placer el señor obispo de Córdoba, el señor Posada presentado para el arzobispado de Toledo, y el ilustrado presidente del congreso el señor Pidal, con otras nombradías que recogieron con avidez las elocuentes palabras del escelentísimo señor don José Muñoz Maldonado quien, desengañado de las utopias revolucionarias, defendió la verdad ataviándola con las galas del buen decir. Despues de haber hablado el esclarecido orador de este siglo que camina á pasos largos á reconciliarse con Dios, y de la juventud á quien tanta parte le cabe en esta santa revolucion, contiúúa con estas hermosas palabras que no hemos podido resistir al deseo de transcribirlas: «Hay un lugar, señores, en el universo, donde se siente mas que en otra parte alguna la necesidad de esta union, donde se experimenta una de estas emociones indefinibles, debajo de la cúpula de san Pedro de Roma. Yo no sabré deciros, señores, lo que he sentido hace un año, cuando desterrado de mi patria por las revueltas políticas, en esa gran catedral del mundo, bajo esa cúpula única en el universo, bajo ese panteon que el genio de Miguel Ángel suspendió en los aires, al levantar mis ojos á su prodigiosa elevacion encontraron estas palabras de Jesucristo dirigidas á un simple pescador, estas palabras trazadas en letras de oro que coronan el entabiamiento interior: *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni cœlorum*»

Un año solo ha trascurrido desde que en el mismo lugar, en la Academia española de ciencias eclesiásticas, se vomitaban diatribas contra la SEDE APOSTÓLICA que iban acompañadas de la cínica sonrisa del ministro Alonso, quien se dignaba presidir aquellas sesiones. Compasion mejor que grima nos dá ver que hombres, cuyas cabezas están blanqueadas con infructuosas canas y con un pié en el borde del sepulcro, entrañen un corazon cancerado por la impiedad, y zahieran la Religion: que zaherirla es, no digo insultar, sino hasta no doblegar sus orgullosas frentes delante del Vicario de Jesucristo, el sucesor de san Pedro, el Pontífice Romano. Y la misma gloriosa reaccion se descubre por dó quiera, pues la prensa que solo hasta aquí habia abocado materias meramente políticas, se presta á la defensa de las creencias religiosas, y en la *Posdata* del dia 17 viene un notable artículo con el

epígrafe «obispos desterrados» en que se hace cumplida justicia al Ilustrísimo señor don Carlos Laborda obispo de Palencia, quien ántes que arrojar el cayado y el anillo á los piés de la autoridad civil, ha arrostrado duras al par que gloriosas humillaciones, y brillando en su frente la serenidad del justo ha bajado á la lobreguez de los calabozos.

No parecen tampoco desnudos de verdad los murmullos que estos días circulaban sobre que el señor don Hipólito Hoyos nuestro encargado de negocios en Roma, en reemplazo del difunto señor Villalba, llevaba amplios poderes del gobierno para asentar las bases de un nuevo concordato. Nos lisonjamos de que este se llevara á feliz cima, quedando de nuevo añudadas las interrumpidas relaciones con el gefe del cristianismo.

Como suena grata en nuestros oídos la palabra *concordato*, deseáramos que el señor Mayans no espidiera circulares tan funestas como la del 4 de los corrientes, por la que se facilita, como si hubiera estado algun momento entrabada, la venta de los bienes eclesiásticos. Mas que nosotros sin duda desea el venerable Gregorio XVI ver reconciliada con la SEDE APOSTÓLICA á la nacion española; pero por nuestra parte debemos poner cuanto dable nos sea para no afligir el ánimo de tan gran pontífice, hasta el punto de obligarle á que no pueda sellar con el anillo del pescador tantos escándalos como manchan la revolucion española. No crea el ministro Mayans que con esta conducta harto acomodaticia ahogará los ahullidos de la revolucion que ahora mas que nunca muge con imponente furor: brille en todos sus actos el mismo sello; y si no conquista esa ficticia popularidad tras la cual corren las almas vulgares, en retorno le auguramos las simpatías de cuantos queremos el brillo del trono y el esplendor mas radiante aun del altar.

De esperanzas como la iglesia de España, pero esperanzas que van frustrándose de cada dia, se mantiene igualmente la iglesia Lusitana. Dos años van que reside en Lisboa un internuncio apostólico, y á pesar de toda la moderacion, prudencia y aun afecto que el Santo Padre ha manifestado para con el gobierno de doña María, no embargante todos los esfuerzos y condescendencia del internuncio, casi la mitad de las diócesis de Portugal no tienen todavía á su frente pastores legítimos. Las de Alveiro, Castelo-Branco, Pinhel, Lamego, Porto Alegre, Faro y Beja aun están gobernadas por vicarios capitulares intrusos. En las diócesis cuyos obispos viven todavía, aunque en destierro, y á las que la SANTA SEDE envió vicarios con jurisdiccion apostólica, continúan privados de su grey una gran parte de los párrocos legítimos, y para que puedan volver en medio de sus ovejas tienen que dirigirse al gobierno, el cual nunca concede semejante permiso sin minuciosos in-

formes de las autoridades civiles: y cosa de observar es, que los curas que mejor ejercen su ministerio son los que mas dificultades encuentran para regresar á sus parroquias. A permitirlo las estrechas dimensiones á que debemos ajustar nuestra crónica, reprodujéramos una respuesta oficial fechada en 16 agosto del pasado año, al cabildo de la santa iglesia de Braganza, por la que da á conocer el ministro de negocios eclesiásticos de S. M. *Fidelísima*, que no reconoce en aquel ilustrísimo cuerpo el derecho de que siempre habia gozado de presentar para ciertas iglesias y beneficios, por estar reservado al poder ejecutivo en virtud del artículo 75 §. 2 de la carta de don Pedro. Sonríeramos á tanta candidez, si el negocio no fuera de suyo tan grave: de modo que por lo que se trasluce en esta respuesta del ministro, creará la reina de Portugal que lo que están cercenados sus derechos políticos en la carta constitucional, quedan indemnizados con la *omnipotencia religiosa* que le otorga dicha carta, y que por brillar en su débil diestra un cetro, pueden ceñir sus sienas mugeriles una tiara. Muchas sin embargo de esas necedades perdonamos al gobierno portuñes, porque nadie ignora que se mueve según las inspiraciones que le imprime el gabinete de san James, como el satélite es arrastrado en su curso por el planeta.

Mejor que doña María de la Gloria sabe elevarse á la altura del siglo el rey de Francia Luis Felipe, quien tan pronto como vió que tomaba un sesgo algo delicado la cuestion universitaria, de que otro día darémos minuciosos detalles á nuestros lectores, se apresuró á pedir la intervencion oficiosa de la corte de Roma, plegandose á hacer algunas concesiones, y hasta á separar de la enseñanza á los profesores, cuyas doctrinas han escitado la justa indignacion del episcopado frances. Esperamos que el clero saldrá airoso en la demanda, y que en lo sucesivo solo se sentarán en las sillas de la universidad candidatos de aventajadas partes. Y á propósito de Francia, se han celebrado las pasadas fiestas de navidad en las iglesias de Paris con la pompa acostumbrada, en medio de un gran concurso de fieles, en cuyo profundo recogimiento podia leerse cuán difícil es romper con las creencias de nuestros padres, creencias que tan eficaces socorros prestan en medio de las preocupaciones y ansiedades mundanas, y sobre todo en medio del vacío fatal que las malas doctrinas se esfuerzan en abrir en las almas. Véase con esto como, á pesar de los impotentes esfuerzos de la impiedad, los pueblos ansian por descansar de sus pasados extravíos en los brazos de la religion.

Y como la impiedad, lleva una herida muy honda en el corazon el protestantismo así en Inglaterra como en Alemania. Mientras que en ella

se desvanece por una parte el racionalismo, por otra los teólogos que se adhieren á la defensa del cristianismo se ven forzados á sentar principios que nunca rodaron por las cabezas de Lutero y Calvino. Y sino escuchemos las palabras que en su sermón reciente se ha permitido el pastor de Kiel Mr. Claus Havms; quien hablando de la libertad de interpretar las santas escrituras dijo: «Si la palabra, si el discurso oral está espuesto á tan frecuentes equívocos y malas inteligencias como vosotros mismos lo experimentais muchas veces; ¿qué sucederá con un libro de tan remota antigüedad, escrito en una lengua que decimos muerta, y que encierra incontestablemente pasages de difícil inteligencia?» Los defensores pues del libre exámen se ven forzados á apostatar de sus principios; y motivo tienen de asustarse al ver tantos bandos que se engalanan con el nombre de iglesias, apoyados en la sagrada escritura, y que tratan de entronizar sus creencias individuales. ¡Cuánta mezquindad y miseria encierran las doctrinas protestantes!

Apartemos nuestros ojos de un cuadro tan repugnante para reposarlos en la ciudad inmortal; en la metrópoli del catolicismo, en Roma. El domingo 12 del pasado noviembre se celebró en la basilica patriarcal del Vaticano hermoñeada con preciosos adornos, y radiante con innumerables luces, la solemne beatificación de la seráfica virgen sor María Francisca de las cinco llagas de Jesucristo, profesa de la orden Tercera Alcantarina que murió en el ósculo del Señor el día 6 de octubre de 1791, á la edad de 77 años, en Nápoles su patria. La función estuvo brillante, y entre el numerosísimo concurso que á ella asistió, distinguíase el conde de Trápani hermano del rey de las dos Sicilias acompañado del embajador. Por la tarde despues de las solemnes vísperas, fueron á la adoración de la nueva beata S. Santidad y el sacro colegio.

La congregación de ritos ha pronunciado unánimemente en favor de la beatificación del padre Canisio. Esperamos por lo mismo poder adorar sobre los altares á otro socio de la gran Compañía de Jesus, con quien partió san Ignacio de Loyola sus tareas, y cuyos conocimientos tanto lucieron en el concilio ecuménico de Trento.

Aunque breves, no podemos dejar de decir dos palabras sobre la iglesia en Oriente, puesto que aquí tuvo ella su cuna; donde á vuelta de algunas persecuciones que sufren los católicos en Siria y otros puntos del imperio turco, así de los musulmanes como de los griegos no unidos, van muchos desertando las banderas del error, y mas de ciento y ocho Nestorianos acaban de abrazar á un tiempo la religion católica. Los ministros protestantes permanecen en una completa inacción en presencia de los reverendos padres Dominicos, cuyas tareas apostólicas

son colmadas de abundantes y diarias bendiciones. A las escuelas cuya direccion se les acaba de confiar concurren unos trescientos cuarenta alumnos, viéndose obligados á ensanchar la iglesia por no ser ya capaz para tantos fieles como á ella concurren. El mismo movimiento religioso en favor del catolicismo se desarrolla en el otro extremo del mundo, en Filadelfia capital de los Estados Unidos, donde en los treinta años últimos se ha duplicado la poblacion y triplicado la de los católicos.

De donde los españoles podemos hablar con orgullo y dolor á un tiempo, es de la provincia de Venezuela, donde algunos capuchinos, de los que pudieron libertarse de los puñales y de las teas revolucionarias del año 55, año cuyo recuerdo quisiéramos arrancar á nuestra memoria como se sacude una horrorosa pesadilla, acabau de desplegar el estandarte de la *Pastora*, á cuya sombra corren á bandadas á guarecerse los pobres salvages sedientos de verdad. Muchos de estos nuevos apóstoles que visten un tosco sayal son hijos del principado de Cataluña; y á su voz que resuena magestuosa en las soledades del nuevo mundo, se amansan hasta los Guáxiros gente la mas bravía de América: de modo que á riesgo de sus vidas civilizan á los pueblos los que como enemigos de la civilizacion y de la cultura fueron arrojados de sus queridos claustros. Puedan estas líneas derramar algún consuelo sobre los corazones de los hermanos que tan beneméritos religiosos tienen en Mallorca, y aliéntense al ver que Dios se ha aprovechado de la pasada tempestad para enviar nuevos adalides á plantar la cruz en las selvas vírgenes de América.

Pocos habrá de nuestros lectores á cuyos oídos no haya llegado la funesta noticia del fallecimiento del Ilustrísimo señor don Bernardo Frances y Caballero arzobispo de Zaragoza, acaecido en Burdeos la noche del 15 del último diciembre. Mas de ocho años habia que se viera obligado á salir de su diócesis, confinado primero en Lérida, hasta que los acontecimientos fueron empujándole hácia la frontera, forzándole á lo último á pedir un asilo á la Francia en nombre del infortunio. Desde aquel suelo hospitalario vió el señor Frances á su cara grey destrozada por el cisma, y oprimido su pecho de recio pesar, y agoviado con sesenta y seis años, sintió que sus fuerzas iban desfalleciendo, hasta que sonó la hora afortunada para S. S. Ilustrísima en que murió con la muerte del justo. En sus últimos momentos le asistieron los colegiales del gran seminario, donde moraba tan virtuoso prelado, quienes rodeaban silenciosos el fúnebre lecho regándole con tiernas lágrimas; y al ir á cerrar con blanda mano los ojos de un emigrado, creyeron recoger el último aliento de un confesor de la fe. Se celebraron los funerales con tanta pompa, que mayor no hubiera podido ser á haber muerto

el señor Frances en medio de sus ovejas : el señor arzobispo de Burdeos con los obispos sufragáneos y todo el clero metropolitano se hicieron un deber de honrar la memoria de un hermano suyo, que siempre habia enderezado sus pasos por los senderos del Señor.

Los diarios de Roma lloran la muerte del eminentísimo cardenal Spada acaecida el día 16 del pasado diciembre despues de una larga y penosa enfermedad : cuantos conocian las virtudes y saber del eminentísimo Spada han sentido su pérdida. Han bajado tambien á la mansión del descanso el ilustrísimo arzobispo de Camerino y los señores obispos el de Rouen y el de Grosseto.

Como para consolarnos de tan sensibles pérdidas, Dios ha dado dias de triunfo á su iglesia con las conversiones de que á continuacion hablamos.

El doctor Charleston cirujano del regimiento 63 estacionado en Bellary (India) ha abrazado la religion católica, habiendo ántes pertenecido á la secta de los anabaptistas, á la que hasta entónces habia mostrado el mayor afecto y consagrado cuanto podia ahorrar de su renta. Tambien han abjarado el protestantismo en Herefort (Inglaterra) la señora Lambe y sus dos hijas, conversion bastante ruidosa por descender dicha señora de una de las mas respetables y antiguas familias de Herefort. En Sabona un jóven israelita de edad de veinte años llamado Carlos Benedetti natural de Fossano, acaba de recibir los sacramentos del bautismo y confirmacion administrados por el Ilustrísimo señor obispo de aquella diócesis. Á esta tierna ceremonia que se verificó el día 28 de diciembre último asistió un inmenso concurso de clero y fieles. En la diócesis de la Rochela se verificaron el año último treinta y ocho conversiones; de estos treinta y ocho neófitos hay trece mugeres y los restantes varones: y en la diócesis de Cambray han hecho abjuracion de sus errores y vuelto al gremio de la Iglesia veinte y nueve protestantes.

Sentimientos de gozo y dolor no dudamos habrán agitado los corazones de nuestros lectores, y oprimídoles de apacible ternura, como mas de una vez han conmovido el de quien esto escribe; pues sucesivamente hemos presenciado los triunfos y las contradicciones de la religion cristiana; de esta religion que meció nuestra cuna en la infancia, que mientras, tristes viajeros, peregrinamos por este erial erizado de abrojos y espinas, nos acompaña con la solicitud de una madre, y con un cariño mas tierno todavía, y que cuando tendidos en el lecho del dolor luchamos con las congojas de la agonía, vuela á nuestra cabecera para alentarnos con esperanzas inmortales.

## CRONICA POLITICA.

Tan complicada es la situacion actual, y de tal suerte va eslabonada con las anteriores, especialmente con todo lo ocurrido desde el pronunciamiento de junio; que desconfiáramos de explicarla y aun de dar cuenta de ella, á no tomar de mas arriba el hilo de los sucesos desde la nueva época inaugurada con la caída de Espartero. En medio de la diversidad de aspectos bajo los cuales cada uno la ha considerado según su opinion particular, sino emitiéramos la nuestra, podria parecer extraño y poco motivado nuestro modo de apreciar las cosas. Atendiendo pues á lo poco que falta para llenar y á lo mucho que decir, diferirémos para otro número esta reseña, y sin mas objeto que el de fijar las épocas, y el de reconocer la obligacion contraída, nos contentarémos en este con apuntar, mas bien que referir, los acontecimientos de este mes, que empezando sosegado y algo salto de interes y movimiento, termina con dias tempestuosos, dejando suspensa la atencion en el principio de un nuevo y tal vez sangriento episodio.

Las Cortes suspendidas en un momento de mal humor, digámoslo así, por efecto de la célebre sesion de las *interpelaciones*, yacen aparentemente olvidadas, y nadie se cura de saber si su letargo es el sueño ó bien la muerte. El ministerio á pesar de la mayoría que en ellas contaba, reforzada en las últimas sesiones, *creyó no poder gobernar con ellas alménos por algun tiempo*, y este es un hecho altamente significativo del cual nos abstendrémos por hoy de sacar consecuencias. Pesar los embarazos de la sistemática oposicion de una turbulenta minoría, con los riesgos de una disolucion de córtes y con el de esponer la nacion al azar de nuevas elecciones, es una alternativa terrible que jamas el Gobierno podrá meditar bastante, y sobre la cual no quisiéramos que la prensa de la capital fuera tan circunspecta.

Por otro lado este ministerio, aunque compuesto de un personal bastante heterogéneo, parece animado de buenos deseos, así de reorganizar la administracion, como de poner un coto á la anarquía política que nos devora. Para lo primero se trabajan informes, se reúnen comisiones de hombres ilustrados, observándose en las secretarías ministeriales un movimiento desde mucho tiempo desacostumbrado. Para lo segundo, despues de tender la mano á *ilustres víctimas*, y de alegrar la gran mayoría de la nacion con una medida de tanta importancia política como religiosa, pone término á la anarquía de los ayuntamientos con una ley que, prescindiendo de otro mérito, tiene el de una franca restauracion, y manda á las provincias valientes y enérgicos militares que repriman la de las milicias nacionales, ya manteniéndolas en res-



peto, ya arrebatándoles las armas de que algunos de sus miembros han dado tan mala cuenta.

No se duerma con todo el Gobierno con el apoyo del ejército, y á la sombra del trono ocupado ya por una Reina mayor de edad. El 13 de enero ondeó la bandera de Isabel en el castillo de Figueras poniendo término á la guerra centralista, y el 22 gritaron á las armas los nacionales de Zaragoza, grito que, aunque sofocado muy pronto con la sangre de tres voeadores, tuvo su eco en Alicante y tal vez en otros puntos. Y dado que algunos malévolos exageren estas alarmas, que el desarme se haya verificado pacíficamente en València y en Sevilla, lo cierto es que en las ciudades de Galicia se conspira á rostro descubierto, que en las de Andalucía los ciudadanos pacíficos están á merced del puñal de los asesinos, que en el ejército mismo pululan ambiciones, y que mientras esto escribimos se ha verificado tal vez entre los vencedores de julio una escision lamentable. ¡Ay del gobierno, si mientras concita contra sí el furor de las facciones, ó las prevenciones de algunos incorregibles, no sabe merecer con una conducta, templada sí, pero firme y sincera, el apoyo de la gran mayoría de la nación que quiere paz y justicia!

### Necrología.

La prematura muerte del escritor catalan don José Ferrer y Subirana, compañero de los señores Balmes y Roca en la acreditada revista *La Civilización*, es una pérdida que solo podrán apreciar los que conozcan sus profundos y religiosos escritos, que en esta isla son bastantes. No creíamos que la deuda que con él teníamos pendiente de dar cuenta de sus *Observaciones entresacadas de Bonald*, tuviera que ceder el paso á otra deuda mas triste y perentoria. Pero dejemos hablar á su compañero y amigo de corazón, de cuyo artículo necrológico, publicado en el periódico *La Verdad*, no nos permite el espacio mas que entresacar algunos párrafos.

« El jóven finado puede considerarse á manera de una gran columna cortada á poca altura de su basamento: sus dimensiones hubieran sido colosales, pero la muerte la derribó sobre el desierto de la vida. Nacido en humilde aldea (Olost), despuntó luego en el colegio episcopal de Vich aquel espíritu perspicaz y delicado que fué el encanto, y es ahora el pesar de sus amigos. En aquella ciudad cursó los estudios de las letras humanas, incluso los elementos filosóficos, y hasta un año de la grande ciencia teológica. Grande he dicho, porque la teología en su verdadero significado y en toda su estension es á las demas ciencias lo

que es Dios con respeto á los demas seres. Esta rápida ojeada sobre la ciencia de las relaciones entre la Divinidad y el hombre sembró quizas en su tierno pecho aquel gérmen de vida y de esperanza que al fin de sus dias se desarrolló tan asombrosamente.»

Despues de dar cuenta de su carrera literaria, de la cátedra de derecho natural que desempeñó en la universidad de Barcelona, de sus trabajos en el periódico *La Paz* y posteriormente en la *Civilizacion*, de su colaboracion en varias obras de legislacion, y por último de sus *Observaciones de Bonald*, concluye:

«Viendo la patria desquiciada y combatida como su salud, tras largas y fatigosas dolencias en que desplegó la grandeza de la resignacion cristiana, falto de medios, léjos de algunos de sus amigos, no pudiendo ser el apoyo de las personas queridas que le rodeaban, ah! entónces este jóven sin fanatismo, y cuya penetracion habia ya medido todo el valor de las teorías del siglo y de las ilusiones de la juventud, sintió mas fuerte la vida del espíritu, cuando mas debilitada la del cuerpo. Y mirando el sepulcro al borde de una pendiente por la que iba resbalando, presa de una tisis mortal, sintió revivir en su seno la llama de la fe que nunca se habia estinguido, y vió la muerte sin temblar. Ahora conozco, les decia á sus amigos, que en este mundo no hay otra realidad sino Dios, que las ilusiones de la ambicion y del placer, todo lo que no es Dios, no es sino el humo de la vanidad, como dijo el sabio, y vanos esfuerzos del alma cuando se extravía de Dios. Yo iré al cielo, decia rebosando en celeste esperanza y en profunda humildad, y como si la eternidad le sonriera: vosotros quedais en este mundo con todos sus dolores, con todos sus engaños, con todas sus miserias. Seré mas feliz que vosotros. La copa de la caridad derramaba sobre aquella alma estática sus consuelos divinos que rebosaban en sus labios con una tierna y asombrosa elocuencia. No me fué dado oír las lecciones sublimes que diste al borde del sepulcro, ó amigo generoso! Yo no pude recoger tus postreras miradas ni tus últimos suspiros, aun cuando mi imagen estaba presente á tu memoria! ¿Qué otra idea puede consolar á los que bien te quisieron, sino que aun queda de ti, á pesar del rayo mortal que derribó tu noble frente, aquella parte sublime que conoció y que amó?»

«El dia 25 de diciembre de 1843 fué el postrero para el Dr. D. José Ferrer y Subirana. Intérprete de los sentimientos y del llanto de sus amigos, he dedicado estas líneas como un débil epitafio á su amada memoria, que en honra suya y para mi consuelo se reduce á estas breves palabras: «El amigo tierno, el jóven filósofo, cortado en la flor de su edad, murió la muerte del justo.» = JOAQUIN ROCA Y CORNET.

## LA RELIGION Y LA FILOSOFIA.



TODA fe produce una especie de religion y culto tributado á aquel en quien se coloca, ora sea una persona, ora un principio; pues nada mas natural que inclinar la frente ante el mismo á quien doblegamos nuestra razon: si es genuína la fe, el culto será legitimo: si la fe es errónea ó por estraviarse desde su origen, ó por no levantarse bastante arriba, deteniéndose donde no debiera, será el culto supersticion é idolatría. Todos los principios, todos los sentimientos, todas las autoridades, todas las preocupaciones que ejercen imperio así en las sociedades como en los individuos, son otras tantas deidades con sus aras y con sus sacrificios: y bajo este concepto no aparece tan extraña la multitud inmensa de dioses que los gentiles reconocian. Faltos de una idea de unidad en la que se reasumiesen toda verdad, grandeza y vida, y sin saber llegar al extremo de los diversos órdenes creados que conducen todos al mismo centro, en aquel punto del camino hasta donde alcanzaban sus fuerzas erigian una deidad, escribiendo *non plus ultra* al pié de su pedestal; sus facultades y sentimientos, sus necesidades y placeres, entre sí independientes y aisladas, necesitaban cada una un término, un Dios particular; y donde quiera veian un reflejo de verdad, de bondad ó de poder, considerándolo como luz propia, lo adoraban y divinizaban. Divinizaban á los fundadores de su nacion, á sus legisladores, á los inventores de las artes útiles para la vida, á los monarcas justos ó conquistadores temidos, á los sabios que se elevaban sobre la esfera comun de los conocimientos; divinizaban sus facultades,

sus pasiones, sus goces, sus necesidades, todo cuanto influía en su vida ó en sus actos, todo cuanto les parecia de una naturaleza superior. No era todo vil lisonja la apoteosis que hacian de los difuntos soberanos, no era todo temor supersticioso, ó desahogo del cariño el culto que prestaban á los manes de los antepasados; en aquellos divinizaban el poder, conservador de la sociedad, cuya verdadera fuente no conocian; en estos la prioridad de existencia, cuyo primer dador y criador ignoraban. Y mas allá de ese cielo que tocaban, por decirlo así, con las manos, mas allá de esos dioses que tan poca distancia separaba de los mortales, entreveían un espacio infinito, obscurísimo, donde nadie se atrevia á lanzarse, donde reinaba el *Hado*, el *dies de sus dioses*, ó mas bien la negacion de todo Dios. La idolatría seguida hasta el último resultado hubiera llegado al ateísmo, y solo se salvaba de él merced á la inconsecuencia; porque toda supersticion es impía, así como toda impiedad es supersticiosa.

Quitad de en medio á un Dios, pero al Dios de los cristianos, al Dios único, creador y pródigo, de quien salen y á quien van á parar todas las cosas; y todo queda descuadrado y sin objeto, y el gran conjunto del universo se fracciona en mil y mil porciones que buscan en vano su centro de gravedad. No querreis un Dios, y tendréis mil entónces, negaréis fe á la verdad universal, á la clave que todo lo explica, y tendréis que creer en cuanto os rodea, que será desde entónces un enigma para vosotros. La libertad es el orden, la libertad es la facultad que tiene cada sér de obrar según las leyes de su esencia; y en este sentido, no nos cansarémós de repetirlo, la fe divina es la libertad de la razon, porque emancipándola de todo dominio extraño, la sujeta al único á quien lo está por su esencia: la religion es la libertad de las sociedades y del individuo, según á este ó á aquellas se aplica, porque es la única que puede ilustrarlas acerca de sus leyes esenciales, de su origen, de sus deberes y de su destino. En todos los conceptos religiosos y

políticos, físicos y morales, nada hay tan libre como el orden y la legitimidad, nada tan opresor y tiránico como la anarquía y la revolución.

Mientras que algo se afirme aunque sea un error, habrá fe, habrá religion, si bien falsa; mientras quede un palmo de tierra firme que no devore el océano de la duda, allí se levantará un altar, cualquiera sea el ídolo que en él se siente. El ateísmo es tan imposible como el escepticismo completo, como el suicidio de un espíritu: en tanto que viva este, deberá creer, deberá adorarse á sí mismo á falta de otro objeto. El mismo dia en que los revolucionarios franceses proclamaron el ateísmo, reconocieron una divinidad, y no implícita ó al ménos abstractamente, sino con nombre, efigie, templos y solemnidades, con todo el aparato del culto externo: esta divinidad fué la *Razon*. He aquí toda la altura á que puede llegar la razon: ¡pero insensata! no advierte que destruyéndolo todo, no halla así donde sentar su trono, porque nada se edifica sobre la nada, y que mal puede mandar quien no tiene á quien, ni gozar de los honores de la divinidad quien carece de adoradores.

Todo lo que es objeto de fe, lo es tambien por consiguiente de cierto culto y religion, siendo ámbas á dos igualmente indispensables: pero solo la religion católica centralizándolo todo en Dios, y legitimando el culto, puede eximirnos del politeísmo y de la superstición. Cualquier otra autoridad sería usurpacion, cualquier otro rendimiento sería de parte nuestra mengua y servilismo; mas una independendencia absoluta fuera un absurdo. Seguro es que no nos hemos dado el sér á nosotros mismos; tampoco nos hemos dado la verdad: que necesita nuestro cuerpo de alimentos estrínsecos; tambien al espíritu le viene de fuera su sustento; el hombre tan dependiente por la parte que le liga con el polvo que huella, con mas razon lo será por la que mira al Criador que le formó. La razon es esencialmente pasiva, es un espejo donde todo se pinta, y nada de

suyo existe, una puerta que puede cerrarse ó abrirse á las impresiones que de fuera le vienen, y que nada tiene en sí de activo sino la facultad de recibir ó rechazar, y de elaborar á su modo lo recibido. Acia el mundo físico tiene abierto un conducto, y es el de los sentidos; ácia el mundo espiritual tiene otro, y es el de la tradicion. Si no fuera por temor de extravarnos de nuestro propósito, y por el deseo de volver á este punto con mayor detencion, indicariámos con cuanta profundidad y acierto señaló Bonald la *palabra* como base y principio de los conocimientos humanos, poniendo por tanto su fuente fuera de nosotros, y remontándola de generacion en generacion hasta Dios que la reveló al primer hombre: pero bastará preguntarnos lo que sería el hombre apartado desde la niñez de toda comunicacion, lo que sería una razon completamente aislada; ¿qué ideas podría tener del mundo espiritual, de su origen y de sus destinos? qué podría hacer sino sentir el vacío sin alcanzar á llenarlo, gemir en su ignorancia sin remediarla? Y si reunimos millares y millares de esas razones individuales destituídas de toda tradicion, ¿brotará acaso de entre ellas la verdad y la luz? sí, cuando resulte alguna cantidad de una inmensidad de ceros, ó cuando puedan darse luz unos á otros una multitud de espejos colocados en la obscuridad. Hasta en el órden físico no hacemos otra cosa que combinar y clasificar sensaciones; y las que se llaman ciencias positivas no son mas que hipótesis ingeniosas muchas veces, deducciones fabricadas sobre una base aérea; á poco que las profundicemos nos hallamos con alguno de aquellos principios que llamamos claros por no poder dar razon de ellos, con algun arcano que creemos penetrar por haberle dado nombre. ¿Qué será en el órden espiritual, el cual las sensaciones, léjos de auxiliar, contrarían amenudo? A ménos que no se proclame un sensualismo completo, á ménos que no se diga que el alma vive exclusivamente por los sentidos, de lo cual resultaria como muy inmediata consecuencia que vive tambien para los sentidos, existen ideas

de un orden superior que ella no puede recibir por medio del cuerpo al cual va unida, por grandes que sean las analogías que se supongan entre lo visible y lo invisible; ideas que tampoco pueden ser patrimonio innato del alma, pues de otro modo no dormirían enteramente desconocidas durante los años de la infancia; ideas en fin, que no se revelan en el hombre, sino cuando se hace capaz de recibir en sí la tradición y de comprender la palabra que es su conducto, y que proceden siempre de un impulso extraño, de una autoridad sea legítima, sea usurpada, de una fe que en último término debe refundirse en Dios mismo. El mundo visible puede hablar á los sentidos y por medio de ellos al alma, pero al alma directamente no puede hablar sino Dios. El hombre interroga, solo Dios responde; el hombre no tiene mas que facultades, solo Dios le suministra materia para ejercitarlas; el hombre no tiene de suyo mas que la inercia y la ignorancia, solo Dios puede imprimirle movimiento y doctrina. Ni aun la negacion pertenece en propiedad á la razon humana, pues para negar preciso es que algo se le proponga. Véase pues con cuanta justicia dijimos en otro número que la ciencia del hombre es negativa, puesto que la negacion es el único acto de su independencia, y que su estension solo se mide por lo que duda. La mayor, la única verdad que ha podido descubrir por sí sola, es la siguiente: sé que no sé nada.

Esta que á primera vista parecerá una paradoja, ó cuando ménos una exajeracion, es sin embargo una verdad comprobada á cada paso. El rústico vive indiferente en medio de las maravillas de la naturaleza, ni sospecha que haya en ellas un arcano, creyendo todo y nada mas de lo que alcanzan sus sentidos; la curiosidad y la duda van desarrollándose al par que la razon y los conocimientos. Las ciencias ensanchan de cada dia su esfera, pero su esfera es un vacío; y á cada paso que dan brotan bajo sus huellas mil y mil problemas ántes desconocidos, y las dificultades se agrandan conforme mas de cerca las tocamos. No dudaríamos afirmar que en las ciencias naturales se ignora en

el día mucho mas que en los tiempos antiguos, cuando con algunos principios generales ó groseras hipótesis se creía explicado todo: mas ahora cada adelanto hecho en ellas nos revela un mundo ignorado y fenómenos de todo punto inconexos, en los cuales se pierde la razon. Y lo mismo que en esta, observamos en las demas facultades del hombre, que al paso que se desenvuelven sienten mas su vacío y su malestar: lo mismo sucede con las sociedades que con el refinamiento de la civilizacion pierden su envidiable reposo primitivo. Donde quiera se introduce la ciencia humana lleva consigo su cortejo de disputas, y deja en pos de sí un rastro de agitacion y de inquietud.

Sin pretender dar mas valor á nuestra asercion siguiente que el de una simple teoría, si bien apoyada en sólidos fundamentos y analogías, creemos que nada hay en el hombre rigurosamente original, y que le es tan imposible inventar de la nada una idea, como crear un cuerpo de la nada. Su trabajo y actividad en una y otra esfera se limitan á descomponer, á reunir, á modificar, á trasformar, prestando á las cosas miles y miles de formas, bajo las cuales existen siempre los mismos elementos. El entendimiento no es mas que el laboratorio químico de las ideas, y la mayor ó menor excelencia de la razon se mide únicamente por la fuerza y habilidad de que está dotada para semejantes operaciones. El pensamiento mas sublime, la invencion mas original no son en nuestro concepto sino una nueva combinacion encontrada; y nõ creemos por esto rebajarlas, porque ¿qué otra cosa son nuestras invenciones en lo material? Nada obstan al presente sistema la variedad y la innumerabilidad de los pensamientos; ¿quién ha agotado la de las formas de los cuerpos? Mucho prueban á favor nuestro la importancia que se da á la educacion, á las relaciones, á la posicion particular, al lugar y al siglo en que vivimos, como que esencialmente influyen en la naturaleza y direccion de las ideas; mucho tambien la curiosidad que nos lleva á investigar estas circunstancias personales en los hombres cuya inteligencia nos admira,



y á sorprender, digámoslo así, la generacion de sus pensamientos. Gran parte descubriríamos del secreto de su composicion, si fuera posible el estudio de su vida íntima y de sus mas leves accidentes, mucha hay de la cual ellos mismos únicamente pudieran informarnos, mucha tambien de la cual no pudiera dar razon sino Dios, porque no siempre conoce el hombre lo que sobre él influye. ¿Porqué la frecuencia de los viages y de la sociedad ilustra en un espíritu observador, no solo la memoria, sí que tambien el entendimiento? porqué, si busca el otro la sabiduría en el retiro, llama al ménos á los libros por compañeros? dos fuentes de ilustracion son estas muy distintas, pero privadas de entrámbas al hombre, privada del comercio con los vivos ó con los difuntos, y veréis qué cuenta dará su inteligencia. Y los siglos ¿porqué progresan, sino porque reciben en herencia los adelantos de los pasados? quitad la tradicion, ó suponed que cada generacion desapareciera del mundo toda de una vez, sin dejar de sí rastros ni en libros ni en monumentos, y el mundo nunca pasaria de la infancia de la civilizacion. Júzguese pues si será temerario afirmar de una facultad cuya impotencia individual todos reconocemos, y que sin embargo, segun sea su posicion y su comercio con las demás, puede llegar á un grado de perfeccion admirable, afirmar, repito, que es una facultad pasiva que por sí no puede crear ni inventar.

Siendo esto así, y viniéndonos de afuera todo conocimiento, no comprendemos en verdad lo que significa en materias que no sean físicas la palabra *filosofía*, considerada como creacion y producto de la razon abandonada á sí propia, y contraponiéndola á la *religion* hija de la fe. Podrá ser una negacion, una restriccion, una dada, pero jamas una cosa positiva; podrá destruir, pero crear de ningun modo: la filosofía en este sentido no puede tener dogmas ni verdades, ni proponer cosa alguna como tal. Lo único que posee de afirmativo en el órden espiritual es lo que adopta y deja subsistente de la re-

ligion: y cuando mas hostil se le manifiesta y de mas independiente blasona, trabaja, sin saberlo ó sin confesarlo, sobre las verdades de aquella, las modifica, las elabora, las vuelve y revuelve bajo mil formas distintas; pero por mas que haga, no puede moverse fuera de su círculo, y para que tenga un soplo de vida, ellas son las que deben servirle de alimento. Sin la religion solo es posible una filosofia; la del escepticismo: y en él llega á caer el error tarde ó temprano, y caeria desde luego si fuera lógico y consecuente; porque siendo la verdad una é indivisible, y siendo imposible separar unos de otros los eslabones de su cadena, es preciso reconocerla ó negarla toda. Mas el error por un instinto de conservacion, al sentirse resbalar por la fatal pendiente, se ase con fuerza á algunos restos de verdades como á las raíces que crecieran sobre el borde de un abismo, que ó bien se rompen despues de crujiir mas ó ménos tiempo entre sus manos, ó bien le proporcionan por un esfuerzo extraordinario, ayudado de alguna mano amiga, el fijar otra vez el pié en tierra firme.

He aquí porque la filosofia para ser algo, jamas niega de un golpe todas las verdades, y si con la diestra quiere hacer guerra á unas, con la siniestra debe asirse á otras; siendo tanta su dependencia respecto de la religion, como la del hombre respecto de Dios, contra quien ni aun sublevarse puede, sino abusando de los mismos dones que le concedió. Pretenderá oponer enseñanza á enseñanza, edificio á edificio; pero las piedras con que intenta construir sus escuelas; son piedras robadas de los templos, y el solar mismo sobre que edifica es un solar sagrado. Descompongamos los sistemas filosóficos que mas estraños y nuevos nos parezcan, y que mas presuman de innovadores; y no nos será difícil discernir los elementos que de una y otra tradicion han tomado, y hallar en su fondo una verdad religiosa mas ó ménos desfigurada. Ciencia en la esfera superior á los sentidos es sinónimo de *religion*, porque el conocimiento de ella no se adquiere sino por la fe: *filosofia*.

es sinónimo de duda, y sin la religion ni aun nombre tendria, como no lo tuvieran las tinieblas si no hubiese luz, como no lo tuviera la nada si no hubiese sér. En todo lleva la filosofía este sello de duda é incertidumbre, hasta en su misma tecnología; su aparato de análisis, problemas, cuestiones, etc. se parece mucho á una coleccion de instrumentos anatómicos muy aptos para disecar, mutilar, matar si importa, pero incapaces de dar un minuto de vida. Solo que la filosofía nada puede destruir sino respectivamente á sí misma; se priva de la verdad mas no la aniquila, así como los ojos pueden cerrarse á la luz del sol, pero no estinguirla en su fuente.

Y estas reflexiones, y el paralelo que establecemos entre la religion y la filosofía, no se limitan á los tiempos trascurridos desde la aparicion del cristianismo, y á la situacion que una y otra actualmente ocupan, pues siendo la primera la verdad misma revelada bajada directamente del cielo, la otra en caso de contrariarla ó restringirla no puede ser sino una rebelion y un sacrilegio; sino que se estiende á aquellas épocas mismas en que corrompida la tradicion, hasta el punto de no poder discernirse lo que habia en ella de mentira y de verdad, podria parecer la filosofía una legitima protesta contra sus absurdos, y una luz interina para disipar en parte las tinieblas que cubrian la faz de la tierra. Para mostrar la nulidad de la filosofía como elemento activo y creador, para hacerle ver su dependencia, no tenia necesidad de aparecer el cristianismo, porque esta nulidad y esta dependencia estaban en su raíz misma. Aquí prescindimos por un momento de lo legitimo ó ilegítimo de la autoridad, de lo verdadero ó falso de la tradicion; basta para nuestro intento observar que la filosofía no ha podido vivir nunca sino en la esfera de aquella, y que cuando algo ha tratado de hacer, ha tenido que pedirles prestados los materiales. En una palabra, á la religion únicamente pertenece, no digo solo resolver, sino aun tratar los problemas espirituales y morales del hombre, y la filosofía no ha podido

hacer mas que destruir sin edificar. El mundo fisico es su esclusivo patrimonio, y cuando intenta traspasar las fronteras de su imperio para invadir el ageno, ó queda ella misma cautiva, ó lo arrasa y aniquila todo.

Difícil sería señalar la época en que empezó la filosofía, emancipándose de la religion, y en que principiaron á andar divididos los nombres de sabios y de sacerdotes: lo cierto es que pasaron muchos siglos ántes de este divorcio; tardanza que no comprendiéramos en verdad, si fuera la razon por sí sola activa y creadora. Se dirá que no estaba todavía suficientemente ilustrada para gobernarse, que la civilizacion no estaba bastante avanzada; pero ¿qué es esto sino confesar con palabras mas ó ménos especiosas que hay una luz estraña á la razon que se adquiere y no nace con ella, que va aumentando con el tiempo, y enriqueciéndose con la tradicion de las pasadas generaciones? Nunca los legisladores de los pueblos antiguos, ni cuantos se ocuparon en cosas concernientes al órden moral y espiritual del hombre, hablaron á sus semejantes en nombre de la filosofía, sino en el de la Divinidad cuya voz ora en sueños, ora por boca de los oráculos, ora en el fondo de los bosques suponian haber oído: los filósofos mismos daban á sus sistemas un barniz de sobrenatural y milagroso, y Sócrates el mas sincero de ellos pretendia tener un *genio familiar*. Aun cuando no designemos otro motivo de este hecho general é innegable que el objeto de esplotar en favor propio la supersticion del vulgo, y el de poner al abrigo de todo humano ataque sus leyes y concepciones, no serviria ménos de apoyo á nuestro aserto la conviccion general que supondria en el género humano, de que la verdad no es producto de la tierra y desciende del cielo, y que el hombre no puede enseñar al hombre, sino Dios únicamente. Mas en honor de la humanidad creemos que había en aquel hecho algo mas que una sórdida especulacion ó una sacrílega impostura, y no es verosímil que existieran contemporáneas, en unos tan necia

credulidad, en otros impiedad tan refinada. Si alguna fe hubieran tenido en su razon estos últimos ¿á qué buscar para sus partos una sancion religiosa? el fuerte sometia al débil, sin curarse de apoyar su usurpacion en el derecho divino, sino en la fuerza misma; ¿por qué pues el sabio no habia de mandar al ignorante fiado en la sola superioridad de su razon, sin necesidad de revelacion supuesta? Digamos mas bien que ellos sabian no haber puesto nada de lo suyo, que estaban convencidos de su mision los mas de ellos, y que con sus fábulas maravillosas sensibilizaban únicamente, por medio de una imágen acomodada á la grosera comprension de las gentes, la procedencia sobrenatural de aquellas verdades que no habian hecho sino recoger de los restos esparcidos de la tradicion.

La modesta etimología del nombre *amor de la ciencia* indica como empezó la filosofia. La razon no creó la ciencia, ni la halló dentro de sí misma, sino que se lanzó en busca de ella, la amó, le prestó una especie de culto. El filósofo fué peregrino ántes que pensador, viajó por lejanas regiones ántes de encerrarse en su retiro, y no empezó á construir su colmena sino despues de haber chupado el aroma de todas las flores conocidas. Largos y numerosos fueron los viages de los filósofos griegos, primeros que con este nombre se conocen, é hijos primogénitos del racionalismo, por el Egipto, por la India, y por los países del Oriente, donde mas pura y mas reciente á la sombra de los templos y del misterio se conservaba la tradicion. Sabido es con quanto áfan interrogaron los oráculos de Brahma y de Osiris, estudiaron sus sagrados geroglíficos y sus enigmáticas teogonías, é introdujeron en su patria como caudal y adquisicion propia las mercancías extranjeras. Si alguna luz alcanzaron á derramar sobre materias tan sublimes pero tan necesarias al mismo tiempo, no brotó de su razon esta luz, sino que fueron á encenderla en las aras de los dioses extranjeros donde quedaban aun centellas del sagrado fuego de la tradicion. Muchos han sostenido, y no sin sólidos fundamentos, que

Platon el mas eminente de los filósofos antiguos, y que mereció contar á muchos santos Padres entre los de su escuela, tuvo noticia en sus viages al Oriente de los libros de los judíos, y el nombre de *divino* que se le dió prueba como generalizada entónces esta convicción misma de que la ciencia no podia proceder sino de Dios, y que el sabio no era mas que su instrumento. Sea como fuere, la escuela *afirmativa* de Platon tuvo poco séquito en las aulas, y menor influjo todavía en la sociedad; sus libros no fueron considerados sino como hermosos sueños, ó monumentos curiosos de la ciencia, y á pesar de sus ideas sublimes de Dios, y de sus bellas lecciones de moral, el culto fué de cada dia haciéndose mas grosero, y las costumbres mas corrompidas. Las demas escuelas ó se contentaban con negar, aniquilando toda tradicion en vez de depurarla, ó faltas de toda idea de espiritualismo, arrastrando por la esfera de los sentidos, y aglomerando monstruosamente las ideas acá y acullá recogidas, elaboraban absurdos sistemas mil veces mas groseros que las supersticiones que pretendian reemplazar. Es de notar que las escuelas que mas séquito alcanzaron, primero en Grecia y trasplantadas luego á Roma, fueron la estoica, la epicúrea y la pirrónica, es decir la fatalista, la materialista y la escéptica, las tres grandes negaciones de toda providencia, de toda virtud y de toda verdad. Si este fué un progreso del espíritu humano y un paso para el mejoramiento de la sociedad, dígalo la historia lamentable de aquellos tiempos; aunque nosotros no tenemos necesidad de esta prueba práctica para afirmarnos en que es preferible el error á la incredulidad, como la enfermedad es preferible á la muerte.

Con la revelacion del cristianismo desalojada la filosofia por la luz inmortal de este de aquella region superior en que solo habia palpado tinieblas, y confinada en el recinto de que nunca debiera salir, en la observacion é investigacion de las cosas naturales y sensibles, tomó muy pronto otro sesgo hostil á la religion, no ya contrariándola abiertamente y minándola:

por su base, sino presumiendo enmendar su fábrica y dar mas solidez y trabazon entre sí á las partes que la componen. Todas las heregías teológicas no son mas que errores filosóficos, que pretendiendo explicar por los principios que rigen en el mundo material lo que es de una esfera muy superior, ó aproximando una á otra dos verdades aparentemente contradictorias y cuyo lazo no percibia la razon; negaban ó torcian violentamente lo que no era dable comprender. Examínense una por una las heregías anteriores al protestantismo; ó eran reminiscencias de los siglos idólatras y de las corrompidas tradiciones, ó falsas analogías sacadas de lo natural, é indócilidad de los sentidos, ó pretensiones orgullosas de averiguar lo que Dios quiso ocultarnos; y en la guerra que hizo por partes al catolicismo la razon encarnada sucesivamente en ellas, de toda clase de armas encontramos, pero ningunas que puedan llamarse hallazgo ó creacion de la filosofia.

El protestantismo inauguró una nueva guerra, no ya por partes, sino dirigida al todo y á la base, tal vez sin aperebirse de ello sus autores, cuyos principios tampoco eran del todo nuevos, pues los Albigenses y Wiclefitas habian ántes echado ya la semilla del árbol que todavía no era bien conocido por sus frutos. Fué el protestantismo la negacion de toda tradicion y autoridad, la abierta rebelion de la materia contra el espíritu, rechazando la carne cuanto le era penoso, y los sentidos cuanto les era incomprendible; nada nuevo afirmó su doctrina: mas á pesar de sus principios eminentemente negativos y destructores, salvóle la inconsecuencia de su aplicacion; y lo mucho que conservó del catolicismo, el nombre de Jesucristo, su moral aunque adulterada, el fantasma de iglesia que intentó crear, prescindiendo de causas políticas y sociales, le conservaron por algunos siglos la existencia que todavía arrastra lánguidamente. De suerte que sus variaciones y su duracion prueban igualmente en favor nuestro: aquellas deponen de la caducidad del error, esta de la fuerza de la verdad que puede dar vi-

da por algun tiempo al error mismo si este en parte la respeta.

Bien pronto se vió que el protestantismo era solo la primera fase de la incredulidad universal, y que con el desarrollo de su pestífero germen iban disminuyéndose rápidamente las verdades por los hijos de los hombres. En el siglo XVIII empezó á darse á conocer la filosofia en la acepcion en que la tomamos en este artículo, aunque debiera mas bien llamarse racionalismo; y el timbre de *incrédula* que no reparó en aceptar, manifiesta sobrado su índole negativa para que nos detengamos en demostrarla. Abrió la marcha la escuela sensualista, siguieron las ciencias naturales suministrando cada cual su contingente de armas, luego la historia y la erudicion desenterrando antiguallas que convertian en instrumentos de guerra, y pergaminos en los cuales se esforzaban en leer sus doctrinas; no parece sino que el hombre queria sublevar contra Dios las difuntas generaciones y el mismo universo insensible: pero ¿dónde está el sistema psicológico, el dogma, la verdad que proclamaron? Aun mas: el prodigioso desarrollo que inspiró bastante audacia á la razon humana para divinizarse, el vigor que tan funestamente empleó solo en la destruccion, el caudal de conceimientos, la sutileza de las objeciones, eran dones que exclusivamente debia á la Religion; era aquella filosofia una sierpe que mordía el seno que la habia calentado y reanimado; combatia el cristianismo y le asestaba sus tiros á la luz de los resplandores inmortales que de sí despedía. ¿No le hicieron guerra acaso con sus mismos dogmas, y en nombre de los sentimientos que él únicamente podia haber inspirado? ¿qué hubieran sabido ellos de libertad, de igualdad y de independencía, hijas del cristianismo en su recto sentido, y que solo acertaron á profanar? ¿qué hubieran sabido de humanidad, de tolerancia, de caridad, palabra que en vano, para hacer olvidar su origen, sustituyeron con la de *filantropía*? ¿qué hubieran sabido de tantas virtudes que en el mundo idólatra ni aun nombre tenían? acaso en la antigüedad se habia elevado nunca un filósofo con miras



*humanitarias*, ó aspirara á una especie de apostolado para ilustrar y hacer felices á sus semejantes? Porque es preciso confesarlo, desnudándonos del odio que nos inspira su negra ingratitude y la perversidad de sus miras; la filosofía del siglo XVIII es por lo general mas elevada que la de la antigüedad y contiene mayor número de verdades, porque lleva aun á pesar suyo el sello del cristianismo, y ademas conoce al par que su desnudez la necesidad de vestirse con ajenas galas, y de satisfacer convicciones y sentimientos que no se arrancan una vez sembrados. No es una sola la apología que del catolicismo se ha formado solo con fragmentos de autores incrédulos y con sus involuntarios homenajes. Concretémonos solo á la moral, que es la que mas dificultades á nuestra asercion ofrece, pues estando su fuente y su aplicación dentro de nosotros mismos, y teniendo por impulso los sentimientos y la conciencia por guía, parece que mas debiera estar al alcance de la razon: y sin embargo, ¿qué ideas tuvieron de ella los filósofos antiguos, á pesar de los vislumbres de la tradicion primitiva? cuántos crímenes no permitieron? cuántas injusticias no sancionaron? y los filósofos modernos qué han hecho sino copiar completamente el código moral del cristianismo? Solo que promulgaron en su nombre lo que ántes se habia promulgado en el de Dios; intentaron trasplantar el edificio entero sin que este se estremeciera desde la base del *deber* á la del *interes*, y la esperiencia va mostrando sus frutos y madurando los desengaños.

Corre en el dia muy en voga una especie de filosofía, que sin negar lo que ha tomado del cristianismo, y hasta rindiéndole homenajes hipócritas, presume sin embargo mejorar su obra, aspirando á una perfectibilidad indefinida. Claro está que para estos filósofos no puede ser el cristianismo una religion, porque ¿quién será el temerario que aspire á completar la ciencia de Dios con la ciencia del hombre? el cristianismo no será para ellos mas que una escuela filosófica, un producto de la razon sujeto como tal á mudanzas y adelantos. No echarémos ma-

no por ahora de los innumerables argumentos históricos y metafísicos que aniquilan este error, no tan nuevo que no halle ya precedentes entre las heregias de los primeros siglos: solo un reparo opondremos que es el que mas hace á nuestro propósito. ¿Cómo es que no ha habido otra filosofía afirmativa que el cristianismo? cómo es que nada parecido vieron los siglos anteriores ni los posteriores? cómo es que de la razon de un hombre solo brotó la verdad toda que nunca pudieron hallar las generaciones de ántes, y á la cual nada han podido añadir las siguientes? cómo es que desde diez y nueve siglos acá, despues de un paso tan gigantesco, ha quedado estacionaria la filosofía? A vista de lo pasado permítannos pues esos adoradores de la razon ser mas desconfiados del porvenir y de sus anuncios lisonjeros. El espíritu humano para su alimento necesita de verdades, y no de profecías que no empiezan á serlo sino desde su cumplimiento; y puesto que á nosotros nos tocó nacer todavía bajo el reinado del cristianismo, séanos lícito ser cristianos, y creer como tales en la divinidad é inmortalidad de nuestra religion.

Sacrílego por consiguiente, y no ménos que sacrílego es insensato, el empeño formado por algunos de divorciar la filosofía de la religion, y aun de suponer que puede aquella oponer dogmas á dogmas y verdades á verdades: y sacrílega es igualmente la presuncion de los que se colocan entre una y otra como mediadores, si entienden que la reconciliacion ha de ir precedida de transacciones por entrámbas partes, y consideran de igual naturaleza á los combatientes. Es muy comun oír en nuestros tiempos deplorar los abusos é ignorancia de aquellos siglos en que marchaba sola la religion sin la luz de la filosofía, y los escesos á que por su odio á la religion se dejó arrastrar una filosofía atea, presentando como el mas bello porvenir de la humanidad aquel dia en que ámbas mezclen sus luces, y se enlacen en estrecho abrazo. No será por cierto la religion quien lo rehuse, porque jamas ha tenido miedo á la luz de la filosofía; pero se engaña el que crea que esta luz

haya de añadir algunos quilates á los resplandores de aquella, porque la filosofía, en el sentido que nos hemos concretado á darle en este artículo, podrá quitarle cuanto quiera, pero añadirle nada; su antorcha incendia, no ilumina. Pero si la filosofía se toma por sinónimo de sensatez y recta razón, entónces no data desde ahora su intimidad inseparable con la religión, que, prescindiendo de los abusos cometidos en su nombre y de la debilidad de los mortales, nunca ha cesado de ser bajo este aspecto racional y filosófica en sí misma. Así pues de todas maneras esta reconciliación de la religión y de la filosofía considerada como cosa necesaria y como efecto de mútuas concesiones, es una blasfemia y un absurdo, suponiendo que la religión tiene necesidad del racionalismo, ó que pudo ser algun tiempo irracional. Lo único que es de desear y de pedir es que la filosofía, conducida por el camino mas breve á los piés de la religión, enmudezca y adore, y que el estudio de las cosas visibles le sirva solo para respetar mejor los arcanos de lo invisible, y bendecir al Criador universal.

De estos principios que hemos procurado sensibilizar cuanto nos ha sido dable con la observación y la experiencia, deducimos tres consecuencias cuya importancia hará perdonar acaso lo abstracto de la materia, y lo mucho que en ella nos detuvimos. Siendo la razón no un principio creador y activo, sino una facultad pasiva á la cual le viene de fuera el alimento y la materia de su ejercicio, y existiendo en ella muchos pensamientos, muchas verdades que no pueden introducirse por el conducto de los sentidos, debe reconocer una tradición, una fe, una religión, un Dios, cuatro nombres que en último término vienen á ser lo mismo. Solo puede negarse esta necesidad por el que no reconozca mas órganos para la razón que los sentidos, ni mas ser por consiguiente que la materia. La filosofía, considerada como emancipación y divinización de la razón humana, no puede ser sino la religión de los materialistas.

Naciendo de la tradición, y no de la razón, todas las ideas de esfera superior á la de los cuerpos y de los sentidos; en la religión, es decir en la tradición genuína y verdadera, y no en la filosofía, están basados el orden espiritual, el orden moral, el social, el político, y cuantos están mas arriba del orden físico y material. Dogma filosófico, moral filosófica, leyes filosóficas; son palabras que implican en sí propias. Hasta los sentimientos que tienen una fuente mas elevada que las sensaciones, purgados de la escoria de la degradación original, son inspiraciones de la tradición, de la fe, de Dios mismo.

La razón en el orden sobrenatural no tiene mas oficio que discernir la tradición verdadera de la falsa; así que una vez reconocido el catolicismo como religión verdadera, cesa de todo punto de intervenir en él la filosofía, porque cualquier negación destruiría su divina esencia. La razón de los cristianos está unida á Dios por una larga cadena de verdades: que se rompa la cadena por un punto mas alto ó mas bajo, que sea mas ó ménos importante á nuestros ojos la verdad que se niegue, de todos modos caerá la razón en la honda sima del escepticismo. La religión todo nos lo explica, todo lo dora y alumbra; pero si ingratos con ella pretendemos apurar temerarios un misterio, un arcano que se haya reservado, nos sucederá lo que á aquel príncipe de las *Mil y una noches*, que viviendo en el seno de las delicias, en el encantado palacio de los cien salones, por querer entrar en el que únicamente se le habia vedado, deshizo el encanto, y volvió á encontrarse de repente en áspero y pavoroso desierto.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

## INTOLERANCIA.

**D**OLENCIA, y una de las que mas hondamente corroen la nación española, teniéndola clavada en el lecho del dolor, es la intolerancia: aquel pueblo que un dia midió su poder por los confines del mundo, y ante el cual se ponian de rodillas los demas pueblos, yace lánguido y desfalleciente; y como si no fuera bastante que su nacionalidad se estinguiera lentamente, como quien dice, presa de una tisis, acaba de apoderarse de él la fiebre revolucionaria poniéndole en convulsivas agitaciones, que es posible, ¡ay harto posible! sean ya las bascas de la agonía. La virtud mas intachable, como el mas despejado talento, y toda eminencia de cualquier linage que sea, son arrumbadas, como muebles carcomidos por la polilla, en aquella nacion sobre la cual pesa duramente el yugo de la intolerancia: y cosa de observar es que, segun cuales fueren las filas en que uno combatiere, embocan sus correligionarios la trompa de la fama para pregonar sus virtudes siempre algo exageradas, mientras se arman del microscopio para descubrir los defectillos, los lunares del alma, de los que militan bajo las opuestas banderas. Donde empero se ostenta con mayor descoco la intolerancia es en las revoluciones, en esas tempestades que todo lo devastan; y son de demasiado bulto los acontecimientos para que hayan podido pasar desapercibidos, y demasiado corto el tiempo para que háyamos podido olvidar aquellos dias, que nunca debieran haber lucido, en que la intolerancia degollaba á inofensivos sacerdotes sin otro crimen que haber encanecido á la sombra del santuario, y engullia cuantiosos bienes que se convertian ántes en ornato para los templos y en óbolos de caridad en el seno de la indigencia. Y la intolerancia era la que escribia con un carbon en las frentes de cuantos vamos á buscar al pié de los altares bálsamo con que cicatrizar las heridas

del corazón, un mote que sin trabajo recordarán nuestros lectores, y la que finalmente descargaba el hacha sobre tantos edificios que la piedad de nuestros padres levantó, y que nosotros sin mengua de vándalos no podíamos ménos de legar á las futuras generaciones siquiera como monumentos arquitectónicos.

Sin embargo cuando tan finestos recuerdos cruzan por nuestra memoria, si los ojos se anublan de dolor, sentimos empero la resignacion que descende á alentar nuestro pecho; porque cosa sabida es que como el error no tiene larga vida delante de sí, hace recordar su imperio con sangrientas huellas: y hasta llegamos á lisongearnos de que los hombres que en nombre de la intolerancia se han sentado en los sillones del poder, por diferente que haya sido el manto con que se hayan enbozado, no podian ménos de prever que la noche de su funesta dominacion acabaria, así que alborease el día de la justicia. La tolerancia pues en las opiniones políticas es una imperiosa necesidad en la Europa del siglo XIX, y puesto que la generacion actual trata de marchar en busca de *mundos desconocidos*, felices nosotros, si alcanzamos á reconciliar las necesidades del porvenir con el respeto á lo pasado, y asegurar sobre la firme base de la justicia las modificaciones que la época reclama!

En los países regidos constitucionalmente hay una espaciosa arena á la que han de poder saltar los hombres de cualquiera opinion, y aquí queremos que tambien campee la tolerancia; pero esta se traducirá en cobarde y criminal complicidad, así que los depositarios de la autoridad pública se duerman en brazos de una insensata seguridad, cuando el bando que llevó lo peor de la batalla con tenebrosas intrigas fragua planes siniestros que madurados con el tiempo llegan desgraciadamente á realizarse. Y aunque sea meter el dedo en la llaga, debemos decirlo; en España la libertad no fuera saludada á metralladas, y no hubieran por dó quiera brotado enemigos para combatirla, si léjos de hollar la cruz, se postrara á su pié cual recatada vírgen, y no ardiera en su mano la tea

cuando solo debiera haber brillado el olivo.

Puesto que de intolerancia hablamos, no se nos oculta que hay quien achaca á la religion cristiana la nota de intolerante por no haberse plegado á las innovaciones hijas del racionalismo filosófico, y esta es principalmente la cuestion que tratamos de debatir. Sí, el catolicismo es intolerante en cuanto no puede transigir con el error, porque solamente él es la espresion verdadera del culto que se debe á Dios; y malamente la fe puede avenirse con el error, como la luz del astro de la mañana destierra las tinieblas que durante la noche cobijaron la tierra.

Entendiendo por tolerancia la caridad mútua que debe enlazar á todos los hombres entre sí, formando de todos ellos una sola familia cuyo Padre está sentado en los cielos, ninguna religion mejor que la católica la ha predicado tan altamente, como que el espíritu del cristianismo es espíritu de paz, de dulzura, de caridad universal. Palabras de conciliacion fluyeron siempre de los labios del Hombre-Dios, quien encargaba á sus discípulos que cuando fuesen perseguidos en una ciudad se marchasen á otra. San Pablo en la primera carta que escribió á los Corintios les dice: *Nosotros somos perseguidos, calumniados, maltratados, y todo lo sufrimos con paciencia*: y en otra carta mandó á los fieles de Tesalónica que corrijan sí como á hermano, pero que nunca miren con enemiga al que no se anoldare á la moral evangélica, que tan noble intérprete tenia en la pluma del grande Apóstol. Por senda tan luminosa fueron marchando los cristianos de los primeros siglos, y cuando pululaban en todas las provincias del imperio, iban sin despegar los labios á derramar en los anfiteatros por Jesucristo la poca sangre que no habian vertido por los emperadores. Por lo que se echa de ver que la Religion, que al decir de algunos solo puede mantenerse á la siniestra luz de las hogueras, subió al trono de los Césares, alargando sus hijos el cuello á la cuchilla de los tiranos. En el lenguaje de los primeros apologistas brillaba tambien la mayor moderacion: oiga-

mos sino á san Justino cuando se dirige al emperador con el objeto de defender á los cristianos de las calumnias que la maledicencia habia levantado contra ellos. «No obráis con justicia, ó grande emperador, dice el aventajado apologista, cuando perseguís por sus creencias á unos súbditos que beben en su religion los principios de paz, de sumision, de obediencia á vuestras leyes, de una fidelidad inviolable; vuestro propio interes debiera empeñaros en protegernos; si conmovemos el órden público castigádnos, pero si somos de entre vuestros súbditos los de mas apacibles é inócentes costumbres, porqué perseguirnos?» Y todavía ahora que han pasado mas de quince siglos desde que tan bellas líneas fueron escritas, no podemos leerlas sin sentirnos los ojos inundados de tiernas lágrimas.

La supuesta intolerancia, pues, del cristianismo no data desde su nacimiento, y la mas larga fecha que puede contar es desde que Constantino adornó con la humilde cruz del Redentor la diadema imperial. Si el cristianismo se enseñoreó del poder para hacer sentir á la sociedad el peso de la intolerancia, díganlo, puesta la mano sobre el corazon, cuantos hayan leído concienzudamente la historia, ó saludado siquiera la legislacion romana. Una religion que apenas aparecida sobre la tierra tendió una mano amiga al infortunio, ora limando los hierros que encadenaban á los esclavos, ya que no pudo romperlos de una vez, ora levantando á la muger de la abyeccion en que gemia, al rango de compañera del hombre, no puede ser tachada de intolerante. Es cierto que en todos los siglos no ha faltado quien haya mutilado la doctrina, ó rasgado el seno de la unidad; y si en esos dias nebulosos algo de intolerancia ha habido, no es seguramente la Iglesia, sino el bando insurrecto el que debe cargar con la responsabilidad.

Dos revoluciones colosales se han efectuado en estos tiempos, la una verificada en nombre de la libertad religiosa, y la otra en nombre de la libertad civil; la primera desgajó de la unidad romana mas de media Europa, y la segunda hizo estre-



mecer todos los tronos de ella; ámbas demolieron templos, levantando sobre sus escombros cadalsos: porque las revoluciones, cuando no son salvadoras en su verdadero sentido, no pueden dejar en pos de sí mas que regueros de sangre y montones de polvo y ruínas. El protestantismo y el filosofismo pues, aunque separados por mas de doscientos años, se confunden en cuanto uno y otro no son mas que un espantoso caos de contradicciones. Los protestantes cuando débiles pedían á voz en cuello la tolerancia; pero así que á favor de esta engrosaron sus filas, fueron intolerantes con el catolicismo. Despechados de encontrar resistencia, se derramaron con ojos centelleantes de furor por Alemania, Suiza, Francia y Holanda, entrando esos países como quien dice á saco, hasta que cansados á lo último de verter tanta sangre, firmaron tratados de paz, que han violado tantas veces cuantas han podido. En el momento en que estos renglones escribimos O Connell está encausado por defender con noble porfía la libertad de la desgraciada Irlanda. ¡Esta es la tolerancia de las sectas disidentes!

Y no valga lo que los escritores protestantes repiten hasta la saciedad, de que las matanzas y crueldades con que se mancharon sus padres no eran sino represalias de las persecuciones que los católicos habían ejercido contra ellos, porque esto es una impostura que viene desmentida con hechos incontestables. El año 1520 era cuando el famoso Lutero publicó su libro *de la libertad cristiana* en el que escitaba á los pueblos á la insurrección, y el primer edicto que contra ese fraile apóstata espidió el emperador Carlos V no fué sellado hasta el año siguiente: una estatua de la Virgen había ya sido mutilada en Paris, y Alemania y Suiza ardian en revolución, cuando Francisco I espidió el edicto de Nancy que todavía escuece á algunos escritores contemporáneos.

El reinado de la libertad, así religiosa como civil, ha sido inaugurado en Europa bajo el influjo de los puñales, y al paavoroso ruido de los trabucos; cuando si alguna creencia debiera

ser tolerante, sería ciertamente el protestantismo. Fundado en el principio del libre exámen, no puede edificar nada sin que se hunda su misma base; y léjos de poder imponer trabas á las otras creencias, ni aun le es dado exigir que la crean á ella misma, á no violar su axioma fundamental. El que no cree no puede aspirar á ser creído, y ningun hombre por grande que fuera, aun cien veces mas de lo que suponen á Lutero y Calvino sus partidarios, pudiera pretender para sí la autoridad que negaron estos á la Iglesia. Que el catolicismo siendo creencia de fe y autoridad, siempre una, siempre inmóvil, como una roca que baten embravecidas olas, aspirara al exclusivismo; que no tolerara á los que se sustraen á un poder que mira como divino, nada tendria sino de muy conforme con su esencia; pero que el protestantismo, esa proclamacion religiosa de la libertad y de la razon, no solo condene á los que admiten otra creencia, sino que no los admita á su lado, es una monstruosidad que no se comprendiera, si el protestantismo fuese aun cuestion de ideas, y no mas bien de fuerza é intereses.

Verdad es que los príncipes católicos á veces han volado al sosten de la Religion cuando sus enemigos la combatian, y desnudado su espada para esterminarlos; pero si algun esceso en esto se ha cometido, no se atribuya al catolicismo, que entonces no era considerado sino como otra de tantas leyes fundamentales que servían de robusto pilar á la sociedad. Nosotros no podemos culpar ese celo religioso una vez bien dirigido, como que le consideramos el mas rico floron que puede adornar la diadema de los reyes. En España principalmente no han faltado quienes como Felipe II, á cuyo nombre no quisiéramos se horripilaran nuestros lectores, haya mantenido compacta la unidad religiosa, cuando el cisma iba á izar al viento su negro pendon en este suelo eminentemente católico. Calumnia es que rechazamos sobre la frente de nuestros adversarios, la de llamar perseguidores á los soberanos que han sancionado leyes y establecido penas para reprimir unas sectas sediciosas.

y turbulentas, para contener súbditos revoltosos que habian mas de una vez puesto asechanzas al gobierno, para acallar á voceadores que intentaban establecer sus creencias por la fuerza, y para castigar á escritores audaces que no respetaban la religion ni la moral misma. Sostener que esta conducta es una injusta tiranía, y que los que la siguen son por esto solo hombres que desearan abrevarse con sangre, es un verdadero *fanatismo*; es predicar la tolerancia con todo el furor de la *intolerancia*, como dice muy bien un escritor frances. Pues qué! los encargados de la autoridad pública podrán sorprender una conspiracion ántes de estallar, coger todos sus hilos, hacer rodar, si importa, por las tablas de un cadalso las cabezas de los revoltosos, ¿y habrán de permanecer con los brazos cruzados, cuando hay quien subvierta las creencias de un pueblo para derribar el altar y zapar despues el trono? A la intolerancia de nuestros monarcas debió la nacion española paz y sosiego en el interior, y gloriosas jornadas en el exterior, en unos dias en que la Europa era devastada por horriboras revoluciones y guerras de religion, y en que se sembraban gérmenes de disolucion que andando el tiempo tan funestamente se han desarrollado. Si se hubiera introducido entre nosotros el protestantismo, hubiéramos tenido que arrostrar una guerra civil, y la unidad de la monarquía española no hubiera podido resistir á las turbulencias y sacudimientos de una disension intestina; porque sus partes eran tan heterogéneas, y estaban por decirlo así tan mal pegadas, que el menor golpe hubiera desecho la soldadura. La division política sucediendo á la division religiosa, y el furor de las facciones inflamado por el ódio de secta, habrian desgarrado nuestras provincias, y fraccionado miserablemente la monarquía *en cuyas tierras nunca se ponía el sol*, cabalmente cuando en las cuatro partes del orbe debia hacer frente á tan multiplicadas atenciones.

La unidad religiosa que salvó nuestra nacionalidad, y nos procuró bienestar en una época de mal estar general, nos ha salvado tambien en el siglo presente, cuando los españoles ador-

mecidos en brazos de un funesto sueño, íbamos á ser borrados del mapa europeo, y era de temer estuviésemos condenados á ser una provincia del imperio frances. Hubo un día que muchos todavía pueden recordar con entusiasmo, en que la nacion española huérfana de sus reyes, sin ejércitos que desplegar en los campos, y ocupadas sus principales fortalezas por las tropas de Napoleon, se levantó como un solo soldado para verter á ríos su sangre, no tanto para vengar á unos príncipes que débilmente abdicaban en Bayona, y que á pesar nuestro nos abandonaban á extranjero dueño, cuanto para defender la religion que escarnecian las legiones del imperio; como que el carcelero de Pio VII no era el mas á propósito para regir una nacion en la que desde largos siglos viene como encarnado el catolicismo. Todos aquellos hechos, que parecerian fabulosos á no ser casi contemporáneos, á nuestras creencias los debemos; y si es cierto que levantaron de indignacion el pecho de los españoles naturalmente generoso las malas artes de que se valió Napoleon para arrancar el cetro de la mano juvenil que entónces lo empuñaba, no lo es ménos que mas que el amor á nuestros reyes nos lanzó á la lucha el apego á nuestras creencias. Y si estas hubieran ido estinguiéndose hasta el punto de morir en todos los corazones, nos hubiéramos envanecido de tener por rey á un vástago de la familia de Bonaparte, y puede que como degradados esclavos hubieramos llegado á jugar con nuestras propias cadenas.

Semejante al movimiento de 1808, aunque en escala menor, porque tambien la fe ha ido entre nosotros marchitándose por el soplo helado de la indiferencia, es el levantamiento de mayo último. Harto respeta á la desgracia el que esto escribe, y mas si fuere humilde y resignada, para venir á formar un capítulo de acusaciones contra quien rigió los destinos de nuestra nacion, primero hipócritamente desde los campamentos, y despues desde los soberbios salones de Buena Vista: pero nos aventuramos á decir que el general Espartero hubiera continuado pavoneándose con el título de regente hasta el 10 de octubre

del año 44 sin grandes sediciones que ahogar, á no haber mantenido arrancados de sus diócesis á venerables prelados, á no haber hostigado de tantas maneras las conciencias y los sentimientos religiosos, y no hacer tantas alharacas contra la corte romana: que muy de temer era que quien se prestaba tan dócil á las inspiraciones políticas de la Inglaterra, importase las creencias religiosas de Enrique VIII en la monarquía de san Fernando.

La unidad religiosa, ó en otros términos la intolerancia de cultos, es pues de apremiante necesidad en nuestra nación; y no valga decir que en otros países bastante florecientes, como en Francia, hay libertad de conciencia. Nosotros contestaremos con el malogrado Ferrer y Subirana, que tenemos en demasiada estima el nombre de españoles para admirar tanto lo que se hace en otras partes, y si la nación francesa va ganando en poderío teniendo libertad de conciencia, no es por tenerla, sino á pesar de tenerla. La Francia es una nación en la que penetró desde el siglo XVI la división de creencias con las escisiones de los Hugonotes; la Francia además vió en el siglo pasado naufragar su fe, y en el duro yunque de la revolución fué amoldada á nuevas instituciones: ¿cuál de estas circunstancias milita en nuestra siempre católica monarquía? Y además no nos hagamos la ilusión de creer que allí esté dirimida en última instancia la cuestión social, pues la gran política del gabinete de las Tullerías es salir del paso, ya que no se siente con fuerzas bastantes para cerrar del todo el cráter de las revoluciones.

Si en la pasada lucha de los seis años, así como había frente de un trono otro trono, se hubiera también levantado un altar delante otro altar, no es difícil prever quien estaría hoy sentado bajo el solío de Recaredo. Bien conoció el señor Olózaga los funestos resultados que hubiera acarreado á la causa que defendía involucrar con la cuestión dinástica la cuestión religiosa; y con gusto vamos á trasladar algunos párrafos del elocuente discurso, que con motivo de la libertad de conciencia pronunció en la sesión de 6 de abril del año 37, cuando

se discutía la constitucion que hoy lleva el nombre de aquel año. Hablando de los males que acarrea á las familias la diversidad de creencias, dice: «La desunion se aumenta, la armonía se pierde, y cuando uno cree que el padre se salva por los consuelos de la religion que ha invocado, otro hijo de diferente creencia siente mas la perdicion de su padre que su pérdida temporal.» Y mas abajo haciéndose cargo de lo perjudicial que fuera á nuestra nacion la libertad de conciencia, continúa el sagaz diputado: «¿Qué sería de nosotros en la actualidad misma, si defensores unos nada mas que del absolutismo y de ciertos principios, lo fueran al mismo tiempo de opiniones religiosas? Mezclemos, señores, principios religiosos á la division política en que nos hallamos, y pobre España entónces!» No tememos que nadie recuse ese testigo, por lo mismo hemos preferido que él hablase.

Creemos pues haber demostrado que es necesario y altamente necesario, que echadas al olvido antiguas rencillas, toleremos mutuamente nuestras opiniones políticas; que estas han de poder traerse al palenque de una sosegada discusion ó á la arena electoral, pero que nunca se debe permitir que de las derrotas en ella sufridas se apele á algun motín de callejuela, pues que la impunidad en los gobiernos es el suicidio; que la religion católica, mucho mejor que el protestantismo y el filosofismo, ha predicado la tolerancia, como que sus credenciales las ha recibido de Dios, pero que tan pronto como ha sido elevada á religion de estado, no han permitido los príncipes la multiplicidad de cultos, paraque no se fraccionase la sociedad y se echasen en su seno gérmenes de disolucion. Concluirémos con aquellas palabras que solo pudo enseñar el cristianismo, y que parece haber aprendido el discípulo amado sobre el pecho de Jesucristo en la noche de la cena. «Hijos míos, amaos mutuamente,» decía cuando anciano á los fieles de Éfeso: y en estas palabras está encerrado el secreto del cristianismo y el bienestar de la humanidad. — JOSÉ VIDAL Y PONT.

## Viércoles de ceniza.

EN estos días que acaban de transcurrir suele suceder algo muy parecido á las escenas que presenciaria el orbe romano en los primeros tiempos del cristianismo: un pueblo frenético y embriagado que invadía los circos y los teatros, y corría desbocado por las calles y plazas sacrificando alternativamente al crimen y á la locura; mientras al sonido de aquella algazara que bramaba á lo lejos como un mar, y hacia estremecer los muros de una pobre capilla ó la bóveda de las catacumbas, un pañado de hombres de todas clases, hermanados por una misma fe, adoraba en espíritu al verdadero Dios, y ponía en la balanza las oraciones y virtudes de los pocos por contrapeso á las iniquidades de los muchos, para detener el brazo de la cólera divina. Entónces empero habia diferentes cultos y altares, y esta diversidad de conducta era inspirada por la diversidad de la religion; entónces no eran todos ovejas de un mismo rebaño, hijos de una misma madre, ni eran hermanos en creencias los que oraban y los que enloquecían. Por esto se ha dicho que el carnaval era una *reminiscencia del paganismo*; mas no es nuestro intento ir á investigar su mas ó menos vergonzoso origen, seguir todas sus fases de estrepitoso desahogo ó de refinada malicia, mostrar toda la contradicción que hay entre las canciones báquicas y los gemidos de la Iglesia, ni insistir en la inmoralidad que en su esencia ó en su uso encierran gran parte de esas diversiones: sería esto inútil y hasta cierto punto fastidioso: muchos tal vez confiesan ya francamente y celebran lo mismo que nosotros pretenderíamos probar como cargos, y á estos nada tenemos que replicarles. Mas diremos: el carnaval bajo cierto aspecto no es á nuestros ojos mas que un incidente, una manifestacion de las costumbres

que sucesivamente van dominando, y que se abrirían bien pronto cualquier otro desaguadero si este se les cerrara. Tal vez por eso una represión excesiva en estos casos sería una imprudencia y un medio eficaz de volver su interés á estas diversiones que con tanto frenesí vimos acogidas en su restauración, y que ahora por efecto de su misma libertad y frecuencia llegarán á perder su atractivo y popularidad. Sin embargo, ya que en nombre de la religión y de la moralidad no se cierran las puertas de esos templos del placer, tampoco quisieramos que invadiesen las danzas el lugar santo. Una iglesia convertida en sala de baile, es un espectáculo doloroso, con cualquier pretexto se dore, y que no quisieramos haber visto en nuestra patria.

Pero á este tiempo de disipación y embriaguez sucede otro de silencio y recogimiento; callan el bullicio profano y los juegos y los cantos, y á su vez sale del templo una voz solemne, grave y consoladora al mismo tiempo, que se estiende sobre las masas atentas y silenciosas que han ido á estrellarse en los sagrados muros, como oleadas en el puerto. Hermoso y sublime contraste, si su repetición misma y su infalible vuelta cada año á una época misma, no le quitara en cierto modo su verdad, y por consiguiente su grandeza, y no le trasformara casi en farsa, ó á lo mas en una cuestión de tiempos, ó en fruta de ciertas estaciones! Porque ¿cómo creer en la sinceridad de unos sentimientos precisamente encerrados en el círculo de ciertos y determinados dias? A bien que ahora se va nivelando este contraste, y que dentro de poco tal vez habrá completamente desaparecido; á los banquetes no suceden ya las abstinencias, al general enloquecimiento las austeras misiones, á las alegres mascaradas las procesiones de disciplinantes, como allá en tiempos de nuestros no ménos devotos que bulliciosos abuelos: el miércoles de ceniza no señala ya el fin del carnaval como un lindero elevado y sombrío, en el cual estaba escrito *non plus ultra*; las olas del placer lo han invadido todo sin dejar un terreno seco donde la razón pudiera fijar un pié firme; y donde



el hombre aun á pesar suyo se viera obligado á concentrarse en sí mismo. Bien pronto, si á este paso vamos, la cuaresma no figurará sino en el rezo de la Iglesia y en la memoria de algunos fieles.

Y sin embargo la cuaresma no es fanática invencion de algunos hombres ascéticos y mortificados, ni parto de imaginaciones exaltadas y devotas; es no solo institucion de la Iglesia tan antigua como los apóstoles, sino, lo que tal vez tendrá mas peso para muchos de nuestros filósofos, un hecho tradicional tambien, una necesidad de la naturaleza, un precepto higiénico que como tal se conservó entre todas las naciones mas ó ménos desfigurado, con motivos mas ó ménos plausibles y elevados. Es de notar que las instituciones todas de la Iglesia tienen dos aspectos, bajo uno de los cuales convienen con las instituciones de los cultos falsos, al paso que bajo el otro se diferencian esencialmente; pues teniendo todas ellas su fundamento en los instintos y necesidades del hombre, y en la historia de su creacion y caída, conservada mas ó ménos puramente en todas las tradiciones, tienen de comun con los cultos erróneos lo que estos conservaron de la tradicion primitiva, pero se diferencian en todo lo que fueron introduciendo en ellos las pasiones y la supersticion. Así pues lo que tienen de comun con las demas religiones, y lo que tienen de peculiar las instituciones de la Iglesia, todo depone igualmente de su verdad: lo comun manifiesta su antigüedad y su conveniencia con la naturaleza del hombre, lo peculiar manifiesta su pureza y su procedencia divina. Si á nuestras creencias y ritos no hubieran precedido en todos tiempos y en todas partes algunas como sombras y figuras, vacilaríamos tal vez en nuestra fe, viéndola opuesta á la razon de tantos pueblos y de tantos siglos, ó se sospecharia si el mundo fué obra de Dios, puesto que no le reveló desde el principio su origen y sus destinos: si por el contrario hubiera tomado de los otros cultos sus elementos sin purificarlos, abarcaria como el Panteon roma-

no todas las supersticiones y productos de la ignorancia y del crimen humano, ó á fuerza de ser conforme con la naturaleza del hombre, parecerian meras obras suyas, sin que Dios hubiera intervenido de ningun modo en su institucion. No hay uso pues ni rito en la Iglesia del que no se encuentren huellas en todas las religiones; pero en su origen, en su uso, en su esplicacion ó en su fin hay tanta distancia entre ellas, como del hombre miserable y degradado sobre la tierra, al hombre glorificado en el cielo con divinos resplandores.

Por lo mismo solo de paso recordaremos que la cuaresma, esto es, un período de abstinencia, estuvo en grande uso y voga entre los mas antiguos pueblos del oriente; que los judíos la practicaban con un rigor indecible; que los romanos mismos aun en su época de voluptuosidad y degeneracion la conservaron en la vigilia de ciertas deidades, y que el *jejunium* es nombre esencialmente latino; que los brahmanes de la India lo han llevado hasta un extremo al parecer incompatible con la existencia; que los turcos tienen su austero Ramadan; que muchas sectas separadas de la Iglesia lo fueron en gran parte por un exceso de rigorismo en este punto, como los montanistas y los maniqueos; y que la misma iglesia anglicana, á pesar de las doctrinas protestantes sobre los ayunos y mortificaciones, conserva la cuaresma como una institucion apostólica, cuya legitimidad no se atreve á negar. Largo fuera citar las razones de conveniencia para la salud, especialmente á la entrada de la primavera, época del hervor de la sangre y superabundancia de la vida, en que la apoyan muchos médicos y autores fisiológicos; insistir en la oportunidad de suspender por algun tiempo la matanza de animales para dar lugar á su procreacion, y en la reminiscencia de un antiguo crimen de intemperancia que debia espiarse por la abstinencia, motivos en que fundaban sus rígidas doctrinas en esta materia muchos filósofos de la antigüedad. Nosotros que somos católicos ante todo, nos contentamos con ver en la cuaresma una institucion

de la Iglesia consignada ya en los cánones de los apóstoles y en las actas del concilio de Nicea y del de Laodicea, mencionada en muchas obras de los Padres griegos y latinos del II y III siglo, confirmada en fin por el uso constante; y como no comprendemos una religion vaga y casi deista, un cristianismo ecléctico en que se pueda tomar y dejar lo que se quiera, una Iglesia en fin sin jurisdiccion ni autoridad, tampoco comprendemos los deplorables abusos y audaces declamaciones, que se ven y se oyen á cada paso en muchos que se precian sin embargo de cristianos y que charlan de sentimiento religioso.

Verdad es que la cuaresma ha mitigado mucho su rigor primitivo; pero en la benignidad de la Iglesia no vemos una razon para conculcar su autoridad, ni en las modificaciones que se introducen en una ley para facilitar mas su cumplimiento, un pretesto para anularla completamente. ¿Qué dirian nuestros epicúreos cristianos si, como en los tiempos primitivos, solo se permitiera en la cuaresma una comida diaria á la caída de la tarde; si se castigara á los transgresores de la abstinencia, como manda el concilio VIII de Toledo, con la prohibicion de comer carne en todo el año y de comulgar por Pascua (si bien de esta última no hicieran tanto caso); si vieran por fin á las mismas tropas en campaña observar la abstinencia y el ayuno, como sucedia aun en el siglo XIV?

Este período de recogimiento y penitencia se inaugura en este dia en que la Iglesia derrama la ceniza sobre la frente de sus hijos recordándoles lo caduco y fugaz de la vida, y exhortándoles al arrepentimiento: este curso, como pudiéramos llamarle, de graves y sublimes meditaciones empieza con la muerte y acaba con la resurreccion; empieza con la verdad mas palpable aun para el escéptico, cual es la miseria del hombre, y acaba con la mas sublime, cual es su redencion en el Calvario y su resurreccion en la de Jesucristo. La ceniza ha sido en todos tiempos señal de afliccion y amargura, gala de arrepentimiento y penitencia, símbolo de nuestra caducidad y miseria

que representaba aun mas vivamente cuando se quemaban los caáveres, y cuando las cenizas de los difuntos eran las que daban leccion á los vivientes. ¡ Ah! no acuseis de bárbara á la Iglesia porque coloca tan cerca de vuestros devaneos tan melancólicos recuerdos: en vano procuraréis olvidarlos, porque hablan mas alto que la algazara y los cantos de alegría, y vienen á sentarse en vuestros festines, como la momia que colocaban los egipcios en su mesa. La hora de cansancio y desaliento que sigue á cada deleite es su *miércoles de ceniza*; en pos del placer que derrama rosas, viene el fastidio, el desengaño, la desesperacion tal vez derramando polvo, pero de aquel polvo no se resucita á la vida.

J. M. QUADRADO.



# Cantigas

DE

**SILVIO PÉLLICO.**

---

**S**ILVIO Péllico es por excelencia el poeta religioso de nuestro siglo. ¿Quién ignora sus infortunios y sus largas y horribles prisiones, su piedad ardiente y su angélica resignacion? Los hombres desgraciados deben conocerle para aprender á consolarse sobre la tierra, para saber qué dulzuras se encuentran en el fondo mismo del cáliz de acíbar, y de dónde les ha de venir en sus calamidades el auxilio; los hombres religiosos deben conocerle para pensar en el cielo, y elevarse á Dios en las alas de aquella alma ardiente y generosa, y bendecir al Criador que deja caer á veces la semilla del genio en terreno fructífero y bendecido: los poetas y literatos en fin, ya que no quieran imitarle en su espíritu y seguir sus huellas, tienen un interes por el concepto mismo de su profesion en darle á conocer; para que no se crea que se ha evaporado ya completamente de la poesía aquel soplo divino que Dios le infundiera, que el corazon y la imaginacion han renegado de Cristo, y que la raza actual de poetas no es sino una raza de imbéciles, corruptores ó delirantes. Los corazones tiernos y generosos hallarán un eco en el corazon de Silvio, y una espresion delicada y sublime de aquellas voces que en su interior sentian, y de que tal vez no sabian darse cuenta; los corazones misántropos ó irritados sentirán desvanecer su enojo y prevenciones, y se reconciliarán con la humanidad al oir aquella voz dulce, compasiva que nunca condena, que se derrama como un bálsamo de un pecho tan robustecido por la fe y por el valor, como ablandado por la tolerancia y los sufrimientos.

Entre tanto que damos á conocer mejor la vida y las obras de este noble genio, dos veces glorificado por la desgracia y por el cristianismo, presentamos la traduccion de una de sus cántigas ó pequeños poemas que, segun él mismo dice, debian formar parte, y ser otros tantos episodios de una larga obra que preparaba. Eternizar hechos heróicos ó piadosos, ó inventar ficciones en que se recomendaran nobles y piadosos sentimientos, tal es el objeto de esos lindos cuadros concebidos por la virtud y llevados á cabo por el genio. Oigámosle sino cómo se espresa él mismo en una nota que precede á la siguiente cántiga de *Clara y Aroldo*. «Nació esta cántiga en dias de suma desventura, en los que sintiéndome yo harto inclinado á impulsos de enojo, me esforzaba en vencerlos discurriendo conmigo sobre la hermosura de la mansedumbre. No se me podia borrar un consejo del buen Alejandro Volta, que disuadiéndome de escribir sátiras me dijo un dia estas palabras: «La poesía cáustica á nadie mejora, y si os sucede sentir os irritado, y derramar en verso la bilis, temed el volveros maligno. Quisiera mas bien que entónces procurarais suavizar el ánimo ocupando vuestra imaginacion en algun noble ejemplo de caridad é indulgencia.» «La poesía y la literatura, dice el mismo Silvio, nada valen siempre que no tienden á despertar sublimes y benéficos sentimientos, y á alejar á nuestros conciudadanos de las torpezas de la incredulidad y del egoismo.»

Siendo la cualidad predominante de estos poemitas, la sencillez nunca sacrificada á la rotundidad del verso, ni al esmero de los consonantes, y estando escritos en su original en verso libre, hemos creido no hacer mal en traducir en prosa el que á continuacion ofrecemos, para conservar aquella sencillez, que tan difícilmente se conserva en medio de la pompa y giros de la versificacion.

## Aroldo y Clara.

Sed si esurierit inimicus tuus,

ciba illum, si sitit potum da illi.

(Ep. ad Rom.)

### I.

Clara, ó la mas hermosa habitante de los valles del *Péllice* espumoso, adonde acudian un tiempo los caballeros de Saluces para celebrar pomposas fiestas en los salones de Aroldo. Ya no verás al ciego anciano por las tardes salir placentero de sus torres apoyando cariñosamente un brazo sobre Josfrido y otro sobre Clara, y volviendo con amor, pero en vano, su rostro encanecido á los dulces rayos del sol poniente.

Gemelos habian nacido sus hijos, y un santo cariño unia sus corazones. Ahora sola y triste acompaña Clara por las tardes á su ciego padre fuera de la torre, porque su gallardo hermano consagró sus armas en defensa de su abandonado príncipe, el piadoso Tomas, contra los enemigos de su patria. (1)

Coloraba en su ocaso un sol hermosísimo las lejanas nieves, y parecia asombrado de que no saliese el anciano de su mansion solitaria para saludarlo. Ay de mi! era aquel un nuevo y espantoso dia de infortunio. Ábrese por fin la puerta del castillo, y salen con veloces y agitados pasos Aroldo, Clara y una porcion de criados: el anciano no se cuida de volver á los suaves y últimos rayos del sol su rostro encanecido. ¿Qué era lo que sucedia? Ha llegado del campamento un infausto mensaje: el valiente Josfrido osando aventurarse demasiado en el ardor de la batalla contra el usurpador del dominio de Saluces, se vió rodeado de las impías armas extranjeras, y cayó prisionero.

Aliméntase el anciano baron con la esperanza de rescatar tan apreciada vida, y quiere él mismo sin tardanza presentarse suplicante al invasor afortunado, quien si bien á veces se complace en inmolar á los míseros cautivos, á veces se aplaca tambien con ricos dones de oro, por-

(1) A mediados del siglo XIV Tomas II, marques de *Saluces*, fué arrojado de sus estados por su tio Manfredo, quien aliándose con los guelfos y con Roberto de Anjou, rey de Nápoles, devastó aquel país, se apoderó de la capital, é hizo prisionero á su sobrino. Pero los excesos del intruso y de las tropas extranjeras napolitanas le enagenaron el ánimo de los pueblos, que llamaron de nuevo á su legítimo señor.

que gran copia de este metal debe el tirano derramar desde su inicuo trono sobre las legiones de su aliado el monarca provenzal.

Llegado Aroldo á la vecina orilla donde está aprontado el esquife para el paso del hinchado *Pellice*, da el beso de despedida á su hija, quien entónces colgándose de su cuello: No, mi buen padre; le dice, no volveré sola á mis estancias: ¿á quién sino á mí pertenece ser pupila de tus ojos? mayor compasion tal vez asaltará el pecho del irritado jefe; si humano tiene el pecho, al ver tus canas venerables al lado de los años juveniles de una vírgen que pide la vida de su padre juntamente con la de su hermano.

Quiere Aroldo oponerse, mas al tiempo de entrar en el batel, le precede ella de un salto, y arranca violentamente con sus brazos el paterno consentimiento, y en tanto atraviesan las ondas peligrosas. Pero ¿dónde estaba el ángel del afligido anciano, y tu ángel, ó generosa inocente? No os formaron un velo con sus alas protectoras para substraeros á la vista de los vecinos ladrones, que espada en mano se precipitan al saqueo.

Por algun tiempo la voluntad divina deja ascendiente sobre los justos á las nubes del infortunio; pero el tiempo debajo del sol es breve, y Dios puso en los padecimientos una virtud secreta, que mejora á los mismos justos y los levanta hácia sí.

Corria entónces desbandada una cohorte de salteadores reunidos á favor de la guerra, así de Italia como de países estrangeros, para robos y homicidios, si bien usando del altivo lenguaje de celosos héroes y de campeones de la patria y de Manfredo. Envisten con los fieles siervos del baron, que uno á uno quedan heridos en la sangrienta lucha, oprimidos por el número de sus contrarios; y caen en manos de los vencedores las riquezas que el noble ciego destinaba para comprar la vida de su hijo.

Un dia entero se arrastró colgado de su hija por bosques y eriales, pero el manto de la noche prestó tinieblas propicias á los dos infelices, que sustrayéndose al heodo escuadron de bandidos, bajaron al valle sin peligro.

Luego que se atrevieron á hablar alejados del bárbaro tumulto, el ciego apretó á su hija contra su pecho, y una y otra vez le dió gracias de haberle conducido á salvacion, y una y otra vez la bendijo por su esquisita prudencia y por su dulce amor filial.

—Y ahora, ó padre, ¿á donde nos encaminaremos sin auxilio alguno?

—O Clara mia, á gran distancia estamos de nuestro castillo, y perderíamos tiempo en volver allí; preciosos son los instantes: apre-



suremos el paso hácia el campo enemigo junto á las tristes ruinas de Saluces. Sin dones comparecerémos ahora ante el tremendo soberano; pero nuestras sinceras promesas le inclinarán á sentimientos de clemencia. Confío ademas en mis canas, y en esos ojos apagados y en el llanto que derraman, y en el tuyo tambien, hija mia.

Pensaba Aroldo hospedarse no léjos de allí en casa de un caballero deudo suyo, cuya amiga torre divisaba su hija al resplandor de la luna: mas al llegar allí oyen que el dia ántes habia pasado por allá un ejército furibundo, y habia saqueado el castillo, y degollado al castellano, y devastado las cabañas de los vasallos.

Aroldo divide llorando con su hija el negro pan de los dispersos aldeanos, y beben en sus copas; recorren luego todos aquellos caseríos buscando en vano palafren ó jumento, pues las codiciosísimas tropas enemigas habian dejado en aquellos sitios vacías todas las cuadras.

—¡ Ah padre! mas y mas nos hemos alejado de nuestro techo: ¿á dónde irémos ahora?

—Sigamos á pié el camino hasta la mañana; la noche, segun dices, no es oscura. Anímate, oremos caminando, y el cielo te esconderá á ti, única riqueza mia al presente, de las rapaces miradas de nuevos salteadores.

Así habló; y el afecto de padre en uno y el de hermana en otra, les sirvió de consuelo hasta la aurora. Entónces el campamento se dejó sentir ántes al tímido oído que á los ojos de la doncella.

—¿ Oyes, ó padre, decia, oyes un ronco son semejante al son del huracan ó al de muchas corrientes?

Erguió él su cabeza cana, y olvidado por un momento de sus angustias, levantó la barba y sonrió.

—¡ Oh! de qué gozo me llenaba aquel fragor en mis años de gloria. Este es el campamento, ó hija. Conocido es este son del oído del guerrero, como del esposo la voz de su amada. Así algun dia palpitando, apenas sentia el aliento de la guerra, golpeaba fuertemente el escudo con mi espada, y de mis pulmones salia un grito que aterraba de léjos á las avanzadas del enemigo. Y decian mis compañeros: « Esta es la voz de Aroldo, peleemos hoy: allí donde está Aroldo, está la victoria. » Y ahora esta voz es débil y mas débil la mano: y al escuchar aquel sonido, al breve alborozo de guerrero suceden luego los temores de padre.

Caminaron Aroldo y Clara por algun tiempo, y entónces la doncella que hasta allí habia mezclado suavemente sus palabras á las palabras de su padre, empezó á interrumpirse, y á dar respuestas que no parecian nacidas del entendimiento, sino mera articulacion de los labios. A corto trecho de las lejanas tropas veía por los aires come dos

mástiles altísimos de navío, elevarse, oscilar y fijarse luego como clavados en el suelo; y venía aquella obra acompañada de un clamor que no era el clamor primero de la batalla, sino que ora silvaba confuso, ora llegaba interrumpido por atroces risas ó por lóbrego silencio.

¿Debia creer á sus sentidos? Las estremidades de los maderos se inclinaban bajo un peso, y no distinguía el peso que sostenian. Muchas veces Clara habia oído hablar de los bárbaros suplicios en que se cuelga á la víctima, que sirve de blanco á los dardos de los arqueros, obteniendo entre estos la palma el que divide el tronco de la cerviz. ¿Sería aquel uno de tales suplicios? ¡O duda peor que la muerte! Y quién asegura á la aterrada doncella que uno de los que allá perecen no sea su querido hermano? ¿Quién le dirá si debe por fuerza cerrar el camino á su padre? ¡Ay infeliz! y si á su padre detiene el paso, ¿no ocasionará la muerte de Jofrido que tal vez no cuelga todavía del árbol funesto? Adelante, á toda costa, hasta el sitio fatal.

Temblando con estos pensamientos apresura el paso. Aroldo tiene en su mano la mano de la infeliz, y decia entre sí: «Esta mano es de hielo, como la de su madre que yo apretaba en el lecho donde espiró.» Y el anciano sacude su cabeza, como si quisiera sacudir un mal agüero, y no podia sacudirlo. «Hija, de muerte son los negros pensamientos que me persiguen: ten piedad de mi vejez, y pronuncia aquellas dulcísimas palabras que tus labios únicamente saben pronunciar cuando tu padre está abatido.»

Nacida en días de desventura, y crecida en solitaria torre en donde vió espirar á sus hermanas y á su madre, se habia hecho Clara una religion y un deber de cerrar cuidadosamente el alma á siniestros presentimientos. Estremécese al oír que se agolpan en la mente de su padre, y cabalmente en aquel momento, negros pensamientos de muerte: vuélvese á él, abre los labios, y aquellas palabras consoladoras que ellos únicamente sabian pronunciar un día, no las encuentra ya: ¡ay! no las encuentra, y aquella es la primera vez en que queda desobedecida la voluntad de su padre.

—Tu silencio, dice este, me es de peor agüero todavía que mis tristes pensamientos.

Y creciendo en ella el espanto, y viendo brillar á los primeros rayos del sol las flechas voladoras, se detiene de improviso: «O padre, esclama, no pasemos adelante; ¿no oyes los abullidos de los asesinos?»

—Mi hijo, mi hijo es el que arrastran tal vez á la muerte; apresúremonos.

—¡Ah! padre, detente, á tus piés te lo suplico: yo misma me adelantaré, y si Jofrido vive aun, volveré desde luego á tu lado, pero á ti...

¡oh cielo! pueda al ménos volverte vivo á nuestra casa.

—¿De qué hablas desventurada? Quizá ves horrendas cosas, y nada me dices; ó entre las voces que no hieren distintas mi embotado oído, distingues voces de muerte y el nombre de tu hermano. ¿Qué ves? ¿qué lleva de atroz el aire tumultuoso á tu juvenil oído?

—Nada, mi buen padre.... Pero detente: piensa que si llegado al campo enemigo, oyeras tú la horrible catástrofe, acaso entónces quedaria yo huérfana allí mismo.

—Temes perderme; y no ves, insensata, que tu piedad es impía! Él muere; y tú me detienes aquí? Abreme paso: te lo mando: obedéceme.

Aterróse Clara con el furor desacostumbrado de su padre, y se levantó. Mide el ciego con rápidos pasos el camino, y la doncella le sigue casi arrastrando. Habíase entretanto desecho el tropel que rodeaba los dos mástiles, é iban acercándose á ellos el padre y la hermana de Jofrido. Levantó ella muchas veces los ojos no sin temblar, distinguió dos cadáveres ensangrentados, y súbito bajó al suelo sus miradas; y de nada serviría el tenerlas fijas sobre la víctima para indagar quién sea, porque han roto su cráneo, y de su destrozado semblante llueve el cerebro y la sangre.

Pero aquella horrible vista, y el espanto con que penetra á Clara, quitan la fuerza á sus rodillas y á su corazón. «¡Padre! dice, ¡Padre! y cae desplomada á los piés de Aroldo.

Y mientras este huye vacilando de enmedio del camino con su amada hija entre los brazos, oyendo venir hácia aquel sitio de la parte del campamento un escuadron de caballos, y extraviado se detiene á un lado donde palpa un tronco de árbol, llega delante de él la comitiva de caballeros. Era su gefe Manfredó, que rodeado de barones provenzales iba visitando para sus planes de guerra el terreno circumvecino. Distingue una doncella desmayada y un anciano, y volviéndose á este le grita amargamente: «Oh necio y descortés, ¿porqué arrastrar bajo un patíbulo, y en la sangre de un criminal á esta infeliz á quien el terror ha privado de los sentidos?»

—¡Oh señor, oh nuevo señor de Saluces! esclama el antiguo caballero, que no sentia del todo la herida amarga de las ásperas palabras de aquel inhumano, tu voz es aun conocida de Aroldo; Aroldo soy, el de las torres solitarias que en las aguas del *Péllice* se reflejan. Tu ilustre padre te llevaba á menudo cuando muchacho á mis salones, y bebias á mi mesa en una misma copa con mis hijos. ¡Ah! ten hoy piedad de mí por la memoria de tu difunto padre. Mi hijo, el único varon que resta á mi ancianidad, cayó prisionero tuyo: ea, no me arrebatés

mi hijo. Por su rescate te habia yo llevado desde mi castillo no escasos dones; pero unos malvados bandidos me asaltaron en el camino. Vuelve á mis brazos al hijo querido, y te pagaré el tributo que me impongas, aunque igualara al valor entero de la herencia de mis abuelos.

—Desventurado Aroldo; de qué tributo te atreves á hablarme ahora, si hasta aquí todo me lo negaste? Es tarde.

—No es tarde, señor. Mi ardoroso hijo siguió, es verdad, la bandera de Tomas y de los antiguos saluceses; mas tú perdona compasivamente la incauta conducta del mancebo en gracia de su padre, suplicante que en veinte peleas derramó su sangre por tu ilustre padre, cuando este ocupaba aquí con tanta gloria la soberanía.

—Es tarde, anciano, y lo siento. Reanima en tí todo el vigor de que es capaz un corazón de caballero. De aquel madero pende un cadáver á quien no puedo conceder otra gracia que la de sustraerle á los cuervos, y consentirle que sea bañado con el lianto de sus deudos.

Dijo, y haciendo seña á un guardia para que descolgase al muerto de la cruz y le entregara al desventurado viejo, hirió con las espuelas á su caballo, y desapareció con su comitiva.

Recobra Clara los sentidos: ¡ah! ¡qué nuevo y horrible latido de dolor! ¡Era su hermano, pues, aquella víctima infeliz! Hele allí descolgado del fatal madero: su hermana le reconoce por las antiguas cicatrices que en su pecho llevaba. ¡Oh! ¡cómo se abalanzan llorando sobre aquel cadáver el anciano y la angustiada joven! Envuelve ella en lienzo la destrozada cabeza, y pide auxilio á los caminantes. Conmuévase á dulce caridad una familia de labradores saluceses, y apresta un carro tirado por bueyes para trasladar á su lejano castillo al difunto caballero.

## II.

Apartando ya los ojos de aquel día de inesable luto, volvámoslos á seis lunas mas adelante; y mi tristísimo canto, compadecido de los solitarios llantos del huérfano anciano y de su hija, traspórtese á nuevos acontecimientos.

Era una tarde: preséntase al pié de los antiguos muros del baron un fugitivo á quien sus heridas y una sed febril habian secado la voz deplorablemente. Aroldo le envió una copa llena de vino, junto con estas palabras: Acércate al hogar en tanto que se prepara la cena, y perdona al señor del castillo el que no salga de sus estancias, en donde pesares crueles le tienen encerrado.

Mensajera de estas palabras fué Clara: y al verla el fugitivo que en su aire magestuoso parecia caballero con fingidos harapos de mendigo,

se cubrió desde luego el rostro, y despues con veloces pasos intentó lanzarse fuera de la habitacion, á modo de un hombre que anhela salvarse de un impensado y horrible peligro en que cayera. Pero no obedecen las débiles fuerzas á su resolucion impetuosa, y cae al suelo desplomado. Clara lo socorre, lo mira, y en su negra y rizada barba y cabellera reconócele luego.

¿Quién era? quién?... ¡Manfredo! el ántes poderoso asolador de su patria, el usurpador que osaba estender su mano sacrilega á la corona del sobrino, y ponérsela impúdicamente sobre su cabeza, y hollar lo mas sagrados derechos, y llamarse bienhechor de Saluces, al paso que entregaba como esclavo su país nativo á las espadas extranjeras.

La fortuna al fin le habia abandonado: huye el impío príncipe de en medio de una completa derrota, y para sustraerse á los aceros que le perseguían, se ha emboscado en varios sitios y hollado peñas desiertas y desconocidas. Tan ciegamente se le habia turbado en pocos instantes la luz del pensamiento con el furor y con la sangre que habia perdido en la batalla, que ignoraba donde se dirigia, y habia llegado á los campos de Aroldo creyendo aportar á sitios bien diferentes. Desde los dulces tiempos de su juventud no habia vuelto sus huellas á aquellos parages, y los árboles y cabañas habian cambiado el aspecto del país.

Solo al ver á Clara reconoció completamente la morada de Aroldo, y si le hubieran ayudado las fuerzas huyera de nuevo.

¡Manfredo! ¡y sin guardias! ¡y espirante bajo el techo del hombre cuyo hijo habia asesinado, no en la batalla, sino en medio de suplicios! Conócele Clara, y mientras se esfuerzan en volverle en sí los criados, corre ella al aposento de su padre, y ya abria casi la boca para esclamar: «Sal, ó padre, sal á admirar un prodigio del Dios de las venganzas: sobre los huesos de tu hijo viene á espirar su asesino!» Pero en aquel momento se levantaron los ojos de la doncella á la pared de donde pendia la venerable efigie del Hombre-Dios moribundo, y á tal vista ahogó en su corazon la medio pronunciada palabra.

Corrió por sus huesos ante aquella efigie un temblor religioso. « ¡O Señor mio! dijo. ¿Qué voces secretas son estas con que hablas á tu sierva? ¡Tú irrepreensible y tan atormentado! ¡y perdonabas á los que te daban muerte! ¿Quién sabe? Tal vez mi dulce hermano está peunando todavía por sus culpas fuera del eterno alcázar en cárcel subterránea ó por los inmensos aires, juguete de inquietos elementos; y en valde se acumulan las preces para libertarlo, pues en vez de estas se necesita un acto nuestro de virtud. ¡Oh hermano mio! acaso es este el acto que me pides. ¡Ah! virtud suma es el perdonar. Cierto es que al entrar en el cielo tú y nosotros, todos debemos perdonar como el Re-

dentor nos ha perdonado. Mas Aroldo es padre; pudiera ser superior á las fuerzas de un padre el dar auxilio al matador de un hijo querido. No, jamas bañaria su lanza en la sangre de un hombre que se sentó á su mesa.... Mas con todo ¿quién señalará hasta donde puede llegar á veces en el ímpetu de su ira un corazon ofendido? ¿quién me aconsejará?.... ¡Ah! tú, gran Dios, tú solo.

Dijo é inclinóse humilde, y oró con ansias largo tiempo. Temia ser tentada por orgullo, temia calumniar ante Dios la alma santa de su padre. Pero súbito resplandeció en su mente un rayo de celestial esperanza, y se levanta ligera diciendo; ¡Ah! sí, hermano: este es el momento en que se abre á tus deseos la puerta del cielo; yo siento el reflejo de tu gozo, y este gozo es Dios.

Entró en aquel momento un criado. «Señorita, decia, ó es demente aquel extranjero, ó está cargado de pecados inauditos. ¿Qué debemos hacer? Habla de Dios consigo mismo, á fuer de hombre á quien oprime un oculto temor de terribles venganzas, y quiere escaparse de esta casa.

—Ensillad mi yegua para él desde luego.

Parte el siervo admirado, y obedece. Entretanto abre la doncella un antiguo armario, y sacando de allí un manto de su padre, corre luego á su escaso tesoro, y vaciándolo de monedas las encierra todas en una bolsa.

Así se dirige hácia su agitado huésped, y ofreciéndole aquellos dones; «Esta, ó señor, le dice, es la venganza de Aroldo.»

Estremeciáse la magnánima jóven viendo en él al homicida de Jofrido y al temido usurpador de Saluces; pero contuvo su horror delicadamente, y señalándole desde el balcon el patio del castillo, añadióle: «Ahí está un corcel á vuestras órdenes: huid, si os basta el aliento, y acompañeos el cielo.»

Dicho esto desapareció Clara. Y el infeliz tirano exclamó «Ángel!» y saltó de su corazon un torrente de llanto. Tal vez entónces destrozó su pecho un verdadero arrepentimiento, recordando sus propias atroces culpas, recordando al jóven Jofrido y al infeliz ciego que creia apoyarse en un árbol, mientras destilaba; ay! sobre su cabeza la sangre de su propio hijo.

Presuroso Maufredo recogió los dones, y bendiciendo una piedad tan inaudita ciñó sobre sus espaldas el manto de Aroldo, y de allí á pocos instantes le vió Clara desde su ventana bajar al patio, girar los ojos aquí y allí en derredor suyo con semblante conmovido, luego levantar al cielo las manos en acto de oracion, tomar las riendas y subir en el arzon.

Detenido allí un instante, pronuncia en alta voz estas palabras: «Arol-

do, Aroldo, tú solo venciste á Manfredo. Podré consolarme del trono perdido, de los ultrajes con que se me ha abrevado, pero de haber ensangrentado así tu noble alma con el rigor mas crudo, ¡ah! de esto jamas podré consolarme”

Oyó el anciano baron aquel fuerte grito, y saltó de su asiento exclamando: ¡Hija! nuestro enemigo, ¿oyes? el maldito asesino de Jofrido.

Y se encendió la llama del furor sobre el arrugado y pálido rostro del anciano. Échase Clara entónces á sus plantas, y le descubre lo que Dios le habia inspirado que obrara.

—No, prorrumpe Aroldo; no te inspiró Dios tal cosa. Manfredo es un impío. Sed infernal de dominio le arrojó sobre estas tierras invadidas que quitó á su sobrino, legítimo soberano. Manfredo es un traidor infame á su príncipe y á su patria. Para elevarse sobre un trono que no era suyo, trajo por aliados á provenzales, y calabreses, y güelfos de toda Italia, comprados para el esterminio de nuestros feudos y de nuestras poblaciones, y convirtió en cenizas á Saluces,.... y á mi hijo, á mi hijo lo espuso por blanco á sus verdugos sobre una cruz de iniquidad....

Copiosa y tremenda por el fuego é indignacion que respiraba, fué la elocuencia del anciano. Clara abrazaba sus rodillas, y dejaba oír santas ideas con dulzura suplicante.

—Dios solo, padre mio, puede castigar la iniquidad; nosotros no podemos castigar con el hierro al infeliz fugitivo: solo un modo de castigarle se nos concede, y es el perdon. Cálmate, ó padre; piensa que Manfredo, ó bien se santificará por el arrepentimiento, ó bien, si persevera en sus iniquidades, los remordimientos serán sobre su corazon ascuas inestinguibles, y le aguardará eterno castigo entre las almas perversas. A Dios toca el juicio; á nosotros el dolor humilde, y la sed de beneficencia, y el latido de compasion no solo hácia los inocentes, si que tambien hácia los culpables, pues que todos necesitaremos del perdon de Dios en nuestra última hora.

—Hija mia, te bendigo, esclama por fin Aroldo, obraste santamente.

Levántala, estréchala contra su corazon, y llorando le da gracias por no haber puesto á prueba el ánimo de un padre exasperado.

Un dia se vió llegar á las torres del baron desde lejano país un enviado de Manfredo que llevaba consigo riquísimos dones. Tres lunas habian pasado desde que ya descansaban en paz los huesos de Aroldo: y el castillo estaba mudo, y en un monasterio vecino, ceñida con el sagrado velo, la huérfana elevaba al cielo dulce salmodia todas las noches por las almas queridas de su padre y de su hermano.

## CONFEANZA EN DIOS.

Quia tu es, Deus, fortitudo mea.

**E**n la orilla sentado  
Del áspero sendero de la vida,  
En lavar ocupado  
La frente ennegrecida  
Por el sol y los cierzos combatida,

¡Cuántas veces, Dios bueno,  
Hechos rios de hiel entrámbos ojos  
Y el pecho de ayes lleno,  
En el polvo de hinojos  
Probé menguar orando tus enojos!

Cuántas, y cuántas veces,  
Cerca de un rio, al pié de áspero cerro,  
Al apurar las heces  
Del vino del destierro,  
Gimió Israel al son de duro hierro!

Y á ti volvió, sus ojos  
Y su frente arrugada por las penas:  
Así yo en mis enojos  
Te mostré mis cadenas  
Y mis jornadas de trabajos llenas!

Cuántas veces y cuántas  
Te llamé por tu nombre! Cuántas triste  
Arrastréme á tus plantas!  
O Padre! si me oíste,  
¿Porqué á tanto rogar sordo te hiciste?



O Padre, pues que lo eres  
 De este infeliz que implora tus favores,  
 ¿Porqué, cuando le hieres,  
 A la par de dolores  
 Sobre él no viertes tus divinas flores?

¿Porqué, pues que es tu hijo,  
 Al dejarle en la arena espuesto al rudo  
 Golpe de afan prolijo,  
 Apartas de él tu escudo,  
 Y le haces blanco de tu arpon agudo?

Las penas, ay! son muchas,  
 Y fugaces las dichas y harto infieles:  
 ¿Para tan largas luchas,  
 Escasos los laureles  
 Faltan tal vez, ó cielo, en tus vergeles?

¿Será que con tu muerte  
 Se haya agotado el mar de tus piedades,  
 O que inflexible y fuerte  
 En tu ira no te apiades  
 De los que abusan, ay! de tus bondades?

No, que es inagotable  
 De tu clemencia el mar, cual el torrente  
 Del tiempo inmensurable  
 Que pasa eternamente,  
 Sin decrecer pasando su corriente.

No, no, que tierno Padre  
 Te aclama con razon toda criatura:  
 Y si haces que taladre  
 Su pecho flecha dura,  
 Tu mano con amor la herida cura.

No mas, Dios soberano,  
 Te cansaré con importunas preces,  
 Ni con desvio insano  
 De amargura las heces  
 Del labio apartaré, cual otras veces.

Solo cuando no pueda  
 Con mis atroces penas, y que rudas  
 Cual de dientes la rueda,  
 Mi pecho que no escudas  
 Desgarren con sus puntas harto agudas,

Sangre y agua vertiendo  
 De la marchita faz por cada poro,  
 Y el éter encendiendo  
 Con puro ardiente lloro,  
 Mas que al salir del fuego lo es el oro!

«Señor, en mi tenace  
 Afan diré, volviendo á ti los ojos:  
 Desvía, si te place,  
 La hiel de tus enojos,  
 Que seca, cual carbon, mis labios rojos.

«Apártalo, que estrecho  
 Para tanto raudal de amargas penas  
 Es mi angustiado pecho,  
 Y en mi faz cabe apenas  
 El llanto á que en tus iras me condenas.

«Mas si quizá es tu gusto  
 Que lo apure hasta el fin, seas loado!  
 Que al fin tú eres el Justo,  
 Yo el reo malhadado  
 Que abandoné tu amor por el pecado.»

Así oraré, y el cielo  
 Refrescará mi frente con el santo  
 Rocío del consuelo,  
 Cual tuyo en su quebranto  
 El Cristo un ángel que enjugó su llanto.

Y al lanzar Dios su flecha  
 De justicia en las aguas acerada,  
 Si bien irá derecha  
 A mi ánima humillada,  
 Cual por brazo certero disparada,

Sin abrir llaga amarga  
 Pasará, como dardo que derecho  
 Da en bien templada adarga,  
 Y resbala, y deshecho  
 Caë, pues Dios escudará mi pecho.

¿Qué importa á mas que llueva  
 Afanes el Señor sobre mi alma,  
 Si en pos de sí ya lleva  
 Cada dolor su palma,  
 Cada borrasca su risueña calma?

¿Qué importa sean muchas  
 Las penas, y las dichas harto infieles,  
 Y tenaces las luchas,  
 Si, ó cielo, en tus vergeles  
 Abundan tanto el nardo y los laureles?

Asi pues, de bañarme  
 No dejes en el mar de tus rigores,  
 O Padre, y de probarme  
 Con continuos dolores,  
 Con tal que no me niegues tus favores:

Pues siendo tú mi escudo,  
 Podré ofrecer el pecho á descubierto  
 Del mal al dardo agudo,  
 En tu amparo tan cierto  
 Cual el soldado de su arnes cubierto:

Pues sabré que la angustia  
 Es cual la flor de un dia transitoria:  
 Que toda frente mustia  
 Tendrá lauros de gloria,  
 Y que el que en Dios confia habrá victoria.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

## CRONICA RELIGIOSA.

Como auguramos en nuestra última reseña, así ha felizmente acontecido. No obstó que la insurrección asomase su ominosa frente en Alicante y Cartagena, para que el ministro de Gracia y Justicia, el joven Mayans dejase de caminar con reportado paso por la gloriosa senda que se abrió apenas llegada aquella cartera á sus manos, y en cuyo término no le aguarda la esplendente auréola de reparador de la Iglesia española, no sin tocar la mejor parte de ella á la candorosa niña que tiene confiados los destinos de esta nación, que entre sus antiguos blasones solo ha podido conservar el de católica. Cuando los aires de Sevilla y Santiago resonaban con alegre campaneó, y como instintivamente se reunía el clero de las parroquias en aquellas metropolitanas, para entonar con lágrimas de gozo cánticos de loor á Dios por el pronto regreso de sus pastores heridos por el rayo revolucionario; se hacia estensiva la real orden del 19 del pasado de que ya dimos cuenta á nuestros lectores, al señor arzobispo de Tarragona residente en Roma, al señor obispo de Canarias confinado en Sevilla, á los señores obispos el de Pamplona, el de Menorca y el de Barbastró arrojados como espuma á la vecina Francia, y á los dignos prelados el de Calahorra y el de Palencia que por nuestro honor han pisado por mas de dos años el suelo mallorquín. Pero si ha de amanecer un dia, en que desterrados envejecidos odios, volvamos á abrazarnos los que hasta aquí hemos luchado con el rencor de hermanos no avenidos, y si aspira el ministerio actual á la gloria de apresurar este hermoso dia, le aconsejáramos otórgase al señor obispo de Orihuela la libertad de restituirse desde su residencia de Loieto á su grey, que tanto ansía por la vuelta de su cariñoso pastor. Si hubiera el Ilustrísimo señor Herrero Valverde abandonado su diócesis para acudir á las facciones del Maestrazgo, nosotros enmudeciéramos; pero no merece semejantes calificaciones quien en medio de la vocería de los partidos y del estruendo de los combates hacia oír palabras de conciliación, quien durante la plaga del cólera alcanzó del gobierno que le tenia confinado en Madrid la gracia de ir á reunirse con sus diocesanos desolados por la peste, quien acosado por una injusta persecución y objeto de la suspicacia de aquel ministerio, se vió precisado en último recurso á buscar tras de las tapias de Morella, la seguridad que no le fué dado hallar allende del Pirineo. Ya que para los otros obispos no

ha habido pues mas que justicia, deseáramos para el señor obispo de Orihuela un poco de generosidad.

En todas las órdenes que emanan del ministerio de Gracia y Justicia brilla el mismo sello reparador. Léase sino la circular á los diocesanos fechado en 6 de los corrientes, por la que se echa de ver cuan bien ha comprendido el entendido consejero de la corona que el trono no debia ya levantarse sobre el cimiento movedizo de las revoluciones, sino á la sombra tutelar de la religion de nuestros padres. Así que tan pronto como la hija de Fernando ciñó la diadema de Isabel la católica se apresuró á *restituir la paz á la iglesia Española y la tranquilidad á las turbadas conciencias de los fieles, para alcanzar en lo temporal y humano los saludables frutos de moralidad, de disciplina social y aun de esplendor y poderío que ha debido siempre á la religion la católica España.* Otros párrafos podríamos reproducir de esta circular, de la cual transpiran los mejores sentimientos, cayendo como rocío vivificador sobre los corazones que encierran todavía á manera de precioso depósito nuestras venerandas tradiciones.

Otro de los actos que hará siempre grato el nombre del señor Mayans, es la revocacion de atestados, mandada por otra circular del mismo ministerio fechada en 28 de enero último. Solo los que conozcan lo trascendental de esta cuestión una de las mas árduas que ofrece el derecho público eclesiástico, podrán graduar el bien que ha hecho dicho señor ministro, rompiendo esta traba que desde el año 35 no dejaba obrar con libertad á la iglesia de España. No serémos nosotros quienes toleremos á los ministros de un Dios de paz, que olvidados de sus deberes conviertan en tribunas portátiles para escitar el pueblo á la sedicion, los púlpitos de donde solo deben derramarse palabras de union y caridad; pero ántes que los gobiernos exijan como necesarias para el ejercicio del sagrado ministerio estas certificaciones de buena conducta política, creemos mucho mas conveniente dejar en libertad á los obispos, que concedores de cual es la mision de un sacerdote sobre la tierra, no enarbolarán en bandera de rebelion el báculo episcopal, ni aun permitirán que los ministros del santuario trastornen el orden público, abusando de la justa influencia que ejercen sobre los pueblos. Entre las reales órdenes relativas al atestado, ninguna alarmó mas las conciencias y abrió surcos mas hondos de division, que la expedida en 14 de diciembre del año 41 bajo el ministerio del funesto Alonso, de quien á pesar nuestro tenemos que ocuparnos casi siempre. Coincidencia notable que no es para pasar desapercibida, la de hostigar crudamente las conciencias de los fieles, y vejar el clero español con duras condiciones, á las que sin mengua de su alto ca-

rácter no podía sujetarse, al paso que en el seno de las Cortes confesaba el desatentado ministro que ningun eclesiástico se había hallado complicado en la insurrección de octubre. El gobierno pues que tembló ante los amotinados de Barcelona, hacia gala de un rigor innecesario con los ilustres vencidos de octubre y con el inofensivo clero que tan pacífico se había mostrado durante aquellos tristes acontecimientos. En las Baleares, gracias á la mesura con que se condujeron las autoridades que entonces gobernaban, no sentimos los males que con motivo de los atestados affigieron á otras diócesis del continente, donde los mas beneméritos eclesiásticos estaban privados de sus licencias por no querer-se degradar hasta el punto de declararse adictos á un ministerio tan hostil á la iglesia hispana y á su gefe el Pontífice Romano. Hasta en la apacible soledad de los claustros penetraron aquellos sinsabores; y como si las dignas esposas del Señor no fuesen bastante desgraciadas con carecer de un mendrugo de pan que llevar á la boca, y con no vestir sino los harapos de la miseria, se vieron privadas de sus confesores que desde largos años dirigian sus conciencias, y de cuyos labios en su infortunio oían palabras de aliento y resignación.

Noble como es y digna de elogio la conducta del señor ministro de Gracia y Justicia, merece toda execración la que ha observado el señor Carrasco desde que en momento aciago le fué confiado el ministerio de Hacienda. Justamente el ministro que inspiraba mayor confianza, por haber á guisa de buen caballero defendido los derechos de una augusta proscrita, y como buen cristiano dirigido palabras de consuelo á la affligida Iglesia, es el que ha estampado su firma al pié del decreto de 8 de los corrientes por el que se azuza la venta de los bienes del empobrecido clero, llamando ventajosísima la ley del despojo hecha por las Cortes del año 41. Ya no estrañamos que se susurre que el orador que tan elocuentes discursos dejaba oír desde la tribuna del senado, haya aprendido las primeras lecciones financieras del otro ex-ministro cuyo solo nombre despierta la indignación en todos los pechos, y que por piques particulares desertase las banderas del progreso bajo las que debiera todavía militar. El señor Carrasco con su conducta posterior ha tiznado todos los actos de su vida política por brillantes que hayan sido, confirmandonos en que hay notabilidades que llegada la ocasión desmienten con sus actos las palabras fascinadoras de que usaron ántes de subir al poder.

Suceso, cuyo conocimiento quisiéramos ocultar á nuestros lectores, como nosotros agradeceríamos el ignorarlo, es la desgraciada muerte del señor Ramirez de Arellano, con sospechas vehementes de haberse suicidado en la noche del 6 al 7 de los corrientes. Eclesiástico de brillantes

cuales era el antiguo vicegerente de la nunciatura apostólica; y por la firmeza que desplegó el año 40. contra las funestas invasiones del poder civil mereció ser espatriado con un lujo de tiranía, que rayaría en ridículo si las víctimas no fueran personas tan ilustres. En Francia, oprimido su corazón de melancolía, padeció enagenaciones mentales, pasando meses enteros sin afeitarse, y estremeciéndose solo á la vista del pan y del vino, como si fuera á consagrarlo; dolencia de espíritu de que no curó enteramente ahora, cuando restituído al seno de sus amigos era de esperar que bajo el cielo de su patria volviese á recobrar la antigua serenidad y su carácter abierto y generoso. Confiamos en que su alma separada del cuerpo por un atentado que solo la falta absoluta de razón puede explicar en varón tan religioso, habrá hallado misericordia ante el Señor cuyas batallas peleó con tanta gloria.— También en Suiza falleció en la noche de 8 al 9 de enero á la edad de 71 años el señor Bossi obispo de Coire.

Puesto que en la última reseña hablamos del estado del catolicismo en América, y en particular de Venezuela donde van recogiendo ricos misioneros algunos capuchinos españoles, no podemos callar ahora que el ministro de Justicia y de Negocios eclesiásticos de la república Mexicana espidió un decreto en 15 de setiembre último, por el que se deroga el del año 37, que prohibía á los religiosos procedentes de España introducirse en aquellos estados. Al mismo tiempo acaban de embarcarse en el Havre. (Francia) 18 jesuitas españoles entre sacerdotes, escolares y coadjutores, dirigiendo el rumbo á Nueva Granada; porque estos soldados de Jesus, cuando no pueden guiar la juventud por el sendero de la virtud y del saber, van á buscar nuevas tierras donde estender mas y mas la gloria de Dios.

De cada dia van aumentando en Inglaterra las conversiones, y en estos últimos años se han convertido ya 10 individuos de la célebre universidad de Oxford, siendo el último el señor Tomas Harper del colegio de Exeter que acaba de abrazar el catolicismo. Entretanto el *Times*, uno de los periódicos mas acreditados de Londres, asegura ser muy probable que se presente al parlamento para su aprobacion en la próxima legislatura, una medida cuyo objeto es relevar completamente á los católicos romanos del pago de diezmos, y que un alto dignatario de la Iglesia Anglicana está trabajando una esposicion sobre este asunto. Tiempo sería en verdad que la nacion *modelo de los países libres* dejase de tiranizar á los pobres católicos, hasta el punto de obligarles á mantener un clero protestante que con su fausto y opulencia les insulta.

Cuando vamos tanto á caza de noticias religiosas estrangeras, no es

justo olvidarnos de lo mucho que va progresando en nuestra patria el espíritu religioso. Nosotros ya lo sabíamos, pero debíamos aprenderlo de un labio elocuente y leerlo en la alocución pastoral de este año, en la que campean las mejores dotes de estilo, y que con placer trasladáramos íntegra á nuestras páginas, no para popularizarla mas en Mallorca donde pocos hombres de gusto habrán dejado de leerla con avidez, sino para que nuestros lectores del continente vieran que en este peñon del Mediterráneo, donde ni siquiera el estímulo espolea al talento, hay jóvenes sacerdotes cuya profunda modestia es un velo, aunque á pesar suyo trasparente, para encubrir sus conocimientos. Mas las estensas dimensiones del edicto, y las estrechas á que debemos ceñir esta crónica, nos impiden reproducirlo, contentándonos de paso con este corto homenaje, en el que hemos procurado no tuviese parte el corazón, y sí el entendimiento; porque nosotros en el terreno científico y literario no somos amigos de nadie, como tampoco queremos tenerlos.

No bastaba que las tardes de todos los domingos se hallaran piadosamente ocupadas con brillantes funciones religiosas que nuestros padres en dias mejores no pudieron alcanzar: no quedaba satisfecha la devoción de estos fieles con las funciones del Mes de mayo consagradas á la Virgen santísima y celebradas el año pasado en cinco iglesias distintas, sino que últimamente se introdujo el mes dedicado á la Sangre de Jesucristo, y el del patriarca san José que empieza al anochecer del dia en que esto escribimos. Si el culto exterior va acompañado del interior, y sigue desenvolviéndose gradualmente el espíritu religioso entre nosotros, será Mallorca mucho mas recomendable por ello que por la fertilidad de su suelo, la amenidad de sus campos, y la apacibilidad de su clima.

Tambien felicitamos al señor Gefe político por haber reconocido, en la alocución dirigida á los electores de esta provincia con motivo de las próximas elecciones de ayuntamientos, que para los destinos concejiles no deben ser nombrados los que con afán los solicitan, y que para alcanzarlos ponen en juego hasta medios ruines; sino buscar al sabio en su retrete, al buen padre, al buen esposo, al hombre religioso en el seno de su familia; como que las virtudes públicas casi nunca andan reñidas con las privadas, y que el acierto con que se rige una sociedad doméstica es la mayor garantía para regir otra sociedad montada sobre pie mas anchuroso.

Como por tierna despedida celebraron de pontifical con pompa digna de nuestra catedral suntuosa, el señor obispo de Calahorra en la reserva del tercer dia de Cuarenta horas que en los tres últimos de carnaval se celebran, y el señor obispo de Palencia en la mañana del



miércoles de ceniza. De un día á otro los dos Ilustrísimos deportados van á restituirse á sus diócesis, para acallar los tristes balidos de sus respectivas ovejas que sonaban, no en los oídos, sino en los corazones de sus pastores. Nosotros en su viaje les acompañamos con nuestros votos, y conservaremos, cual preciosa joya, en nuestra memoria las muestras de cariño paternal, que los Redactores de la FE les debemos.

J. V. y P.

---

## CRÓNICA POLÍTICA.

---

### Reseña General

DE LO ACAECIDO DESDE EL PRONUNCIAMIENTO DE JUNIO.

#### §. I.

En los diez años que llevamos de revolución no ha ocurrido tal vez período alguno tan fecundo en acontecimientos y mudanzas, como el que vamos á describir brevemente. Hubo sí durante la guerra civil larga cosecha de escisiones y pronunciamientos, caídas de ministerios mas ó ménos trágicas, motines sangrientos y estrepitosos, cambio de leyes fundamentales; pero todo palidecía ánte la cuestion dinástica debatida en los campos de batalla, todo pendía en última instancia de la decision de las armas, toda aquella disonante gritería de congresos y juntas era sofocada por el cañoneo de los combates y por el estruendo de las descargas. La mitad de la nacion por lo ménos, fijos con ansiedad los ojos en el teatro de la guerra, no se curaba de lo que en Madrid se hacia, ni del espíritu de las provincias, ni del partido que se entronizaba; ó si en algo lo apreciaba era por el influjo que podian ejercer estos cambios en la solucion y término de aquella: de suerte que ninguna de las vicisitudes políticas de aquellos tiempos pudo merecer el nombre de *nacional*, pues ni en ellas tomaba parte la nacion, ni la afectaban toda entera; y no pasaban de ser disputas, aunque violentas, de familia, discordias de una ciudad

sitiada en presencia del comun enemigo. Despues del convenio de Vergara y de la rendicion de Morella, no hubo lucha propiamente tal: el pronunciamiento de setiembre se verificó sin disparar apénas un tiro con la presteza de un cambio de decoracion, y la nacion sorprendida en su letargo *se admiró de verse progresista*; la insurreccion de octubre de 1841 no fué mas que una leve llamarada, una tentativa prematura, una ilusion risueña y generosa de que despertaron á vista del suplicio sus autores. Para hallarnos con un hecho verdaderamente nacional, es preciso llegar hasta el pronunciamiento de junio: la nacion supeditada desde el momento mismo en que se la proclamó soberana, ejerció por fin en la destitucion de Espartero el primer acto de su nueva soberanía.

Recientes son los hechos, y tan sabidos como diversamente juzgados y por lo comun con superficialidad; rápidas han sido las metamórphosis; heterogéneos los elementos, é inestables y muy distintas las situaciones que han ocupado respectivamente los partidos: asi que tan ocioso como sería referir los sucesos, será importante estudiarlos en su espíritu y presentarlos en su enlace y conjunto.

No cabe duda de que ningun partido puede exclusivamente gloriarse de haber derribado al Regente, y que todos por su parte concurrieron á la ruína de aquel que á todos habia subyugado por malas artes. El 31 de agosto de 1839 compró en Vergara como una grey á la flor del ejército carlista que otro mercader le entregó, y los liberales aplaudieron: el 18 de julio de 1840 vendió en Barcelona á los moderados y á su Reina, y aplaudieron los progresistas: mas tarde vendió á los progresistas mismos, los separó del poder, y se entregó en brazos de los doceañistas y ayacuchos, encerrándose en una pandilla, como si fuera harto vasta para aquel hombre pequeño la atmósfera de un partido. Espartero confiaba demasiado en la division de los bandos creyendo poderlos oprimir á su salvo sucesivamente; y no preveía que la desgracia y la ópresion crean entre los quejosos una enérgica, aunque pasajera alianza. En 1841 se levantaron contra él un puñado de valientes, antiguos compañeros suyos, y no faltó entre sus mismos enemigos quien llorase su triste suerte y la inexorabilidad del vencedor: en 1842 se levantó contra él una ciudad, y al volver el Regente triunfante á la capital, tuvo que cerrar las mismas Córtes que le habian dado la regencia por no oír sus amargas reconvenciones: nada le decian estos hechos, nada el círculo de amigos que de cada dia se estrechaba, y el de enemigos que mas de cerca le envolvia, nada la coalicion de la prensa de Madrid que era entónces espresion verdadera de la opinion pública. En 1843 se levantó contra él la nacion

pero entonces el que antes fué letargo pasó ya á impotencia.

A mediados de mayo se vió obligado el Regente por las formas parlamentarias, á separar de su lado á los santones mil veces desairados, y á escoger un ministerio entre los progresistas independientes, es decir, repudiados hasta entonces; y á los diez dias despidió al nuevo ministerio de cuyos labios se habian escapado algunas palabras generosas: las Cortes dieron un voto de censura á sus sucesores, y el público de las galerías los apedreó á la salida; y el Regente despidió á las Cortes, y dejó murmurar al público. Hasta aquí no vemos motivo para una revolucion general, ni que fuera cosa de que la nacion echara su guante en la balanza entre los Caballeros y Lopez de una parte, y los Becerras y Linajes de la otra. Pero la oposicion, con el admirable instinto que caracteriza casi siempre á las oposiciones, habia echado mano, como de instrumento, de una hermosa palabra, *reconciliacion y olvido*, que leyó en los corazones de los españoles, y que los españoles á su vez aprendieron de sus labios, ampliando empero su sentido. Y al lado de esta brotaron, como naturalmente, otras palabras no ménos bellas, *trono, religion, union, independenciam*, formando todas juntas una protesta contra la revolucion que profana los tronos, que socava los altares, que divide los ánimos, que debilita y humilla la patria vendiéndola al extranjero. Solo así podrá comprenderse lo espontáneo y universal de aquel movimiento; la nacion anatematizaba á la revolucion personificada en el Regente, que habia adoptado todas sus iniquidades y monopolizado sus frutos. Los que dieron principio ó pretesto á la insurreccion no podian valerse de semejantes acusaciones que les hubieran comprendido á ellos mismos, y así echaron mano de ciertas *infracciones de Constitucion*: pero cuando se hallaron al frente de un pueblo levantado, bien conocieron que otro era el resorte que le movia, y Espartero mismo en su caída no pudo desconocer la mano que le heria, ni el delito que espía. Lo que empezó una intriga parlamentaria ó una ambicion desairada, la nacion lo concluyó.

Una de las circunstancias que caracteriza la intervencion de esta, y muestra que han llegado á su madurez los sentimientos que la impelen ó las ideas que proclama, es la espontaneidad de un movimiento, sin conspiracion que lo haya precedido, y sin disciplina que lo dirija á un fin marcado. La insurreccion que á últimos de mayo estalló en Málaga, habia cundido al mes por dos tercios de la península, y puesto en campaña ejércitos numerosísimos; y todo sin conjuracion posible, porque los sucesos se desarrollaban con una rapidez que era difícil seguirlos, cuanto mas preveerlos. Al principio solo se trataba de reponer al ministerio Lopez, luego de destituir al Regente, luego la mayoría

de la Reina fué el voto universal. Los protagonistas de la famosa sesión del 19 de mayo ignoraban sin duda las consecuencias de aquel acaloramiento, y el eco que tendrían en España las fatídicas palabras del señor Olózaga, *Dios salve al país y á la Reina* tomadas del *Corresponsal* de la víspera, quien las tomaría á su vez de la conocida canción inglesa: pero se esperaba algo de grande y sorprendente, agitábanse vagamente los ánimos, y cuando se oyó al diputado embajador formular en un raptó de entusiasmo una renuncia que nadie pudo creer desinteresada, se tuvo por inminente el peligro de Espartero, y se creyó que amenazaba ruina el palacio de Buena Vista, puesto que el sagaz diplomático huía de su abrigo á toda prisa.

Por otro lado los militares, aunque sujetos á repetidos espurgos y escogidos casi todos á devoción de Espartero, agriados unos por la muerte de Leon y de sus bravos amigos, otros por el escandaloso favoritismo de los ayacuchos, otros por el abandono en que se les dejaba, muchos por fin ambiciosos y vueltos de cara al nuevo sol, conociendo que á pesar de todos sus esfuerzos el gobierno á quien servían podría tirar á lo mas hasta el octubre de 44, porque ni la España era la Francia, ni Baldomero era Napoleon para fundar una dinastía, volvieron la espalda al antiguo *compañero de glorias y fatigas*; dando Prim y Milans en los campos la señal primera, como Lopez y Olózaga la habian dado en las Córtes. Los mismos gefes militares de las ciudades se ponian muchos al frente de los sublevados, tirando al gobierno á la cara las condecoraciones que de él recibían; los que ó por honrado escrúpulo, ó por extremo compromiso le permanecieron fieles, perdian el tiempo en reprimir la insurrección con impotentes castigos dentro del casco de su residencia, ó al pié de los muros de las ciudades pronunciadas que desafiaban su venganza. La única ventaja que obtuvieron fué la entrada de Zurbano en Reus, y á los tres dias buscaba fugitivo donde embarcarse.

El 21 de junio, despues de una fria y degradante arenga no saludada ya por los vivas de las milicias populares, dió Espartero á su palacio y á la capital un adios que todos los madrileños, y él mismo acaso, preveían habia de ser muy largo. Incierto al parecer de su rumbo y de su plan, adelantóse á marchas cortas al frente de su ejército por el camino de Valencia, hasta Albacete, donde le alcanzó muy pronto la noticia de que en el Grao acababan de desembarcar, venidos de Francia, Coucha el proscrito de octubre, y Narvaez el mas temido y odiado de sus rivales, salvado del naufragio, cuando huía de la saña de su enemigo en 1838, para derribarle mas tarde. Desde entonces permaneció Espartero como milagrosamente enclavado: diríase que le

fascinaba la mirada terrible de aquel vengador, que se reconocía en preseucia de su juez, que había leído en la pared una sentencia misteriosa, que la sombra de Leon se le había aparecido. Sus tropas eran arrolladas por todas partes; la insurreccion se trasmitia de ciudad en ciudad, como los fuegos con que se comunican de noche las atalayas; cada mensaje le traia la nueva de la pérdida de una plaza ó del levantamiento de una provincia, como allá en tiempo de Galieno, cuando treinta generales disputaban á la vez al degradado soberano la púrpura del imperio: y entre tanto, segun el parte diario de la Gaceta, *S. A. R. continuaba en Albacete*, cruzados los brazos, sino con la resignacion de un cristiano, con el fatalismo de un musulman, á vista del castillejo de las Peñas de san Pedro, cárcel y presidio de editores responsables, que moraba entónces impunemente al perseguidor de la prensa libre.

Entretanto el general Narvaez. puesto al frente de las tropas de Valencia, con todo el prestigio que le daban, no ménos que sus hechos militares, las persecuciones sufridas, despues de haber hecho levantar de paso el sitio de Teruel, se dirigia á marchas forzadas sobre Madrid, seguido muy de cerca por las tropas de Seoane y de Zurbano, que retrocedian ante los somatenes de Cataluña, y á vista de sus desfiladeros erizados de armas, y eran á su vez acosados por Serrano y Prim que dejaban á sus espaldas el país libre de enemigos. Parecíanse aquellos ejércitos á las oleadas de bárbaros que en el siglo IV se empujaban ácia el mediodia, y que guiaba el dedo de Dios á la capital del mundo. Madrid por otro lado estrechado por Aspiroz, se vió sujeto durante algunos dias á la ignoble dictadura del populacho, presenciando gran copia de las escenas ya ridículas, ya lamentables que siempre la acompañan; convirtiéronse sus hermosas calles en trincheras y barricadas, el real palacio en cuerpo de guardia, y el pueblo de los barrios bajos, al parque el muelle cortesano y el inofensivo transeunte, en *hijos de Numancia y de Zaragoza*: mas á pesar de tantos fieros, nadie desconocia que la suerte de la capital y de la monarquía habia de decidirse en las afueras entre los ejércitos beligerantes. Muchos creían que las fuerzas de Espartero replegándose sobre Madrid acometerian á Aspiroz, mientras Seoane cayera sobre Narvaez, aventurando así su fortuna al éxito de una batalla cuyas ventajas estaban todas á favor suyo; y atribuian aquella inaccion inesplicable del *héroe de Luchana* á profunda combinacion. Pero no fué así, y á no haber el sitiador, por sentimiento propio ó por instrucciones recibidas, tratado de evitar á toda costa el derramamiento de sangre, y el asustar por segunda vez á la augusta Niña con el estruendo del combate, no le hubiera sido tan difícil forzar las débiles tapias, dentro cuyo recinto le tendian los brazos muchos amigos.

Acercábanse Seoane y Zurbano; y los pueblos mismos que no se habían declarado, y que solo en el fondo del corazón habían saludado como salvador á Narvaez, se estremecían como á la vista del enemigo, y ocultaban muchos lo mas precioso de sus haberes para salvarlo de la rapacidad de aquellas tropas. El 21 de julio durmió Seoane en Alcalá en la misma cama que ocho dias ántes ocupara Narvaez, y desde allí le mandó un cartel jactancioso que fué contestado con idénticas palabras. El choque era inminente y decisivo, las tropas de Zurbano superiores en un tercio á las de Narvaez, su estado mucho mejor, su ánimo dispuesto á combatir, sus caballería y artillería respetables, y casi nula la del contrario; y sin embargo ni los que se hallaban en el teatro mismo de los acontecimientos, como el que esto escribe; ni los que desde las provincias tenían vueltos allí los ojos, sintieron apenas ansiedad, ni dudaron un momento por quien quedaria el triunfo, pero triunfo pacífico que presentian no habia de verse manchado con rios de sangre española. Esta fe ciega y portentosa, que nos admira contemplada á sangre fria, era la prenda mas segura de la victoria. Narvaez apoyado por la columna de Aspiroz aguardaba al enemigo á tres leguas de Madrid en la vasta llanura de Torrejon, donde la naturaleza del terreno no ofrecia posicion ninguna ventajosa: y se contentó con oponer batallones á batallones de aquellos regimientos cuyos soldados se hallaban divididos entre los dos ejercitos, para que así retrocediesen las bayonetas, y se abrazasen como hermanos los que tenían un nombre y una bandera comun. La insignia que distinguia á sus soldados era un lazo blanco atado al brazo, color de paz, color tambien de realismo. El 22 de julio por la mañana se avistaron los dos ejercitos; la artillería de Zurbano disparó algunas mortíferas descargas, Narvaez hizo prodigios de valor al frente de los quintos de caballería, clamando paz y reconciliacion; y una hora después los soldados holgaban mezclados y confundidos, Zurbano se salvaba gracias á su ignoble traje de paisano, Seoane prisionero parodiaba las célebres palabras de Francisco I, Shelly recompensaba caballerosamente la herida que con su lanza le habia hecho un sargento, y la dictadura de Espartero principiada con el abrazo de Vergara habia espirado con el abrazo de Torrejon.

Sí, su carrera política estaba concluida; casi pudiera decirse que no pertenece á la vida pública su frenético acceso de impotente venganza contra Sevilla, si Sevilla no perteneciera á la historia por el doble título del sufrimiento y del heroismo. En aquel estéril y cruel bombardeo no vemos ya ningun cálculo, ningun plan, sino los malos instintos del corazón. La fuga de Espartero ante Concha, su turbacion é

incertidumbre, su ridícula protesta á bordo del *Malabar*, aun prescindiendo de la verdad de las anécdotas que por aquellos días se contaron, son un espectáculo harto mezquino y personal para que nos detengamos en él, y del cual no pudiéramos sacar otro fruto que sonrojarnos de *los héroes de la revolución*.

Al día siguiente de la jornada de Torrejón entraron en Madrid las tropas ya reunidas, y casi en seguida las de Serrano y de Prim, cuyas *patuleas* con su extraño traje y tostado color, al desfilarse por aquellas magníficas calles embarazadas todavía con zanjas y escombros, recordaban á los cosacos en París, ó á los bárbaros en Roma. Serrano cuya espada se había desembainado desde el principio contra el Regente, y cuya pluma, órgano en esto de la voluntad y de la justicia de una nación, acababa de destituirle en Barcelona, cesando ya de ser *ministro universal*, llamó en nombre de la Reina á sus compañeros en el ministerio del 10 de mayo, y quedó instalado el gobierno provisional. Así concluyó aquel *pronunciamento*, de cuya grandiosidad é importancia no debe juzgarse ni por su pretesto, ni por las personas que al frente de él sonaban, ni aun por sus mismos resultados, que sin embargo no se han desarrollado bastante todavía, sino por su nacionalidad que solo tiene semejante en el levantamiento de 1808. Preciso es confesar que Lopez y Olózaga dieron el grito en el salón de Cortes, y que otros que ellos tal vez no pudieran haberlo dado; pero sin la llegada de Narvaez y Concha, y la cooperación de los generales moderados, mucho dudamos que entre los progresistas se hubiera hallado militar de bastante prestigio y resolución para abrirse camino con su espada hasta el palacio de la cautiva Soberana: y ni unos ni otros hubieran logrado dar al movimiento otro carácter que el de motin ó insurrección, si el pueblo, la gran mayoría del pueblo, indiferente cuando no hostil á toda teoría revolucionaria y á los parlamentarios debates, y sobre quien solo ejercen influjo las grandes ideas de *religion y monarquía*, no hubiera creído á entrambas comprometidas. Esta amalgama pues de partidos y sentimientos y tendencias se nota también en las escenas que entonces presenciámos; las hubo democráticas, las hubo caballerescas, tierna y fervorosamente religiosas las mas: sangrienta ninguna; á no ser en Valencia la trágica muerte de Camacho á la sombra del templo cuyos ministros había perseguido.

La estension que va tomando nuestro artículo nos obliga á diferir para otro número la continuación de esta reseña.

J. M. Q.

## VARIEDADES.

### FRENOLOGIA.

Tres lecciones públicas de Frenología ha dado consecutivamente en el teatro de esta ciudad el señor don Mariano Cubí reciénvenido de Barcelona para propagar en nuestra isla esta naciente ciencia; y decimos naciente, no tanto por su moderna fecha, como por el estado casi de infancia en que se encuentra, faltándole todavía tantos huecos que llenar, tantos problemas que resolver, tantos principios que fijar. No tratamos de llamar á discusión las ideas frenológicas, así por carecer de conocimientos anatómicos, indispensables, por mas que se diga, al tratarse de cerebro y de cráneo, como por haber desempeñado esta tarea, cumplidamente á nuestro juicio, el señor Balmes en el primer tomo de *La Sociedad*, de cuyos reparos no despreciables en verdad, y que han prevenido aquí el ánimo de muchos, quisiéramos por su propio interés se hubiese hecho cargo el señor Cubí en sus tres discursos. De ellos únicamente nos ocuparemos con la brevedad á que nos vemos forzados.

Trató en el primero del origen, historia y estado actual de la Frenología. Sin convenir del todo en la antigüedad que quiso átribuirle, suponiéndola ya desde mucho tiempo conocida ó presentida, no hay duda en que una propension natural impele al hombre á conocer lo oculto, lo íntimo, lo futuro: por lo mismo á vista de las supersticiones científicas y vulgares engendradas por este deseo, jamas podria recomendarse á los frenologistas bastante sensatez, bastante mesura, para que su ciencia lanzada á los campos de la imaginacion, no sea la gran superstición, la astrología, la alquimia del siglo XIX. En el segundo discurso vimos con sentimiento que el orador que tanto se habia detenido en probar su primer principio, que *el cerebro es el órgano del alma*, principio generalmente reconocido, y en probar el segundo que, si bien muy disputable, queremos concederle, á saber que *el cerebro sea múltiplo*, pasase como por brasas sobre los demas principios que mas dificultad ofrecen. Se dirá que se prueban por la esperiencia; pero una ciencia sin mas principio que aquel *y es probado*, corre peligro de rayar en empirismo, y ademas siendo ciencia práctica ni es tan fácil de adquirir, ni de trasmitir una vez adquirida.

En el tercer discurso fué ménos feliz el Sr. Cubí: las aplicaciones que quiso hacer de la frenología nos parecieron exageradas, impracticables, y algunas insostenibles en el órden moral y religioso. Nuestro cerebro era estrecho para contener las dificultades que hacia brotar en él cada una de sus palabras. Si esta aplicacion frenológica universal no fuera un



sueño platónico, podríamos hacer un cuadro de los males é inconvenientes de ella, que eclipsaría tal vez la dorada perspectiva que presentó. La frenología nunca podrá presumir de ciencia exacta é infalible sin destruir la libertad y la moralidad de las acciones, y no siendo exacta, no podrá decidir como árbitra de la legislación, de la educación, y de las relaciones sociales. No bastan protestas de religiosidad, por mas que honren al Sr. Cubí y á su auditorio que no hubiera tolerado otro lenguaje; es preciso ser consecuente con los principios; y si él ve una línea que divide su doctrina del *fatalismo*, acaso no será perceptible para sus alumnos, y todas las ventajas frenológicas no valdrian por un individuo á quien precipitase en aquel error aunque involuntariamente.

Ni somos hostiles á la frenología, ni al señor Cubí con quien tenemos amigables relaciones; pero creemos que la exageracion es enemiga de toda ciencia. Por lo demas, ni crea que la novedad baste aquí para escitar prevenciones, ni tampoco para arrancar aplausos: aquí, como en otras partes, será *juzgado por sus obras*.



Tenemos á la vista una obra preciosa para la educación de la juventud, la HISTORIA DE LA RELIGION *antes de la venida de Jesucristo*, (1) escrita en frances por Lhomond profesor de la universidad de Paris, y traducida á nuestro idioma por D. Juan Manuel de Berriozabal tan conocido por la acendrada piedad y místico perfume que respiran sus numerosos escritos. El poeta, que así se ha ensayado en los cantos épicos de nuestro antiguo Ojeda, como en la lira de Lamartine, no dudó ceñirse al modesto oficio de traductor en obsequio de la religion y de la juventud. Utilísima es en efecto esta obra, pues ni toca en superficial como un libro de escuela, ni en harto profunda ni voluminosa, distinguiéndose por la rapidez de la narracion, la viveza y propiedad de pinturas, y la oportunidad de las reflexiones. « Su autor, dice muy bien el señor Berriozabal, halagó con la brevedad la impaciencia, y lisonjeó el gusto con la riqueza de la doctrina y eleccion de formas con que esta se derrama. » Va precedida la obra de dos disertaciones del traductor, una sobre *el carácter de Moises*, y otra sobre *las figuras que representaron á la santísima Virgen en el antiguo Testamento*, tributo rendido al objeto de su mas tierna devoción.

(1) Dos tomos de linda impresion. — Véndase en la librería de TRIAS á 20 reales vn.

## SUPLEMENTO AL TABOADA,

O VERDADES EN PELOTA;

OBRA AL PUEBLO DEDICADA,

Y Á SU LENGUAJE ADAPTADA

POR UN COPLERO PATRIOTA. (1)

Tal es el título de un folleto político-satírico en verso, impreso en Madrid en 1842, y al cual nos parece que no hizo entonces toda la justicia debida la prensa de Madrid que ensalza amenudo obras mas frívolas y mediocres. No es nueva en obras de este género la forma de diccionario tan favorable para escusar transiciones, para dar giros epigramáticos, y para volar de una en otra dición como la abeja entre flores: pero la maestría con que está desempeñado el que anunciamos, su sal ática, su lenguaje castizo, su ironía finísima casi siempre, sus pensamientos dignos muchas veces de obra mas seria, su valentía é imparcialidad, sus sentimientos rectos y verdaderamente españoles, le constituyen lo mejor que en su clase hemos visto; y nada hallaríamos en él que reprender, si alguna que otra vez el punzante aguijón no se convirtiera en cortante filo, revistiéndose el autor de una seria indignacion que, por mas que legítima, no es propia de aquel tono. Véanse por muestra las definiciones siguientes:

CONSTITUCION. Almanaque  
Político ó calendario,  
Cuyas fiestas de precepto  
Cual las del otro observamos.

DIPUTADO. De las ánimas,  
Un verdadero retrato,  
Sin calzones ni camisa,  
Pero rico de *sufragios*...

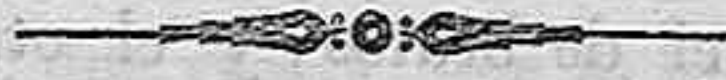
LIBERTAD DE IMPRENTA. El hipo  
Del partido derrocado,  
Y del dominante el bú,  
La pesadilla, el Zerbano...

Muchos pasages tiene como el siguiente final, de admirable concision y energía:

VIVAS. Voces de alegría,  
Y precursoras de llanto.  
YERMO. España muy en breve.  
YERRO. Cuanto practicamos.  
YUGO: El que encima tenemos,  
Que á fe mia no es liviano.  
ZIZANA. Género ingles.  
ZOILO. El que encuentre esto malo.

(1) Véndese en la librería de TRIAS á 2 reales vn.

## ESCEPTICISMO, MATERIALISMO.



UNA vez probado que no hay alternativa posible entre la fe y el escepticismo, entre la afirmacion y la duda universal, entre el sér y la nada, y que no media entre estos dos extremos sino una pendiente rápida y resbaladiza, en la cual le es imposible á la razon sentar su trono como soberana, es casi por demas el pasar adelante, porque el problema está ya resuelto, y el sentimiento universal y la voz instintiva de la humanidad han decidido á favor nuestro. En efecto no apagara la razon audazmente la antorcha de la fe, si no creyera que su luz propia ha de bastarle; no destruyera, si no presumiese de edificar; no se lanzaria fiada únicamente en sus alas á un mundo al cual no pueden seguirla los sentidos sus ministros, por el mero placer de errar en el vacío, y no con la esperanza de conquistar verdades; no se emanciparia en fin proclamando su independencia y soberanía, si supiera que en vez de correr al trono corre á su sepulcro. Pero demostradas ya la impotencia de la razon para crear y su esencia pasiva, demostrado que nada posee de innato, y que toda idea entra en ella ó por los sentidos por medio de imágenes, ó por la tradicion ó sea la fe por medio de la palabra, resulta que la razon en el órden espiritual ni puede guiarse por sí, ni por el ministerio de los sentidos; á ménos que no admita mas allá de la esfera de estos otro mundo superior ó invisible, ó á ménos que rechazando con loca ceguera cuanto de fuera le viene, se encierre ella misma en las tinieblas de su ignorancia y nulidad. El escepticismo y el materialismo, he aquí los dos términos de todo error, los cas-

tigos que en sí propia lleva toda rebelion contra la fe legítima; ámbos aniquilan el espíritu en cuanto está de su parte, y le conducen á un resultado mismo, aunque el uno hijo del envilecimiento aspire á sofocarlo bajo el peso de la inerte materia, rebajándonos al nivel de brutos, y el otro hijo del orgullo lo estravie en la inmensidad, aspirando á transformarnos en dioses. Todo lo que existe y vive tiene horror á la destruccion, al aniquilamiento; y tanto como repugna la muerte á los sentidos, repugnan al alma estos sistemas desoladores que en todo su rigor ni aun mentalmente pueden existir.

Sin embargo si alguna razon individual en un acceso de desesperacion, como Sanson hizo con el templo de los filisteos por una inspiracion de heroismo, no repara en estremecer los pilares de la verdad, y en perecer bajo sus ruinas á trueque de que la fe perezca con ella, allí la buscarémos nosotros; y hasta descenderémos al fondo del abismo donde cree hallarse á cubierto de la luz divina que la ofende. No se trata ya de filosofía, que esta espira en los umbrales del escepticismo, porque ¿qué *ciencia* ni qué *amor á la ciencia* cabe donde no hay mas que un dogma, *el ignorar*? El escepticismo rechaza toda idea de agregacion, así de opiniones como de intereses; y tan absurdo sería creer posible una sociedad cualquiera fundada en este principio, como un cuerpo sin mas fuerza que la repulsiva entre sus elementos. Una vez sola se ha atrevido á aparecer encarnado en una secta, en la escuela de Pirron; y el Pirronismo en la única fórmula que puede pronunciar no es mas que una grosera contradiccion de palabras, á la cual pudiera reponer un niño al par de san Agustin: «Decís que la verdad no existe: ¿no será cierto que no existe? Pero esto no puede ser verdadero si no existe la verdad: luego la verdad siempre existe.»

Todo está dicho en esta elocuente sencillez; pero queréis una pintura mas brillante de este caos llamado *escepticismo*? Oigamos al restaurador de los dominicos, al ilustre Lacordaire

en una de sus conferencias predicadas durante el penúltimo adviento en *Notre Dame* de Paris. «La duda especie de sordo-mudo, que no oye, que no ve, objeto indefinible, flotante siempre, que ni se atreve á rechazar ni á creer, á afirmar ni á negar, ¿qué hará, qué creerá, qué es lo que fundará? Está consagrada á la inercia, á la impotencia, á la nada, formulada en la vaga espresion de un *puede ser*!.. Pero si Dios mismo dijera á sus criaturas *puede ser*, el universo quedaria inmóvil, sumido en estupor, y volviéndose á él le diria: Señor, hablad! En cuestiones tan altas, tan palpitantes en interes y vida, no pudiera aceptar la humanidad la anómala situacion que crea esta palabra *puede ser*; y por lo mismo la rechaza, como se rechaza instintivamente la hoja fria de un puñal; el mundo no la quiere. El escepticismo precisamente es individual; podrá muy bien pasar de una á otra cabeza, pero jamas se perpetuará de nacion en nacion, de pueblo en pueblo; es un sepulcro vacío donde yacen áridos huesos confusamente amontonados. Y aun sobre la losa sepulcral que cubre las cenizas de un muerto, un epitafio os recuerda su vida, sus hechos y hazañas, sus títulos en fin al reconocimiento de los vivos; pero ni aun puede colocarse una inscripcion sobre el sepulcro de la filosofia escéptica; hasta tal punto es infecunda y miserable.»

Y no digo ya en una sociedad política ó en una escuela filosófica, pero ni aun en una razon individual puede abrigarse el escepticismo sin ser una inconsecuencia ó una locura; inconsecuencia si versa solo acerca de las cosas sobrenaturales prestando fe á las humanas, locura si á todas igualmente las excluye de la creencia. Analizad los actos mas sencillos y comunes de la vida social, y ninguno hallaréis acaso en que no intervenga mas ó ménos implícitamente la fe en la esperiencia ó en el dicho de vuestros semejantes; por mas cuidadosamente que cerreis vuestra alma á influencias estrañas, siempre la fe penetrará en ella por cien puertas distintas, siempre impelerán vuestro brazo y decidirán vuestras acciones cien agentes este-

riores. Aun contrayéndonos á una vida salvaje y completamente aislada, lo que no es dable, pues siempre existirá al ménos la sociedad de familia, sería una imposibilidad el escepticismo completo; algo mas que simples percepciones habria en el entendimiento, habria comparaciones, juicios, deducciones, operaciones todas complicadas en las que el alma podria engañarse, y en las que le es preciso tener fe; operaciones que manifiestan la existencia de otras facultades que las sensitivas, y que obligan al espíritu á tener fe en su propia existencia. Así pues el horizonte de nuestras creencias siempre será mas vasto que el de nuestros sentidos. Y hasta la confianza que en ellos tengamos, ¿no será una fe tanto mas ciega cuanto mas failable, cuanto mas amenudo se convencen unos á otros de engaño? Qué ciencia ni aun conocimiento exacto puede fundarse en su testimonio? Los sentidos no pueden dar razon completa de lo mismo que perciben, y la física, ciencia sobre la cual pudieran arrogarse al parecer absoluto dominio, mas veces trata de explicar y hasta de contrariar sus impresiones, que de apoyarse y gobernarse por ellas. Todos tenemos sentidos, pero no todos sabemos física, porque no es esta únicamente un cuerpo de observaciones que cada uno se adquiere, sino una ciencia que se enseña, enriquecida con las observaciones y adelantos de los otros, ó basada en hipótesis, que aceptamos de buena gana si algo hemos de edificar; no entran solo por los sentidos sus conocimientos, son objeto tambien de tradicion y de fe. La fe, he aquí la atmósfera universal que por do quiera respiramos, y de la cual podemos decir como de Dios mismo, que en ella *vivimos, nos movemos y existimos.*

Suponed lo que no es posible, falto de toda creencia el entendimiento; desfalleceria todo deseo en la voluntad, y en el hombre todo movimiento; á no ser los puramente orgánicos y animales; porque sabido es que la voluntad no se mueve sin un acto del entendimiento, ni los miembros en sus acciones libres sin un acto de la voluntad. Dadme un escéptico completo,

y no será mas que un imbécil, pero imbécil sordo, ciego y mudo, que ni aun en palabras ha de atreverse á explicar su manía, porque hasta las palabras son aprendidas, son tradicionales, y no puede salir garante de su significado; será un irracional, pero sin el sagaz instinto que á los brutos, como por compensacion de la libertad, concedió la Providencia; será un vegetal, sin las flores, sin los frutos, sin el admirable desarrollo, sin el perfecto cumplimiento de los fines á que en sus diversas edades le destinó el Criador. El escepticismo no se parece sino á una sábana mortuoria, que envolviera un cuerpo asfixiado trabando sus piés y manos, ó mas bien á aquella horrible catalepsis durante la cual, dormidos los miembros y despierto el pensamiento, se han sentido algunos descender vivos al sepulcro.

Nadie tal vez ha llevado el escepticismo hasta semejante grado de frenesí, y no faltará quien tache de exajerada la pintura que de tal estado acabamos de hacer; y sin embargo este es el punto á que debe llegar el espíritu humano, si ha de ser consecuente en la duda y en la negacion de toda autoridad. El que duda de una verdad revelada ¿porqué no ha de dudar de la autoridad de la Iglesia que la sancionó como tal? y el que no cree en este conducto de tradicion, el mas seguro y garantido que puede existir, aun hablando humanamente, y á la luz del criterio histórico, ¿porqué ha de creer en ninguna tradicion humana? y si no cree en las generaciones difuntas ¿porqué ha de creer en la contemporánea? y si no cree en los otros ¿porqué ha de creer en sí mismo? Y qué somos nosotros? materia organizada, ó reside dentro de ella un espíritu? qué certidumbre tenemos de la existencia de este, si no la tenemos de un mundo espiritual? á qué suponer esta centella inmaterial, esta especie de exhalacion fatua sin origen ni fin conocido, con facultades sin objetos, con tendencias sin satisfaccion? Y el que duda de su espíritu ¿porqué no ha de dudar de su cuerpo? está mas seguro de que ve y oye, que de que

concibe y piensa? y si no bastan los pensamientos para probarle la existencia de su alma, ¿porqué han de probarle las sensaciones la de sus sentidos? Quien no acepta misterios en Dios, los aceptará en la naturaleza? Reconocerá los arcanos de la materia quien no reconoce los del espíritu? Tal es el camino lógico de la duda, y en su término se encuentra el escepticismo, abismo cuyo fondo jamas podrá sondear la razon humana; error absoluto y completo, que es tan imposible exista en el entendimiento como la nada en el órden de la creacion.

Así pues el escepticismo tal como algunos lo han profesado, y tal como puede residir en nuestra mente, no es sino una duda parcial é incompleta, que no se detiene hasta el punto que á nuestras pasiones les place para su satisfaccion, subsistiendo solo como opinion, como sistema, merced á la parte de afirmacion, de fe, de vida que precisamente incluye. En este sentido pues el escepticismo es un error limitado que se mantiene por su misma inconsecuencia, ó por mejor decir, es una inconsecuencia viviente: pero la inconsecuencia una vez demostrada no puede permanecer en el entendimiento, si no viene en su ayuda, para protegerla con su densa humareda y empañando el terso cristal de la razon, el hálito corrompido de las pasiones. Con profundidad se ha dicho que los errores nacen en el corazon ántes de comunicarse al entendimiento, es decir, que eran pasiones primero que errores: y de esta suerte se concibe fácilmente que la inocencia en el primer hombre ántes de su caída anduviese á la par con una ciencia universal; porque el rayo de la fe, la emanacion de la sabiduría de Dios pasaba por su razon como al traves de un claro lente para encender un foco de amor y vida en su voluntad, porque la carne no se habia rebelado aun contra el espíritu, las pasiones contra la razon, ni esta á su vez seducida y embriagada por ellas se habia levantado contra la fe, contra su mismo Hacedor.

Todo error por consiguiente es un recuerdo de la primera



caída en que interviene siempre por tentador una pasión, cualquiera sea su disfraz, y un fruto de ciencia por cebo; es una rebelión de lo inferior contra lo superior, un movimiento de abajo arriba en contraposición al de la fe que obra de arriba abajo, una lucha de la materia contra el espíritu; y así cuando la victoria ha quedado completamente por aquella, toma el nombre de *materialismo*. Entonces las pasiones niegan ó ponen en duda la existencia del poder que han destronado, admiten solo como real y cierto lo que puede ser objeto de sus gozos y cae bajo su dominio, y el escepticismo, destruido ya cuanto podia servirles de obstáculo, se para en los límites que dividen lo espiritual de lo material, sin curarse de invadir este último terreno. Entonces el hombre predominado por la materia no distingue por todas partes sino materia, sus deseos vician sus ideas, y á fuerza de privar el espíritu de pábulo y alimento, cree haberle muerto por hambre. El vacío en el corazón humano es insufrible, la duda es en el alma penosa y violenta; de aquí es que la materia ocupa bien pronto el puesto de que desalojó á su rival, corre un velo sobre todo lo incierto y tenebroso que pudiera asustar su blando sueño, y el escepticismo tétrico y roedor por su naturaleza se confunde muy pronto con la estoica indiferencia y con el epicúreo materialismo.

Hay en las almas un estado terrible, pero poco duradero por efecto de su misma violencia, y que se prolonga mas ó ménos segun la robustez del temple y la elevación de cada una; en que perdidas ya todas las creencias, sienten su existencia todavia, en que ora yacen ateridas sin atreverse á dar un paso cercadas de glaciales sombras, ora ruedan en perpetua agitación por la inmensidad vacía: aisladas en medio de un mundo material que no puede satisfacerles; ignorantes de su procedencia y de su destino, se hallan en la situación del que asido á un peñon informe suspendido sobre el caos, sobreviviera al naufragio del globo y á la destrucción del linaje humano. Este

estado es el que quiso pintar Juan Pablo Richter en su célebre *Sueño* que en *La Palma* insertamos, al mostrarnos las almas anonadadas de espanto con la nueva de que no había cielo, de que no había Dios; y este es en efecto el estado verdadero del escepticismo en el intervalo que media entre la estincion de creencias y la estincion del espíritu, ó en aquellos momentos en que se reanima este de repente, cuando ya se le creía muerto, y protestando contra la esclavitud en que le tienen los sentidos, turba los goces de sus tiranos con su grito desolador. Estado cruel, pero grandioso en su horror mismo! prueba tal vez la mas fuerte de la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, á quien se ve esclava y al parecer moribunda luchar todavía contra la mole abrumadora de la materia; estado que ha dictado páginas sublimes á los modernos escépticos filósofos y poetas, no habiendo apénas libro, tan ábyecto que no revele en alguna espresion involuntaria este combate. Pero semejante situacion no puede ser normal, pues otra cosa no representa que las convulsiones de una saludable crisis, ó las bascas de la agouía, digamos mejor, de un letargo que no se diferencia de la muerte sino en la posibilidad de revivir. El escepticismo es un terreno mal seguro, oscilante siempre, que rechaza el pié que en él se fija hácia la fe ó hácia el materialismo. Si no caben dos soberanos en un estado, mucho ménos en el hombre; preciso es que el cuerpo ó el alma empuñen el cetro definitivamente.

La importancia de los problemas espirituales y morales es harto vital para que se sufra por largo tiempo la incertidumbre acerca de ellos: la duda es un calmante muy poco eficaz para adormecer en el hombre la ansiedad. Aunque la fe no tuviera en su favor sino una probabilidad contra cien, sería aun una locura el despreciarla: *puede que no exista una Iglesia, una revelacion, un Dios, puede que no exista otro mundo, pero... ¡y si existe!* Ahora bien: en las cosas importantes la razon afirma ó niega siempre, y cuando urge obrar, la volun-

tad obra arrastrando en pos de sí el entendimiento. No aguarda á que se decida aquel con pleno conocimiento de causa; considera interinamente como verdad la mera probabilidad, y ya que no puede marchar á la luz clara del dia, camina aunque sea á tientas, por no perder tiempo, á la pálida luz del crepúsculo. Cuando un hombre huyendo de un riesgo encuentra á su paso dos caminos, no se detiene á meditar en la encrucijada, sino que toma el que mas á mano le viene ó mas seguro le parece. Ante un peligro inminente nadie hay irresoluto, nadie indiferente ante una cuestion de vida ó muerte: la irresolucion supone tiempo de sobra para resolverse, la indiferencia frivolidad real ó supuesta en las cosas sobre que recae. No habrá quien cuente entre las de este género las cuestiones citadas; podrá resolverlas negativamente, pero jamas negarles su importancia; y si el hombre quiere dormirse en torpe sueño y no vivir mas que con sus sentidos y para sus sentidos, el escepticismo es un lecho harto espinoso y vacilante siempre; preciso es que se duerma, para estar seguro, á la sombra de la negacion. El hábito de dudar de las cosas se las hace parecer indiferentes; pero jamas podrán pasar por tales, á no ser una ficcion, una mentira probada. Tenemos pues un escepticismo que no duda sino que niega, ó digámoslo mejor, un materialismo afirmativo. El espíritu desfallece falto de objeto, de ejercicio y de alimento; y así como sus facultades, sus tendencias, sus deseos muestran la existencia de un mundo espiritual en el cual se satisfagan, así en razon inversa la negacion de este mundo espiritual entraña consigo el aniquilamiento del espíritu; y entónces solamente triunfan los sentidos, que no se creen seguros sino con la muerte del rey destronado.

Pero el materialismo absoluto es tan imposible como el absoluto escepticismo: y así como la fe debe forzosamente intervenir en el pensamiento só pena de no pensar, así el alma debe intervenir en nuestra existencia só pena de no vivir. Cuando negais el alma, vuestra alma es la que se niega á sí propia;

cuando goza vuestro cuerpo, goza por el alma; los sentidos sin ella no serian sentidos, porque nada sentirian. Operaciones del alma son las percepciones, los juicios, los raciocinios del materialista: partos del alma son las obras que en favor del materialismo se han escrito. ¿Acaso la materia se definió nunca á sí misma? acaso una planta trazó alguna vez la historia de las plantas? Y no solo el pensar, sino tambien el sentir es propiedad esclusiva del alma y argumento de su existencia. Entreabrid los ojos de un cadáver, y desplegad delante de ellos magníficos ó risueños espectáculos, haced resonar en sus oídos dulce concierto ó el eco de una voz querida, encended en torno suyo olorosos perfumes, ó aplicad ascuas ardientes á sus plantas; ni una sonrisa de placer, ni una contraccion de dolor veréis asomar á sus labios: y sin embargo los órganos sensitivos están intactos, en nada se ha descompuesto su maravillosa organizacion y estructura, ni un átomo todavía se ha desprendido de aquel cuerpo que pocos minutos ántes se mostraba en todas sus partes lleno de vida, y de cuya boca salia la palabra como aliento creador. ¿Qué es lo que le falta pues, materialistas? Llamadlo como querais; nosotros lo llamamos *alma*.

No entraremos en la multitud de consideraciones ideológicas, físicas y morales que demuestran la espiritualidad del alma, llenos de ellas están así los libros de escuela como los volúmenes de los pensadores mas profundos: tampoco descenderemos á ese hediondo laboratorio en que algunos pretenden desecar al hombre como una planta, ó explicar su pensamiento por medio de combinaciones químicas, para deshacer sus degradantes quimeras, y detener el frenético impulso con que intentan suicidarse. A una prueba únicamente apelaremos, á la del sentimiento íntimo, ni creemos que de otra se necesite, cuando se trata de nosotros mismos, de ese yo personal que es precisamente la base de todo pensamiento y de toda sensacion. Y ese yo uno; indivisible, único que siente por mas que sean múltiples los sentidos, que elabora sus pensamientos, que juzga sus

juicios, ¿será acaso ese conjunto de miembros estensos, varios en sus funciones y necesidades, que no participan mutuamente de sus placeres y dolores? Pero cortadlos, descuartizadlos, si importa, y ese *yo* queda aun, y reconoceréis instintivamente algo que no yace sembrado por los caminos. ¿Cuál es pues el centro de unidad, el *alma* de esta máquina? ya hemos pronunciado el nombre sin quererlo. Si esta sustancia íntima que ve lo presente, se acuerda de lo pasado, y anticipa el porvenir, que se levanta infinitamente sobre los sentidos á los cuales parece ligada, que afectada de continuo por objetos sensibles penetra lo mas insensible, que medita, que abstrae, que ama, que busca la belleza y la verdad, que sondea las entrañas de la tierra, que abarca en su vuelo los dos polos del mundo, que se pierde en lo infinito; si esta sustancia, repito, es ilusion, ilusion los pensamientos, ilusion el mundo invisible, si no hay mas en todo esto que movimientos corpusculares, ¿porqué no han de ser tambien ilusion las sensaciones, y el mundo visible un panorama engañoso? Si no puedo decir *yo pienso*, ¿podré decir con mas razon *yo veo*? Buffon, el gran Buffon, aunque nacido en el seno de una ciencia atea y de una filosofía materialista, siguiendo á Mallebranche, no admitia certidumbre sino en la existencia del alma, y opone fuertes reparos á la existencia de la materia. Nosotros queremos darlas por igualmente ciertas; igual debe ser tambien la duda que sobre las dos recaiga. Así pues el materialismo, destruyendo la prueba del sentido íntimo, nos condena á aquel escepticismo absoluto que hasta á la vida animal se opone.

Demos empero que llegue á alcanzar la razon una conviccion teórica, á *tener fe* en el materialismo; nunca le será dable reducirlo á práctica completamente, ni podrán los sentidos alcanzar un absoluto y nunca disputado imperio. Hay en el hombre una fuerza superior que le eleva á pesar suyo y no le deja sumirse tan hondo como quisiera; hay en su frente un sello divino que le impuso el Criador á semejanza suya, y que jamas

podrá borrarse del todo. El espíritu no queda muerto, sino esclavo, incesantemente afanado en procurar placeres á los sentidos, en escudriñar servilmente sus menores deseos, y en sazonar y refinar sus delicias, semejante á los reyes cautivos que despues de mutilados reservaba Adonizedec para servirle á la mesa. Pero prescindiendo del alma como facultad sensitiva, como sustancia indispensable para sentir, ¿no es cierto que los goces de los sentidos serian bien menguados si no viniera á realzarlos el elemento de lo espiritual, de lo invisible, de lo que ni procede de los cuerpos ni ha entrado por los sentidos? Es solo el ojo el que goza á vista de antiguo monumento, de risueño paisaje, ó de semblante amigo? deleitan al oído tan solo las melodías del arte ó los murmullos de la naturaleza? medimos siempre lo íntimo del goce por lo grato en sí de la sensacion? la memoria, el corazon, la fantasía no son los que mas ponen de lo suyo hasta en los deleites materiales? El poeta, el artista, el pensador, el hombre de carácter apasionado ¿porqué goza mas que los otros en las mismas sensaciones, teniendo idénticos ó ménos perspicaces sentidos? Y si volvemos los ojos á la multitud de goces íntimos, espirituales, que léjos de esplicarse por los sentidos, se compran á menudo con el sacrificio de ellos, y que, como flores nacidas en un pantano, esmaltan la vida mas abyecta y material, entónces se revela mas y mas la imposibilidad de un materialismo práctico completo y del absoluto predominio del sensualismo. ¿Quién desconoce los placeres del corazon, de la imaginacion, del entendimiento? quién no se ha estasiado en la investigacion ó contemplacion de la verdad? quién no ha interrogado los arcanos de la ciencia, y tal vez sacrificado á ella el reposo y aun la vida? quién está tan pegado á la tierra que no divague á ratos por las regiones de lo abstracto y de lo maravilloso? quién no ha inmolido alguna vez lo *positivo* á lo *ideal*, lo presente á lo futuro, la holganza y el reposo al entusiasmo, á la gloria, á la convicción? quién no ha amado con el alma? quién tan epicú-

reo y egoísta que nunca haya probado la fuerza del deber, la abnegación de los afectos, el estímulo del honor, el culto de una pasión ó de una idea? Dios quiso que fuera imposible semejante degradación, que el alma pudiera negarse mas no suicidarse, que las obras del mas brutal materialista fueran mejores que sus doctrinas.

Hemos seguido hasta el último grado que nos ha sido dable la generación del error, pero no nos lisonjemos de haberla apurado, porque se llega á un término donde ya no se puede respirar á falta de atmósfera, donde reinan las tinieblas y el vacío, donde todo pugna, y se rechaza, y se contradice, como en el caos pintado por Ovidio. Por la profundidad del abismo hemos medido la altura y sublimidad de la fe, por el horror de la obscuridad y de la muerte el beneficio de la luz y de la vida. Hemos mostrado la ilación que lleva de la negación parcial al escepticismo, del escepticismo al materialismo, de este á la duda total, á la estinción de todo pensamiento; y esta senda la recorrería infaliblemente todo el que vacila en la fe, si fuera el entendimiento y no el corazón el que niega, porque el entendimiento sigue siempre adelante de consecuencia en consecuencia, y las pasiones se duermen cuando hartas y satisfechas. Creemos, amamos y adoramos mientras vivimos, por un efecto necesario de nuestro ser; y solo está en nuestra mano la elección de objeto en quien emplear estas facultades. Cien ídolos se levantan en cada una de nuestras potencias, cuando de ellas se retira Dios.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.



## REACTION.



**T**odos los cuerpos obran mutuamente uno sobre otro, y su accion es recíproca, aunque solo la sienten los séres sensibles; nada hay completamente pasivo en la naturaleza, porque la actividad es la vida, es la existencia. Cuanto palpamos y sentimos es una reaccion del objeto estérno sobre nuestra carne, cuanto se mueve experimenta choque y reaccion; el sistema de las fuerzas atractivas y repulsivas, único capaz de explicar la estension de la materia, impidiendo la compenetracion de sus primeros elementos, es el sistema de las reacciones. No hay cuerpo contrariado en su direccion, no hay fuerza comprimida en su expansion y desarrollo, que no oponga una resistencia proporcionada á su vehemencia propia, y á la duracion ó al grado de compresion sufrida: la invencion asombrosa de que tanto se vanagloria nuestro siglo, y que centuplica los brazos, acerca los pueblos entre sí, y no pone término á sus ambiciosas aplicaciones, es la reaccion de un poco de vapor exhalado de hirvientes calderas, contra el estrecho tubo que le comprime.

El mismo fenómeno encontraremos por do quiera en el mundo moral. Los individuos, los pueblos, las generaciones obran entre sí mutuamente: pero como á cada cual, así personas como sociedades, prestó Dios su originalidad, su individualismo, su sello y espíritu particular, resisten siempre, cual mas cual ménos, á toda influencia y accion estraña; y si su impulso y tendencia propia son mas fuertes que aquella, siguen el curso primitivo; si son mas débiles, reciben del choque nue-



va forma ó nueva direccion, y adoptan, digámoslo así, una segunda naturaleza. La incertidumbre, la lucha, el malestar, son síntoma nada equívoco de que el problema no está decidido todavía.

Analícemos pues la palabra *reaccion*, ya que en estos tiempos resuena tan ominosa para una nación, como la de muerte para un individuo; ya que tan amenudo la toman en boca así los hombres honrados y previsores que detestan la venganza encarnada en el poder, como los trastornadores y egoistas que la temen cual sinónimo de justicia; ya en fin que se nos presenta á un extremo del camino que ha de conducirnos á salvacion, como fantasma chorreando sangre, mientras que para huir de él, ó bien nos precipitarémos en el abismo que se abre al otro extremo y del cual por milagro acabamos de retroceder, ó nos quedarámos enclavados, sin atrevernos á dar un paso, en una situacion cuyo menor inconveniente es lo penoso y violento.

¿Qué significa reaccion? una accion contraria á otra anterior. Para definir pues la calidad de la segunda, preciso es conocer cuál fué el carácter de la primera, pues si la primera fué mala, la segunda no será sino muy buena. Sucede además que la primera es muchas veces una reaccion de otra accion anterior; así los remedios son una reaccion contra la enfermedad, como la enfermedad fué una reaccion contra el primitivo estado de salud. La reaccion es por tanto una cosa indiferente en su abstraccion, cuya bondad ó maldad depende de su especie y circunstancias peculiares. Y aunque se tome por sinónima de *retroceso*, nada se definió todavía en contra suya, porque no siempre es malo este, ni siempre es bueno el progreso; pues si resulta errado ó intransitable el camino que seguimos, entonces será progreso el desandarlos; ó si corremos desbocados, y nos arriesgamos á estrellarnos contra el mismo lindero de nuestro viage, cordura y deber será refrenar la impetuosidad del curso. Razon tenia Bonald en decir que de la

inexactitud de las palabras dimanaba muchas veces la confusión en las ideas, y de estas el desorden en los hechos.

Para afirmar si adelantamos ó retrocedemos, es indispensable conocer el punto de partida y el término del viage, como el navegante necesita no perder de vista el norte para dirigir acertadamente su rumbo. Acrisoladas convicciones políticas, conocimiento exacto de los daños y ventajas de un sistema ó de una medida debe poseer todo el que aspire á juzgar de la marcha de una nacion, si algo han de significar las grandes palabras que se ponen en juego, si no hemos de mirar los intereses generales por el prisma de los personales, y si las virtudes públicas han de ser otra cosa que máscaras del egoismo. Y aun en este caso de cada día mas difícil, conforme va cundiendo la desmoralizacion, amargo fruto de las revoluciones, las cosas no presentan sino un aspecto relativo segun el punto de vista bajo el cual cada uno las mira. Colocados en regiones antípodas, digámoslo así, los partidos, se sentirán unos bajo el benéfico influjo del sol, y saludarán la luz, mientras gemirán los otros en triste noche maldiciendo de las tinieblas; medirán el adelanto ó retroceso del gobierno por la direccion que llevan, llamarán los unos reforma á lo que otros destruccion, los unos reaccion espantosa á lo que otros reparacion saludable. El inconveniente mas grave tal vez de las luchas y disensiones, en especial de las políticas, es la profanacion de las palabras mas puras que escogen los combatientes por lema de su bandera, no habiendo principio tan seguro que no se estremezca, ni idea tan sagrada que no se haga responsable de los excesos de la victoria ó del descrédito de la derrota. *Libertad y orden, tolerancia y justicia, progreso y moderacion*, son sentimientos harto arraigados, voces harto sonoras para no hallar eco en todos los corazones; cada cual pretende tenerlas de su parte y explicarlas á su modo; el absolutista quiere libertad, el republicano quiere orden; pero el uno rehusa, segun dice, la libertad del delirio y de la anarquía, y el otro el orden y la

paz de los sepulcros. Así á fuerza de explicar y tergiversar las palabras, se llega á creer que no son mas que palabras, como aquellas sustancias que se deshacen en humo de puro analizarlas.

En medio de esta confusion de vocablos y de significados, ninguno hay tratado con ménos justicia. que el de *reaccion*, no solo constantemente tomado en mal sentido, sino contraído siempre á las tendencias de orden, conservacion y unidad, como si de los hombres de esta opinion fuese patrimonio esclusivo la imprudencia, la intolerancia, la venganza. Y sin embargo, hallándose estos por lo comun en posesion pacífica del mando, cuando estallan las revoluciones, y reivindicando contra los innovadores derechos antiguos y tradicionales, parece que no sobre ellos debiera recaer la principal responsabilidad de una lucha que no han directamente provocado, y en la cual aun cuando atacan para recobrar las perdidas posiciones, puede decirse que están á la defensiva. En filosofía el que niega, en los tribunales el que demanda, en todas partes el que innova, es el que está obligado á probar su sistema ó su pretension, y á cargar con los resultados de ella. Bajo este concepto puede decirse que la revolucion es la reaccion primera, como que contraría una accion que arranca desde muy alto y un orden de cosas establecido. Por esto es tan triste la suerte de una nacion, una vez que se ha turbado el equilibrio entre sus elementos, y que empieza la revolucion á agitarse sorda al principio, y luego desencadenada. Impelida por dos fuerzas contrarias que mutuamente la repelen y se la envian, cuando no la desgarran y descuartizan, se debate en un estrecho círculo, condenada á un verdadero *estacionamiento* por la violencia misma del torbellino que la envuelve. Entónces todo movimiento es una reaccion cada vez mas fuerte, conforme mas violento ha sido el anterior impulso; ciéganse los espíritus, ulcéranse los corazones, las cosas mas inocentes ó mas sagradas se transforman en armas de guerra: el orden degenera en opresion, la libertad

en anarquía, y en opresión también para los vencidos; y todavía los partidos se acusan á sí propios de harta indulgencia, y atribuyen á excesiva blandura los malos efectos de sus excesos. Entónces llega á perderse toda idea de derecho ó de justicia; desaparece la nacion misma, abdicando su glorioso nombre por los apodos con que se envanecen sus hijos divididos en bandos; entónces se disuelve á toda prisa, si Dios no le depara un hombre ó una institucion, que se sobreponga á todos como Éolo á las tempestades, y que, restablecido el equilibrio, continúe el rumbo antiguo, ó imprima á la sociedad una nueva direccion, resultado compuesto de las fuerzas que ántes luchaban.

Y aun cuando se logra esta feliz eventualidad, que no siempre se logra, es despues de una crisis incierta y penosísima; pues nunca puede ser tal la nueva fuerza que destruya completamente la antigua, nunca hay revolucion sin numerosas reacciones. ¿Qué impulso mas gigantesco que el de la revolucion francesa? cuál pudo blasonar mas de haber aniquilado todo elemento contrario, y de haber derretido, por decirlo así, la nacion para refundirla en su molde? sin embargo cuatro reacciones opuestas y capitales se han sucedido desde entónces; la del Imperio, la de la Restauracion, la de Julio, y la del reinado de Luis Felipe ácia el órden y conservacion, que no por mas lenta y pacífica es ménos notable. Y ¿quién se atreverá á designar el número de cambios que aguardan á la Francia ántes de emprender un rumbo fijo? Entre nosotros data la primera reaccion desde 1812, cuando la aparicion del nuevo sistema constitucional contrarió la accion de tantos siglos y la marcha uniforme de tantas generaciones: y si los cambios de 1814 y 1835 fueron una reaccion ácia el antiguo régimen, reacciones ácia 1812, y nada inferiores por cierto en violencia á las otras, fueron las de 1820 y 1834. ¿Y desde entónces acá no contamos por años las reacciones? vemos un término á ellas en el porvenir? no están pendientes y aplazadas todavía las cuestiones mas fundamentales? Se teme una reaccion franca, prudente, benéfica

para salir del torbellino que nos arrastra, y se nos condena á una serie interminable de ellas, haciéndonos juguete de las tempestades!

Las revoluciones legítimas y saludables, efecto de las necesidades de los pueblos y del cambio de los siglos, no se verifican por un brusco empuje, ni por una violenta sacudida tan fatal al que la da como al que la recibe, sino pacífica y gradualmente, hasta que como por encanto se halla la sociedad trasformada y en una senda distinta. La naturaleza del terreno y la direccion del camino son los que la llevan á ella sin necesidad de impulso extraño ni de choque de fuerzas; entónces no hay reacciones; porque no ha habido propiamente revolucion. Cambios mas trascendentales que el que quisieron verificar nuestros publicistas, han tenido lugar en la nacion, sin que una lágrima ni una gota de sangre se derramara; y sin una lágrima ni una gota de sangre, han obtenido el Austria, la Prusia y tantos otros estados industria, instruccion, sosiego, bienestar, respeto á las personas y propiedades, y tantas mejoras que han sido el objeto ostensible de nuestra revolucion, y que por este camino estamos mas léjos que nunca de obtener. Pero hemos querido tomar el atajo, y nos precipitamos; hemos querido sembrar y coger el fruto, y por esto se esterilizan y defallecen las plantas en un terreno no preparado, y son los frutos tan amargos y desabridos.

No creemos nosotros impecable el poder, por mas que le abene una larga serie de siglos, de glorias y de derechos nunca disputados; ántes opinamos que su caída es efecto casi siempre de sus faltas ó abusos, es una enfermedad ocasionada por su desorganizacion propia mas bien que una herida abierta por el enemigo, es una cuenta que le exige la Providencia de culpas mas ó ménos atrasadas, ó una espiacion de que necesita para acrisolarse. Tampoco podemos aprobar los medios de represion que adoptan á veces los gobernantes, sofocada la revolucion; ocupándose en saborear la victoria y en hostigar á

los vencidos, mas bien que en aprovechar las lecciones de la experiencia, y prevenir á fuerza de templanza y firmeza un segundo movimiento. Pero entre aprobarlo, y admirarse cándidamente de lo que es inevitable, hay mucha distancia. En estas crueles alternativas, el poder atacado deja de ser el juez supremo de un estado, para convertirse en parte; desciende del trono, para luchar en la arena como combatiente: pedid pues moderacion al que combate, imparcialidad al que litiga; pedid al que se siente caer ácia adelante que no incline el cuerpo ácia atras por un movimiento indeliberado; pedid que el proyectil tirado con violencia no hiera de rechazo al mismo que lo lanzó. La suspicacia se alarma, el peligro encruelece, el poder busca en la fuerza física el apoyo que no encuentra en la moral; y superadas las barreras que se le oponian, sigue el carro de la nacion su marcha acostumbrada; con la diferencia de que ántes volaba por camino llano con blando é insensible movimiento, el que despues arrastra penosamente por pedregosa senda, dando á cada paso violentas sacudidas; siendo la culpa de aquel que sembró por dó quiera obstáculos y embrazos. No es el solo inconveniente de las revoluciones los daños que cometen, sino los que ocasionan para su remedio; no son responsables solo de la sangre que derraman en los motines ó en los campos de batalla, sino de la que en los cadalsos se vierte para sofocarlas, y de la dura necesidad del escarmiento: no es lo único terrible en la enfermedad lo agudo del mal, sino el desfallecimiento que en pos de sí deja, y las medicinas y operaciones que para cortarlo se emplean, mas crueles á veces que el mal mismo. Triste pues del Estado, que sale de los brazos de la revolucion para entrar en la reaccion, que del tumulto de los motines y de la anarquía pasa á la calma del terror y de los suplicios! y mas triste aun, si falto de todo elemento reaccionario que modere la impetuosidad del empuje, corre de revolucion en revolucion, como planeta lanzado fuera de su órbita; hasta que desfallecido y sin aliento, sin fuerzas

para obrar ni para resistir, vendiendo su dignidad y su independencia por un poco de sosiego, cae á las plantas de cualquier tirano doméstico, ó de cualquier dueño extranjero, á manera del pródigo escapado de casa de su padre, que llegó á enviudar á su inmunda grey las bellotas que caían.

Todo sentimiento hondamente arraigado en el corazón de un individuo, de una sociedad ó de una nación, toda institución ó principio que aun tenga vida, puede quedar por algún tiempo comprimido y casi difunto en apariencia bajo el peso de una violencia contraria; pero al fin se abre paso con estrépito, y arroja y despedaza muchas veces al imprudente que se jactaba de sofocarlo. Una rama débil ó seca se troncha sin mucho esfuerzo, pero cuando está llena aun de vigor y de jugo, se escapa con facilidad de las manos para recobrar elásticamente su posición primera, hiriendo de paso en el rostro al que intentó arrancarla. Por la vehemencia pues de la reacción, (y por reacción no entendemos terrorismo y venganzas personales de un gobierno, que estas al contrario suelen ser signo de debilidad, sino reacción obrada en los ánimos y en los corazones de todo un pueblo) por su vehemencia, repito, podemos medir el grado de vida que conserva un sentimiento ó un principio: los cadáveres no oponen resistencia; permanecen tendidos allí donde cayeron. En su inercia se conoce el momento en que sonó su hora providencial, y tan perjudicial es el intento de prolongar su existencia galvanizando sus yertos miembros, como el de abreviarla con violento ataque ó sutil ponzoña; en uno y otro caso hay catástrofes y desórden. Ved ahí en lo que se distinguen las obras de los hombres de las obras de la Providencia; las unas bruscas, desastrosas, estériles; las otras lentas al par que eficaces, *alcanzan enérgica y completamente su fin*, llegando *suavemente preparadas*, en espresion de la Escritura. La institución que reemplaza á otra por medios revolucionarios, contrae una mancha indeleble de sangre y de usurpacion, al ascender por el asesinato ó por la re-

beldía á un trono , al cual le hubiera abierto en breve legítimo paso la muerte natural de su antecesora. Respetad pues las instituciones y los sentimientos nacionales; si son eternos por su naturaleza ó á lo ménos de muy larga vida, burlarán vuestra impotente saña, y rechazarán los tiros sobre vuestras cabezas; si son caducos y mortales caerán tal vez; pero os envolverán en sus ruínas.

Y cuenta que no aplicamos exclusivamente estas reflexiones á los innovadores, si que tambien á los que imprudentemente resisten á toda innovacion, cuando se ha hecho una necesidad de las circunstancias, y un resultado de convicciones y deseos muy generalizados. Sucede que por no hacer un corto sacrificio, se pierde el todo, que por no abrir un respiradero á un poco de vapor que se hubiera exhalado inocentemente en humo, estalla la máquina, y naufraga la nave del Estado por efecto de una violenta explosion. Por esto necesitan de tanta prudencia y tino los gobiernos en épocas de transicion y de crisis para aliar la moderacion con la firmeza; para discernir lo que es vital é indispensable á su conservacion, de lo que puede sin gran menoscabo sacrificarse; lo que es verdadera exigencia de los tiempos y espresion de la voluntad general, de lo que es fogoso capricho ó criminal intento de cuatro revoltosos. Y por esto tambien en sentido inverso aconsejaríamos á nuestro gobierno que por su propio interés y el de las instituciones, desatendiendo el grito de malévolos ó insensatos, accediese á una reaccion templada y justa, digamos mejor, á una reparacion de los males que repararse puedan; no sea que colocado en posicion ambigua y resbaladiza, atrayéndose la indiferencia de los buenos y escitada la audacia de los malos, se sienta empujado todavía ácia adelante, hasta que de trastorno en trastorno lleguemos á aquel término en que se invoca como salvador al despotismo.

No cabe duda de que la religion y la monarquia son dos principios, eterno el primero, y de duracion indefinida el segundo, encarnados ámbos en la nacion española, perpetuados



con ella, únicos que por su naturaleza y universalidad pueden llamarse sentimientos nacionales: no cabe duda de que la revolución ya que no se atrevió á atacarlos de frente, los hostilizó sin mucho disimulo, los comprimió con todas sus fuerzas, los mutiló, esperando acaso lentamente destruirlos: no cabe duda de que la reacción á favor de entrámbos se manifiesta mas de cada día en los escritos y en las costumbres, en los ánimos y en los corazones, en los hombres ilustrados y en las masas, hasta el punto de haberse puesto al frente de ella los que ántes minaban aquellos sentimientos, conociendo que solo así podrían hacerse verdaderamente *populares*: no cabe duda en fin de que es preciso dar independendencia á la Iglesia, y fuerza y robustez al poder supremo, que hay muchas trabas que quitarles todavía, muchos ultrajes de que desagraviarles, y que á la region de los hechos debe pasar la reacción que empieza á manifestarse en las ideas. Enmendar lo errado ó neutralizar su mal efecto, es un principio de justicia de que se hace uso tan á menudo; ¿por qué no han de ponerlo en práctica los gobiernos que por la justicia viven? Se ha incurrido en muchos errores, se han cometido muchas injusticias, todo el mundo lo confiesa; ¿por qué la retractacion no ha de ir seguida de una reparacion justa, única capaz de evitar la reacción en su odioso sentido? Esta tierra en la que caemos y nos levantamos á cada paso, ni es el cielo que escluye todo error, ni tampoco el infierno que rechaza el arrepentimiento. Hay males irreparables, no hay duda; los hay cuyo remedio no puede ser súbito, ó talvez sería mas funesto que el mal mismo, puede ser: pero este discernimiento debe ser obra de mucha prudencia é imparcialidad; no todos los males merecerán calificarse de necesarios, jamas podrá erigirse en regla universal la de los *hechos consumados*.

A algunos asustan los nombres mas sagrados y puros, si los han oído alguna vez de boca de sus enemigos; y su sonido basta para evocar en su imaginacion toda una época siniestra, como si fuera de ellos inseparable. Este modo menguado

y raquítico de ver las cosas obceca á muchos que no quisieran pasar por vulgo: para ellos tras la fe está la inquisicion, tras el trono está el despotismo, nada ven mas allá; creerán tal vez que celro es sinónimo de látigo, que la antorcha de la fe es la hoguera inquisitorial. Solo así puede esplicarse la alarma despertada por unas tendencias que el gobierno mas que nadie debiera favorecer como eminentemente conservadoras de la sociedad, y que nadie debiera temer; porque á todos abrazan en su esfera. Imposible pareciera de otro modo que se tilde de reaccionaria una idea que es la única pacífica, la única estable, la única conciliadora, la de promover la influencia religiosa, y la de robustecer el trono y elevarlo sobre la atmósfera de los partidos, para que pueda como árbitro dirimir sus querellas; y tal vez por lo mismo que esta idea es tan noble y desinteresada, no pueden algunos comprenderla sin atribuirle miras humanas ulteriores. Pero esta religion misma por la que abogamos, condena todo pensamiento de monopolio y tiranía, y abrumaria con su anatema al mismo que pretendiera servirse de ella como de escalon para su solo engrandecimiento. Si no creyéramos que ella es la única civilizadora, el único elemento de grandeza, fraternidad y libertad que nos resta, sino solo un sentimiento individual perteneciente nada mas á nuestra vida particular, hablaríamos de ella con Dios, pero no con los hombres; oraríamos en nuestro retrete; pero no escribiríamos de religion.

Aborrecemos la *reaccion* como idea de proscripcion y venganza, y por esto mismo quisiéramos ménos atentados y excesos en la *accion*, ó á lo ménos mas justicia en repararlos; pues sabido es que cuanto mas violenta es la accion, la reaccion es mas desastrosa, y que el otoño es tanto mas tempestuoso cuanto mas ardiente fué el verano. La anarquía es madre del despotismo, la impiedad es madre de la supersticion; y allí donde no es reconocida la mano de Dios que sana, cae la mano del hombre que estermina.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

## LA DESPEDIDA DEL CENÁCULO.

CAPITULOS XIII, XIV, XV, XVI Y XVII

### Del evangelio de San Juan.

**H**ay un pasaje en el evangelio de san Juan que resplandece y resalta en él, digámoslo así, como el evangelio del discípulo amado entre los demás evangelios, y como estos entre los otros libros sagrados de la Biblia: pasaje que todo lo abarca y compendia, y que merece con particular propiedad el nombre de testamento, porque es la despedida de Jesucristo, son los últimos documentos que dejó á sus discípulos, y en ellos á los fieles todos, ántes de empezar la sangrienta carrera de su pasión. Al incrédulo que cerrase el entendimiento á la luz de la fe y el corazón á su calor divino, al filósofo que disputara sobre la divinidad de Jesus ó sobre la inspiración de la Biblia, les leeríamos este pasaje lleno de aquellas sublimes revelaciones que derritan por sí mismas todo sofisma ó reparo, hiriendo á manera de rayo el corazón, como la voz que derribó á Saulo (1). Al que sintiera agitarse dentro de su pecho las pasiones por sed de sangre ó por sed de amor, ora emponzoñadas por el encono ó la venganza, ora desesperadamente inquietas por no hallar satisfacción, ora degradadas hasta el instinto de los brutos; en cualquiera por fin de tantas dolencias morales de

(1) Un libro que quisiéramos menos olvidado para honor de la Religión y de nuestra literatura nacional, el *EVANGELIO EN TRIUNFO*, después de haber acumulado en boca de un sabio religioso todos los motivos de credibilidad del catolicismo para convencer á un filósofo incrédulo, presenta una sencilla exposición del citado discurso de la cena, haciendo reconocer por la inmensidad del amor la divinidad de Jesucristo, prueba decisiva que obliga al filósofo á doblar la rodilla. Esta idea hace honor al corazón y á la piedad de su autor don Pablo de Olavide.

que adolece el hombre, mas numerosas y crueles que las físicas, para calmarle, satisfacerle ó levantarle de su abyección, nosotros leeríamos este pasaje lleno de fraternidad la mas dulce, del mas celestial amor, y de las mas altas esperanzas. Y en la hora última de la vida, cuando todas las pasiones, como por despedida, luchan en el moribundo, este pasaje le leeríamos por oracion y exhortacion postrera; y si aquel hombre fuera capaz aun de creer y de amar, nos parece que sentiria en cada una de sus palabras un preludio del cielo, y que mas pronto y mas sin pena se exhalaria el alma para volar al seno del Redentor que la amó tanto. Si en la noche del juéves santo, á la hora misma en que se pronunciaron aquellas palabras de ternura inefable, las leyere alguno con el corazon árido y con el alma indiferente, solo Dios puede saber qué estímulo le reserva en el tesoro de su misericordia; aquel hombre á nuestros ojos *está ya juzgado.*

El amor y el dolor, elementos necesarios de todo sacrificio, se hicieron amigos é inseparables casi; desde que Jesucristo santificó su enlace. Así es que al aproximarse la hora del dolor, en la noche terrible á la cual siguió un dia aun mas terrible, rebosó el amor en el pecho del Dios-hombre con toda la intensidad y grandeza que cabe en un Dios, y con toda la ternura de que es capaz un mortal. Aunque en el cristianismo no hay dogma, ni hecho, ni solemnidad que no dimanen del amor y en él se convierta, el juéves santo es por excelencia el dia y la fiesta del amor; pues en él principió el terrible sacrificio del Calvario, y desde él data el amoroso sacrificio que se consume cada dia en nuestros altares. La cruz y la hostia, la redencion y la eucaristía, he aquí las dos formas principales con que se comunicó á nosotros el Amor eterno é increado; en la una nos dió su vida, en la otra su cuerpo, y todo esto en el espacio de veinte y cuatro horas. Pero como no hay amor sin holocausto, ni victoria sin sangre, siendo tan cara esta victoria, y tan inmenso aquel amor, debia ser digno de uno y

otra el holocausto, cruento y doloroso cual ninguno; de suerte que los cantos de gloria se confunden con los de muerte, y los doloridos ayes de la víctima con las exclamaciones de júbilo y reconocimiento. Por esto la Iglesia dilata para otro día mas glorioso los himnos de gozo y de triunfo, y el solemne acatamiento del Rey Supremo, que aun despues de consumada su mision ha querido permanecer entre nosotros; y reserva solo para el juéves santo el recogimiento del amor y la ternura de la despedida. No ha querido turbar el luto de la muerte con momentánea ovacion y alegría, ni que la sangrienta aureola que ciñe la cruz se confundiera con el vivo esplendor de la corona triunfal.

El dia de su pasion y el dia de su grandeza eran uno mismo para Jesucristo. En la antevíspera de este gran dia, en presencia de gran número de *gentiles* que habian acudido á Jerusalem por la pascua y que anhelaban ver á Jesus, á vista de los miembros de tan diversas naciones que la Cruz habia de conquistar, exclamó este: (1) «Llegó la hora en que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad os digo que si la semilla cayendo en tierra no se disuelve, *no muere*, permanecerá sola y estéril; pero si muere da copioso fruto. El que estima su propio sér, lo perderá; y el que lo pospone, *lo aborrece* en este mundo, lo conserva y asegura para la vida eterna.» Despues de fulminada la condenacion del egoismo, y de consagrada la abnegacion y el sacrificio, manifestó en sí mismo cuán árduo sea este á la humana naturaleza. «Mi espíritu se halla ahora conturbado, continúa: ¿qué podré decir? Padre, sálvame de esta hora; pero esta hora es la causa de mi venida. Padre, glorifica tu nombre.» Y bajó una voz del cielo, dice el Evangelista: Lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo. Y decia el auditorio que habia sonado un trueno, y otros que un ángel le habia hablado. Pero Jesucristo alentado por aquel ce-

(1) Joan. c. XII v. 25 y sig.

lestial consuelo, estasiado á vista de su inmortal victoria, prosigue: «Ahora se decide la suerte del mundo, ahora el príncipe de este mundo será vencido y arrojado. Y cuando yo me halle suspendido sobre la tierra, *pendiente de la cruz*, todo lo atraeré en derredor mio.» Volviéndose por último á aquel pueblo rebelde, dice solícito: «Poco tiempo os resta de ver la luz entre vosotros; caminad mientras teneis luz, para que no os envuelvan las tinieblas: mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos suyos.» Dicho esto, se ausentó Jesus, y ocultó de ellos su presencia.—Este fué el último sermón que predicó Jesucristo en público, esta fué la última voz paternal á la que siguió la reprobacion y el abandono del pueblo ingrato que simboliza á todo pecador obstinado. Ya no volvieron á verle sino ensangrentado y escarnecido caminando al patíbulo, ya no le verán segunda vez sino sentado á la diestra de su Padre, cuando, no él *que vino á salvar y no á juzgar el mundo*, sino *las mismas palabras* tan dulces que desoyeron *pronunciarán su sentencia en el último dia.*

Pero Jesucristo tenía una porcion escogida de su rebaño que mas tarde debían ser pastores, á quienes amaba con singular predileccion y fiaba el cumplimiento de su obra, cuyo corazón debia quebrantar de dolor la muerte de su Maestro, y cuya fe vacilaria tal vez á vista de una catástrofe á los ojos del mundo tan desastrosa. Importábale consolar su corazón y confirmar en la fe su entendimiento; y así en la última cena les habló con la solicitud de padre y con la autoridad de un Dios, unió las palabras mas tiernas del amor á las nociones mas elevadas de la Divinidad, rasgó el velo de las parábolas tratándoles no ya de siervos sino de amigos, y los mismos discípulos asombrados de aquella luz vivísima que de improviso se les revelaba, le aclamaron Hijo de Dios y Sabiduría universal. Así se concibe que lo mas tierno y sublime del Evangelio se reasuma en el discurso de despedida referido desde el capítulo XIII hasta el XVII del de san Juan, digno intérprete del

amor divino, que desde el corazón sobre que durmió aquella noche parece haberse trasmilido á sus labios.

Sabiendo Jesus, dice, que se acercaba la hora de volver á su Padre, mostró hasta el fin su amor á los que tanto habia amado en este mundo. Nada falta á la dulce y grandiosa escena del Cenáculo; la paz de la noche, lo augusto de la solemnidad, la melancolía de la despedida, el milagro de amor que el Salvador acababa de hacer en el mundo legándole su cuerpo y sangre perpetuamente, el lavatorio de los piés de sus apóstoles como si quisiera fortalecerlos para *evangelizar la paz*, y la dulce porfía de humildad que escitó este ejemplo, y como por sombra de aquel cuadro la presencia del hombre de iniquidad, cuyo beso debia venderle, y cuyo corazón fué mas culpable acaso por su dureza que por el crimen que concibió. Su brusca salida, luego de concluida la cena, fué para el que sabía su intento la señal del principio de su pasión, y entónces empezó Jesucristo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios en él, y Dios le glorificará en sí mismo perpetuamente. Hijuelos míos, corto tiempo me queda de estar con vosotros; me buscaréis; pero os digo lo que dije á los judíos: no podeis seguirme al sitio adonde voy. Un mandato nuevo os recomiendo, que os améis mutuamente así como os he amado, y en este amor mútuo os reconocerán todos por discípulos míos.»

«No se turbe vuestro corazón, ni se amedrente: creéis en Dios, creed en mí tambien. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; de otro modo ¿os hubiera yo dicho que voy á prepararos el asiento? Os lo prepararé, y volveré, y os recibiré en mi seno, para que esteis donde yo resido. Yo soy camino, verdad y vida. Quien me ve á mí, ve á mi Padre; él es el que habla, el que obra por medio mio. ¿No creéis que el Padre reside en mí, y yo en el Padre? Creed pues á las obras. En verdad os digo que el que crea en mí hará los portentos que yo hago, y mayores todavía. Yo rogaré á mi Padre, y os enviará otro Consolador para que permanezca con vosotros

perpetuamente, el Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir porque le desconoce, y que vosotros conoceréis. No os dejaré huérfanos; volveré á vosotros; y en aquel día comprenderéis cómo yo resido en mi Padre, vosotros en mí, y yo en vosotros. El que me ama es el que conoce y guarda mis mandamientos, y á este mi Padre y yo le amarémos, y en él habitaremos. Mientras vivo con vosotros, esto os enseñó; el Espíritu consolador os lo enseñará todo, y os confirmará cuanto os dije. Mi paz os dejo, mi paz os doy, muy distinta de la que da el mundo: no se turbe vuestro corazón ni se amedrente. ¿No os he dicho que volvería? Si me amaseis os alegraríais en verdad de que vuelva á mi Padre. Poco hablaré ya con vosotros, pues ya se acerca el príncipe de este mundo, aunque no tiene poder sobre mí. Levantaos, salgamos de aquí.” Y permaneciendo en pié dentro del cenáculo, ó caminando ácia el huerto de las Olivas, Jesus continuó:

«Yo soy vid verdadera; mi Padre es el labrador que cortará todo sarmiento estéril, y podará los fructíferos para que den mas fruto. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos que no podeis dar fruto, sino unidos á mí como á vuestro tronco. Yo os amé como me amó mi Padre; amaos mutuamente como yo os amo. El mayor esceso de amor á que puede llegarse es el dar la vida por sus amigos; y vosotros sois amigos míos, mientras observéis mis preceptos. Esto os digo para que á vuestros corazones se trasmita mi gozo, y vuestro gozo sea cumplido. Si el mundo os aborrece; sabed que me aborreció primero que á vosotros. Si fuerais del mundo, os amaría este como á cosa suya; pero como no sois suyos, sino que os entresaqué de él, por eso el mundo os aborrece. No es el siervo mayor que su amo: si me han perseguido á mí, también os perseguirán á vosotros, y todo en odio de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si no les hubiera yo aparecido y predicado, si no hubiera obrado en su presencia cosas que nunca obró mortal alguno, ménos culpa tendrían; pero las vieron, y me aborrecieron, y



aborrecieron á mi Padre. Día vendrá en que os arrojarán de las Sinagogas, y en que creerán hacer un holocausto agradable á Dios con vuestra muerte; y os lo prevengo, para que al llegar este día os acordeis de que os lo predije.

«Ahora vuelvo al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta, «adonde vas?» Mas estas palabras inundan vuestros corazones de tristeza. Creedme, es preciso separarnos: porque de otro modo no bajaría sobre vosotros el Consolador. Mucho tuviera que deciros, pero no pudierais comprenderlo: el Espíritu de verdad os la revelará toda, y él me glorificará, porque procede de mí, y todo lo de mi Padre es mio. De aquí á un momento ya no me veréis, y pasará otro momento, y volveréis á verme. De seguro os pronostico que lloraréis y plañiréis mientras el mundo se alegrará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo, y este gozo nadie podrá arrebatároslo. Cuando una madre empieza á sentir los dolores del parto, se contrista, porque la hora se acerca; pero cuando el hijo sale á luz, su alegría le hace olvidar sus padecimientos, porque nació un hombre en el mundo. Entónces ya no tendréis que pedirme, ni yo tendré que pedir por vosotros á mi Padre, porque mi Padre os amará por vuestra propia excelencia á causa de que me habeis amado, y que habeis creído que yo salí de Dios. Sí, salí de Dios y vine al mundo; ahora voy á dejar el mundo, y me vuelvo á Dios. Os lo digo para que descanséis en mí: en el mundo os aguardan grandes tribulaciones, pero tened confianza, yo he vencido al mundo.» Y á las protestas de fé y adhesión que los apóstoles entónces le repetían, repone tristemente. «Ahora creéis? Ya se acerca, ya ha llegado la hora, en que os dispersaréis cada cual por su camino, y me dejaréis solo: solo no, porque conmigo está mi Padre.» Cuando se considera que es un Dios el que habla, y habla á frágiles criaturas, que aunque escogidas y nutridas en su seno debían una hora despues abandonarle, cuando se ve tanta grandeza al lado de tanta miseria, tanto amor y heroismo al lado de tanto ye-

lo y cobardía, llega á su colmo el asombro... digámoslo mejor, entónces cesa, porque solo un Dios era capaz de estos rasgos, que en un héroe mortal serian no ya admirables sino de todo punto increíbles. Pero faltaba aun aquella grande oracion de Jesucristo al Padre celestial, que es la cuenta de su mision, el ofrecimiento de la humanidad regenerada, y el plan y destino del cristianismo.

«Padre, dijo Jesus levantando los ojos al cielo, he aquí la hora: glorifica á tu Hijo, así como te glorifiqué en la tierra; glorificame con la luz que tenia en tu seno ántes de existir el mundo. Me diste poder sobre la humanidad, para comunicar á toda ella la vida eterna, el conocimiento de un solo Dios verdadero y de su enviado Jesucristo. Consumé la obra que me encargaste, manifesté tu nombre á los que me confiaste en el mundo, y creyeron en mis palabras: tuyos eran, porque lo mio es tuyo, y lo tuyo mio. Yo me voy del mundo, y ellos quedan aquí... Padre santo, consévalos en tu nombre, paraque sean una misma cosa como nosotros. Miéntas estave con ellos, yo los guardaba en tu nombre, y ninguno de ellos pereció sino el hijo de perdicion. Ahora vuelvo á tu seno, y estas son mis últimas palabras para infundirles mi gozo celestial. Yo les enseñé mi doctrina, y el mundo les aborreció, porque ni yo ni ellos pertenecemos al mundo; mas no pido que los saques del mundo, sino que los preserves de mal. Santificalos con la verdad, santificalos con tu doctrina; ellos son enviados míos, como yo enviado tuyo. No te ruego por ellos únicamente, sino por los que creerán en mí con sus predicaciones, para que sean todos una misma cosa en nosotros, cual lo somos entrámbos, para que conozca el mundo que me enviaste, y que los amaste como me amas á mí mismo. Padre, yo quiero que estén conmigo allí donde resido, que vean la gloria que me diste, y el amor que me profesas desde ántes de la creacion del mundo. Padre justo, el mundo no te conoció; yo sí, te conocí, y les dí á conocer tu nombre, y se lo revelaré, para que se derrame en ellos el amor con que me amaste, y los una conmigo eternamente.»

Tras de estas palabras divinas, enmudecen las humanas, la imaginacion desmaya, el entendimiento mismo se aduerme al parecer, para que el corazon en vela perciba mejor aquel concierto de profundos arcanos y de suspiros de amor, de ansias de tristeza y de esperanzas inmortales, que alternan y se repiten, como un delicioso tema musical, como los adioses del amor que nunca acaban, como los postreros encargos de un padre moribundo.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

—————

**S. M. La Reina Cristina**

EN EL CONVENTO DE LA ENSEÑANZA DE BARCELONA. (1)

—————

Se ha dicho y repetido mil veces, y es una verdad de íntimo convencimiento para todo hombre pensador, que el principio religioso y el principio monárquico son los dos sentimientos cardinales que forman la nacionalidad española. Todo lo que se busca fuera de ellos adolece del defecto de exótico, todo es transportado á viva fuerza de otros países y costumbres, todo tiende á degenerarnos de la estirpe ilustre de nuestros proge-

(1) Debemos este artículo á la pluma del ilustre autor de *La Religion*, y creemos poder asegurar que no será este el último obsequio de su amistad, y que los señores Roca y Cornet, Rubió cuya poesía insertamos en el número anterior, y otros literatos del continente auxiliarán y realzarán nuestros trabajos, como en el prospecto insinuamos.

ñilores; y como opuesto á los puros y nobles sentimientos de nuestro carácter, léjos de conducir al verdadero progreso, no hace mas que dar pábulo á pasiones bajas y mezquinas, y bastardear la gloriosa raza española, que con la fidelidad á Dios y al rey conquistó naciones, y puso un mundo á sus plantas. Estos sentimientos están muy léjos de contrarestar la marcha del siglo, que hambriento de verdad y de gloria aspira siempre á lo mejor, y si tiene la ligereza de admitir algunos errores, no deja de sujetarlos á examen, pasado el primer aturdimiento, sin perder el sentimiento íntimo de lo bello, de lo sólido, de lo verdadero.

¿Quién pocos años hace, cuando el hacha y el martillo amenazaban devastar todas las cúpulas sagradas, así como el puñal amenazaba anivelar con el suelo todas las eminencias sociales en poder y en inteligencia, quién, repito, hubiera podido prever que dentro de estos mismos muros, que parecían abrigar la ciudad proscrita, la ciudad de los deicidas, se presenciara la tierna y preciosa escena á que tuve el gusto de asistir? ¡Oh! la mano desoladora del hombre pasa sobre los imperios como un rayo de esterminio, instrumento quizás de la cólera de Dios; pero este Dios aplacado pasa su dedo poderoso sobre los campos mismos de la desolacion y del abandono, y brotan súbitamente nuevos prodigios de su bondad y de su gloria.

El dia 7 de marzo amaneció bello y puro, imágen viva del alma cristiana y del reposo del corazon. Una ciudad, que tras horribles trastornos, y despues de haber visto mil rayos sobre su cabeza y un abismo debajo sus piés, sentia prodigiosamente hervir en su seno el amor á sus reyes concentrado en una reina viuda y en una madre desgraciada, se preparaba para nuevos y bulliciosos festejos. Trocada en manto de gala su reciente luto, brillando sus calles y plazas en mil colores, se sentia dulcemente conmovida, porque las ondas de sus innumerables hijos acudian á besar la regia planta, donde quiera se dirigia la augusta Señora, que bebió tambien como muchos de

ellos el agua de rios extranjeros, y suspiró por su querida patria. Sale la real carroza de su magnífica morada, seguida del júbilo, del amor, de la admiración. A dónde se dirigirá la piadosa madre de la heredera de cien reyes? adónde? al humilde albergue de las hijas de María. Allí la grandeza mezclada con la humildad será mas grande á los ojos del cielo: allí se renovarán los tiempos antiguos, los tiempos cuya memoria embelesa nuestra imaginación, y cuyos recuerdos sirven de pábulo á nuestras mas hermosas creaciones, tiempos en que las reinas y princesas, agoviadas por la magestad de la tierra, y heridas por los tormentos del corazón, buscaban en los asilos suaves de la virtud y del retiro el consuelo de sus penas y el anuncio de alguna de aquellas verdades que aligeran el peso de la vida con la esperanza del cielo.

201 María Cristina, como Teresa de Austria ó Ana de Bretaña, entra ya en el umbral del templo del Señor; los ilustres guerreros la rodean, los grandes la siguen, las vírgenes lloran de júbilo y la bendicen. El sacrificio santo con todos sus misterios se celebra sencillamente, pero con magestad; y la armonía del alma, que se derrite al contemplar la grandeza de la tierra postrada ante la grandeza del cielo, halla un eco suave en los acentos de la música. La marcha real anuncia la elevación del Hostia santa. Al albor de la radiante Eucaristía desaparecen como un átomo los grandes de la tierra. Y los ojos no vuelven á fijarse en la real persona hasta consumado el sacrificio.

201 Las vírgenes entonan la *Salve Regina*, himno de dulzura y de esperanza, y María Cristina invoca el auxilio de la Reina de los cielos. En medio de estos cánticos melodiosos en que se deleita el alma, mezclados con el aroma de las flores derramadas por el templo, sube María Cristina trepando por entre inmenso y agrupado gentío á visitar las moradas tranquilas de las hijas de María. Interrúmpese por algunos momentos el silencio de los claustros; entra la real comitiva, y la reina y la modesta sobrina parece se despojan de la magestad para

entrar en la mansion humilde de la paz y de la virtud.

Mas de cuatrocientas niñas son inspeccionadas en sus modestos labores por S. M. y comitiva. La reina no se desdena de tocar con sus propias manos los trabajos sencillos de aquella tímida é inocente juventud, y de alentarla con un cariño que solo puede rebosar de la boca de una madre. Aquellas vírgenes llenas de rubor, dulcemente conmovidas, sin hacer gala de los frutos mas brillantes de una educacion esmerada, sin bastar apénas á recibir los obsequios de tantos personajes, gratamente confusas y mezcladas con todos, admiradas, enternecidas, rebosando de placer y de esperanza, rodean las augustas personas, y no saben como corresponder á tan inesperada afabilidad.

A lo largo de los bulliciosos corredores se divisa un aposento sin adorno, pero limpio y retirado, capaz apénas de contener á los que entran en él. Elévase en el centro un altar humilde, consagrado á la Madre dolorida, consuelo de todos los dolores. María Cristina es la primera que se postra al pié del modesto altar, que adornan flores, bellas como los suspiros del alma inocente. A su lado se ponen las vírgenes de rodillas, y Cristina inmoble como ellas, vestida de negro, parece una de aquellas hermanas: los personajes están en pié, incluso el prelado, presenciando conmovidos aquella tierna escena digna del pincel de Rafael. Algunas voces, que la sorpresa y la turbacion hacen mas dulces, entonan el *Magnificat*. ¡Qué cuadro! Postrada la viuda de Fernando á los piés de María escucha en silencio aquellos grandiosos conceptos. A una reina que ha gustado la amarga copa del infortunio, que ha visto sus hijas en peligro arrancadas de su seno, se le anuncia el poder del brazo del Escelso, y la facilidad con que dispone de las grandezas de la tierra! «Ostenta cuando quiere el poder infinito de su brazo: trastorna los designios de los soberbios; derriba á los grandes de la tierra, y exalta á los pequeñuelos: colma de bienes á los indigentes, y deja despojados á los ricos.» Las lágrimas brotaron de mis ojos

al contemplar este cuadro sublime. ¡O Cristina! habló como hombre inspirado el que dijo que nos asombraría el ver las gruesas lágrimas que manan de los ojos de los reyes. ¡Cuántas veces habrás desahogado tu corazón al pié de ese trono de amor y de esperanza! Madre de unas hijas inocentes apartadas de tu sombra, madre de una nación agitada y despedazada por una gran tormenta, ¡cuántas veces habrás buscado un consuelo á tu penar profundo á los piés de esta Madre de dolor! Cuántas súplicas le habrán dirigido tus labios maternales, para que en lugar tuyo, abrigara bajo su manto á tus hijas, tanto mas expuestas á caer, cuanto mas elevadas sobre un trono que fué y pudiera ser el mas elevado del mundo! Grande es la espiacion delante de Dios de los infortunios de los monarcas, cuando se le ofrecen con humildad y resignacion cristiana, cuando riegan con llanto el real lecho de dia y de noche. Recibid, gran Dios, nuestras inmensas angustias para aplacar vuestra justa indignacion, y unid á las lágrimas que hemos derramado por tantos años las lágrimas de la madre de nuestra reina!

Sumido en estas reflexiones profundas, acaba el himno de las vírgenes por un clamor de esperanza y de misericordia. Levántanse todas junto con la madre, despues de haber saludado á la que es Virgen y Madre á un tiempo, y el director de la comunidad pide respetuosamente la gracia de besar la real mano (1), gracia que concede la reina en el acto con aquella asabilidad que no es posible describir.

Vírgenes arrancadas de vuestros asilos entre las sombras de la noche, conducidas entre bayonetas fuera de vuestro domi-

(1) Permitanos la modestia del digno capellan de las religiosas de la enseñanza, el Dr. D. Antonio Sagner, que tributemos aquí de paso un justo y grato recuerdo al celo infatigable y apostólico, con que en todos los ramos de su ministerio sacerdotal, y muy singularmente en el púlpito, fomenta la piedad y el fervor de los barceloneses. Tales méritos no tienen en la tierra otro premio que la gratitud de todos los hombres de bien, pero su verdadera recompensa está en el cielo.

cilio á otro monasterio profanado ya por una soldadesca inmunda, respirad. El poder mismo á cuya sombra se han cometido tantos crímenes, tantas iniquidades que detestaba su corazón, viene ahora á visitaros, y se informa con dulzura de las violencias que ultrajaron vuestra morada y vuestras inocentes personas. Ella influirá como un astro benéfico en el corazón de la que sentada sobre el trono ha de regir los destinos de esta nación tantas veces desventurada. No temais: tal vez brillará para vosotras mas bello día, quizás volveréis á pisar aquellas losas queridas, sobre las cuales sacrificasteis con valor todas las esperanzas de la vida á la única esperanza del cielo. Tal vez en el centro de esta ciudad populosa que admira en silencio vuestras virtudes, volverá á correr á vuestros brazos mas numerosa la preciosa juventud cuya educacion se fia á vuestras manos, y sobre la que ejercéis los derechos de una nueva maternidad, la maternidad del espíritu, doblemente útil á la virtud y á la sociedad.

Y vosotras, vírgenes todas consagradas á Dios, esposas del Cordero, porcion escogida del rebaño del Señor en nuestro reino, respirad: la madre de Isabel ha dicho que os tiene grabadas en el fondo de su corazón. Ella fué como vosotras arrancada de su real morada, separada de sus hijas, sufriendo el doble desacato de la perfidia y de la ingratitude. Ella tuvo que llorar, viuda y madre, la horfandad de sus escelsas hijas, ella atribuye á vuestros ruegos ardientes, incesantes, el favor inefable que ahora le concede el cielo. Cuando abraza á sus hijas contra su seno, no os olvidará su corazón. Muy grande es el corazón de una madre, y mucho pueden los ruegos de las vírgenes delante de Dios. Si las súplicas del gran Jerónimo en el desierto detenian la caída del imperio Romano, ¿porqué no habrán podido las súplicas de estas palomas cándidas detener la ruina de la monarquía española al borde de tantos abismos?



## Las disciplinas.

Voy á revelaros una historia muy sencilla y que ciertamente os impresionaria, si la hubieseis oído como yo de la boca misma de uno de sus principales personajes. Podré trasladar parte de sus palabras, pero no el tono de su voz, ni el calor de sus espresiones, ni la energía de su profundo sentimiento. Entónces era el corazon que hablaba, ahora es un eco impasible y frio que vuelve únicamente los sonidos.

No achaqueis á vanidad el consignar en estas páginas mi piadosa costumbre de permanecer largo rato en la catedral, despues que se ha derramado por sus puertas el inmenso concurso que en ella hierve al pasar la procesion del juéves santo. Me gusta contemplar á mi sabor aquel sagrado monumento, resplandeciendo en la soledad y despertando suavísimas emociones en medio del alto silencio de la noche. Situado en la estremidad opuesta observo con placer el conjunto de simétricas luces que, á causa de la distancia y de la cortedad de mi vista, parecen entretejer las hebras de sus coronas radiantes, asemejándose á una tela de oro tendida á los rayos del sol. Tal vez las ideas propias de aquel sitio y hora suspenden una lágrima en mis pestañas, y entónces su sombra aparece en cada una de las luces, y la alfombra de llama que cubre la escalinata se me representa como bordada de estraños arabescos que imitan la pomposa rüeda de un pavo real. Hermoso es tambien ver colgado en medio de aquella nave el enorme lamparon como un sol arrancado de su órbita ordinaria, las sombras de los arcos y columnas que destacan en los muros de las otras naves, y el todo imponente de aquel vasto edificio que se prolonga y pierde en el fondo obscuro de la capilla mayor. Sentado pues allí en un banco á guisa de artista delante su modelo, ó hincado de rodillas como cristiano delante su Dios, me entrego á una doble contemplacion en que los afectos piadosos y las imágenes poéticas se suceden á porfia sin embarazarse mutuamente, y como que respire un aura deliciosa en que la devocion y la poesia mezclan y confunden sus odoríferos perfumes. Y no creais que haya necesidad de ser muy ascéticos para saborear la dulcedumbre de este recogimiento, pues por poco arraigado que esté en el corazon el sentimiento religioso, por poco que puedan las fuerzas del espíritu traspasar la esfera de los sentidos, como que aquella noche nos lleve de la mano, y nos conduzca á una region misteriosa, donde si Dios no se deja ver, á lo ménos se deja sentir como el calor del sol en un ciego de nacimiento: y donde el hombre siente á Dios, allí hay poesia, por que Dios

es la fuente de lo sublime, y en la expansion del alma fluye suavemente el raudal de las inspiraciones. Aquel suntuoso aparato cuya magestad no disminuye por la escasez de espectadores, aquella soledad en que no estorban los pequeños y aislados grupos que sobre el lustroso pavimento como sombras destacan, aquella quietud profunda que no turba el leve movimiento de rezagados fieles que vienen todavía á orar ó van á buscar su necesario descanso, aquel silencio que solo interrumpe el pausado, monótono y alternativo canto de unos pocos clérigos que recitan la salmodia, todo esto son, por decirlo así, medios poéticos que allanan el camino á ideas de superior naturaleza. Las impresiones atraen los recuerdos: lo presente hace vivir en lo pasado, y aquella decoracion magnífica, miráda al traves de la nube condensada por el aliento sucesivo de todo un pueblo, ya se transforma en el Cenáculo, donde el generoso Amigo da el abrazo de despedida á sus amigos queridos, ya la imaginacion impelida por el afan de la memoria y por la comparacion de las horas, mata de un soplo todas aquellas luces, y vuela al jardin de las Olivas donde el generoso Amigo va á recibir el abrazo de muerte y el beso fatal del amigo traidor.

Con estas ideas traía ocupada la mente hará unos diez años, cuando por casualidad, ó mejor dicho, por distraccion fijé mi vista en un gallardo pero macilento jóven que, medio oculto en la sombra del último confesonario, parecia orar con toda la compuncion de un penitente, el fervor de un cenobita y la calma de un ángel. Cruzadas ambas manos sobre el pecho y algo inclinada sobre el hombro la cabeza, permanecia arrodillado é inmóvil, como si fuese un busto de piedra labrado para personificar el recogimiento. Miétras le estaba observando sobre cogíome el primer toque de las nueve. Hay esta noche algo de imponente y misterioso en la vibracion repentina de la campana horaria, sobre todo para el que está acostumbrado á oírla precedida siempre por la campana de los cuartos. Enmudecida esta, parece que el tiempo ha cambiado de medida, y como son mas largos los intervalos de silencio, su interrupcion es mas brusca é inesperada; así es que á pesar de saberlo, aquel golpe suele causarme una impresion indefinible. Pero entonces fué mayor el efecto que produjo en la actitud y fisonomia del jóven que yo contemplaba. Sin duda aquel sonido habia vibrado en el fondo de sus entrañas, sin duda sería el eco de otros sonidos que marcaron la hora de grandes felicidades ó de grandes infortunios, pues le estremeció como si la voz del reloj le profetizase una horrible tribulacion. En seguida sacó un objeto que no pude distinguir, lo envolvió cuidadosamente, y ocultándolo en sus manos le prodigaba repetidos besos con suma pasion y enternecimiento. ¿Qué especie de su-

perstición sería aquella? Yo veía el movimiento de su pecho, la crispación de sus dedos, el grueso llanto de sus ojos; y vi luego que desfallecido, no pudiendo tenerse de rodillas, tuvo que doblar el cuerpo y hacerlo descansar sobre sus piernas, reclinando en las tablas del confesionario un semblante pálido como el de un cadáver. Lance era este para escitar la curiosidad del hombre mas indiferente y la compasión del mas egoísta. Acudí á socorrerle, y tomándole una mano conocí que apretaba tambien unas disciplinas cuya humedad me hizo estremecer: creí de pronto que estaban bañadas en sangre, pero no eran sino lágrimas recientes; sangre habia tambien, aunque sus gotas estaban ya secas! Si quedé sorprendido no hay que decirlo: iba á retirar la mano, y el afligido manco me contuvo con un ay doloroso que me traspasó el corazon. Por fin animándole con blandas palabras le saqué fuera de la iglesia, y le conduje al *Mirador* para que el fresco de la noche, la brisa del mar y la hermosa claridad de la luna avivasen sus medio aletargados sentidos.

¿A que trasladar palabra por palabra nuestro coloquio? Bastará decir que fué el origen de una amistad eterna, y que si publico sus arcanos, es para proporcionar á mi interlocutor un nuevo amigo en cada lector que simpatice con una historia tan parca de novelescos incidentes, como llena de candor, religiosidad y sentimiento. Hela aqui como él me la referia:

«Esta noche en que se rememora la prueba mas esplendida del amor divino; fué la noche en que mi corazon se sintió súbitamente henchido del amor humano. No vayas á creer profanacion este enlace de ideas, porque el cielo y la tierra tienen cadenas misteriosas que los unen, y feliz el que puede servirse de ellas como de la escala de Jacob para ascender mas facilmente! Oh! yo habia encontrado una de estas cadenas de valor infinito, y en un momento de delirio con mis propias manos dividí sus eslabones! Educado en el seno de piadosa familia, llegné á los veinte años tan puro é inocente como otros jóvenes llegan á los quince; mis pasiones dormian el sueño de la infancia, y un habito de piedad las arrullaba, sin saberlo yo, para que no despertasen. Contento ó resignado seguia la senda que se abria ante mis ojos, y la seguia sin imaginar la posibilidad de otra, ni recelarme del cansancio por su monotonía, ó del fastidio por su soledad y aislamiento. Nuestro porvenir está detras de espesa cortina, y nunca me habia preguntado: ¿qué es lo que habrá detras de la mia? Era esto confianza en Dios ó reprehensible descuido? Fuese una ú otra cosa, yo vivia tranquilo, y ahora lloro como el mas desgraciado de los hombres; pero si me fuese dado volver á tal sosiego sin esperanzas de

conocer el bien que para siempre y por mi culpa he perdido, preferiría vivir la vida de dolor que arrastro, gemir bajo el peso de los remordimientos que me consumen, atravesar este páramo desierto, sin flores, sin luz, sin horizonte alguno, por solo el consuelo de volver la vista atrás, y contemplar la bellísima imagen de felicidad que el cielo me había deparado y el cielo justamente me arrebató.

Dos años cumplen hoy que, disminuida gradualmente la brillante concurrencia que al anochecer inunda las naves de la catedral, me hallaba recostado en una de las columnas inmediatas al monumento, cuando volví los ojos y sorprendido los clavé en una jóven, que al lado de su madre permanecía inmóvil y como sumergida en profunda contemplación. Muchos son los corazones cuya suerte ha decidido el aspecto súbito de una beldad, pero había allí algo más que belleza, y esta era la... ¿Diré de un ángel? Oh! esta comparación se ha hecho demasiado vulgar, la han desvirtuado y ya nada significa, la han profanado, y no quiero aplicarla á un objeto que tan justamente la merecía. Su compostura y aseo, su traje elegante al par que modesto, sus finísimos cabellos prendidos con tanta gracia como sencillez me hicieron comprender que aquella jóven ni conocía al mundo, ni era del mundo conocida. Quise apartar los ojos, pero aquella visión me tenía encantado: obraba en mí con todo el poder de un magnetismo celestial, destilaba sobre mi corazón un aroma desconocido. Contemplaba aquellas facciones peregrinas en que la delicadeza del contorno se hermanaba también con la suavidad del colorido, y veía en su conjunto un sello radiante de angélica pureza que constituía la hermosura de su hermosura. Fija mi vista sobre ella, y ella de rodillas y con los párpados blandamente caídos, nos parecíamos en algo al bajo relieve de la Anunciación del famoso Berruguete, hasta que un leve movimiento me hizo cambiar súbitamente de postura. Punzábame vivísimo deseo de ver sus ojos, que imaginaba semejantes á los de un serafín, cuando ella de improviso levanta el velo de nieve que los cubría, sus pupilas inmóviles se fijan en el santo sepulcro, y un rayo de luz divina reflejando en su azul purísimo viene á iluminar mi espíritu é inflamar mi corazón. Entonces me estremecí y por un impulso irresistible me arrodillé también, no para adorar á aquella muger, sino para adorar á Dios que la había criado tan perfecta, y me la había allí traído, y hacia rebosar mi pecho de vagas é inefables esperanzas. Como tal vez el pecador vuelve á él cuando en medio de sus fugaces placeres le sorprenden las amenazas del infortunio, así el justo vuela al regazo del sumo Bienhechor cuando ve que le embiste un torrente de felicidad, y se congratula con él, y su alegría misma es ya un tributo de gratitud y un cántico de alabanza. Yo ora-

ba con mas fervor, sentia una compuncion cual nunca la habia experimentado, prorrumpía en lágrimas de bálsamo, como si aquel incremento de ternura y devocion fuese una emanacion, un efluvio de mi amor recién nacido. Oh! qué momentos aquellos en que un jóven cuenta por primera vez palpitations tan dulces como estrañas, y divisa todo su porvenir al traves de la hermosa llama que se levanta en su corazon! Otros amantes los habrán disfrutado parecidos, pero no iguales. Estos momentos entrañan las semillas de todas las dichas futuras, y las vicisitudes del tiempo no hacen mas que ahogarlas ó ausiliar su germinacion; pero la vida tiene un confin demasiado estrecho, y como el amante no suele abarcar mas que su horizonte, su pensamiento se estrecha y se pierde en el sepulcro: no así el mio, que se lanzaba y perdía en la eternidad. Mi fruicion en la tierra iba á ser preludio de mi fruicion en el cielo, mis dichas perecederas é inmortales se me representaban como añudadas con la mística aureola de aquella jóven, que me aparecia visiblemente predestinada, y cuya mano debia de ser tambien prenda segura de eterna salvacion. Estas ideas bullian en mi mente, y pasaba el tiempo sin que me apercibiese de su curso, cuando el reloj dió las nueve, y la madre y la hija se levantaron para salir de la iglesia.

Seguílas sin que lo advirtiesen paso á paso y con el corazon estremecido, á la manera de Pedro cuando seguia á su divino Maestro preso y maniatado, y como Pedro me quedé solo en el umbral al entrar ellas en su casa. No me habia atrevido á hablarlas por el camino, porque mi turbacion inesperta podia venderme, y no tenía ánimo bastante para aventurar el tesoro de esperanzas que en mi seno llevaba; pero habia oído en cambio un metal de voz tan tierno como una súplica á la Virgen, tan delicioso como el tapadillo de un órgano, tan religioso como el toque de la campana que llama á la oracion. Habia sabido tambien que aquella jóven se llamaba María, y ya que esté nombre no sea privilegio esclusivo de la reina de los ángeles, me parecia entrever en él algo de simbólico que cifraba la pureza de las formas y la mística hermosura de mi amada. ¡Y verla desaparecer sin haberme atraído ántes una sola mirada suya, por casual, por indiferente que hubiera sido! Si se hubiesen encontrado nuestros ojos ¿quien sabe si se hubieran comprendido nuestros corazones? y sin este primer eslabon ¿como forjar la cadena que debia enlazarlos mutuamente? Y no era probable que una palabra de amor escapada de mis labios la espantase, como á tímida paloma el tiro que retumba en los valles? Ciertamente ella creería que el amor vestia siempre el ropage de mundanas pasiones, y su aparicion improvisa la hubiera turbado como á María, la de un ángel desconocido y cubierto con la túnica de los hombres. Era preciso que yo le enseñase mi corazon ántes

de decirle que por ella ardía. Estas reflexiones me aquejaban en la soledad, y como que aquellas paredes tuviesen una fuerza magnética que no dejaba separarme de ellas. Recordaba al Petrarca, que en ocasión tan parecida se enamoró de su Laura y tuvo que llorar por tantos años su malogrado amor. ¿Lloraré yo también sobre la tumba de María?..

En esto vi acercarse un joven que conocí á la claridad de la luna, observé en su fisonomía algunos rasgos de semejanza con la de mi hermosa desconocida, y no dudé que fuese hermano suyo. Causóme agradable sorpresa este descubrimiento y confirmó mi sospecha verle entrar en su casa. Entónces me ocurrió un pensamiento, y alborozado fui á recogerme á la mía.

Anselmo aprendía el dibujo, y decidí luego estudiarlo con el mismo profesor á fin de trabar amistad con aquel, esperando que me franquearía las puertas de su casa ó las puertas de su corazón. Una vez dueño de mi secreto, estaba cierto de que en su bondad no cabía la aspereza de deshauciarme. Además, si fallidas mis esperanzas María se negaba á labrar mi dicha en esta vida, á sembrar de flores mi camino á la eternidad, á hacer para mí de este mundo la antecámara del cielo, no me serviría de consolacion y alivio pasar al lienzo con mis manos la imágen que veía luminosa en el fondo obscuro de mi pecho, y tener en mi soledad un retrato por única compañía? No hubiera sido fortuna para mí tener siempre á la vista aquel dechado de hermosura para dechado de virtudes? Como lo resolví lo puse en obra, y á las pocas semanas ya era el condiscípulo favorito de Anselmo. Sin hacer del hipócrita, había procurado manifestar mi índole, mis ideas y costumbres bajo el aspecto mas favorable, y en cuanto podia amoldaba mi carácter á los sentimientos de mi amigo. Después de algunas horas de estudio salíamos juntos á dar un paseo, entrábamos á rezar en una iglesia, y luego le acompañaba hasta su casa. ¿Cómo expresar mi júbilo cuando él mismo me invitó á subir y me presentó á su madre y hermana? Parecíame haber atravesado por fin un barranco quebrado por horrendos precipicios y erizado de punzantes espinas, haber vadeado felizmente un rio caudaloso y espumante, haber trepado á la cima de escarpado repecho desde el cual se divisaba una senda florida y el término de mi peregrinacion. Respiraba el ambiente aromático de aquel nuevo edén, y no temia me engañase astuta serpiente para arrojarme de mansion tan deleitable. Menudeaba mis visitas, y todavía no había arriesgado una palabra de amor: ocultaba mi fuego, porque aquella cándida hermosura no conocia otra llama sino la del amor divino; y sin embargo yo gozaba una dicha indefinible en aquellas conversaciones en que los ángeles sin degradarse podian alternar con nosotros. Era aque-

llo una especie de beatitud íntima, un éstasis del alma que tenia á raya los sentidos, un torrente de dulzura que se represaba en el corazón. Cada día admiraba mas el talento de María, porque era igual á su hermosura, y á su hermosura y talento les sobrepujaba solamente su virtud. Cada día me embelesaban mas su gracejo y su modestia, y mi amor iba creciendo á medida que descubria nuevas perfecciones. Así pasaron dias y mas dias, y sin poder explicar el cómo, puedo decir que por fin nos habíamos comprendido reciprocamente. María me amaba, me lo habia dicho sin que esta confesion ingenua empañase en lo mas mínimo su pudor virginal, ni avivase con el sonrojo los purísimos colores de su megilla. Oh! y qué dulce era entonces la vida! Yo habia encontrado una perla preciosa como aquella del Evangelio, y estaba seguro de poseerla. Qué diversiones del siglo podrían contrapesar el suave aroma que se destilaba gota á gota en mi pecho al verme junto á ella, cuando por las noches hacia labor al lado de su cariñosa madre, entretenidos los tres en dulces pláticas ó lecturas religiosas! Algunas veces las acompañaba por solitario paseo, ó al salir de iglesia poco concurrida, porque gustaban de la soledad para sus oraciones como del secreto para sus obras de caridad; les bastaba que su nombre ignorado del mundo estuviese escrito en el libro de la vida. Algunas veces bajábamos al jardin, y regábamos ó cultivábamos unos hermosos cuadros de flores, ó cogiamos las mas bellas para adornar una imagen de la Virgen, que parecia velar junto al lecho immaculado de María. Algunas veces ella se sentaba al piano, ó me leía algunas poesías místicas y su voz ó su mano eran dignos intérpretes del contemplativo Leon ó del patético Mozart. Oh! y qué dulce era entonces la vida! Si en el cielo, donde todo amor se reasume y termina en Dios, puede haber no obstante diferencias de cariño entre sus respectivos moradores; si hay un ángel y un serafin que particularmente se amen, tal pudiera ser el tipo de nuestro amor. Yo he amado como los ángeles todo espíritu y he amado como los hombres todo carne, y sé que los transportes de una pasión satisfecha entre los ardores mas vivos de la imaginacion y los halagos mas seductores de los sentidos, no valen una centésima de aquel divino arrobamiento con que yo al lado de María paladeaba los suaves efluvios de su castísimo amor.

Un dia habíamos leído las palabras que la reina doña Blanca solia dirigir á su hijo san Luis. Era de noche, y sentados en el balcon respirábamos su fresca brisa, perfumada con el aroma de las flores que subia del jardin, mezclándose con la de unas macetas de albahaca y la de una enredadera de jazmines que de toldo nos servia. Resbalaban por entre sus hojas los rayos de la luna que brillaba en un cielo de tras-

parente azul, como los ojos de mi amada. Yo la estaba contemplando como si nunca la hubiese contemplado. En su alta y despejada frente estaba escrito: modestia virginal, candor angélico, amor divino: y yo lo leía claramente y ni siquiera me acordaba de su belleza exterior, yo veía su alma con una vision intuitiva, y hubiera querido volverme todo espíritu para enlazarme á ella con un vínculo indisoluble. Luis, me dijo, mas quisiera llorarte difunto que verte en desgracia de Dios.

—Sí, respondí sin comprenderla, estas fueron las espresiones de aquella santa princesa.

—¿Y porqué no han de ser tambien las mias? Por ventura en el pecho de una amante ha de haber ménos fortaleza ó resignacion que en el de una madre?

Esta réplica me desconcertó; conocia yo aquella alma tan sublime como candorosa, y la conocia capaz de heróicos sacrificios. Ella proseguia: Si me ofendieses te perdonaria, si me abandonases te lloraria, si murjese, vestida de luto rogaria sobre tu sepulcro y aguardaria la muerte para reunirme á ti; pero si por un momento perudieses á Dios, me perderias á mí para siempre.

—Cómo! y el arrepentimiento?

—El dolor del arrepentimiento no vuelve el candor de la inocencia.

—El que ha caído puede levantarse y proseguir su camino, el que ha pecado puede ser todavía un santo...

—Pero no un ángel. Todos los atractivos de una viuda jóven y hermosa no valen la diadema de una vírgen. —Yo no sabia qué responderla, porque sus palabras ejercian sobre mí un poder maravilloso, y ademas sentia por primera vez un peso desconocido que me oprimia el corazon. Pasaba sobre mi alma algo de incomprensible que pudiera ser simbolizado por la nube, que cubriendo á la sazón el disco de la luna, interceptaba su benéfica luz. Penetrado de vaga tristeza incliné mi frente, como flor que siente secarse el jugo que la nutria, porque si bien no percibia la amargura de una amenaza desleida en la suavidad de aquellos acéntos, experimentaba con todo la angustia de un presentimiento inescrutable. Maria no podia verme afligido. Sonrióse dulcemente y me dijo: ¿Porqué estas triste? No sabes que Dios nunca abandona á sus hijos; que solo es el hombre el que suelta la mano de tan buen padre? Oh! tú tienes poca fe! Cuidado que no andarás sobre las agnas. Vamos, ven; sino sirvo para tu consuelo, serviré alóménos para distraerte. Y se levantó ligera como paloma que toma el vuelo desde una piedra poco elevada.

Sentóse al piano, y aunque estaba junto á ella, sus preludios no me dissipaban aquel acceso de melancolía; entónces abrió al acaso una parti-



tura y me dijo: Vas á cantar conmigo ese duo. María tocaba medianamente, pero cantaba poco; no queria piezas de ópera, ni poseía un estilo brillante; carecia de recursos artísticos, pero lo suplía todo la dulzura de su voz. Ella empezó *Quis est homo qui non fletet*. Era el *stabat* de Pergolesi, esta obra para la cual buscaba el genio las inspiraciones en el fondo del corazón. Era el *duettino* favorito de María, lamento de dos almas y eco doble de misterioso dolor; versículo lleno de languidez y sentimiento, tan sencillo en sus combinaciones armónicas como penetrante por su inefable melodía. Escuchábala tan asombrado y conmovido que por dos veces no acerté á entrar á tiempo; al fin unimos nuestras voces, pero yo desafinaba como una cuerda rozada, porque tenia mis ojos preñados de lágrimas y mi pecho de sollozos. La letra y la música redoblaban la tristeza de mi alma predispuesta á sus efectos; así es que á poco de haber entrado en el *allegro* desmayaron mis fuerzas, prorumpí en copioso llanto, y no pude continuar. Sobresaltada María dirigióme una mirada llena de ternura y exclamó: Luis! ¿qué es lo que tienes? estás malo? Oh! la dije, no oyes el chasquido compasado de estos azotes? No oyes como desgarran las espaldas del mansísimo Redentor? Cómo cupo en pecho humano tan bárbara fiereza? Oh! este espectáculo es demasiado crue!! Dios mio! Dios mio!

Otras veces habia meditado este doloroso misterio, otras veces habia oído el *arpeggio* que con tanta propiedad imita el caer de aquellos sangrientos golpes, y nunca me habia asaltado terror tan profundo y religioso. ¿Porqué se desvaneció poco á poco esta impresion melancólica al par que saludable? Poco importaba que mermase el raudal de mi alegría, con tal que no se enturbiara el arroyo cristalino de mi amor: ahora no sería mi corazón un cauce estéril cubierto de seca y abrasada arena.

Orgullosa de mi dicha, orgullosa de poseer un tesoro tan espléndido como el corazón de aquella vírgen celestial, no cabia en mí de contento; pero en vez de ser como el avaro que se cierra en su gabinete para gozar el deleite de contemplar á solas el oro de que es dueño, empezó á aguijonearme la loca tentacion del vanidoso que cuenta la admiracion del vulgo como aumento de su fortuna. El que nada tiene que envidiar quiere ser envidiado. Mi corazón ascendido á una altura inmensa, en vez de respirar con afán aquel aire purificado de toda exhalacion terrena, y cernerse blandamente al lado del de María, empezó á sentir su propio peso, y plegando con el descuido sus alas, y adormeciéndose en medio de aquel amor sin temores, sin recelos, sin oscilaciones, dió lugar á que vagos y pueriles deseos se apoderasen de mis sentidos para turbar la calma de aquella fruicion bienaventurada. Des-

de la apacible soledad que nos rodeaba, hasta los puntos infectos de la atmósfera del mundo veía yo una distancia enorme, inmensa, imposible de atravesar, y solamente quería nos adelantásemos algunos pasos para coger de las flores con que nos brindaba su engañoso camino. María en su inocencia comprendía mejor que yo los peligros que me atrevía á desafiar, y sin que dudase de mi valor, no podía consentir en verme espuesto siquiera á la lucha, porque una herida mia, [un solo rasguño] la había de lastimar atrozmente. Por esto se esforzaba en desvauecer mi desatentada ambicion con toda la ternura de su cariño, y resistía á mis lisongeras insinuaciones con toda la energía de su virtud. —¿Qué nos falta? decía. Porqué buscar las diversiones del siglo? Teniendo á Dios sienta el cielo en mi alma, poseyendo tu amor pruebo todas las delicias de la tierra: el vaso está lleno, porqué verter en él agua insípida que liciera derramar licor tan esquisito? —Yo enmudecía entónces, me era imposible contradecir abiertamente, pero en mi interior juzgaba demasiado severos sus principios; me cautivaba la dulzura de su aspecto y me contristaba la fuerza de su elocuencia, sus razones me subyugaban, pero no me convertian; y quedaba en mis entrañas una semilla perniciosa que lentamente se desenvolvía para inficionar mi corazón. Creíame con derecho de exigir un pequeño sacrificio cual prueba de su amor; yo que nada sacrificaba en prueba del mio!

Anselmo el hermano de María era un jóven totalmente entregado á la piedad. La devocion era, por decirlo así, su pasion dominante, y sin tener crímenes que espiar, reproducia en medio del mundo las austeridades de los antiguos anacoretas. Todas las tardes, como llevo dicho, entrábamos á rezar en una iglesia, y á menudo era esta el oratorio de Padres de la Congregacion. Asistíamos al diario ejercicio de la oracion mental, al que en dias señalados seguia una áspera disciplina. Espectador aterrado é inmóvil de aquel combate sangriento entre la carne y el espíritu, me arrinconaba en un ángulo del templo, me agachaba como soldado cobarde, y no osando respirar el aire negro de aquellas bóvedas que en su obscuridad parecian aplastarme, escuchaba silencioso el chasquido incesante de unos azotes que magullaban espaldas inocentes, ora imitando el movimiento de un péndulo al compas de un canto grave y no falto de animacion, ora sucediéndose rápidamente como los golpes de un director de orquesta en una fuga precipitada. Era aquello un ruido atormentador; mis ojos se cerraban como si temiesen ver en las tinieblas, y mis oídos se tendian como para sorprender una queja involuntaria de dolor material; pero estaba rodeado de víctimas sin gemidos, que ofrecian gratuitamente la sangre de sus venas para contrapesar el aroma profano de los placeres del mundo. Era una escena de te-

rrible contraste: aquellos para quienes debía ser menos terrible el fallo de la suprema Justicia, clamaban misericordia! misericordia! y junto á ellos dormían profundamente los reos, ó quizás les recompensaban con el escarnio la suspension de la venganza divina. Yo no me sentía con valor para imitarles; pero admiraba á aquellos hombres humildes y sencillos, que alentados por un recuerdo de la pasión, arrojaban su sangre en la cara de nuestro siglo para avergonzarle de su molicie, como los mártires se entregaron á la muerte para derrocar el paganismo, y los santos de la edad media á inauditas asperezas para domesticar la barbarie de sus contemporáneos. Tal vez creían satisfacer sus deudas y pagaban por las de sus hermanos, como el Redentor del humano linage.

Nunca había empuñado unas disciplinas: testigo ocioso y mudo, padecía en esta escena de la que solo conocía las tinieblas y el ruido, y ansiaba la salida de la luz, que, como la del sol, debía serenar aquella tempestad de sangre; pero desde que al lado de María un presentimiento obscuro vino á turbar el júbilo de mi alma, hasta la idea de semejante maceracion me era un martirio insoportable. Salíame por lo mismo y aguardaba á mi amigo en las afueras de la iglesia. A poca distancia está el teatro: acercábame á la rampa inmediata, y desde allí oía subir un canto tan delicioso, una voz tan hechicera que me atreví en mi interior á compararla con la de María. No tuve ni la prevision ni el ánimo de Ulises, y escuchaba á la encantadora sirena atónito, embelesado, aproximandome cuanto podia; y luego que finalizada el aria estallaba una tempestad de aplausos, palmateaba yo tambien á mis solas como un demente, y se agitaba todo mi cuerpo como el de un convulso. Esta sensacion de un placer desacostumbrado fué el primer secreto que guardé para mí mismo sin confiarlo á María.

Hostigábanme vivos deseos de escuchar aquella voz de mas cerca y presenciar un espectáculo no visto. Podia muy bien ser esto un deseo inocente, pero satisfaciéndolo me esponia á disgustar á la que de tan suaves delicias empapaba mi corazon, y ese temor no me contuvo. Abrióseme un mundo desconocido, y entré en él moralmente deslumbrado: á cada momento una nueva impresion, á cada impresion un nuevo hechizo, cada hechizo debía costarme una lágrima. Oh! estos recuerdos que tanto me acongojan son el reverso de aquellas imágenes que tanto me seducian: soy como unaavecilla que cruelmente herida se escapa de las fauces mismas de la serpiente que la fascinaba, y me duele contar uno á uno los síntomas de mi fascinacion. Una actriz llegó á trasformar todo mi sér, perturbó mi razon, derrocó mi virtud, y entibió, resfrió y casi estinguió mi purísimo amor. Serafina con su aspecto de niufa, su talle de sílfide y su voz

de maga me arrojó del cielo á la tierra. Era una beldad completa segun el mundo, y hubiera podido servir de tipo ideal para una deidad mitológica, como María para el de una santa cristiana. Al presentarse en las tablas, me sorprendió como el ángel de las tinieblas cuando aparece disfrazado con su ficticio manto de impalpable luz, y me quedé con mis ojos tan abiertos como mis oídos. Maravillábame la sonoridad de su voz, el lujo de sus modulaciones, la suavidad ó energía del tono, el claro obscuro de la melodía, la voluptuosidad del sentimiento, y ya no comparaba todo esto con el celestial acento de María, porque entónces la tenia olvidada: Las últimas notas de su canto fueron interrumpidas por un coro estrepitoso y universal de bravos y palmadas, entre los cuales descollaban mis aplausos como una voz estentórea en armonioso concierto. Llevado de mi entusiasmo habíame puesto de pié, y en aquel acceso de delirio interpreté á favor mio la mirada de fuego y la sonrisa de orgullo que Serafina á todo el público dirigia. Salí del teatro medio enloquecido. ¿Porqué no comparaba la exaltacion febril de mis ideas, las violentas sacudidas del corazon, el torbellino de fuego que volteára mi alma al aspecto de Serafina, con el tranquilo arrobamiento, el deliquio de felicidad inefable, la blanda immersion en un lago de leche y miel que produjo en mí la vista de María?

Desde entónces el placer de la ópera iba robando una y otra noche á la fruicion mas pura de platicar dulcemente con María. Mi tentador y mi custodio me brindaban los dos cada uno con su copa de amor y delicias, y yo de vez en cuando seguia al primero, y dejaba á María que en su soledad tal vez lamentaba mi ausenciá. Sí, ahora sé que en mi ausencia lloraba, porque en nuestras conversaciones habia resonado sobradas veces el nombre de Serafina. ¡Y era yo quien lo proferia siempre! Decia á mi amada que debía oír aquella voz y aprender su brillante estilo para progresar en el canto. y ella me respondía: Cómo! Luis ¿no basta lo poco que sé para despertar religiosas emociones en tu pecho, para arrullarte cuando te aduermas en mi regazo, para consolarte en las tribulaciones que á Dios plazca. enviarnos? Oh! yo creía que mi voz sola sería para tí como el harpa de David que tranquilizaba el ánimo agitado de Saul. —A pesar de estas dulces reconvencciones, persistia en mi loco empeño, alteraba mas y mas el concierto unísono de nuestras voluntades, y abatia mas mi vuelo ácia la tierra, cuando ella seguia con mas firmeza remontándose á una esfera celestial. María incapaz de concebir ignobles celos, porque su amor vedaba el paso á la desconfianza, me sonreia dulcemente, me acariciaba como á un hermano enfermo, me prodigaba la ternura de una

madre, porque mi vista la alegraba y quería me alegrase la suya; pero el nombre de Serafina, que en mi ceguedad tantas veces repitiera, fué una flecha emponzoñada que se clavó en su corazón. Lloraba á solas para ocultarme su tristeza, y Dios era su solo confidente, porque Dios ó yo podíamos ser únicamente sus consoladores. Ella lloraba, y yo aplaudía una cantatriz.

El camino del mal se anda rápidamente. Yo conocía á Serafina, visitaba su casa, arrojaba suspiros de fuego en su presencia... yo la había pedido un amor que ni era su mano ni su corazón. Y ella se había sonreído! Se negaba á mis instancias, pero ni leve sombra de rubor virginal había velado su semblante. La esperanza del triunfo me abrasaba, y reía yo convulsamente, como si imitara la risa de Satanás que en sus redes me tenía.

Anochece una vez, cuando fui á su casa creyendo encontrarla sola, y la hallé rodeada de amigos y compañeras que con descompuesta alegría se entregaban á los placeres de la mesa. Invitáronme y aun forzaronme á participar de los relieves de la orgía. Licores exquisitos, variados y numerosos se sucedían sin intermision alguna. No acostumbrado á tales escenas me avergoncé de confesar mi templanza; fui hipócrita del vicio, y abandonóme allí la razón como en su umbral me había abandonado la virtud. Me es tan imposible recordar lo que en mi interior acontecía, como lo que á mi vista pasaba; solo sé que Serafina se levantó, pasó á otra pieza, y poco despues vino á mí con un cuaderno de música arrollado en sus manos: Caballero, me dijo, está es la sinfonía que Vd. busca. —Bien, respondí sin comprenderla. —Esta noche estudiará Vd. el *adagio* hasta tocarlo perfectamente; no es verdad? —Estudiaré... —Vamos, esta noche llegará Vd. al *allegro*. Y diciendo esto se reía como una loca, y luego con un tono entre profético y hurlon añadió: Estamos? el *adagio*! despues vendrá el *allegro*.

Yo nada adivinaba, mudo como un estúpido, tenía mis ojos clavados en ella, y ella me miraba tambien con enigmática sonrisa, me hacia guiños misteriosos, y dandome una palmadita en el hombro me despidió.

Hervía la sangre en mi cuerpo como si la calentase un fuego infernal; sentía un vértigo espantoso en mi cabeza, y ebrio, ebrio como estaba, entré en la casa de María. Sola en su aposento la casta paloma, no aguardaba seguramente que viniese el dueño de su amor transformado en odioso milano: me presenté á ella con precipitada acción, y sino la asustaron mis torcidos pasos, debieron de asustarla mis desencajados ojos; mis ideas estaban confusas, traía un caos en la mente y una hoguera en el corazón, y arrojándome súbito á sus plantas no é que espresiones me dictarian Satanás y mi embriaguez, sé tan solo

que la arrebaté una mano, y que diciendo: Serafina! Serafina! iba á mancillarla con impuro beso. Sacadióla ella como si fuera la de un condenado, y exclamando: Dios mio! cayó desmayada en el sofá. Azorado por aquel grito me levanté, y sin saber porque lo hacia, abrí una ventana, dando lugar así á que una corriente de fresca brisa me volviese á mí algun tanto de razon y á María el uso de los sentidos. Acudieron luego su madre y hermano, y entre tanto que la cuidaban murmuré algunas excusas, y desaparecí. Pocos minutos despues yo dormia profundamente, y María profundamente lloraba. Solo ya Dios podia ser su consolador.

La mañana siguiente empecé á reflexionar sobre mis desaciertos: miraba mi corazon, y al verle desnudado, le conocia únicamente porque reflejaba aun la imágen de María; pero la reflejaba como un espejo empañado, y ademas divisaba en su fondo otra imágen que atraía demasiado mi atencion. Creía haber substituido solamente el amor de Serafina al amor de la virtud; pero este y el que profesaba á María eran dos afectos gemelos que se nutrian de un mismo jugo y aspiraban un mismo aliento, que enfermaron á la vez y no podian sobrevivirse por mucho tiempo. Corrí á ver á mi ángel para atenuar los efectos de mi última locura, confiando mas en su bondad que en mis disculpas; y al tocar el umbral de su casa creíame aun virtuoso y amante, porque tomaba los recuerdos por el sentimiento. Halléla postrada en su lecho y abrasada de calentura; los padecimientos de su corazon habian rebosado por todo su cuerpo. Al verme se conturbó, como si apareciese en mi rostro la fealdad misteriosa de un alma en pecado: ocultó el suyo entre las almohadas, y exhaló un gemido que hubiera traspasado un pecho de bronce. Un momento que su madre nos dejó solos volvióse á mí exclamando: Luis! Luis, qué has hecho? Porqué has mancillado un corazon que era mio? Dónde está tu inocencia? —Oh! la dije, no creas á tus ojos... estaba desposeido de mi razon... todavía soy inocente. —Delante de Dios? —María! —Ya no te es posible ocultarme la verdad, esta verdad cruel que me ha secado todas las flores de la tierra. Todo lo sé: toma y lee.

Y sacándolo de entre las sabanas, puso en mis manos un cuaderno de música, y me enseñó un papelito pegado con oblea junto al adagio de una sinfonía, en el cual estaban recientemente escritos esos versos:

Á las doce entornada está mi puerta,  
mi aposento sin luz, y yo despierta.

Y el cuaderno lo habia traído yo á su casa y olvidado en mi turbacion, y el billete era letra de muger, letra igual á una firma de Serafina que se veía en la portada.

Confundido, aterrado como si un rayo hubiese caído á mis plantas, cubríme la cara con ámbas manos, y torciéndola cuanto pude, exclamé: Perdon! Perdon!

—Sí, pídelo á Dios, que rogaré yo tambien para que te lo conceda.

—Y el tuyo?

—El mio?... va unido al de Dios. Vuelve, Luis, vuelve al camino de la virtud, y ya que nos despedimos para siempre en este mundo, nos encontraremos dichosos en el umbral de la eternidad.

—Qué me anuncias? Serías tú mas inflexible que Dios mismo?

—Dios no cerró las puertas del cielo á Adán penitente, pero sí las de su primer paraíso. Y yo he perdido para siempre este paraíso de delicias que mi imaginacion habia creado! Y tú has cubierto de lodo esta imágen de felicidad que en mis sueños me sonreía! Cuán halagüeñas eran mis esperanzas, y han desaparecido con tu inocencia! Y debo enterrar ese tesoro de amor que mi pecho enriquecía! Oh! en esta vida solo me restan dos dias hermosos, tranquilos y solemnes, el de mi sacrificio y el de mi muerte... Cúmplase la voluntad de mi Dios.

Diciendo esto, una lluvia de lágrimas inundaba sus mejillas: yo estaba afligido tambien, aunque mi dolor no era tan intenso, tan profundo, tan religioso cual debiera serlo. No conocia entónces la altura de mi caída, no sentia todo el peso de mi oprobio. Mi ángel malo me hablaba al oído, y me hablaba de Serafina, y yo releia con mi imaginacion aquel billete con que una muger me despedía y otra se entregaba á mis impúdicos deseos; y en aquella hora de tinieblas mi corazón seducido por el apetito, como el pueblo de Israel por los fariseos, exclamó en su horrible silencio: Viva Serafina y muera María. No obstante quise replicarla, y amontonaba palabras y palabras, disculpas, increpaciones, protestas, lamentos, falsedades: resortes mezquinos para doblar la resolución de María. Convertido en amante vulgar, se me habia trascordado hasta el lenguaje de mi primitivo amor; y ella callaba, y la ternura de su mirada era un sarcasmo insufrible de mi infidelidad, y su entereza y resignacion reconvencciones acerbadas de mi flaqueza criminal.

Desde aquel dia fueron perdidos todos mis afanes para ver á María. Siempre que por ella preguntaba á su madre ó hermano, me respondian que queria estar sola en su aposento. Yo examinaba su gesto, sus miradas, el tono de su voz para inferir si algo sabrian de mis desmanes, y nada traslucía: los ignoraban, pero se mostraban tristes y desabridos conmigo, y la madre lloraba algunas veces. Su reserva y la conducta de María me traían inquieto, irritado, furioso, y para vengarme corría á busear el olvido al lado de Serafina, como si en

tal parage pudiese residir mi felicidad, ó pudiese yo con aquel olvido sanear la pérdida enorme que mi alma experimentaba. Una tarde me presenté á Anselmo, y con aire altanero exclamé: ¿Dónde está María? quiero verla: es mi futura esposa. Miróme él con sonrisa de compasión que tomé por ironía, y repuso: Su futuro es Jesucristo; mañana mismo toma el velo en el convento de capuchinas. No respondí, porque habia perdido la palabra: volvíle bruscamente las espaldas, y no salí, huí de aquella casa.

Atravesaba calles y mas calles, iba sin saber adonde, y no comprendia lo que en mi corazon pasaba. Creía haber apartado de mi camino un obstáculo invencible, creia haber sacudido una pesada cadena, y me daba el parabien, y queria reirme, y lloraba lágrimas de hiel. Sentia una necesidad irresistible de movimiento, y vagaba rápidamente por los parages mas desiertos de la ciudad, como si un torbellino me arrastrase, ó pesara sobre mí el anatema del judío errante: pero sentia tambien una necesidad mayor, y era la de hablar á María, y daba vueltas y mas vueltas á mi imaginacion para encontrar un medio conducente. A una hora muy avanzada de la noche, molido de cansancio, me encontré debajo del balcon de su aposento, permanecí largo rato, y cuando ví iluminados sus cristales, empecé á dar silvidos de un modo particular y que en muy diversas ocasiones María habia oído. Al tercer silvido abriéronse las puertas, y ella apareció: nunca tan hermosa, nunca tan aérea, nunca tan celestial. Bañábanla con todo su esplendor los rayos de la luna, añadiéndola un encanto indefinible, y reverberando en una lágrima que corria por su pálida mejilla. María juntó sus manos, entrelazó sus dedos, y fijando sus ojos sobre mí, exclamó tiernamente: Luis! adios: y luego levantándolos al cielo, y señalándome con el índice de su diestra, añadió: allí te espero. Y desapareció como una vision bienaventurada, y las puertas del balcon se cerraron sobre mí, como la losa de un sepulcro. Yo me habia puesto de rodillas en una fria piedra, y no sé cuanto tiempo perseveré en tal postura; solo sé que á la mañana siguiente encontré mi lecho empapado de acerbo llanto.

María inmolaba los recuerdos de su amor purísimo en las aras del inmaculado Cordero, y yo inmolaba tambien los míos en las aras de un ídolo mancillado, esperando de dia en dia que su activo fuego los consumiese enteramente. Para abreviar este plazo abandoné los amigos virtuosos, las prácticas de piedad, las meditaciones religiosas; porque toda idea celestial, toda idea de virtud traía á mi memoria la de María, y yo luchaba para olvidarla, y por desgracia algo conseguia. Algunas tardes como que una mano invisible me arrastrase á la iglesia de



capuchinas, y allí en aquella soledad sin saludar siquiera á Dios, me sentaba en un banco, figurábame aquellos silenciosos corredores, aquellas celdas estrechas, aquel áspero yermo incrustado en una ciudad bulliciosa y regalada, y preguntábame: dónde estará ahora? Qué es lo que hará María? Debe de acordarse de mí como yo de ella? Y pasaban horas y horas; mas de repente me apercibía de mi arrobamiento, despertaba de aquella especie de sonambulismo, y como tales ideas me daban pavor echaba á correr, y me refugiaba en los brazos de Serafina; y allí me esforzaba tanto en atolondrarme, era tan descompasada mi alegría, que mis amigos, libertinos de corazón, libertinos á sangre fría, hasta envidiaban mi suerte. Pero aquellos éxtasis de amor y angustia no eran mas que las últimas llamaradas de una lámpara moribunda.

Llegó el juéves santo: mi corazón se apercibía apenas del primer aniversario de su amor, y este día se deslizaba sin que me conmoviese la doble solemnidad de que para mí estará siempre revestido. Como por acaso, fui á la iglesia de capuchinas cuando ya solo ardian dos velas en el tenebrario, y águardé por mero pasatiempo una función terrible que debía influir poderosamente en mi destino. Sin duda la Providencia me retenía allí, á pesar de mi anterior repugnancia, de mis oscuros presentimientos, de mi horror misterioso á la idea de una flagelación voluntaria. Empezó el canto del *Miserere*, no con el acompañamiento del arpa de David, sino al rechinante son de unos instrumentos de martirio, cuyas vibraciones desgarraban materialmente las tiernas carnes de vírgenes delicadas, y herian mas bien que los oídos el corazón de los circunstantes. El mío cubierto de una túnica de hielo se estremecía también, pero sus lánguidas convulsiones no rompian la corteza de indiferencia que limitaba su acción; sentía en lo mas profundo una especie de escozor, de inquietud, de vaga ansiedad, un no sé que indescribible; y sin saber porque lo hacia, como si pretendiese apresurar el fin de aquella escena, dije á unos muchachos ser hora ya de voltear sus carracas, y en medio de aquella breve y estrepitosa algazara sobresalieron repentinamente mis silvidos. No bien había cesado aquella explosion intempestiva, cuando oí mas distinta la voz de María que trémula, desentonada y congojosa descollaba en tan lúgubre coro, y al mismo tiempo advertí que los golpes de unas disciplinas se iban acelerando con espantosa fuerza y rapidez: pocos versículos después un gemido apagó aquella voz, suspendió aquellos golpes, y como que extraños murmullos interrumpiesen el canto y detuviesen los brazos de sus compañeras. Algo de misterioso había sucedido, y salí de la iglesia sin traslucir aquel arcano. Triste ceguedad la mia! Habíase derramado sangre, y era la sangre de mi nueva redencion, y por no haberme salpicado los ojos, no me

habia vuelto la vista como á Longinos se la volvió la de Jesucristo.

Transcurrieron dos semanas, y acababa de recibir cita de Serafina para una cena espléndida y bulliciosa, cuando un recado de la abadesa me llamó al convento de capuchinas. Perdíame en extravagantes conjeturas que se transformaron en vaga zozobra, veia en aquel recado un enigma tan angustioso como obscuro, y mi imaginacion recorría una serie de calamidades sin sospechar nunca la verdadera: la habria rechazado por imposible. Bajó la abadesa al locutorio, y al súbre tañido de las campanas la nueva fatal cayó de lleno y de una vez sobre mi corazón. La buena madre lloraba á su hija predilecta, me referia una á una sus virtudes... yo ni lloraba, ni oia... estaba petrificado. La fervorosa novicia, acometida el juéves santo de un largo desmayo, primer síntoma de su enfermedad mortal, revelara en parte á la abadesa los indecibles sufrimientos de una lucha acerba, incesante, abrumadora, pero impotente para hacerla cejar ni un ápice, ni arrepentirse un momento de su resolución. En sus últimas horas le habia rogado encarecidamente me entregase sus disciplinas como legado piadoso, durmiéndose despues tranquila y risueña en el ósculo del Señor. ¿Quién tan endurecido dejara de responder á tan afectuoso llamamiento á la virtud? Volé á la iglesia, y un torrente de gracia fluia en mi alma á la par que un torrente de lágrimas salia por mis ojos. Mi amor y mi devocion eran dos afectos gemelos que habian muerto cuasi juntos, y juntos resucitaron... pero ante el cadáver de María.

Oh! estas disciplinas son algo mas que la dádiva de un amante; son la reliquia de una santa, el recuerdo de un sacrificio heróico, la prenda de un amor celestial: son mi verdadera riqueza, mi único tesoro. A ellas debo mi conversion, les debo mis dulces lágrimas de amor y arrepentimiento, les debo mis esperanzas de salud eterna. Quién me reconvendrá por entregarme á los rigores de la penitencia? María inocente me aguarda en el término del camino. Si mi carne desfallece, la vista de la sangre que bañó estas disciplinas basta para darme el aliento que necesito. He perdido las flores del amor, y deseo conservar estos abrojos, y vivir largamente para espiar largamente un crimen que me arrebató la mayor felicidad de la tierra."

Así concluyó el desgraciado mancebo. Si esa historia no ha podido interesaros, no lo achaqueis á su índole especial, culpád mas bien á su segundo historiador que no habrá tenido arte bastante para contarla. No juzgueis inverosímiles sus personajes por seros desconocidos, ni dudeis de la verdad de sus sentimientos por la estrañeza de su carácter. No se niega la existencia de un manantial por no haber gustado sus aguas.

TOMAS AGUILÓ.

## LA REDENCION

TRADUCCION DE SILVIO PELLICO.

Bibite ex eo omnes.

(Matt. 26. 27.)

**Q**uién eres, hombre? No te engañe el barro  
 Que de muerte y baldon la marca afea:  
 En tu masa inaldita centellea  
 De la divina luz resflejo fiel.  
 Imponente misterio! Dios infunde  
 En el hombre un espíritu fulgente,  
 Que do quiera ácia Dios se eleva ardiente,  
 Y le abraza, y lo puede todo en él.

Del aspecto feliz del samo Padre  
 En triste dia antigua culpa obscura  
 Separó aquella altísima criatura,  
 De los gusanos presa y del dolor.

Vióse al hombre á las bestias igualado  
 Con ellas disputar la inmunda tierra;  
 Los elementos le movieron guerra,  
 Sin que nada abatiese su valor.

Grande era aun! pero mayor le hacia  
 La mirada de amor que arrepentido  
 Á los cielos alzaba: de ella herido,  
 Bajó el Señor, y al hombre se enlazó.

El Santo por sus juicios inefable  
 La culpa no eximió de toda pena;  
 Mas del dolor la copa está ya llena.  
 Del Dios que con el hombre padeció.

Desde entónces tambien se inclina al hombre  
 Cuanto al Señor se inclina reverente,  
 Porque para sentirlos igualmente  
 Gozo y pena partiéronse los dos.

Desde entónces, por mas que estraña sea  
 La desdicha á los ángeles del cielo,  
 Santa envidia ellos tienen al anhelo  
 Del que á morir se ofrece por su Dios.

En su abismo con pérvida sonrisa,  
 Alza la frente el ángel maldecido,  
 Y esclama: Ven, ó fuerte que has caído!  
 Ven á mí, de los fuertes soy el rey.

Que haya un Dios salvador impío niega;  
 Mas el hombre responde: Este que siento  
 En mi dolor desconocido aliento  
 Revela de un Dios pródigo la ley.

Sí, existe un Dios, el fuerte, el adorable,  
 Que el humano á su imágen hecho habia,  
 Y de este, cuando muerte merecia,  
 Se hizo imágen, y á sí le reunió.

Ó generoso amor, que á tal bajeza  
 Para estarme cercano te redujo!  
 Ya no daña la muerte, si el influjo  
 Desvanece que cruel nos separó.

Las angustias que el pecho me destrozan  
 Son, ó Dios! mas acerbas que la muerte:  
 Mas si el dolor al que era infiel convierte,  
 Tambien mejora al justo su dolor.

Innegable verdad! verdad tremenda!  
 No hay virtud en la tierra sin el llanto.  
 Hé aquí mi pecho, hiérele; y en tanto  
 Que te amo y lloro, hiérele Señor.

Si á la mísera humana inteligencia  
 No es dado levantar el denso velo  
 Con que place al divino Rey del cielo  
 La razon de sus juicios encubrir,

Alménos su eternal sabiduría  
 Del misterio entre nubes aparece,  
 En el dolor que al ánima ennoblece,  
 En el Dios que por hombres va á morir;

En el amor sublime de un hermano  
 Que espío de sus hermanos la malicia,  
 En aquel gran modelo de justicia  
 Que increado y mortal á un tiempo es,  
 En aquella doctrina que locura,  
 Siendo impulso á virtudes, parecia,  
 Que cual sombra alejó la idolatria,  
 Que postra sus contrarios á sus piés.

TOMAS AGUILÓ.

## FRENOLOGIA.

Porque el hado mas esquivo,  
 La inclinacion mas violenta,  
 El planeta mas impío,  
 Solo el albedrío inclinan,  
 No fuerzan el albedrío.  
 CALDERON. *La vida es sueño.*

**O**bligados á fuer de periodistas á dar cuenta razonada de todos los hechos importantes ó curiosos para la ciencia, y considerando de este número los tres discursos frenológicos pronunciados por el Sr. Cubí en el teatro de esta ciudad, emitimos sobre ellos nuestro parecer en el breve término y en los estrechos límites á que nos hallábamos reducidos, procurando conciliar nuestra imparcialidad y genial franqueza con el decoro debido en general, y con la delicadeza que nuestra posicion respecto de dicho señor exigia. Solo el deseo de no faltar á esta, y de que nuestro silencio no se tome por falta de atencion, nos mueve á replicar al artículo del Sr. Cubí inserto en la *Revista Balear* de 17 del actual, apresurándonos por nuestra parte á cortar una polémica estéril por su naturaleza, si no se contempla desde un punto de vista elevado y científico, con todo el detenimiento y sangre fria que reclaman esta clase de consideraciones.

Se nos ha supuesto gratuitamente enemigos de la Frenología, porque indicamos los escollos en que *podria hacer caer*; no lo somos en verdad, y juzgamos que la ingenuidad con que hemos manifestado nuestros reparos nos da derecho á ser creídos. Ni es para nosotros un delirio que merezca desprecio, ni un principio tan seguro y trascendental que merezca culto; y creemos útil y recomendable, con las restricciones que más abajo diremos, el estudio de ella, como de cuanto

tienda á ensanchar los conocimientos humanos. Inclinádo nuestro espíritu á otros estudios, no poseemos el caudal de observaciones necesario para decidarnos en pro ó en contra de la frenología, como hecho fisiológico; y si consultáramos nuestras propensiones y la impresion primera que hizo en nosotros aquel sistema, corren ya ocho años, diríamos que le fueron mas bien favorables, y mas de una vez le defendimos de la nota de materialismo, de la cual algunos le creían necesariamente infectado. Estas confesiones esplican si somos tan asustadizos ó preocupados como nos supone el Sr. Cubí, y si fué su ciencia una *novedad* que nos escandalizó; y las hacemos con gusto, aunque hayan de valer nos la nota de inconsecuentes, como al Sr. Balmes, porque una vez admitida como signo de mucha inteligencia una espaciosa frente, no se constituyó desde luego en adepto de Gall y de Spurzheim.

Pero se trataba no de juzgar la frenología, ni aun al mismo Sr. Cubí, cuyas causas, por decirlo de paso, no son inseparables, sino sus tres discursos *públicos*, colocados por este solo hecho bajo el dominio de la crítica, y por ellos solos le juzgamos, sin que creyéramos indispensables para este objeto ni los conocimientos anatómicos, ni la lectura de vastas obras frenológicas, ni la del mismo *Sistema completo* del profesor. Además una obra de 350 páginas de metida letra no se lee en un dia, que fué lo que medió entre el último discurso y la publicación de nuestro artículo. Posteriormente lo hemos verificado con detención y nos hallamos con las mismas ideas, con las mismas espresiones que suscitaron nuestras dificultades; pues los citados discursos no fueron al parecer mas que fragmentos del *Sistema completo*, así como este, si hemos de juzgar por las citas que transcribe el Sr. Balmes, no es mas que una reproduccion del *Manual*. Ignoramos si el Sr. Cubí ha publicado por separado una vindicacion en respuesta á los artículos de la *Sociedad*, pero si esta se cifra en algunas notas de su obra, nos permitirá formar una escepcion de la opinion general que juzga tan declarada á favor suyo en esta polémica, y afirmarnos mas que nunca en los reparos presentados por el autor de la *Sociedad*.

¿Dónde y cómo desvanece sus objeciones contra la razon de analogía que alega el frenologista para que el célebro sea multiplo en sus órganos como lo es el alma en sus facultades, y contra este tercer principio que es el primero que pertenece propiamente á la frenología? Dónde sus dificultades fundadas en el vario influjo de los temperamentos, y en los obstáculos que de él resultan para medir por las protuberancias del cráneo el desarrollo de nuestras facultades? Dónde sus consideraciones sobre las distintas formas que pueden tener los órganos prolongándose ácia el interior? Dónde las incongruencias manifestadas

en la división de instintos animales y religioso-morales? Si explica bien en algunos pasages el libre alvedrío para salvarse de la nota de fatalismo, no recae á renglon seguido en la inexactitud de ideas ó lenguaje que le atrajo semejante acusacion? Esto hubiéramos querido nosotros del orador, no que hiciera mencion espresa de su polémica con el Sr. Balmes, lo que fuera muy inconducente, sino que hubiera corregido lo inexacto, aclarado lo oscuro, modificado lo peligroso, y sacado por fin *en provecho suyo* todo el fruto de una discusion templada y filosófica.

Por nuestra parte poco dijimos de la frenología, y el Sr. Cobí parece haber tomado por su cuenta el confirmarnos en nuestros asertos. Dijimos que la frenología como ciencia práctica no era fácil de adquirir, porque la práctica no se adquiere sino con el tiempo, la práctica es cualidad personal que no se trasmite; y he aquí que en el *Sistema completo* se leen las cláusulas siguientes que dicen mucho sobre las dificultades prácticas de la frenología «Preciso es observar que no siempre se desarrolla el cráneo de manera que se haga patente á la vista el crece ó desenvolvimiento extraordinario de uno ó mas órganos cerebrales. Las fibras que los constituyen pueden adquirir mayor vigor, las venas y arterias que los reponen mas ensanche y actividad, sin necesitar mayor espacio para obrar, ó con solo adelgazar el cráneo por la parte interior, sin que á la vista se haga inmediatamente muy perceptible.» (Pág. 39) «Presenta por lo comun la cabeza humana una superficie esterna bastante lisa y llana con pocos hoyos y bultos, porque si bien á ellos se debe el origen de la Frenología, solo existen cuando el carácter de la persona que los posee manifiesta sobra de actividad en ciertas facultades mentales, y falta de ella en algunas otras.» (Pág. 55) «La educación imprime señales muy marcadas, ya anmentando el tamaño de los órganos, ya mejorando el temperamento...» (Pág. 58) Y contradiciéndose singularmente dice en la pág. 282. «La educación en las mas de las cabezas no se conoce por señales externas. En general se puede distinguir la persona que ha tenido educación de otra que ha carecido de este inapreciable bien: pero esta distincion es general, indeterminada...» &c. Admite en la modificación de los órganos *condiciones desconocidas* cuyo número é influjo puede ser ilimitado, admite cinco órganos, cabalmente de los intelectuales, cuyo exámen impide el seno frontal; observa en la pág. 93 que «cuando un órgano es muy grande, invade el terreno de otro; por esto suele la adquisividad confundirse con la idealidad, y viceversa.» Corta es la diferencia, la que va de un poeta á un ladron!

Nosotros no acusamos de fatalismo á la Frenología sino condicionalmente; caso de aspirar al dictado de exacta é infalible, y aun

creíamos haber oído que era ciencia matemática; mas puesto que no es así, según declara el Sr. Cubí en su artículo de la *Revista*, nos felicitamos por ver desvanecidos en este punto nuestros temores, y todo se lo daremos de barato mientras que en el célebro no existan mas que predisposiciones, y que las acciones no dependan necesariamente del desarrollo de los órganos. Relea sin embargo el Sr. Cubí las alarmantes palabras que cita de Combe sobre la espiritualidad del alma, afirmando que *guardan silencio acerca de ella la razón y la revelación*; relea sus propias singulares ideas sobre las enfermedades, diciendo que el hombre es siempre culpable de ellas y que con el estudio higiénico desaparecerán en breve de la tierra; relea sus aserciones acerca de muchos órganos, especialmente acerca de la amatividad y destructividad, suponiendo que en muchos casos son invencibles; relea las líneas de la pág. 195 que «la demencia, el vicio, el pecado, son hijos de la acción de algun órgano, al cual la voluntad ó intelecto *no puede poner coto ó freno*, ya por debilidad, ya por ignorancia, ya por enfermedad del órgano afectado;” atienda luego á lo limitado de muchas comprensiones, á la falta general que se nota de conocimientos metafísicos é ideológicos, á la exajeracion que cobran las doctrinas pasando de boca en boca; y tachenos despues de hombres tímidos y de poca fé, ó de vocingleros alarmadores, si dijimos que *la línea que divide su doctrina del fatalismo no sería acaso perceptible para sus alumnos*, y que podría, *aunque involuntariamente, precipitar á algun individuo en aquel error*. Pregunta si dudamos de su honradez; al contrario, creemos que mas honrado y religioso que otros frenólogos se halla en lucha entre su religion y su ciencia, tal como algunos la han considerado, y que á esta lucha se debe su embarazoso y al parecer contradictorio lenguaje, y los subterfugios y lenitivos que en su obra abundan, y que ni á la ciencia ni á la religion satisfacen del todo.

Muchos reparos nuevos nos ha sujerido la lectura del *Sistema completo*, pero los sacrificamos á nuestro invariable propósito de acabar la polémica, contentándonos con hacer ver que no eran inmotivados los anteriores. Sea como fuere, aun cuando á merced de incansables observaciones y esperiencias, llegue la Frenología al grado de certidumbre y firmeza necesario para pasar de sistema á ciencia, nunca será mas que un ramo de fisiología con útiles y curiosas aplicaciones, no lo negamos: pero no una solución completa dellos arcanos de la metafísica, no una panacea universal contra las miserias de la humanidad. La union del alma con el cuerpo continuará siendo un enigma; continuarán los males físicos y morales que á la humanidad aquejan, y que sabe con-



vertir en bien la Providencia. Mal podrá obrar la Frenología lo que no ha obrado el Evangelio. Vigilar la educación, fomentar la moralidad es el grito, no de los frenólogos, sino de todos los hombres honrados; evitar las ocasiones, combatir las malas inclinaciones con sus contrarias es el precepto de la ley evangélica; reprimir las pasiones que en el niño asoman, ó secundar los talentos que en él descuellan, es la regla de todo padre, ó maestro prudente; y si los males continúan, no es porque se ignore su medicina, ni la frenología puede gloriarse de haberla descubierto. Pero las elevadas materias con que se roza este sistema, los profundos conocimientos que requiere así del hombre moral como del físico, de su constitucion orgánica y del corazón humano, lo trascendental de un juicio errado en este asunto, harán que su popularizacion sea siempre un mal para la sociedad ó para la misma Frenología, y solo un bien para una nube de charlatanes frenólogos, como los que por especulación y en descrédito de la ciencia, segun dice en la pág. 285. han invadido ya los Estados- Unidos. El Sr. Cubí no desconoce que á proporcion de la delicadeza de una materia es espuesto errar en ella, á proporcion de la importancia del uso es el daño del abuso, que todo lo alteran la perversidad ó la ignorancia, y que caso de producir algun bien la Frenologia, debe ser encerrada en el estrecho círculo de *cabezas privilegiadas* como él las llama.

Esperamos que el Sr. Cubí, si no ve en estos renglones los aplausos de un ciego entusiasta, tampoco verá las vanas cavilaciones ó furibundos ataques de un enemigo. Por lo demas, ya que gusta tanto al parecer de nombres propios, ponemos á continuacion el nuestro, que si algun interes hubiéramos tenido en ocultar, no hubiera sido bajo un velo tan trasparente.

JOSÉ MARIA CUADRADO



La estension que dimos á algunos artículos, y la urgencia de dar cabida á otros ántes de que pasara su oportunidad, nos impiden insertar en este número la crónica religiosa, y continuar la reseña política de lo acontecido desde el pronunciamiento de junio, que en el siguiente número esperamos concluir, poniendonos al corriente de los sucesos contemporáneos.

Desde el 9 del actual, día en que no sin lágrimas y sollozos dieron adios los Ilmos. Sres. obispos de Calahorra y Palencia al hospitalario suelo de Mallorca, no han dejado estos naturales de seguir con interés el itinerario de aquellos respetables prelados al traves del continente. Hospedados por el Sr. obispo de Barcelona en su propio palacio donde se detuvieron algunos días, obsequiados y festejados en Lérida y Zaragoza, llegaron el 19 por la tarde á Madrid, no habiendo periódico que con este motivo no rindiese á sus virtudes el debido homenaje; reparacion ménos ruidosa, pero no ménos notable que la que en estos momentos ofrece España á la Reina madre, ácia unos ilustres ancianos tambien ungidos, victimas tambien de injusta y feroz persecucion, así de parte de otros gobiernos, como de las turbas revolucionarias. Sus diocesanos se preparan para recibirles, mas que con el bullicio de las fiestas, con los trasportes del corazon, y esperan verlos reintegrados en sus funciones para las próximas solemnidades de la Semana Santa; y nosotros, que participamos de su gozo y del de sus pastores, sentimos con todo la pena que los huérfanos sienten á vista del contento de los hijos que se reunen con sus padres. Nos hallamos huérfanos de pastor, y esta horfandad como que se note mas desde la ausencia de los que, sino lo eran por naturaleza, lo eran por afecto y por adopcion. ¿Porqué no ha de permitir la Providencia que estos vínculos que ya existen, de cariño por una parte, y de cariño y veneracion por otra, sean sancionados por superior disposicion, y que vuelva á estas playas con el cayado pastoral alguno de los que aportó á ellas por primera vez con el báculo de peregrino?

La afición á la música sagrada va convirtiéndose para los palmesanos en verdadero entusiasmo. Diríase que no basta el ámbito de los templos para contener las melodías que resuenan en sus bóvedas sin cesar, y especialmente en este mes que ha sido una continuada fiesta religiosa; no basta que anualmente en la Semana Santa se oigan tres ó cuatro veces las sublimes composiciones de Haydn, así su *Stabat* como sus *Siete palabras*; sino que invaden los espléndidos salones del Casino, logrando en su ejecucion una perfeccion y esmero, tal como no pudiera esperarse de meros aficionados. Dos veces sucesivamente se ha cantado el *Stabat* de Rossini; esta noche se canta el de Haydn; despues de la brillante inspiracion artística la profunda inspiracion religiosa, despues de la atractiva novedad la obra popularizada entre nosotros como un canto nacional.

## LA REDENCION.

**T**odas las verdades, así las del orden físico, como las del orden moral y religioso, se eslabonan unas con otras, del mismo modo que los anillos de una cadena. Así que los dogmas naturales y revelados, aunque al parecer broten de diverso origen, lo tienen común; y siempre es Dios el que da á conocer su voluntad al hombre, ora hablándole por medio de la razón natural, ora por medio de su Verbo. No hizo éste mas que completar lo que á aquella faltaba, pues la antorcha de la razón, colocada por el Criador en la mano del primer hombre para que le alumbrara en su peregrinacion, derramó raudales de copiosa y esplendente luz, hasta que las pasiones una vez amotinadas en su corazón la mataron; y á su pávilo ann humeante tuvieron que caminar desde aquel día nuestros padres por los páramos de la vida, prolongándose un estado de tanta congoja por el interminable espacio de cuarenta siglos. Quebrado el cetro de la creacion que reposara en la diestra de Adan, y salpicada de lodo la diadema que ceñian sus sienes, de rey que ántes era se vió degradado hasta la esclavitud; y el que elevarse queria al nivel de su Dios, y saber la ciencia del bien y del mal, aprendió la amarga ciencia del remordimiento. Desde la caída del hombre, su razón y sus pasiones, puestas de acuerdo tan solo en estraviarle, le engañan á porfía, y se afana y fatiga en seguimiento de sombras, y como dice el desgraciado Lamennais, se entra por todos los caminos, y en ninguno halla reposo. Puesto que en otros números de esta Revista se ha demostrado la necesidad de fe, es decir de creencia, en todos los ór-

denes, y con mas particularidad en el que se eleva sobre los sentidos, y siendo la tradicion en este último la única fuente de conocimientos, solo por ella podemos resolver los problemas religiosos y morales; y el que entre todos descuella por su magnitud, ó mas bien sirve á todos de base, es el de nuestro propio sér, cuya solucion únicamente se encuentra en el dogma de la caida humana y de la redencion divina. El interes vital de esta cuestion, y la analogía que guarda con los misterios que durante este mes nos ha recordado la Iglesia en sus solemnidades, nos impulsan á anticiparla y á ocuparnos de ella ántes de lo que requería tal vez el hilo lógico de las ideas.

Cuando á veces hemos sentido nuestro corazon que iba á desfallecer bajo una nube preñada de dolor, nos hemos preguntado: ¿qué era el hombre? y entre tantas definiciones, encaminadas unas á engrandecerle y otras á humillarle, la que mejor cumplía á nuestro propósito es la que entre profundos gemidos nos da el patriarca de Egipto: "el hombre nacido de muger vive una vida corta y abrevada de sabores, es semejante á la sombra que se disipa, y á una flor tan pronto arrullada por las brisas de la aurora como marchita sobre su tallo." Desde el que se aduerme en el seno de los placeres, hasta el que yace sobre la dura tierra, desde el hombre de vasto corazon ú osado entendimiento que aspira á lo infinito, hasta el que vive solo para sus necesidades ó para sus goces, todos sin distincion de rango social y de cualidades naturales, gemimos bajo el peso de nuestra corrupcion, acosados de esa sed de felicidad que nos devora y que ningun manantial terreno alcanza á apagar, víctimas de deseos nunca satisfechos, que hasta en el tiempo del reposo nos persiguen; pues cuando toda la creacion descansa en brazos de un profundo sueño, solo está en vela el corazon del hombre, como un centinela en frente de los reales del enemigo. Dentro de nosotros mismos sentimos los elementos del bien y del mal, sentimos un fatal peso que nos arrastra ácia abajo, y un noble impulso que nos empuja ácia arriba, sentimos todo el

egoísmo y bajeza de la carne, y todo el desprendimiento y elevación del espíritu; y esta lucha encarnizada y casi sin tregua, muy semejante á la que reinaba sobre la misma hoguera entre las cenizas de Eteocles y de Polinices, es la que hacia prorumpir al gran Pablo en amargas quejas, y le obligaba á decir gimiendo: *¡Infelix ego homo! quis liberabit me à corpore mortis hujus?* ¡Condicion triste y afflictiva la nuestra! Condenados estamos á oscilar entre el bien y el mal, como el navío que se adelanta ácia el puerto favorecido por un viento amigo, al paso que contrastado por una rápida y fatal corriente! No parece sino que una obra tan imperfecta, cual es el hombre, no haya podido salir de las manos de un Dios que no debia gozarse en el infortunio de su hechura, ni sonreir de verle en convulsivas agitaciones, sin poder siquiera paladear la felicidad de que gozan otros vivientes que puso á sus plantas. Fuerza es que en Dios brillen en grado infinito todas las perfecciones; y estaria despojado de la justicia, que aun entre los hombres es considerada como uno de aquellos deberes que los juristas llaman perfectos, si el primer hombre no hubiera mancillado su inocencia con el pecado de origen; pues Dios, sin contradecirse á si mismo, no podia arrojar su soplo sobre una criatura que cuenta los dias de su existencia por el amargo llanto que vierte, y cuya carrera desde la cuna hasta el sepulcro se mide por una cadena de infortunios, cuyos eslabones uno á uno debe tristemente recorrer. Sin el pecado original todo es oscuro, indescifrable; sin el pecado original no hay otro remedio que adoptar el maniqueismo, esto es, suponer que viene de arriba esta fuente mezclada de bien y de mal, y que hay dos principios eternos, uno bueno y otro malo, que se disputan al hombre, y cuyo campo de batalla es el universo.

El dogma del pecado original, tan luminosamente definido en las santas asambleas de Éfeso y de Trento, y que con tanta valentía sostuvieron contra Pelagio los Padres de los primeros siglos, y entre ellos el ilustre obispo de Hipona, fundados en pa-

sajes entresacados de las cartas de san Pablo á los fieles de Roma y de Corinto, era ya universalmente reconocido por el instinto certero de los pueblos; y en apoyo de esta verdad nos lisonjamos de poder aducir aquí el testimonio nada sospechoso de Voltaire. «La caída del hombre regenerado, dice el inconsecuente filósofo, es el fundamento de la teología de todas las naciones de la antigüedad. Los pueblos mas cercanos que nosotros á la cuna del mundo sabian por una tradicion uniforme y constante que el primer hombre habia prevaricado, y que su crimen habia atraído sobre su posteridad la maldicion divina.” Por esto decían los discípulos de Pitágoras, caminando sobre las huellas de los antiguos teólogos y poetas, «que el alma estaba sepultada en el cuerpo como en una tumba en castigo de algun pecado.” Era tradicion muy vulgarizada en Persia la de que el primer hombre y la primera muger habían sido criados en la inocencia por Oromazo el dios bueno, y que celoso de su felicidad el dios malo Arimanes, se les apareció en forma de culebra, los halagó con frutas, y llegó á persuadirles de que él era el autor del hombre, de los vivientes, de las plantas y del hermoso universo que habitaban; los primeros hombres inclinaron su oído á las palabras de Arimanes, y sintieron desde luego la tiranía del dios malo, y la corrupcion de su naturaleza propia, que se trasmitió á su descendencia. Hasta en la China se enseñaba que en el estado primitivo obedecía el hombre en lo interior á la voz de la razon, y en lo exterior practicaba todas las obras de justicia; el corazon se gozaba entónces en la verdad, y este gozo no era aguado por las pasiones; las estaciones del año se sucedian sin confundirse, y una armonía general reinaba en la naturaleza: pero habiéndose el hombre levantado audazmente contra el cielo, estremeciése la tierra hasta en sus cimientos, quedó descompuesto el sistema de la naturaleza, turbada la armonía universal, inundando los males y los crímenes como ardiente lava el último rincon de la tierra. Confucio el mas illustre de los sabios Chinos inculcaba ya, seis siglos ántes

de la venida de Jesucristo, que la razón había sido un don del cielo, pero que la concupiscencia la había manchado, mezclando con ella inmundas pasiones. «Lavaos pues de esta inmundicia, continua el filósofo moralista, para que el alma recobre su antiguo brillo, y se levante á toda su perfección primera.»

Cuando todos los pueblos sentían tan hondamente el mal que iba royendo sus entrañas, cuando la infortunada cuanto numerosa prole de un padre prevaricador caminaba encorvada bajo el peso abrumador de la desgracia, ¿qué mucho que instintivamente buscara el remedio á sus males? Y cosa particular es que debiera hallar ese remedio en el derramamiento de sangre, y en la efusión de sangre creyó en efecto hallarlo siempre. Consultad sino las historias, y siempre os saldrán al paso los sacrificios, y por do quiera donde veáis una religión, descubriréis una ara empapada en sangre y un sacerdote armado de la cuchilla sagrada. Los medios os pueden parecer poco conducentes al logro del fin apetecido, os sonreiréis al ver la sangre de inmundos animales que corre abundante para aplacar la cólera del cielo; pero en esa diversidad de medios hasta ridículos y en esa unidad de fin, está la prueba mas severamente lógica que pueda darse de la necesidad de un mediador, que se interpusiera entre la criatura insurrecta y el Criador ofendido, y restableciera las paces entre el cielo y la tierra. En esta necesidad sentida desde el origen del mundo radica visiblemente la idolatría, siquiera no sea mas que un abuso del dogma de la mediación, que prueba la verdad de este dogma, como el empirismo abona la verdad de la medicina.

Pero este mediador debía ser Dios y hombre á un tiempo, y así lo reconoció Platon, ese genio privilegiado á quien al parecer no se puede dejar de citar, apénas se trata de una verdad elevada á la cual pueda llegar la razón humana, ó de un resto de tradición conservado al traves de la noche de los tiempos. Cuando Adán hubo prevaricado envolviendo á la raza humana en su desgracia, el hombre sujeto hasta entónces á dos fuer-

zas, la una que le levantaba ácia el cielo, y la otra que le encadenaba á la tierra, sintió prevalecer la segunda como ántes habia prevalecido la primera, reconcentró todos sus afectos en el mundo inferior, y no hallándose ya con fuerzas bastantes para amar á Dios, idolatró en las criaturas. Ved ahí porqué el hombre no podia redimirse á sí mismo, como que gemía bajo la ley de la represion, del castigo que mata y nada repara; y á habernos dejado Dios en tan lastimero estado, éramos todos perdidos, y una noche preñada de horror y tempestad nos hubiera para siempre cobijado. Dios empero derramó sobre nosotros una mirada llena de misericordia estableciendo la ley de espacion, y enviándonos un reparador; y este reparador debia necesariamente pertenecer á la humanidad; debia la víctima, que habia de espigar las faltas de nuestra naturaleza, ser nuestra carne, nuestros huesos y nuestra sangre; y para reparar las faltas del género humano debia ser tambien víctima inmaculada. Pero la inocencia primitiva habia desaparecido de la tierra; y aun cuando se hubiese podido hallar un justo por escelencia, su sangre no hubiera alcanzado á satisfacer por la universalidad del linage humano, y el problema de la redencion hubiera sido resuelto dentro límites hartos estrechos. Dos voces se habian levantado en el seno de Dios, de misericordia la una, de justicia infinita la otra; y al paso que con respecto á la humanidad culpable la víctima debia ser humana, debia serlo divina ante la divinidad ultrajada. Dios en efecto no podia ser satisfecho sino por un acto de justicia infinita y de infinita bondad, y los actos infinitos solo á Dios pertenecen. El último suplicio pues de un Dios, unido á su inmolation voluntaria era lo único que podia reconciliar á la criatura con su Hacedor. Así que el mediador debia ser verdadero Dios y verdadero hombre á un tiempo, reuniendo en su persona todas las propiedades de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Misterio ciertamente es este mas insondable en sí todavía que el de la Trinidad, pero aunque no comprendamos cómo es, comprendemos muy bien que puede ser. La encarnacion,



considerada en su nocion mas general, es la union de un cuerpo y de un espíritu por medio de una penetracion íntima y recíproca, que sin confundirlos sustancialmente hace de ellos una sola persona. Para que haya union entre el cuerpo y el espíritu, es preciso que se den mutuamente alguna cosa; y aunque nada de comun haya entre estas dos sustancias, se hallan sin embargo confundidas en nuestro sér, de suerte que no forman mas que una sola individualidad, sin que por esto dejemos de sentir la distinta accion de ámbos elementos, pues siendo nosotros cuerpo y espíritu á la vez, tenemos á la vez conciencia de nuestra dualidad y de nuestra unidad. Este misterio de nuestro sér que en nosotros mismos palpamos, y que aceptamos por mas que no le comprendemos, puede arrojar alguna luz sobre el gran misterio del Dios-Hombre. Pero sin presumir internarnos en las regiones metafísicas, ya que hemos visto la necesidad de que este misterio y union portentosa se efectuaran para la reparacion de la humanidad, veamos ahora su realizacion. La necesidad de una cosa prueba que Dios la hará, como el haberla hecho prueba su posibilidad. Dios no da facultades sin satisfaccion, esperanzas sin cumplimiento posible; y la tradicion universal de los pueblos, si mira al porvenir, es una profecía tan segura en el fondo del hecho que espera, como seguro criterio de un hecho sucedido, si se refiere á lo pasado.

Pero los siglos avanzaban, y las generaciones se sucedían como las olas que van unas en pos de otras á besar la playa, y el reparador, el deseado de las gentes no aparecia. ¿Porqué esta dilacion? Adorando los arcanos sublimes de la Providencia, nos parece entrever algunos de sus fines en no enviar al reparador, sino en la plenitud de los tiempos, en medio de la civilizacion mas brillante de la antigüedad. Si Jesucristo se hubiera encarnado desde el origen de los siglos, se perdería tal vez entre las nieblas que rodean la cuna de la humanidad, ó se contara su existencia como una de tantas fábulas que acompañan la infancia de los pueblos. Convenia ademas que los hombres

dominados por el orgullo sintieran con la larga experiencia de su miseria la necesidad de un libertador, y aprendiesen á reconocer la debilidad de su razon y la impotencia de sus esfuerzos. Cuarenta siglos se habian cumplido desde la caida de Adan, la civilizacion habia llegado al apogeo de su esplendor, y á su apogeo tambien las miserias de la humanidad, cuando he aquí que en un rincon de la Judea, en las horas mas altas de la noche, mientras el mundo dormia, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.»

Anunciado por una serie de profecías durante cuatro mil años, aguardado con vivas ansias entre los judíos y en todo el Oriente, anunciado por un santo precursor, acompañado do quiera de prodigios, Jesus aparece en la Judea, se llama Hijo de Dios y consubstancial con el Padre, y predica la venida del reino de los cielos. Su nacimiento ha sido señalado por milagros, pero ha pasado su infancia en la oscuridad; sangre de reyes circula por sus venas, y en su indigencia se halla privado hasta del asilo, mas humilde en esta misma tierra que venia á salvar, para que en esta mezcla de grandeza y abyeccion representase la humanidad entera. Prueba su mision y confirma su doctrina con un sin número de milagros: multiplica los panes, cura los enfermos, resucita los muertos, serena las tempestades, camina sobre las aguas, da á sus discípulos el poder de obrar semejantes prodigios, los obra sin interes, sin vanidad, sin afectacion; su único objeto es suavizar los dolores del hombre, y curar las almas al mismo tiempo que los cuerpos. La moral de Jesucristo es pura y severa, reducida á máximas elevadas, pero tan sencillas que están al alcance de los mas ignorantes. Dulce, afable, misericordioso, promete la paz y la felicidad á los que practicaren sus preceptos; no tiene otra mira que la gloria de su Padre, la santificacion de los hombres, la salud y felicidad del humano linaje. Paciente hasta el heroismo, modesto y tranquilo entre los oprobios y las calumnias, sufre sin debilidad y sin ostentacion,

no quiere anonadar, como pudiera, á sus enemigos, sino convertirlos á sí, *pues vino á salvar y no á juzgar el mundo*. Abrevado de ultrajes, crucificado entre dos bandoleros, muere pidiendo perdón por sus acusadores, sus jueces y sus verdugos, y encarga al cielo el cuidado de hacer brillar por medio de prodigios su inocencia. Si un Dios ha podido hacerse hombre, así es como debía morir; y como ha dicho muy bien Rousseau, si en la muerte de Sócrates se ve la muerte de un filósofo, en la de Jesucristo se ve la muerte de un Dios.

La verdad del hecho histórico y de las circunstancias que le acompañan basta en sí para probar la verdad del misterio: Jesus afirmó que era Dios, y Jesus no era un impostor; sus virtudes y sus milagros deponen igualmente de su probidad y del poder sobrenatural que el cielo le habia comunicado. Pero su existencia no debía ser un fenómeno aislado, apoyado en el testimonio de una sola generacion; debía tener sus abuelos y su descendencia, segun la feliz espresion del sublime Lacordaire, es decir testimonios que precediesen y anunciassen su venida, y efectos constantes y portentosos que de ella derivasen. Los ritos religiosos de las naciones en su mayor parte no podian ser un símbolo mas exacto de la grande espiacion que el mundo aguardaba; los sacrificios introducidos en todos los puntos del globo no eran sino las figuras del sacrificio del Calvario. Y como si no fueran aun los símbolos bastante claros, se encargó de explicarlos un libro tradicional; sagrado, puesto en las manos de todos, que en su sencillez y sublimidad misma lleva los mas indelebles caracteres de verdad. Ahora bien, desde la primera página hasta la última dice la Biblia, que despues de la caída del hombre, Dios en su infinita misericordia debía enviarle un reparador para restaurarle por medio de un sacrificio voluntario, y que este mediador omnipotente iba á cambiar la faz del mundo; regenerando la humanidad con su doctrina; sus ejemplos y sus milagros. En una palabra, la promesa de un Mesías, su próxima venida, su encarnacion en el seno de una vírgen de real estirpe, su

muerte por la salud de los hombres y su brillante resurrección, ved ahí lo que en detalle nos dicen acerca de Jesucristo aquellas páginas divinas. Otro testimonio no ménos notable que los libros sagrados tiene el Redentor en el pueblo judío, pueblo que en antigüedad y duracion no reconoce semejante. Si los otros pueblos crearon religiones monstruosas, absurdas y ya olvidadas, este existe todavía con su ley, su dogma y su culto que en el fondo son los nuestros, salva la realizacion de las figuras y el cumplimiento de las promesas. Y ¿qué dice este pueblo? que aguardaba á un reparador, á un Mesías, y lo aguarda todavía; muéstrase ufano y envanecido con su título de judío á pesar de la nota de infamia con que va sellado, y tiene razon, pues se le confió una mision sublime, y fueron hechas por él grandes cosas. La mancha de sangre que lleva estampada en su frente le salvará algun dia; la aurora de la verdad brillará sobre su semblante, y en aquel momento solemne todos los hombres se habrán dado al pié de la cruz el ósculo santo de la paz. Así pues el símbolo, el libro por excelencia, el pueblo llamado de Dios, los tres nos repiten con su voz viva, universal y profética: «somos los abuelos de Cristo, le habemos predicho á las generaciones estinguidas, como á las generaciones por nacer, y el éxito ha justificado la veracidad de nuestros oráculos.»

Pero los efectos de esta reparacion, la fecundidad de la sangre que por la salud del mundo derramó el Hijo de Dios, dan todavía, si cabe, un testimonio mas esplendente de su venida. El mundo quedó regenerado, y los mas bellos sentimientos que subliman al hombre brotaron del pié de aquella cruz, donde consumó el sacrificio que místicamente se renueva todos los dias sobre nuestros altares. Antes de Jesucristo habia castas, es decir, unos hombres tenian vinculado el poder para nunca soltarlo, miéntras que otros vejetaban encadenados á las plantas de sus señores; y las castas fueron lentamente desapareciendo, tan pronto como se inocularon en el seno de la sociedad las máximas de caridad y amor, que con tanta eficacia inculcaba

el que abrasado todo de amor se ofreció por nuestro rescate. Antes de Jesucristo, el hombre abandonado á la brutalidad de sus pasiones habia degradado al sexo débil hasta el punto de convertirlo en vil instrumento de placer; pero esta frágil mitad del género humano vejada por la otra quedó levantada de su abyeccion, así que Jesucristo nació de una muger sin mancha en su maternidad. Sí, preciso al par que dulce es confesar que la muger debe al cristianismo el rango á que ha sido encumbrada; y sino ahí está la historia, que nos dará tristes y vergonzosos testimonios de la poca consideracion que mereciera en la cuita Grecia y en la misma Roma. Pesaba tambien la pobreza sobre una porcion muy numerosa del humano linage; y ¿qué es lo que hizo el Libertador? plantear las utopias de nuestros revolucionarios, desencadenando á los que nada tienen, que son los mas, sobre los que poseen algo, para arrebatár á estos el fruto de sus vigilias ó la herencia de sus mayores? No; crea la dignidad del pobre, naciendo en vil establo y sobre punzantes pajas; vino á servir y no á ser servido, y haciendo causa comun con los que gimen agoviados bajo el peso de la indigencia, dice á los ricos: «tendréis siempre pobres con vosotros, y todo lo que hagais con el menor de ellos lo reputaré por hecho conmigo mismo.» Todos los sistemas serán impotentes para desterrar la pobreza; pero esta, desde que Jesucristo nació pobre, permanecerá purificada, gloriosa y santa. ¿Y la igualdad? no será en el Evangelio donde encontremos esa igualdad que vuelca los tronos, y derriba y nivela con el suelo eminencias sociales para levantar pigmeos sobre ruinas; pero la igualdad verdadera que se confunde con la fraternidad, solo existe desde que el Verbo se hizo carne, pues desde entónces no hay grandes ni pequeños, ricos ni pobres, sabios ni ignorantes, como que todos hemos sido rescatados por la sangre de un Dios. No hay entre los cristianos, segun la bella espresion de san Pablo escribiendo á los Gálatas, ni griegos, ni judíos, ni bárbaros, ni amos, ni esclavos, ni hombres, ni mugeres, porque todos son

una cosa en Jesucristo. Desde el día en que se sentó el Hijo de Dios sobre el trono del mundo, los montes se allanaron, y los rios dejaron de ser barreras entre los pueblos; y al espirar clavado en cruz no permitió que su túnica inconsútil fuese rasgada, á fin de que pudiera hacer sombra á la humanidad entera, y fuera símbolo de la fraternal union de los pueblos y de la indivisible Iglesia que debía reunirlos en un mismo rebaño. Ved ahí los brillantes efectos de la venida de Jesucristo: ¿quién á vista de la salvadora revolucion obrada en el mundo podria dudar de su divinidad?

Todos recordamos el nombre del gran caudillo que á últimos del siglo pasado suscitó el brazo de Dios para domeñar la revolucion francesa, y que despues de haberse ceñido con sus propias manos la corona de Carlomagno, y de haber destronado de una plumada dinastías de reyes, fué á acabar sus dias en una roca de apartados mares. Pues bien; ese guerrero que ha dado su nombre al siglo, tendido en el lecho del dolor, y mirando de una ojeada la altura de donde habia sido derribado, recorriendo los nombres de los grandes capitanes, incluso él mismo, de quienes si alguno se acuerda, nadie les ama ya, decia á un compañero fiel que no le abandonó en su infortunio: «Un solo hombre es amado todavía sobre la tierra despues de diez y ocho siglos, y es Jesucristo. Yo tengo voto en juzgar de los hombres, y te digo que *Jesucristo no era un hombre.*» Y estas palabras de gloria para Jesus, de esperanza para Napoleon, la posteridad las grabará sobre la tumba del ilustre cautivo de Santa Elena.

JOSÉ VIDAL Y PONT.

De la

**LIBERTAD DE ENSEÑANZA.**

**P**ara aquellos que miran con algun interes la marcha que siguen las ideas, y que dedican por lo ménos tanta atencion á las discusiones importantes como á los hechos ruidosos, no debe pasar desapercibida la singular coincidencia de ver á un tiempo dos de las naciones que á mayor altura se encuentran, y de las que se dice que marchan al frente del siglo, ocupadas en la importante cuestion de que vamos á tratar. Ninguna en efecto mas importante, si la educacion es, como se la llama, una segunda naturaleza; cuestion que tiene entre todas las demas la cualidad peculiar de afectar el porvenir, y de cuya solucion depende la suerte de las generaciones venideras. Todas las demas libertades que ha ido conquistando en dichas naciones el catolicismo con las mismas armas y principios que sirvieron un tiempo para desposeerle y esclavizarle, y á las cuales debe un predominio tan glorioso y tan fuerte casi como el que debia ántes á la autoridad, serian completamente inútiles sin la libertad de enseñanza, único medio de afirmar la posesion de las otras; fueran ademas una anomalía, pues ¿de qué precio será para un padre de familia la libertad de profesar ciertas creencias, de emitir ciertas ideas, de poner su voto en la balanza para la realizacion de sus opiniones, si estas opiniones en lo que tienen de mas sagrado, si estas creencias no está seguro de poder legarlas á sus hijos? si el estado se los arrebatara en la edad mas tierna, cuando se graban como cera las impresiones, y se los devuelve luego vaciados en su molde y endurecidos como el bronce, renovando el ejemplo de la dura legislacion de Espar-

ta? La libertad de enseñanza es la base, es el medio de trasmisión de las demás libertades; es hija y consecuencia necesaria de la libertad de cultos en los países donde esta se halla establecida, pues como decía muy bien el Sr. arzobispo de Lyon en un documento publicado sobre esta materia, «si todo alumno tiene derecho de ejercer libremente su culto, derecho tiene también á una enseñanza, que no solo no ofenda en lo mas mínimo sus creencias, sino que ántes bien las alimente y sostenga. El niño católico necesita de una enseñanza enteramente católica: desdeñaría de él una filosofía que fuera panteísta, deísta, atea ó protestante; su fe rechazaría al maestro y su doctrina.»

Dos medios tiene un gobierno de proveer á la educación de los súbditos conciliando los derechos de los individuos con los deberes que tienen ácia la sociedad: el de inspección y vigilancia suprema sobre todo establecimiento de enseñanza, asumiendo, digámoslo así, una paternidad universal con toda la responsabilidad que este cargo le impone, y disponiendo de las cátedras y profesores como de las plazas de una oficina ó de un batallón de soldados; y el de libertad, concediéndola por una parte á los profesores en sus opiniones y en la facultad de abrir cátedras, y por otra á los alumnos ó á sus padres en la elección de preceptor, sin mas restricciones que las indispensables para que esta libertad no degeneré en anarquía. El primer medio ofrece tantos inconvenientes que jamas ha sido puesto en práctica rigurosa por los mismos gobiernos absolutos, y es incompatible del todo con un gobierno libre. La solicitud y vigilancia que es tan fácil y dulce ejercer á cada cabeza de familia sobre sus miembros respectivos, le es al estado gravísima é imposible sobre tanto número de profesores, que considerados como una clase de funcionarios cualesquiera, están sujetos al cambio de los partidos, al favoritismo de los gobernantes y á las exigencias de las circunstancias. ¿Y podrán nunca estos hombres suplir los cuidados de un padre? Además el ministro de instrucción pública de Francia, Mr. Villemain, interpelado en las cámaras



acerca de las anticristianas opiniones emitidas por algunos catedráticos, recordó que las cátedras eran libres, y que limitar su libertad hubiera sido un atentado. Consecuencia natural de la libertad de los profesores debiera ser pues la libertad de los alumnos, que si los unos la tienen de hablar la tuvieran los otros de no oír, y que puesto que el gobierno se sustrae á la responsabilidad de su dictadura, abdicara igualmente su poder y facultades.

Derecho tienen por tanto las familias católicas á exigir del gobierno que escoja entre una de estas dos líneas de conducta, si han de poder transmitir á sus hijos intactas las creencias, y evitar que en la tierna razon de estos se hallen en lucha y contradiccion perpetua la ciencia y la fe, el preceptor y el sacerdote. Pero si hubieran reclamado del gobierno una rigurosa vigilancia para mantener el mas puro catolicismo en las cátedras y escuelas de todo el reino, y para que cualquier espresion ménos ortodoxa en los profesores fuera motivo suficiente de destitucion, se les hubiera acusado de constituir su religion en única y esclusiva del estado, y de echar por tierra la libertad de cultos: aunque en los países como en Francia, donde es el catolicismo la religion dominante, la *religion oficial*, no estaria acaso por demas pedir que fuera tambien católica pura la *enseñanza oficial*, digámoslo así, la que depende directamente del gobierno. Sin embargo los católicos de Francia con el clero á su frente no han pedido sino libertad, lo que á las religiones puramente toleradas no se niega; han pedido que puesto que el gobierno no salia garante de la pureza católica de la enseñanza, les fuese lícito el proporcionársela ellos mismos; y esta peticion tan razonable y moderada es denunciada ante los amigos del órden como preten-sion anárquica, cual si fueran anárquicas las doctrinas del catolicismo, y el solicitar que puedan ser enseñadas en toda su pureza; y al mismo tiempo designada como idea de monopolio á los amigos de la libertad, renovándose con este motivo las rancias declamaciones sobre la prepotencia del clero, las invasiones del poder eclesiástico y la intolerancia de las hogueras. Notable con-

fusion de ideas! Al que pide la libertad se le acusa de aspirar al monopolio; el que explota el monopolio blasona de defender la libertad!

Porque en efecto de lo que se trata en Francia, y lo mismo, aunque sin éxito, se ha intentado distintas veces en Inglaterra, es de explotar en favor de ciertos principios el monopolio de la educación, y de emplearla para neutralizar los efectos de la libertad de creencias y opiniones, como si no fuera un atentado contra ella el disponer exclusivamente de los entendimientos de la juventud; y como si la acción de la enseñanza sobre ellos no fuera tan infalible en sus resultados y tan opresora, como el de un cuerpo atlético sobre otro endeble é infantil. El protestantismo y el filosofismo, esos dos cadáveres vivientes que, sin adquirir ni un nuevo elemento de vida, van consumiendo la que tienen heredada de los siglos XVI y XVIII, procuran á toda costa prolongarla inoculándola en las generaciones que se levantan; y no confiando bastante en la opinión de la generalidad abandonada á sí misma, usan de la violencia y del exclusivismo, temen la concurrencia, porque sus tiendas y talleres están ya desacreditados, y se espiden á sí mismos cartas de privilegio. El catolicismo no les pide mas que libertad; pero bien saben que esta libertad es para ellos sinónima de muerte, si no protege su débil existencia un predominio exclusivo, y que al contrario para el catolicismo se convierte muy pronto en soberanía por efecto de la fecundidad que en su gérmen entraña, y por la adhesión de los espíritus *naturalmente cristianos*, según la célebre espresion de Tertuliano; bien saben que el grano de mostaza no necesita de riego ni cuidados, y que si por algun tiempo le dejaran libremente vegetar, cubriría luego con sus hojas la faz de la tierra. Atacado el protestantismo por la religion católica, el filosofismo por la filosofia cristiana, pretenden engrosar sus filas con los niños robados de las filas contrarias, para que luego cuando crecidos y robustos les sirvan de campeones, y combatan contra las creencias de sus padres. Felizmente

hay en todos los pueblos y en todos los siglos un espíritu de rectitud innata, un sentimiento generoso, que se subleva contra una opresion tan baja y tan cruel al mismo tiempo.

Así sucedió en Inglaterra el año pasado con el bill de sir Jaime Graham, en el que con pretesto de atender á la educacion primaria de las clases pobres y manufactureras que forman la mayor parte de la nacion, se mandaba poco ménos que educar en el anglicanismo á toda la niñez, sin inquirir cuál fuera la religion de sus padres, obligándoles ó bien á apostatar, ó á poner en continuo conflicto su conciencia. Dentro de algunos años que hubiera permanecido en vigor este bill, la Inglaterra se hubiera admirado de hallarse otra vez toda protestante. Las nuevas generaciones no habrian conocido otro maestro, otro amigo que el pastor anglicano, otro libro de oraciones que la biblia truncada de los heterodoxos, y tal vez sus tiernos labios hubieran aprendido á maldecir de *Roma la prostituta* y del *pontífice-antecristo*. Sin embargo, las cámaras de Inglaterra presentaron un espectáculo nunca visto, cuya relacion mas bien parece hipérbole que realidad: el patio del edificio estaba lleno de carretas cargadas de peticiones y protestas contra el ominoso bill, millones de voces resonaron en el parlamento por el órgano de sus representantes reclamando la libertad religiosa, y los mismos defensores del bill tuvieron que dejar de espresar sus propios sentimientos para manifestar los opuestos de sus comitentes. Jamas se habia presenciado una manifestacion tan unánime y espontánea, y que se pudiera llamar *voz del pueblo* con mayor verdad. El bill tuvo que retirarse á pesar de todo el empeño ministerial, á pesar de no ser mas que la consagracion de un monopolio hecho á favor de la religion dominante; y la fraccion católica triunfó de un ministerio protestante en el seno de un parlamento cuya mayoría es protestante, porque Dios ha dispuesto que cualquier pueblo en cualesquiera circunstancias, con un poco de energía y destreza, pudiera salvar su religion y su ley. Por entónces el asunto no pasó adelante; pe-

ro animados los católicos con el éxito de su defensiva tratan de dar un paso mas; y el Sr. Wise uno de los diputados de la Irlanda acaba de someter á la cámara de los comunes una importante proposicion, pidiendo que los católicos puedan ser admitidos en la universidad de Dublin, y gozar en ella de los mismos derechos que sus conciudadanos protestantes. Por su parte la asociacion protestante de Dublin ha acordado pedir entre otras cosas á la cámara, por conducto del conde de Grey lugarteniente de la isla, ya que se ha negado á ello lord Wellington, que prive el gobierno de todo socorro á los establecimientos de enseñanza del clero católico y á los eclesiásticos de esta comunión, que se establezca en los tres reinos unidos un sistema uniforme de educacion nacional para dar al ministerio de la iglesia establecida mas estension y eficacia, y que sean separados del parlamento todas las personas que por su posicion no puedan votar este código, aludiendo á los católicos. Medidas de tan atroz injusticia, de tan brutal intolerancia, acusan un esfuerzo desesperado, y puede decirse que nacen muertas y desacreditadas por su misma exageracion; los protestantes sensatos se anticiparán sin duda á los católicos en levantar la voz contra ellas, como el mayor descrédito de su comunión y la confesion mas humillante de sus apuros y de su despecho. El clero y las escuelas católicas pueden pasar muy bien sin las mezquinas asignaciones del gobierno; pero si llegara el dia de tener que aceptar una enseñanza protestante, entónces los súbditos católicos podrán escoger entre el martirio ó un levantamiento religioso, y en ninguno de estos dos casos saldria muy bien librado el gobierno. El hombre providencial de la Irlanda, el grande O-Connell no duerme; y con aquella vasta atencion que abarca el universo, y que no basta á ocupar exclusivamente la perenne lucha en que le tiene empeñado la libertad de su patria, con aquella generosa simpatía que en su alma despiertan todas las causas nobles de religion é independencia, en 19 de marzo último habló así en una reunion de Lóndres de la suerte de los

católicos en el vecino reino. «Qué cosa mas detestable que arrebatar los hijos á sus protectores é instructores naturales para confiarlos á gentes que no tienen fe? Se pretende que la Francia retroceda á aquella época en que un sacerdote no osaba moverse sin esponer su vida; pero gracias á Dios hay todavía en la gerarquía católica de Francia bastante vigor para combatir esta tentativa.» Y las palabras de O Connell tienen siempre algo de profético contra los opresores; testigo Espartero. Y el que así compadece á los estraños ¿qué no haría por su patria?

Al fin en Inglaterra donde van tan unidos la Iglesia oficial y el Estado, ó mas bien donde el Estado es la Iglesia, natural es que se emplee la accion del gobierno en favor de la religion dominante, constituyéndola por base de toda educacion moral, y proclamándola á la Iglesia preceptora legítima de la nacion: pero en Francia, en donde á pesar del movimiento retroactivo que impele á la nacion hácia los principios religiosos, el gobierno conservador de ciertas prevenciones filosóficas, no tanto guia este movimiento, sino que es arrastrado por él, y heredero á un tiempo del espíritu anti-religioso de los enciclopedistas y del despotismo ministerial de los antiguos parlamentos, se manifiesta celoso y prevenido contra la Iglesia, y pretende á cada momento estender su jurisdiccion sobre ella; en Francia se ejerce esta accion en sentido contrario, y presenta el repugnante espectáculo del Estado puesto en desacuerdo con la Iglesia, y del monopolio ejercido en perjuicio de la religion dominante. Apoyados los hombres de julio, los que se dicen veteranos de la libertad, en no sé qué leyes del tiempo del imperio, cuando la espada inflexible del capitán del siglo pesaba sobre la nacion para reunir momentáneamente todas las voluntades en la suya, y ansioso de mandar en los ánimos no menos que en los cuerpos, disponia de los establecimientos de enseñanza como de otros tantos cuarteles militares, sostiene á pesar de todo la famosa universidad de Paris, que es á los demas establecimientos literarios en dominio y autoridad lo que era Napoleon á sus subal-

ternos. El partido doctrinario y eclético, que en 1830 prometió la libertad de enseñanza y el fomento de la instrucción pública á los pueblos seducidos por el aliciente de la novedad y por la brillantez y sonoridad de su programa, apoderado ahora exclusivamente de las cátedras de la universidad, y por consiguiente de casi todas las del reino, se atrinchera en ellas para injuriar á su salvo á sus enemigos, que lo son con harta frecuencia por desgracia los hombres de sanas ideas religiosas; y no contento con saborear por el presente el poder, aspira á perpetuarlo por medio de la educación, y á legar sus vacilantes doctrinas y sus estériles principios á las futuras generaciones. Durante la restauración, cuando hacia oposición al gobierno de aquella época, entónces pedía libertad, y la obtuvo tan completa, que Mr. Guizot y compañía no solo escalaron las cátedras, sino que las convirtieron en otras tantas baterías contra el poder, hasta que lo derrocaron; en 1830 no osando desmentirse tan pronto, y no viendo además peligro alguno que les amenazara por parte del clero y de las ideas religiosas, que en aquel cruel sacudimiento creyeron por largos años exánimes y abatidas, proclamaron y prometieron esta libertad misma, sin prever que dentro de tan corto plazo debiera el clero levantarse del polvo, y presentarse imponente á reclamar el cumplimiento de la promesa. Catorce años de fecha lleva esta, y aquel partido parece ménos dispuesto que nunca á soltar su presa, porque sabe que sería abandonar el dominio, renunciar al porvenir. Pero huyendo del riesgo del momento, no ve que corre á estrellarse en otro, cual es de falsear y desacreditar sus mismos principios, y que si aquí le amenaza el despojo ó la muerte en el terreno de los hechos, allí le aguarda en el órden de las ideas. Sin ideas no hay imperio ni predominio duradero; la inconsecuencia sostenida por la fuerza puede arrastrar por algun tiempo su vida, pero lleva en sí un germen de muerte que tarde ó temprano la aniquila. La libertad apoyada en la violencia es un contra sentido, una negación existente; el que se proclama libre es como

la abeja que no puede clavar su aguijón sin suicidarse.

Para conocer toda la importancia de la lucha empeñada en Francia entre los católicos sinceros y la totalidad del clero y de los prelados que reclaman la libertad de la enseñanza, y los amigos de la universidad que aspiran á perpetuar su monopolio, es preciso advertir que entre los miembros de ella, ó al ménos entre sus patronos y defensores, se encuentra lo mas granado de la filosofía y de la literatura moderna, hombres rodeados de todo el prestigio del saber y de la celebridad, hombres en fin que dan el tono á la Francia y á la época, desde el ministro de instrucción pública el insigne Villemain, uno de los mejores críticos y literatos de este siglo; desde el famoso Victor Cousin, autor ó sosten principal del sistema ecléctico en filosofía que intentó hallar un medio entre el materialismo de Destutt-Tracy y el espiritualismo ortodoxo; hasta los profesores de la universidad y del colegio de Francia, hasta los escritores de la *Revisita de ámbos mundos* y del *Diario de los Debates*. Así es que en esta liga defensiva contra el catolicismo puro que va ganando terreno cada dia, se encuentran los matices mas distintos; los restos del filosofismo volteriano y disolvente, los apóstoles de la filosofía regeneradora que pretende levantar á las naciones de entre sus ruínas sin mas auxilio que su propia fuerza, ni mas ley que la razon humana; los antiguos impíos y los neo-católicos, los materialistas y los sectarios de la nebulosa metafísica alemana, los adeptos del sansimonianismo y los del progreso indefinido, todos en fin los que carecen de creencias fijas, ó admiten en ellas la mayor ó menor intervencion de la razon, y á quienes viene estrecho el círculo que la fe les señala. De suerte que la cuestion sobredicha no ha sido mas que el pretesto para esta grande lucha entre los hombres de la razon y los de la fe, entre la ciencia del siglo y la ciencia religiosa; y considerada bajo un punto de vista mas grandioso y verdadero, no es ménos que un campo de batalla donde va á decidirse por cuál de las dos ha de quedar la direccion de las ideas y la marcha

de este siglo. Esta liga tan compacta y unánime entre todos los sistemas, entre todas las dudas, entre todas las negaciones contra la gran verdad fija é inmutable, contra el catolicismo puro, da lugar á dos consideraciones en extremo lisongeras y consoladoras; primero demuestra la alarma que han excitado los progresos de este, y cuán amenazadas ven sus fastuosas pero endebles fábricas por la que ayer desdeñaban como piedrezuela desprendida del monte: segundo, presenta reunidos al catolicismo todos sus enemigos sin distraer su atención y sus fuerzas en distintas direcciones, y le proporciona vencerlos decisivamente, sin que una vez victorioso tenga ya que temerlos en adelante.

No se nos tache de fanáticos y exagerados por llamar *catolicismo*, á lo que llaman ellos allá á su moda *jesuitismo*, y por escluir á los universitarios de un nombre á que muchos de ellos aspirán haciendo pública profesion de la religion católica; pero aquí no calificamos sino las ideas haciendo abstraccion de las personas. Respetando sus talentos así como sus intenciones, contraponemos el racionalismo al catolicismo; y en este sentido al sistema filosófico mas elevado y espiritualista, á las miras al parecer mas regeneradoras para inocular otra vez en la sociedad el espíritu moralizador y religioso, y reparar los estragos del ateismo, al sentimiento mas ardiente y contemplativo que nos eleve ácia lo alto, siempre que estén en la menor discordia con el dogma, con el espíritu, con la historia, con el fin de nuestra religion, siempre que no partan de una conviccion sincera; las llamaremos ideas grandes, sentimientos nobles, esfuerzos generosos, y ciencia como la de Sócrates, como la de Platon, todo en fin ménos catolicismo. Nosotros no lo comprendemos sino de una especie, ortodoxo ó tradicional, el mismo en el legislador, en el filósofo, que en el último súbdito, en el último labrador: la idea de fases, de revoluciones, no la comprendemos mas en la religion que en Dios mismo. Una sola verdad negada borra todas las afirmadas, rompe la cadena de oro; y



por mas que la razon permanezca arrodillada á las plantas de la fe , un solo movimiento de repugnancia , una sola oscilacion de cabeza que espresese incertidumbre, constituye ya una sublevacion completa.

Hacemos estas observaciones, porque muchos de los filósofos y literatos, que han unido su causa á la del monopolio universitario, se jactan de ser los autores primeros de la reaccion religiosa que en Francia se experimenta, de haber salvado la religion de entre sus ruínas, y reemplazado la filosofia atea del siglo pasado con una filosofia mas ilustrada y religiosa. De ahí acusan al clero de ingratitud por desconocer sus servicios, despues que ellos le prepararon el camino, y se lamentan sin mucho disimulo de haber favorecido una reaccion que ha ido mas léjos de lo que creian. Concedámosles por un momento esos méritos que se arrogan: si creyeron, no hicieron mas que cumplir un deber estricto, y su recompensa está en Dios; si no creyeron, prémíelos enhorabuena la sociedad, prémíelos la gloria, prémíelos alguno de esos ídolos del mundo á quienes sacrificaron; pero nada reclamen de la religion que solo admite creyentes de fe pura y sincera. ¿Acaso porque encontraron una sociedad atea segun dicen, tenian derecho de darle una religion de propio caño? Acaso por haber tendido su mano al catolicismo, y concedídole algunos fastuosos homenages, ó mas bien confesiones arrancadas por la fuerza misma de las cosas, ó tal vez por muy interesados fines, tienen derecho ora de escarnecerlo, ora de mutilarlo? Poco se debe á los libros, y mucho ménos á los suyos, si se ha obrado en la opinion de los franceses un favorable cambio religioso: el libro en que leyeron escrito en letras de sangre fué el libro del escarmiento, la mano que reedificó los templos fué la mano de la Providencia manejando el brazo de un guerrero. Los filósofos cedieron á este cambio mas bien que no lo obraron, y no hicieron mas que acomodar sus ideas al espíritu de tiempo y á la necesidad de las circunstancias. Acerca de la sinceridad de sus homenages, pueden dar una idea las pa-

labras que en una conversacion particular dijo Mr. Cousin á Pedro Leroux, y que este filósofo democrático enemistado con el filósofo doctrinario sacó últimamente á relucir: «Creo que el catolicismo tiene vida todavía (*en a dans le ventre*) por trecientos años, y por esto ante él me quito humildemente el sombrero.» Sea lo que fuere de esta anécdota, para juzgar de la sinceridad de los modernos sabios en general no es preciso escrutar las intenciones, basta hojear sus libros, sus artículos, sus discursos. Explicaciones por símbolos y *mitos*, es decir ficciones, de los principales dogmas del cristianismo, comparaciones irreverentes y aun sacrílegas con las falsas religiones, dudas pérfidamente insinuadas acerca de los puntos mas capitales, desprecio de sus leyes morales y eclesiásticas, sarcasmos y declamaciones contra objetos é instituciones que muy de cerca le pertenecen, falsificacion de su historia, tentativas de innovaciones imprudentes, he aquí lo que les debe comunmente el catolicismo en las cátedras, en la prensa y hartas veces en la tribuna. Si sus inciertas doctrinas no causan tanto daño á la religion, como causaron en otros tiempos las sacrílegas bufonadas de Voltaire, agradézcase solo al descrédito en que van cayendo esos supuestos oráculos del siglo.

Este carácter general que lleva sobre su frente la ciencia del siglo en el vecino reino, aunque con honrosas escepciones, la diversidad de cultos y creencias que reina entre los profesores de muchos colegios, y una porcion de hechos aislados al principio y que poco á poco se descubrieron funestamente enlazados, no podian ménos de llamar la atencion de los padres de familia católicos y del clero sobre la cuestion que nos ocupa. Empezaron á circular en 1842 varias obras acerca del *monopolio universitario* que revelaban á un tiempo la existencia del mal, y señalaban como remedio de él la libertad de enseñanza, recordando ademas las promesas de la Carta: y la profunda sensacion que causaron en todos sentidos reveló desde luego la gravedad del asunto que entraba en discusion. Varios obispos de Francia, en es-

pecial el de Chartres, citando y apuntando los pasages, echaron en cara á los profesores de la universidad sus desprecios y agravios contra la religion dominante en la nacion que pretenden representar é instruir; y ellos se irritaron conociendo que el dia en que se desvaneciera su opinion de religiosidad, se desvanecería tambien su prestigio. Mas en medio de su despecho se les escaparon espresiones que apoyaban la verdad de los cargos que se les hacian; y en tanto que el ministro Villemain parecia consultar á los obispos acerca de la libertad de enseñanza, como animado de los mejores deseos, y que el inspector Mr. Cousin anunciaba solemnemente que no habia en todos los colegios de Francia un solo profesor que enseñara ideas anticatólicas; en Paris á los ojos mismos del gobierno, Mr. Michelet (1), Mr. Quinet y otros se desataban en injurias contra el *partido católico*, y á pretesto de herir á los jesuítas alcanzaban con sus dardos al clero, á la iglesia toda, á lo mas sagrado de la religion. Apénas ha habido tentativa contra las ideas católicas, en que no se hallase complicado alguno de los profesores universitarios. (2) Los prelados franceses fueron declarándose casi en masa mas ó menos esplicitamente contra las doctrinas poco ortodoxas y los principios aventurados, si no impíos, que preconizan la mayor parte de los profesores; dilaciones y vagas esperanzas de parte del poder, nuevas blasfemias de parte de los profesores, injurias,

(1) Este exótico y visionario escritor que ha estraviado su talento en lastimosas aberraciones, desfigurandolo ademas con el neologismo mas ridículo, viajando por Ginebra en las últimas vacaciones, reunió un congreso de ministros protestantes para concertar con ellos los medios de contrarestar al *ultramontanismo*, pero este medio que proponia el *ilustrado profesor* era una persecucion tan abierta y furibunda, que los ginebrinos la rechazaron diciendo que ellos usaban de medios mas adecuados al espíritu del siglo.

(2) En medio del universal aplauso que escitó el año pasado en Nancy el P. Lacordaire, solo el rector del colegio real le hizo cerrar sus puertas, y se permitió acerca de un sermón del elocuente dominico espresiones tan ofensivas y denigrantes, que reproducidas por un periódico, obligaron al P. Lacordaire á pedir justicia al ministro de instruccion pública, ó sino á los tribunales.

sarcasmos y amenazas de una porcion de la prensa, he aquí todo lo que consiguieron. En vano las columnas del *Univers* y de casi todos los periódicos religiosos de Francia venian diariamente atestadas de nuevos escándalos, de nuevos abusos de este desastroso monopolio; el *Journal des Debats* con su pandillaje universitario, el *Constitutionnel* con su cinismo volteriano, el *National* con su violencia revolucionaria, y muchos otros periódicos políticos de Paris con sus instintos irreligiosos y sus intereses monopolistas, han vertido á manos llenas la calumnia sobre el partido que llaman clerical, sobre el clero y hasta sobre los mismos obispos, ó han azuzado contra ellos al gobierno; y si necesitaran confirmacion las acusaciones de irreligiosidad que contra la universidad y su enseñanza se elevan de todas partes, bastaria oír el lenguaje que usan los profesores en sus cátedras, y sus defensores en la prensa. Agriados los ánimos por una polémica irritante, han perdido toda medida y disimulo; las máscaras han caído en medio de la lucha, la efervescencia á veces llegó á vias de hecho; frecuentes alborotos y silvidos turbaron las lecciones de Mr. Michelet y de Mr. Quinet en el colegio de Francia, así como los silvidos de los volterianos habian turbado ántes los discursos del abate Dupanloup en la Sorbona. Gracias á las frecuentes diatribas de profesores y periodistas, volvió á dar nuevos síntomas de vida el furor irreligioso, que por un lado la indiferencia y por otro el progreso de las ideas conciliadoras y religiosas parecian haber muerto para siempre. Varios sacerdotes fueron brutalmente insultados y hasta escupidos á la luz del dia, y las calles de Paris presenciaron escándalos de que ya no se acordaban desde 1830.

Énvolvióse en esta lucha á una órden célebre á la cual ni sus servicios ni sus desgracias han podido librar de calumnias é insultos de un siglo casi á esta parte; y los partidarios del monopolio llamaron á sus contrarios *jesuitas*, creyendo desacreditarlos, y agotaron contra los proscritos hijos de Loyola el dic-

cionario de las injurias; pero los hombres religiosos no han rehuído el epíteto, ántes bien adoptándolo como nombre de guerra, parecen haber cobrado con él nuevos bríos. Hay hombres para quienes el nombre de jesuitas es un remordimiento y una pesadilla de lo pasado, y una pesadilla y una zozobra para el porvenir: y en efecto á las ideas de enseñanza y juventud va unida la de aquellos que por tantos años ejercieron sobre ella un saludable *monopolio*, el monopolio que adquieren sobre los espíritus la ciencia y la virtud; y este recuerdo de terror y despecho para unos, lo es para otros de gratitud y esperanza. Los que en Francia, y acá también entre nosotros, toman por injuria el *jesuitismo* se equivocan de más de medio siglo: aquel cadáver sobre el cual los enemigos desahogaban su furor todavía, se ha levantado otra vez del sepulcro más esplendente que nunca, añadiendo á sus antiguos timbres la auréola del martirio. En Bélgica, en Suiza, en Inglaterra, en los estados de América se le abren y confían las escuelas: en la misma Francia donde tanta suspicacia escita, se reúnen congregaciones de más de 40 jesuitas, y en París en ménos de un mes se han agotado seis mil ejemplares del opúsculo que escribió el célebre P. Ravignan en defensa de la Compañía á que pertenece. «Por lo demás, dice el arzobispo de Lyon en el mismo documento á que arriba aludimos, después de recordar elocuentemente los servicios de los jesuitas; una palabra de aprobación del sumo Pontífice hace olvidar muchas injurias, consuela de muchas injusticias, y reduce á muy poca cosa á los ojos de todo católico unas censuras no merecidas. Venero á una sociedad que se deja degollar por Jesucristo; imiten sus detractores el heroísmo de su abnegación.»

Una cuestión tan importante y de resultados tan trascendentales, no podía ménos de ser también agitada en las cámaras de Francia, cuya atención ocupó sucesivamente en dos notables sesiones, la del 15 de mayo de 1843 en la cámara de los Pares y la del 27 del mismo en la de los Diputados. En la primera con motivo de siete peticiones cubiertas por cerca de mil firmas reclamando

do la libertad de enseñanza prometida por la Carta, habló el ministro de instrucción pública de un modo muy vago y poco satisfactorio, y estendiéndose á su placer sobre los progresos y fomento dado á la instrucción, esquivó el contestar al otro extremo, sino para decir que tenia un proyecto de ley formado acerca de dicha libertad, pero que no lo presentaría por entonces á causa de la exaltación en que se hallaban las pasiones, como si el mejor medio de calmarlas no fuera acceder á tan justa demanda haciendo cesar el monopolio que las motiva. Una sola voz resonó enérgica y noble en aquel recinto, y fué la del marqués de Dreux-Brezé, en favor de una concesión solemnemente prometida; y penetrando los motivos mas ó menos ocultos de esta resistencia, les echó en cara su temor de que el clero se apoderara de la enseñanza, elogió la ilustración de este y el singular tino con que se ponía al nivel de los conocimientos y espíritu del siglo, desafió á que se le presentaran en la tribuna de las cámaras, en los escaños de las academias, oradores de expresión mas elocuente y de sentimientos mas elevados, que muchos de los que ocupaban los sagrados púlpitos; en fin dijo francamente que nada perdería la educación de la juventud en ser mas religiosa en sus bases. Mas esto es cabalmente lo que mostraron temer muchos miembros de la alta cámara, tales como Mr. Dupin, Mr. Cousin y Mr. Merilhou, alarmándose sobre todo con una petición de Dunkerque que preguntaba por qué motivo constitucional y razonable se excluía de la enseñanza á las órdenes religiosas, y creyendo verse ya inundados y suplantados por un enjambre de frailes. Pobres filósofos y doctrinarios, que no se creen todavía seguros tras de las leyes que limitan la introducción de las órdenes religiosas en Francia, y con los inmensos medios de descrédito que tienen á su disposición contra ellas; y necesitan conculcar dos de los derechos mas naturales del hombre, el de asociación y el de paternidad, para defender la supuesta libertad que introdujeron.

Se acordó que pasaran al ministerio de instrucción públi-

ca las peticiones, escepto la de Dunkerque, y lo mismo se acordó en la cámara de Diputados respecto de las numerosas que se presentaron allí el día 27. La discusión que escitaron fué mas viva que entre los Pares: Mr. la Rochejacquelein y Mr. Carné, aunque de opiniones políticas enteramente opuestas, pronunciaron en favor de la libertad de enseñanza dos elocuentes discursos, revelando notables hechos, entre otros la emigracion de muchos jóvenes franceses al extranjero, especialmente á Friburgo donde está el célebre colegio de Jesuitas, para no recibir la instruccion de la universidad. Mr. Villemain, mas blando ya esta vez, prometió presentar al principio de la próxima legislatura la ley tan esperada.

Pero entretanto los escándalos universitarios han ido en aumento, y con ellos la suspicacia del gobierno contra el clero, y cuanto mas justas son las quejas de la víctima, mas empeño ponen los agresores en sofocarlas. Se le trata de usurpador cuando se le desnuda, de monopolista cuando pide la libertad: si denuncia por medio de la prensa los tiros que á la religion se asestan desde las cátedras y el riesgo que corren sus ovejas, acúsale de invasor y discolo, y le destierran dentro de los templos; si allí sube al púlpito contrayéndose á su ministerio de paz, pero tambien de vigilancia, y previniendo á los fieles contra las malas doctrinas, se ve en cada una de sus palabras una alusion maligna, y se invocan contra él las leyes para reducirle al silencio; y si ora en silencio, y aconseja una cruzada de oraciones, y solo á Dios apela de la injusticia de los hombres, entónces no falta quien clame aun que su audacia no tiene límites, y que solo puede inspirársela la impunidad. Se reúnen seis obispos para una ceremonia religiosa; desde luego se ve en esta reunion un sínodo convocado para anatematizar la universidad. «Pero ni las injurias de la prensa, ni las declamaciones de las cátedras académicas, ni la persecucion, ni la calumnia han amortiguado, ni un solo instante el ardor de un celo bebido en una fuente que el mundo no conoce, ni aminorado en lo

mas mínimo el vigor apostólico del episcopado frances en cuestion de tanta vitalidad." El cardenal arzobispo de Lyon de quien son estas palabras, el hijo del inmortal Bonald, dió el primer ejemplo, tanto mas notable cuanto su celo no puede atribuirse á pasiones políticas, pues que personalmente se mostró siempre adicto y hasta admirador de Luis Felipe. En una carta al rector de la academia de Lyon, despues de haber espuesto con firmeza y moderacion cuáles eran las pretensiones del Clero acerca de la libertad de enseñanza, manifestó que en el caso de cundir las malas doctrinas dentro de los colegios, se veria precisado á retirar de ellos el sacerdote que atiende á las necesidades espirituales de los alumnos. «La predicacion del capellan, decia, y la leccion del profesor deben prestarse un mútuo apoyo; y si así no fuese en algun colegio, el ministerio del sacerdote seria inútil; digo aun mas, sería un nuevo peligro, pues que mantendria á los padres en la funesta persuasion de que sus hijos eran educados en la religion de sus abuelos." Una manifestacion semejante hicieron los obispos de Langres, Perpiñan y Chalons, este último en términos mas vehementes, afirmando como un hecho en algunos colegios lo que el arzobispo de Lyon ponía solo como hipótesis. El ministerio no contento con dirigir una circular al episcopado frances para que no imitase el ejemplo de aquellos ilustres prelados, denunció la carta del de Chalons por medio de un recurso de abuso ante el consejo de Estado, el cual en virtud de cierta ley del tiempo del Consulado, la declaró y condenó en 8 de noviembre como injuriosa contra la universidad y capaz de turbar *arbitrariamente* las conciencias. No sabemos nosotros que fuera injuriosa la revelacion de un hecho, á no ser que se pruebe su falsedad, ni que un caso particular fuera ofensa contra todo un cuerpo, ni que la universidad anduviera tan ligada con el Estado, que este tomara por propias las ofensas contra aquella, ni que perteneciera por fin á un consejo lego calificar la *arbitrariedad* ó justicia de las alarmas de un pastor respecto del sagrado depósito de la doc-



trina. Pero el obispo de Chalons no desistió de su firme conducta, y robustecido con el testimonio de su conciencia y la adhesión de sus compañeros, prohibió la administración de sacramentos en la capilla del colegio comunal de dicha ciudad, que era sin duda el establecimiento á que habia aludido al hablar de la perversión de la enseñanza.

Otra muestra de arbitrariedad escandalosa en defensa de su querida universidad dió el ministerio frances, mandando recoger todos los ejemplares de un opúsculo publicado por el abate Combalot contra el monopolio universitario, como si la reclamación de una solemne promesa consignada en la Carta debiera hacer estremecer la nacion entera ó derrocar el trono de Luis Felipe. La obra fué condenada por el jurado, y su autor sentenciado á quince dias de prision y cuatro mil francos de multa; pero esta desgracia fué un triunfo para el abate Combalot, acudiendo toda clase de personas á felicitarle á porfia, en especial una diputacion de padres de familia que le dirigieron el mas lisonjero discurso; honrándole ademas varios obispos con los mas espresivos testimonios. Mr. Veuillot, redactor principal del *Univers* órgano constante y elocuente de tan noble causa, para satisfacer la ansiedad pública, intentó publicar el proceso de Combalot, y ha sido últimamente citado ante los tribunales; y recogida su publicacion. Este lujo de innecesaria tiranía sería inesplicable en un gobierno *liberal*; si no conociéramos los extravíos del amor propio, y si no supiéramos que el ministro de instruccion pública mira como obra suya la universidad con la misma ciega y ridícula predilección, con que cierto estadista español, cuyas ideas pertenecen ya á la historia, como su alma á Dios, miraba la Constitucion del año 12.

Así pues en la sesion del 17 de enero último, provocado Mr. Villemain en la cámara de los Diputados por Mr. Tocqueville, quien á decir verdad hizo de la libertad de enseñanza un tema de oposicion mezclando principios muy liberales y justos con muy estrañas consecuencias, se esplayó á su sabor en elo-

gios acerca de la firmeza de su propia conducta y de la perfeccion de su universidad, y se jactó de que desde la lucha empeñada por el clero se aumentaban asombrosamente los alumnos en los colegios reales. Entónces; ¿porqué tanto miedo á la libre concurrencia? Alguno acusó á la universidad de atender mas á la instruccion que á la educacion moral de los alumnos; y no faltó quien para suplir este vacio propusiera la creacion de profesores legos de moral, y quien pidiera que se obligase *por fuerza* á los capellanes á permanecer en los colegios. En una palabra esta cuestion se trató con una ligereza poco digna por cierto de los representantes de la Francia. Con mas profundidad la trató en la sesion del 24 del propio mes Mr. Carné diputado de la izquierda, y reclamó elocuentemente el cumplimiento del artículo 69 de la Carta sobre la libertad de enseñanza: pero eludióse Mr. Villemain, asegurando que era católica pura la enseñanza de los colegios, defendiendo al parecer por la prescripcion el monopolio de la universidad que hizo remontar hasta Napoleon su fundador, é indicando que las modificaciones que se esperaban en el sistema de instruccion pública se harian de modo que no pudiese sacar partido de ellas la *contrarevolucion*. Esta es la pesadilla eterna de los doctrinarios, la voz que oponen á toda peticion justa, el sentido que dan á los deseos y necesidades mas santas y mas ajenas de la política. Demos que en efecto reinara en los colegios la mas ortodoxa enseñanza: pero ¿no se nos repite á cada paso que los derechos de los pueblos deben estar consignados y deslindados en las leyes, y no depender de la rápida sucesion de los gobiernos y del capricho ó carácter personal de los gobernantes? En cuanto al monopolio del tiempo del Imperio, almenos regia entónces el siguiente artículo: Todas las escuelas de la universidad imperial tomarán por base de la enseñanza los preceptos de la religion católica.

El 19 de marzo próximo pasado se renovó esta discusion en la misma cámara de resultas de una interpelacion del tristemente célebre Mr. Isambert. No nos admiran los furoros de es-

te nuevo Quijote contra todo lo que huele á clero y á religion, no nos admira la amargura de Mr. Dupin pidiendo al gobierno un sistema *implacable*: duélenos sí, oír al ministro guardasellos, á Mr. Martin du Nord, cuyas tendencias religiosas le habian captado hasta ahora el aprecio de los católicos, adoptar un lenguaje que *Voltaire no hubiera desdeñado*, como dijo por elogio *le Siecle*. Aquel dia por primera vez Dupin, el héroe de la oposicion, fue elogiado por el ministerial *Diario de los Debates*: y los amigos de Thiers y de Guizot se dieron la mano, siendo su vinculo comun el odio á los *enemigos eternos de la civilizacion y de la libertad*, como llaman á los sacerdotes.

Entretanto de todas las provincias de Francia se elevan á las cámaras numerosas peticiones cubiertas de miles de firmas; y á pesar de las repetidas circulares del gobierno á los obispos, no ya para consultarles, sino para imponerles silencio, estos con santa libertad han elevado esposiciones al soberano, poniéndose cada metropolitano al frente de los sufragáneos de su provincia, y no faltando mas que tres provincias eclesiásticas para que haya representado todo el episcopado frances, que dividido en otros asuntos, no tiene en este mas que una voz y un parecer. Monseñor Affre arzobispo de Paris, conocido por su adhesion á Luis Felipe y por las prudentes consideraciones guardadas hasta aquí con el gobierno, en la memoria firmada por él y otros cuatro obispos de su metrópoli, declara terminantemente que *la universidad jamas ha tenido, y ahora tiene ménos que nunca, la confianza de los católicos y del episcopado*. La publicacion de esta memoria en el *Univers* provocó la cólera del ministro Martin, quien escribió al arzobispo censurando amargamente su conducta, é indicando que no era lícito á los obispos ponerse de acuerdo ó deliberar sobre algun asunto sin anuencia del poder civil; mas el digno prelado en su contestacion rechazó con entereza tan funesta teoría, y no terminó su carta sin deplorar la inopinada ruptura sobrevenida entre los dos poderes. Lamentable es sin duda que la fatal obsti-

nacion de una pandilla haya hecho perder al gobierno de Luis Felipe todo el terreno, que en diez años de prudencia y de reparacion habia conquistado en el ánimo de los fieles para la consolidacion de su propio trono.

Tal es el estado actual de esta grandiosa lucha cuyos resultados son dificiles de prever; aunque sean cuales fueren, siempre quedará al clero de Francia el consuelo de no haberlos provocado por espíritu de temeridad ó falso celo, sino por el evangélico cumplimiento de los deberes; y el espectáculo de la mas sangrienta persecucion, si el cielo se la reserva todavía, es preferible al de envilecimiento y complicidad que presentara, si incauto ó cobarde ennudeciera á vista del veneno que se inocula en la juventud de su patria. Consuélanos tambien ver trocados los papeles, ver al *liberalismo* reclamando opresion, y en Francia como en Irlanda ondear en una misma bandera *Religion y Libertad*. ¿Cuándo comprenderán los católicos españoles que en nombre de la libertad pueden hacer grandes cosas, y que este principio está acaso destinado en este siglo á ser el salvador de la religion?

Y ¿quién sabe? acaso amenaza á nuestra patria una lucha semejante? acaso entre nosotros un partido se ha empeñado en seguir las huellas de los doctrinarios franceses? Tiempo hace que observábamos la hostilidad de los diarios conservadores de Madrid contra la libertad de enseñanza; y la atribuíamos á imprevision ó ligereza, á la asidua y exclusiva lectura del *Siecle* ó del *Journal des Débats*, á la opinion particular de un corresponsal; pero algo mas nos han hecho temer algunas frases insertas en el periódico del cual ménos debian esperarse. Aquel clero frances encomiado por sus luces, virtudes y tolerancia, no es ya mas que un clero incorregible y audaz, sus pretensiones son *absurdas é intempestivas*; se le amenaza con una nueva *inevitable revolucion*, y el que ántes era propuesto como modelo á nuestro clero, se le presenta como escarnimiento. Se quiere al clero en sus iglesias, no en la sociedad; que enseñe al pueblo ru-

do sus deberes , es decir *la religion para el pueblo* , que se le harte con tal que enmudezca, que se compre con oro su independencia! Oh! estas palabras preñadas de sentido han roto un velo, han mostrado á nuestros piés un abismo: y miéntras algunos entrevén el fin de las desgracias de la Iglesia española, nosotros nos acordamos de aquel testo: Y este fin será el principio de los dolores.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.



# Desastre de Felanitx.

---

## I.

Una catástrofe horrorosa ha tenido lugar en el pueblo de Felanitx: no la anunciamos á nuestros lectores, porque ninguno de ellos la ignora; no pedimos sus lágrimas, porque todos han llorado de lástima y de espanto: apuntamos solamente una fecha mas en el calendario de las grandes calamidades. Solemnizamos una nueva fiesta de dolor, indicamos una amarga fuente de lúgubres y aterradoras inspiraciones.

## II.

Como un hijo indócil y presuntuoso que abandona la casa paterna en los primeros dias de su juventud; que orgulloso de sus fuerzas rompe los lazos de familia, quiere vivir por sí mismo y olvida las tradiciones de sus antepasados; nuestro siglo pugna para emanciparse, para sacudir tambien la tutela de los siglos anteriores, y quebrar la cadena misteriosa que el tiempo va forjando lentamente. Pero los poetas que viven de recuerdos cantando antiguas glorias, ó lamentando pasados infortunios, se esfuerzan en soldar los eslabones entreabiertos, y derraman sobre el corazon de sus contemporáneos parte del júbilo ó de la afliccion de las generaciones ya difuntas. ¿Podriais permanecer insensibles á la relacion de los estragos que causó un dia el arroyo, por cuyas orillas os paseais ahora indiferentes? Podriais leer con ojos enjutos la triste descripcion de aquellas inundaciones espantosas, que arrastrando las puertas de la ciudad, desmantelando sus muros y bramando por sus calles, derruyeron centenares de edificios, y arrebataron en una sola noche millares de víctimas que reposaban descuidadas en brazos de un sueño voluptuoso ó tranquilo? No

resonarían en vuestros oídos los gritos de tantas viudas desoladas, de tantos huérfanos infelices, de tantos que vieron sepultarse en aquella tumba improvisada el báculo de su ancianidad ó las flores de sus cariños y esperanzas? No os consternaría el recuerdo de aquella general consternación? Así también se acongojarán, y se estremecerán, y llorarán las generaciones venideras, cuando se les diga que de un viejo cementerio salió de improviso la muerte, y en un momento diezmó la población de Felanitx. Faltarán los testigos de este desastre, y no quien le llóre; las lágrimas que arrancará todavía sobrevivirán á sus lamentables resultados.

### III.

Celebrábase una función piadosa: el pueblo y el clero reunidos en devota procesion recordaban el camino que anduvo Jesucristo desde el pretorio de Pilatos hasta la cima del Calvario: un canto unísono, pausado y penetrante dominaba el sordo rumor de los pasos y el movimiento de la multitud, que se abría en dos filas para ver la procesion, ó la seguía lenta y compungida: un sacerdote de vida ejemplar, de costumbres puras y corazón ingénuo, descalzo hasta las rodillas, vestido de oscura túnica, coronado de espinas y llevando una cruz acuestas, figuraba al Hijo del hombre en medio de dos ladrones, y seguido de aquellas turbas de pueblo y de mugeres que plañían y lamentaban su acerbo suplicio. Las nuevas autoridades presidiendo este acto religioso inauguraban esta vez su dignidad: y la voz de un orador cristiano, enérgica por la situación y elocuente por su sencillez, resonaba en señalados trechos para explicar uno por uno los acontecimientos de aquel doloroso camino, y arrancar de sus oyentes lágrimas de compasión y de penitencia. Era aquello la anual representación de un *misterio* cuyo desenlace es la muerte del Redentor, y la muerte sorprendió á los actores y espectadores casi al principiarse la jornada: sufrieron lo que iban á meditar.

## IV.

En aquel momento recordaban á la santísima Virgen, cuando salia al encuentro á su divino Hijo en la calle de la amargura; en aquel momento los dolores de la madre á vista de los padecimientos del Hijo, la inmensa afliccion del Hijo á vista de las angustias de la madre, ocupaban la atencion de todo el pueblo; en aquel momento cuántos hijos presenciaron la rápida agonía de sus madres! cuántas madres abrazaron los mutilados cadáveres de sus hijos!

## V.

Osaréis preguntar á Dios porqué descarga la vara de su justicia sobre un pueblo, cuando este levanta su corazon y sus ojos al cielo, cuando á lo ménos por un momento se despoja del hábito de pecador y viste el sayal de penitente, cuando sus labios no tienen mas voz que el clamor incesante de misericordia? Osaréisle preguntar porqué, á vista de tales sentimientos, no suspende los efectos generales de las leyes físicas que estableciera para la conservacion del mundo material? Osaréisle preguntar dónde está su providencia? porqué no envió un ángel que sostuviese milagrosamente el ruinoso paredon, ó espantase visiblemente la multitud, que incanta se agolpaba sobre él, apresurando así su caída y el desmoronamiento instantáneo del terraplen? Y si un día aglomerada en el mismo sitio se abandonase la poblacion á las seductoras impresiones del placer, bañase de voluptuoso aroma las imágenes de su mente y los deseos de su corazon, aflojase la rienda á pervertidos impulsos, y confiando en la vida, descuidada, imprevisora, gravitase sobre aquel engañoso pavimento, ¿debía tambien Dios enviar un ángel para sostenerlo? Sería ménos horrible la muerte por no estar precedida del pensamiento de la eternidad? Sería ménos lastimoso el espectáculo de tantos cadáveres vestidos de baile y coronados de flores? = Probablemente hubieran sido ménos las víctimas. = Probablemente hubieran sido mas desgraciadas. Oh! no dudeis de la misericordia de Dios, ni del poder maravilloso de la contricion.



## VI.

Como la ola, que viniendo hinchada embiste las rocas de la orilla, y las cubre con su manó de espuma, desplomóse un monte de tierra, y cubrió á los infelices que estaban debajo; rodaron las piedras, y quebrantaron los huesos de los vivientes; rodó la menuda arena, y sepultaba ya sus cadáveres. ¿Quién contará los alaridos de aquel momento fatal? el que contara las piedrezuelas desprendidas de su antiguo sitio. Conmovióse la tierra, y como de un inmenso surtidor brotó la consternacion y el espanto; raudales de consternacion corrian rápidamente ácia las villas y pueblos circunvecinos, y de las villas y pueblos circunvecinos vinieron rápidamente raudales de compasión y áombro.

## VII.

¿Será verdad que el jóven sacerdote, que para contemplar mas vivamente la pasion de Cristo, caminara tantas veces cargado de una cruz y ceñido de una corona de espinas, comportó en su muerte uno de los cruelísimos tormentos que sufriera el divino Redentor? Será verdad que una piedra desprendida torciese una espina de hierro de su corona, y se la hincase en el cérebro, barrenando el cráneo y atormentándole horribilmente ántes de exhalar su espíritu? Será verdad que los ecos de su agouía se oyeron por entre los resquicios de los escombros? Ah! ciertamente no habia creído consumir la obra del Calvario. Discípulo fervoroso del crucificado morirá, no estendido, sino agoviado bajo la cruz de su maestro. Tambien él habia cumplido treinta y tres años! Cómo le lloraran los pobres de Felanitx de quienes era consolador y amigo! Cómo le echará ménos esa nueva y simultánea generacion de huérfanos desvalidos y menesterosos nacida entre los horrores de una calamidad inesperada.

## VIII.

Una idea atroz espeluzna mis cabellos y envenena el manantial de mis pensamientos: mis nervios se crispan, y siento he-

larse la sangre de mis venas. Me figuro como el declive de un collado erial en que asoman miembros palpitantes, á guisa de esparcidas matas de menuda yerba: tal vez la cabeza de un tronco ya estrujado, tal vez la mano de un cuerpo hundido que respira aun; ¿y quién sabe si en aquellos momentos de trastorno mental, de acciones instintivas, de confusion imprescindible, la azada que desenterraba un cadáver no sepultaba mas un viviente, la premura con que se acudia al socorro de un deudo no hacia perecer un amigo, la planta que volaba á los gritos de una víctima querida no magullaba y pisoteaba una víctima desamparada? Cómo prescribir la paciencia á los torturados moribundos, y el orden á sus impacientes libertadores!

## IX.

Hijos, madres y esposas, que buscando el objeto de vuestro cariño, revolveis los cadáveres hacinados en insepultos montones, ¿cómo podréis distinguirlos, estando fracturados sus talles, y aplastadas y ensangrentadas sus fisonomías? No esperéis conocer al mancebo por sus juveniles formas, ni á la linda jóven por la hermosura de su semblante. ¿De qué servirán vuestras investigaciones? Estos cadáveres no pueden hablar ya á vuestros ojos como tampoco pueden hablar á vuestros oídos. En valde os afanais para regarlos con vuestro llanto, para darles el abrazo de eterna despedida, para decirles el adios postrimero: en ellos está borrada y desfigurada la imágen que conservais ilesa en el corazon. = Buscamos solamente algún indicio en sus vestidos para conocer á los que amamos.

## X.

¿Porqué se desplomó en tan crítico momento el murallon que tantos años permaneciera desvencijado y ruinoso? Porqué el nuevo peso que encima se le acumulaba era superior á la resistencia de su base. Esta reflexion dejará satisfechas las dudas del filósofo de corazon árido y miras limitadas: pero ¿creeis

que ese fatalismo glacial, esa resignacion infecunda al imperio de una causa ciega, pueda enjugar una lágrima sola de cuantas ha hecho verter catástrofe tan espantosa? En las causas secundarias se puede buscar la razon física de ese desastre, mas para encontrar su consuelo es necesario remontarse hasta la causa primordial, la causa de todas las causas. Los que tengan el pecho encallecido, y no hayan probado una gota de este cáliz de amargura, podrán prescindir, si así les place, de los inescrutables designios de la Providencia; pero á los que han visto rotos de un golpe sus mas dulces vinculos de parentesco, á los que han perdido de repente las hermosas ilusiones de su risueño porvenir, á los que arrastran un cuerpo horriblemente contuso, mutilado, no les expliqueis las leyes del equilibrio; habladles sí, de los inapeables juicios, de los caminos secretos, y de la voluntad augusta del supremo Legislador del mundo.

### XI.

Hermoso niño de rubios cabellos que no has visto siete primaveras todavía, ¿adónde llevas de la mano á tus dos hermanitos que gimiendo te acompañan? =Al cementerio. =¿Y qué habeis de hacer allí? =Buscarémos á nuestro padre y á nuestra madre que fueron al sermon y no han vuelto á casa. =Mirad que es tarde ya, y van á cerrar sus puertas. =Nosotros quedaremos dentro hasta encontrarlos. =Hijos mios, ya no teneis otro padre mas que Dios.

### XII.

¿Qué teneis, pobre anciano, que así retorceis vuestros brazos, y clavais en el cielo esa mirada penetrante como vuestro dolor? Qué teneis? =Ayer tenia una esposa y dos hijos, hoy nada tengo. =Y vos, buena anciana, que ni llorais á gritos, ni me-sais vuestros cabellos, que solo indicais vuestra angustia en sordos gemidos y en la palidez de vuestro semblante parecido al de todos los habitantes de ese pueblo, ¿por ventura no teneis que lamentar alguna desgracia en vuestra familia? =No

tengo mas que una hija. =¿ Y está sana y salva? =Tiene solamente un muslo roto. =Un muslo roto! y la buena muger no se atreve á lamentarse. La participacion del quebranto universal ahogaba los quejidos de las aflicciones individuales.

## XIII.

¡Ay de vosotras, esposas desgraciadas, las que en aquellos dias de angustia sentiais un dulce peso en vuestras entrañas, y aguardabais la sonrisa de un nuevo hijo para dar tregua á vuestras lágrimas! El terror y el susto han emponzoñado el jugo alimenticio de los que debian consolaros con su esperado nacimiento. Jóvenes tiernas, que saboreais aun las risueñas emociones del festin de vuestro desposorio, cuán caras van á seros las primicias de la maternidad! Sentiréis agudísimos dolores, y vuestro parto no será alumbramiento. El fruto de vuestro seno pasará de un sepulcro viviente á un sepulcro inanimado, como sus mayores han sido trasegados de una tumba ¡imprevista á la tumba de su eterno reposo.

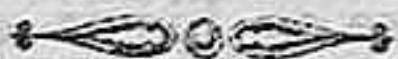
## XIV.

Si considerais este fracaso como acontecimiento fortuito en el cual no haya tenido parte alguna la providencia, careceis de fe. Si lo considerais como castigo directo y exclusivamente merecido, no teneis caridad. Cualquiera de estos dos sentimientos está falseado si está solo. Si acusais á Dios, sois blasfemos; si acusais á las víctimas, sois impíos. ¿Creeis que el pueblo de Felanitx fuese reo de mayores delitos, que los que inficionan á los otros pueblos? Yo os digo que no. *¿Pensais que estos Galileos, cuya sangre se ha mezclado con la de sus sacrificios, fuesen mas pecadores que sus conciudadanos, porque tanto han padecido? Yo os digo que no. ¿Pensais que aquellos diez y ocho sobre quienes se desplomó la torre de Siloe, fuesen mas deudores á la justicia divina que los otros habitantes de Jerusalem? Yo os digo que no.*

TOMAS AGUILÓ.

## Poemas

### Á LA PRIMAVERA.



Ya vuelve la primavera:  
Suenen la gaita, rueda la danza:  
Tiende sobre la pradera  
El verde manto de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:  
Suene la gaita, rueda la danza:  
Las nubes pasan aprisa,  
Y el azul muestran de la esperanza.

La flor rie en su capullo:  
Suene la gaita, rueda la danza:  
Canta el agua en su murmullo  
El poder santo de la esperanza.

¿La ois que en los aires trina?  
Suenen la gaita, rueda la danza:  
— «Abrid á la golondrina,  
«Que vuelvo en alas de la esperanza.»

Niña, la niña modesta,  
(Suene la gaita, rueda la danza)  
El mayo trae la fiesta  
Que el logro trae de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:  
Suene la gaita, rueda la danza:  
El perfume engendrador  
Al seno sube de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:  
Suene la gaita, rueda la danza:

Cuanto el son y el verdor crece,  
Tanto mas crece toda esperanza.

Sonido, aroma y color  
(Suene la gaita, ruede la danza)  
Únense en himno de amor  
Que engendra el himno de la esperanza.

Morirá la primavera:  
Suene la gaita, ruede la danza:  
Mas cada año á la pradera  
Tornará el manto de la esperanza.

La inocencia de la vida  
(Calle la gaita, pare la danza)  
No torna una vez perdida:  
¡ Ó mi inocencia ! ¡ ay mi esperanza !

Barcelona, Mayo de 1843.

PABLO PIFERRER.



**B**ella estacion de las flores,  
Que hasta el desierto embelleces,  
Y al suelo con tus verdores  
Frescos vuelves los colores  
Que agostara tantas veces ;

Si hasta al tiempo su perdida  
Juventud vuelve tu don:  
¿Porqué tu grata venida  
No vuelve calor y vida  
A mi yerto corazon ?

Que el invierno revistiera  
De luto mi pecho triste...  
Mas , que al venir lisongera

No quite la primavera  
El luto que el pecho viste!

Cuando flotante encubria  
La parduzca nube el cielo,  
Entre dientes me decia:  
«Tambien cubre el alma mia  
La tristeza con su velo.»

Cuando la lluvia menuda  
Lentamente goteaba  
Sobre la tierra desnuda,  
Yo creí en mi pena cruda  
Que el cielo tambien lloraba.

Y amaba la luz sombría  
Que los ojos no molesta,  
Y entre dientes me decia:  
«Es la edad del año fria,  
Del dolor la edad es esta.»

Mas ora de resplandores  
Se inunda la azul esfera,  
Y cual hueste de invasores  
Risas, placeres y amores  
Me circundan por dó quiera.

Me circundan; y al abrigo  
De tan estraña invasion,  
Percibo el ruido enemigo,  
Y siento cual cruel castigo  
Desolado el corazon.

Con fatal y triste anhelo  
Voy buscando la esperanza;  
Su fulgor anima el cielo,  
Su matiz alfombra el suelo,  
Da su brisa al mar bonanza.

En los ayres su himno suena,  
Y esta esperanza que acecho

Por do quier brilla serena;  
 Tan solo un lugar no llena,  
 Y este lugar es mi pecho.

Consuélele ántes que muera,  
 Bella estacion de las flores;  
 Hazle que goce siquiera  
 Por ilusion postrimera  
 La ilusion de los amores:

A los brezos y zarzales  
 Les das flores y recío,  
 Y te secan tus cristales,  
 Y arrojan por los eriales  
 Tu magnífico atavío.

Tú que vistes de hermosura  
 El páramo triste y yerto,  
 ¿Para mí serás tan dura?  
 ¿Vale ménos por ventura  
 Mi corazon que el desierto?

No, no vuelas presurosa,  
 Sin que alménos tus caricias  
 En mi alma de tí quejosa  
 Siembren ántes una rosa,  
 Ya que tantas desperdicias.

No, por Dios no me contristes,  
 Que es quizá mi voz postrera;  
 Y diré si te resistes:  
 Para mí, placer, no existes,  
 Para mí no hay primavera.

Abril de 1844.

TOMAS AGUILÓ.



## CRONICA RELIGIOSA.

Acontecimiento cuyas consecuencias pueden esplotar á la vez la religion y la política, es el regreso de la angusta viuda de Fernando VII al lado de sus hijas. Cuando tras los escándalos de Barcelona y los ruidosos acontecimientos de Madrid, se vió en el año 40 la Reina Cristina frente á frente con la revolucion, ántes que capitular ignoblemente con ella, ó motivar el derramamiento de mas sangre española, resignó la rejenia en manos del ministerio; y en una mañana de octubre imprimió la madre desolada el beso de despedida sobre las tiernas frentes de sus hijas, cuando dormian todavía el apacible sueño de la inocencia. Pero Dios que hace brotar el bien del mismo mal, permitió que la Reina madre fuese despedida bruscamente en las playas de Valencia por un desleal soldado, para que arrojando una mirada sobre los desmanes que en su nombre se habian perpetrado, los llorara mientras otra cosa no podia, y los reparara apenas estuviese en posicion de hacerlo. Cristina no ensordeció á este golpe de la gracia, y la hija, viuda y madre de reyes se fué camino de Roma, como tantos soberanos de la edad media, con una resignacion igual á su arrepentimiento. Esta es la página mas brillante que la historia imparcial dedicará á María Cristina; y si nuestros nietos leerán con estupor que en la siempre católica España fueron entrados á saco los bienes de la Iglesia, demolidos los conventos, y reducidos á pavesas los templos, recordarán tambien que la señora que gobernaba la monarquía en época tan tempestuosa, se sintió tocada un dia por el dedo de Dios; y fué á lanzarse á los piés de Gregorio XVI para que estendiera sobre ella sus manos. Nunca mas recomendable el emperador Teodosio, que arrodillado á los umbrales de la basílica de Milan; nunca mas bella María Cristina, que cuando con tiernas lágrimas, en las angustias del destierro, pide perdon á Dios por la responsabilidad que pudiera haberle en los males que han afligido á la Iglesia española. Pero ya se ha restituido al regio alcázar de Castilla por un camino alfombrado de palmas, al son de vivo y prolongado aplauso; y en todo el itinerario apenas ha habido pueblo cuya iglesia no visitara la ilustre viajera, orando al pié de los altares con silencioso

recogimiento, y regando á menudo con su llanto las losas del santuario. Por harto sabidas omitimos las tiernas escenas que presenciaron la industriosa Barcelona y la religiosa Valencia; por do quiera se escaparon del augusto labio palabras de consuelo para la afligida Iglesia, y de estas palabras hemos tomado acta; ellas son fianza de un nuevo porvenir. Y por lo mismo que hemos admirado la piedad de María Cristina, y no ocultándonos en cuánta debe ser la privanza de que goza en los consejos de su hija, se nos hace mas dura y estraña la obstinacion del ministro financiero, creado últimamente título de Castilla, en consumir el despojo de la Iglesia. No es este el medio, aun cuando fuera lícito, de levantar á la hacienda pública de su abatimiento, ni mucho ménos de facilitar el tan anhelado concordato. Tiempo es ya de decirlo sin ambages ni rodeos; mientras continuen vendiéndose á voz de pregonero los pocos bienes que á la Iglesia han quedado, en vano se levantará el destierro á los obispos, y se hablará de añadir las rotas relaciones con el pontífice, que desde las márgenes del Tiber mira todavía á la nacion española con entrañas de padre. No bastará tampoco mandar á Roma al secretario particular de María Cristina al Sr. Castillo y Ayensa, si al mismo tiempo no se hiciese entender al Sr. Hoyos, que en la capital del cristianismo se da los aires de embajador, el paso desatentado que dió, asistiendo, como aseguran, á unos fuerales celebrados según el rito protestante.

No es esto decir que la cuestion eclesiástica, aunque lentamente, no vaya ganando algun terreno, pues desde nuestra última reseña ha sido abierto el tribunal de la Rota cerrado revolucionariamente en diciembre del año 40; y por el ministerio de Gracia y Justicia se han espedido varias circulares, que revelan todas el fondo de piedad y sana ilustracion del Sr. Mayans; si bien le muestran, alménos á nuestros ojos, mas tímido de lo que convendria en respetar los compromisos revolucionarios que en otros ramos huella victoriosamente el gobierno. Si la muerte y la persecucion han ido quintando al clero español en los diez años de entredicho que llevamos, ¿porqué no se desata las manos á los obispos, para que con toda libertad puedan entenderlas sobre cuantos aspiren al sacerdocio adornados de los requisitos que los sagrados cánones requieren? Puesto que hay tantos claros que llenar en las filas del clero español, hubiéramos deseado que se removiera el obstáculo en que tropiezan los postulantes, teniendo que sujetarse á previas oposiciones de curato, pues mal podrán celebrarse en muchas diócesis, donde no hay siquiera un examinador sinodal. Sin embargo el dia 2 de marzo último el Sr. obispo de Córdoba confirió órdenes en la iglesia de las monjas de la Encarnacion de Madrid á 55 ordenandos, á sa-

ber, 11 presbíteros, 15 diáconos, 28 subdiáconos, y á un niño de 12 años que recibió la tonsura. No necesitábamos otro dato para probar á este siglo adormecido en brazos de voluptuoso sueño, que no faltan todavía jóvenes con bastantes bríos para abrazar una carrera, en cuyo extremo se confunden la auréola de la gloria y la palma del martirio.

Brillantes é imponentes solemnidades presenció la corte en la última semana santa. S. S. M. M. salieron á visitar este año los sagrados monumentos, acompañadas de un lucido cortejo de generales, y de los Sres. obispos que se hallan en la corte de regreso á sus diócesis. Las tropas con las armas á la funerala estaban tendidas por la carrera que debía seguir la regia comitiva, y tenemos un placer en decirlo, nada se escaseó de cuanto pueda aumentar el brillo de la religion y de la monarquía. Acerca de la acogida que hallaron en la real cámara el Sr. arzobispo de Santiago y los SS. obispos de Calahorra y Palencia presentados á SS. M. M. por el ministro de Gracia y de Justicia el 30 del último marzo, anda algo dividida la prensa de Madrid. Nosotros aguardamos mas copia de datos acerca de dicha entrevista, para hablar con mayor conocimiento de causa; pero si fuera verdad que las únicas palabras de *consuelo y benevolencia* que les dirigió la Reina madre, ya que Isabel II no se dignó despegar los labios, se redujeron á que «la encomendasen á Dios tanto á ella como á su hija» palabras buenas para tiempos normales, y que lielan el corazon pronunciadas ahora cuando tantos males han trabajado y continúan trabajando la Iglesia española; si llegasen á deshojarse las pocas ilusiones en que todavía nos mecemos, ah! entónces tiraríamos la pluma, y cruzados los brazos y levantados los ojos al cielo, esperaríamos, reposando en el seno de la Providencia, que amaneciese un dia mas sereno.

Saliendo ya de España, para escrutar en otras naciones el estado del catolicismo, puesto que en Portugal se halla empantanada la cuestion religiosa, y habiéndose dado ya ininuciosa cuenta en otra seccion de este número de la lucha empeñada en Francia entre la universidad y el episcopado, vengamos á Inglaterra. No bastaba que de la Iglesia reformada y oficial, del anglicanismo puro, fueran desmembrándose dos fracciones de cada dia mas numerosas, á saber la del partido llamado evangélico, y la de los puseistas que se acercan mucho y adoptan ya en parte los principios católicos; sino que un nuevo cisma debía desgarrar aquella cismática religion. Segun anuncia un periódico de Lóndres, trátase de constituir una Iglesia que tenga obispos y gerarquía eclesiástica, pero que se halle enteramente separada é independiente del Estado. Los fundadores de esta nueva secta se proponen *corregir y revisar* la liturgia actual del anglicanismo. Copioso fermento de division por lo vis-

to va introduciéndose en la Iglesia de Henrique VIII, y esperamos que irá desenvolviéndose con el tiempo; y cuando Dios tienda una mirada de misericordia sobre la Inglaterra protestante, avergonzada esta de sus pasados extravíos volverá á arrodillarse ante la cátedra de san Pedro. Si es cierto, segun asegura el *New York Freeman* que de los 12,000 ministros episcopales de Inglaterra y del país de Gales, los 9000 son puseistas, el camino para la reconciliacion se halla bien preparado, y talvez apunta ya la aurora de tan afortunado dia.

Nunca mas intolerante una religion, lo mismo que un partido, que cuando siente su propia debilidad y no tiene delante de sí larga vida; y ved ahí porqué en Suecia ha sido condenada á perpetuo estrañamiento del reino y á confiscacion de todos sus bienes la familia del pintor Nilson, por haber abjurado el protestantismo, convirtiéndose á la religion católica. Este riguroso decreto espedido con arreglo á las reales órdenes dadas á fines del último siglo ha producido honda sensacion, pues que la opinion general miraba ya semejantes órdenes como abrogadas claramente por el acta constitucional que rige ahora en Suecia, y que garantiza explícitamente á todo sueco la libertad de conciencia.

Heinos vacilado algunos momentos si partiríamos con nuestros suscriptores el hondo sentimiento que nos ha cabido, al saber que dos obispos húngaros de la comunión griego-unida acaban de apostatar para pasarse al cisma, habiendo graves temores de que otros obispos y una gran parte del pueblo húngaro desiertan tambien las banderas de la verdad. Este hecho, que ha caido como una losa sobre nuestro corazon, deseáramos poder desmentirlo en otra reseña. Tal es el efecto de la influencia é intrigas de la Rusia para cimentar en el cisma religioso su imperio temporal sobre todas las naciones esclavonas; influencia fatal que las cáruaras de la Grecia han experimentado tambien en la discusion de la nueva constitucion, por la cual la religion griega cismática es declarada la dominante del estado, pudiendo servir este artículo para escluir de la sucesion al trono á los católicos príncipes de Baviera.

Entretanto en el Nuevo Mundo continuan con éxito portentoso sus espirituales conquistas los adalides de la religion, y con especialidad los hijos de la Compañía, que sin arredrarse por los disturbios y guerras intestinas en que arden las repúblicas de la América meridional, van recogiendo con sus misiones abundante cosecha para el cielo, conciliándose al mismo tiempo el afecto y veneracion de los pueblos. Hace poco que en un periódico americano leímos un sentido elogio del mallorquin P. Gomila, conocido ya en Madrid por sus vastos y profundos conocimientos en las ciencias fisico-matemáticas. Y pues que de jesuitas mallorquines hablamos no podemos ménos de menciouar que uno de

los que se embarcaron en Italia para Nueva Granada, es el P. Luis Amorós, jóven candoroso, que despues de haber brillado en las aulas de Montesion, niño aun de 15 años se fué á vestir la humilde sotana de Loyola, arraucándose de los brazos de su cariñosa madre y de un amigo muy tierno; á quien amenudo, despues de tantos años, hemos oido recordar el nombre de Amorós con enternecimiento y orgullo.

Numerosas y admirables conversiones han consolado desde nuestra última crónica á la Iglesia de Jesucristo. En Inglaterra ha abrazado la religion católica el Sr. Scott Murray individuo de la cámara de los comunes por el condado de Buckingham, y discípulo de la universidad de Oxford y de Mr. Newman, siendo ya el décimo octavo alumno del ilustre profesor puseista que se ha convertido al catolicismo. El 27 de febrero confirmó el Sr. arzobispo de Dublin 500 personas en la iglesia de san Andres, y 1500 entre niños y adultos el dia 5 de marzo en la de san Pablo. El 2 del mismo mes ante el párroco de Loughrea (Irlanda) la Sra. Harios Farriel abjuró tambien el protestantismo.— El dia 4 de febrero reportó la verdad católica un nuevo triunfo sobre el error en la catedral de Ausburgo (Baviera): el Sr. Carlos Hua doctor en filosofía y pastor protestante dimisionario de la parroquia de Groeningen (Wurtemberg) hizo pública la abjuracion de sus errores. En Francia el Sr. Tomás Hércules de Patras de Campaigne de una de las mas antiguas familias de la provincia de Boulogne ha seguido las huellas de su madre, abjurando como ella el protestantismo.

La muerte de dos prelados españoles, que en el espacio de dos meses han sucumbido en el destierro, presenta un doloroso contraste con la alegría á que se entregan otras diócesis por la vuelta de sus amados Pastores. Mientras que el cabildo de Lérida y otras corporaciones pedían tambien el regreso de su obispo, fallecia este en Niza la noche del 18 de febrero último, y las mismas columnas de los diarios que insertaban las esposiciones de sus diocesanos dieron la noticia de su muerte. Prelado de avéntajadas partes, y como tal digno de padecer por Jesucristo, era el Ilmo. D. Julian Alonso; víctima inocente de las pasadas discordias tuvo que buscar hospitalidad en suelo extranjero; y si en sus últimos momentos no probó el consuelo de saber que sus diocesanos agolpados á las puertas del palacio episcopal preguntaban consternados por la salud de su pastor, vió al ménos su lecho de muerte rodeado por los buenos Padres de la Compañía en cuyo colegio habia vivido largos años, y quienes habian procurado con la amenidad de su trato endulzarle los horrores de la emigracion. La diócesis de Lérida honró con abundantes y sinceras lágrimas la muerte de su obispo, encrudeciendo mas su dolor la fundada esperanza que alimentaba de

verle restituido quanto ántes á su seno. La otra pérdida que lamenta la Iglesia española es la del Ilmo. obispo de Menorca, fenecido el 15 del presente abril en Marsella donde residia, desde que en el año 42 fué estrañado del reino. Lo reciente de esta noticia no nos permite informar á nuestros lectores de las circunstancias que han acompañado su muerte, ni estendernos como quisiéramos sobre las prendas y virtudes que adornaban al Sr. Merino, por otra parte bien conocidas en esta isla.

También la Iglesia de Francia sufrió una pérdida sensible en la persona del Ilmo. Sr. Felipe Francisco de Sausin obispo de Blois fallecido en 5 del último marzo. Nacido en Orange en 1756, antiguo vicario general de Lisiens, obligado á salvarse en Alemania de la voracidad de la guillotina durante la revolucion, fué consagrado obispo en 1823, mostrándose dechado de todas las virtudes durante su carrera pastoral. La Irlanda ha perdido igualmente uno de sus venerables prelados el Rev. Dr. Kernan obispo de Murriskmacross; y en París falleció el 22 de febrero último en medio de una profunda oscuridad el Ilmo. Sr. D. José Ramon de Arce antiguo patriarca de Indias y arzobispo que fué de Zaragoza; este prelado vivia retirado en Francia desde la guerra de la independencia, durante la cual se habia comprometido por los invasores.

Y cuando tanto nos ocupamos de necrología, no debemos olvidar á nuestro compatriota el presbítero D. Bartolomé Oliver, en cuya mano si no brillaba un anillo y en su pecho un pectoral, brillaban en su alma muchas y muy esclarecidas virtudes. Víctima de las mas ilustres de la funesta catástrofe de Felanitx, habia alcanzado la edad de 53 años llevando siempre una vida ejemplarísima; paciente, modesto, humilde, dado á las practicas de la devocion, le conocieron sus amigos y condiscípulos en este seminario conciliar; y cuando elevado al sacerdocio y restituido á su pueblo natal, encontrábase la aurora todos los dias celebrando el santo sacrificio, para sentarse despues largas horas en el confesonario, y desde él volar á las cabeceras de los enfermos á alentarlos con palabras de resignacion cristiana. Murió el jóven sacerdote, como su vida pedia: pesando sobre sus sienes una corona de espinas, y vestido con la túnica del Nazareno; estrujado bajo una balumba de ruínas, aun sus labios pronunciaron estas palabras: «Jesus, amparadme» y con esta invocacion es de esperar que su alma volaria al cielo. El Sr. Oliver ha dejado en Felanitx un gran vacío que hasta cierto punto solo puede llenar otro sacerdote, jóven tambien, de inocentes y apacibles costumbres, que no nombramos temiendo lastimar su modestia, pero que nombrarán en su corazon nuestros lectores.

Las estensas dimensiones que va cogiendo esta crónica, nos obliga á truncar el hilo que esperamos poder añudar otro dia. =J. V. y P.

# CRONICA POLITICA.

## Reseña General

### DE LO ACAECIDO DESDE EL PRONUNCIAMIENTO DE JUNIO.

#### §. II.

Árdua al par que bella y gloriosa era la obra confiada al ministerio Lopez constituido en gobierno provisional á últimos de julio: y no se podia razonablemente exigir ni aun esperar de aquellos hombres el cumplimiento de ella, sin prescindir de todo antecedente y aun de la misma humana naturaleza, sin pedir en el orden político aquellos cambios asombrosos y repentinos que solo puede obrar la gracia en el orden sobrenatural. Representantes legítimos del alzamiento, mientras no pasó de ser una ruptura parlamentaria ó un pronunciamiento de provincia, ¿podian serlo acaso, cuando se habia convertido en una cuestion social y principalmente contrarevolucionaria? Era lo mismo ponerse al frente de una nacion entera, que al frente de una mayoría de las cámaras ó de una junta de salvacion? Podian satisfacer ni comprender siquiera los votos de la España? Regenerar la patria, reparar el santuario rehabilitando á sus ministros, y ligándolos de nuevo con el centro de unidad, afirmar el trono y ponerlo para siempre á cubierto de motines y profanaciones, conciliar la nacion dividida, ahogando los enconos y remediando las injusticias cualquiera fuese su autor y su fecha, ¿era mision esta de fiar á un Lopez, á un Ayllon, á un Caballero? Sentaban en sus labios igualmente bien que la voz de Constitucion, las de Religion y Monarquía? Y sin embargo estos dos elementos debian ser las columnas de la situacion nueva, en gracia de aquellos dos sentimientos habia triunfado, y solo ellos podian legalizar su dominacion, no el código cuyas páginas por su conservacion propia se veian precisados á desgarrar. Medid sino por la estrecha pauta constitucional aquel pronunciamiento, y será mas incalificable todavía que el de 1.º de setiembre; será la ley del mas fuerte, será la espulsion del infractor de las prácticas parlamentarias, (pues no pudo ser otro en mayo el delito de Espartero,) por los infractores de la Constitucion en agosto con la renovacion total del senado y otras medidas no ménos trascendentales. Si no fué malicia pues de algunos moderados la de abandonar el

mando en circunstancias difíciles á sus antiguos adversarios para que mas pronto se desacreditasen, fué ceguedad inaudita la de agruparse en derredor de ellos, la de prodigarles incienso y aclamarlos salvadores en artículos y en brindis, la de resignarse á un papel muy secundario abdicando su lenguaje y sentimientos anteriores; y mas injustos son todavía los cargos que al gobierno provisional despues se han hecho por no haber seguido la marcha que convenia. Si hubieran tenido los miembros de este bastante fe en su genio é importancia propia, para dirigir el nuevo rumbo que las circunstancias reclamaban, y para vincular en sí el mando supremo como premio de sus esfuerzos y habilidad, hubieran sacrificado sus antecedentes y hasta sus opiniones á la conciliacion universal, acallando las reconvenciones de sus antiguos amigos y las antipatías de sus contrarios, y emulando la gloria de los que han sabido enlazar su ambicion y grandeza con la salvacion y prosperidad de su patria. Pero no eran de estos hombres los ministros, ex-tribunos, y en ellos comprendemos al famoso Olózaga; bien conocian ellos que acabada la revolucion acabaria tambien su papel, y que el orden y la paz era una atmósfera en la cual no podrian vivir; el único cargo que puede formárseles es el de no haberse resignado á la oscuridad, desprendimiento poco ménos que imposible en épocas de revolucion. Somos francos; todo hombre de partido, todo el que no puede brillar sino á la sombra de una banderia, puesto en su lugar hubiera imitado su conducta. La generosidad brota amenudo del sentimiento de la fuerza propia, así como la estrechez de miras es el reflejo de la debilidad.

Pero muchos lo que no esperaban de los gobernantes lo esperaban de la fuerza misma de las cosas. Nunca en efecto en diez años habia presentado la España un espectáculo tan consolador ni una ocasion tan oportuna para reorganizarse: dos poderosos agentes, la desgracia y el desengaño, habian acercado mútuamente los partidos y hécholes conocer la necesidad de ceder cada uno un poco de su parte: todos habian contribuido al triunfo; natural era que todos participaran de sus frutos, y que vueltos en sí unos de sus errores, otros de su letargo y abatimiento, comprendieran sus verdaderos intereses, y se decidieran á ser españoles ante todo. Las juntas por lo general admitian en su seno á hombres de honradez y arraigo sin distincion de colores; y en el lenguaje con que dictaban las medidas reparadoras que podian, dejaban entrever un espíritu todavía mas reparador, distinguiéndose entre todas por sus tendencias religiosas la de Valencia y Zamora. El espíritu religioso se habia convertido en verdadero entusiasmo, y pueblos y autoridades parecian rivalizar en sus manifestaciones: las ciudades sacaban en triunfo por las calles las imágenes casi olvidadas de sus celes-



tiales patronos; el defensor de Sevilla, el ilustre Figueras, á Dios y no á su propio esfuerzo atribuía la victoria, y proponía que se erigiera á san Fernando la estatua que á él le destinaban. Pero los pueblos tan indomables como son en la lucha, son fáciles de monopolizar después del triunfo; y estos elementos de bien fueron desapareciendo, conforme la acción fué centralizándose en el gobierno y cesando la de las juntas, que con un desprendimiento y docilidad que forma contraste con la conducta de otras juntas anteriores, abdicaron sus funciones luego que pudieron. Aparecieron entonces en la palestra las mismas ideas estrechas, la misma intolerancia, la misma suspicacia que caracteriza la revolución española; se afectó un puritanismo estremado por la Constitución y un miedo cerval á las reacciones; afectóse desconocer después de la victoria á los que tanto habían fraternizado en la lucha; proclamáronse los *hechos consumados* por los que más se habían opuesto á su establecimiento; y se trató al partido numerosísimo excluido del nombre de constitucional, como á un enjambre de presidarios á quienes se suelta tan solo en el momento del peligro, pasado el cual truecan otra vez las armas por el grillette. El que antes se llamaba *partido nacional*, calificación que aunque ilógica espresaba en el fondo una verdad, quedó bautizado de sobremesa en el Liceo de Madrid con el nombre de *parlamentario*, y si no nos engañamos, por el mismo Olózaga, cuyas espresiones alménos nadie negará que sean afortunadas. Pero ni estos obsequios y sacrificios pudieron recabar una cordial unión entre los partidos constitucionales, ni bastaron para acallar las pretensiones de los revoltosos ó las inyectivas de los vencidos la lenidad que con ellos usaba el gobierno, y la dureza con que trataba á los buenos.

Todavía resonaban las bóvedas de los templos con los acentos del *Te Deum* por la reconciliación de los españoles, y ya en las plazas se levantaban clamores discolos y anárquicas exigencias; las mismas columnas de los diarios que venían llenas de felicitaciones á los pacificadores, estallaban en amargas recriminaciones mútuas ó dirigidas á los gobernantes. Los moderados, sin dejar un momento de aclamar á Lopez, á Serrano y á Olózaga, empezaron por reticencias y escepciones desfavorables acerca de la conducta observada en otros ministerios, y acabaron por murmurar á boca llena de Ayllon y Caballero, y por ver una criminal connivencia en lo que habían mirado antes como escésiva humanidad ó mal entendida blandura con los vencidos. Los hombres religiosos, y los que en el alzamiento nacional habían salido de su desdeñosa indiferencia ó de su hostil aislamiento respecto del gobierno representativo, se dolían de verse excluidos con calificaciones

asaz insultantes del nuevo orden de cosas á cuyo establecimiento tanto habian contribuido, de verse desconocidos por los mismos que en tres años de comun opresion habian por tantos medios solicitado su alianza, de ver desatendidos sus deseos en lo que tenian de mas razonable y de mas sagrado, así por su carácter propio de justicia, como por ser el cumplimiento de anteriores promesas, y el voto general bien espreso de la nacion. El *Eco de Comercio* por fin, órgano inmemorial del *progreso*, y con especialidad de las ambiciones é intrigas de los Francisquistas, así como habia sido el primero en proponer la coalicion de la prensa, fué el primero en deshacerla; no sin sospechas de que provocasen, ó aplaudiesen alménos la ruptura dos de los ministros, el de Gobernacion y el de Hacienda, que en épocas diferentes habian dirigido la redaccion de aquel periódico. Siguiéronle, si no le precedieron, en esta contramarcha la mayor parte de *progresistas independientes* arrepentidos de su propia obra; de suerte que á mediados de agosto en la corte misma se tuvo entre ellos y los ayacuchos una junta electoral que pudo pasar por una parodia del abrazo de Vergara, y ántes de llegar el 1.º de setiembre de 1845 se hallaban los partidos con cortas escepciones en la situacion misma que precedió al 1.º de setiembre de 1840.

No desconocemos los apuros del gobierno en medio de tantos partidos, que como caballos desbocados le arrastraban en opuestas direcciones, y que bajo el pretesto de conciliacion no aspiraban tal vez á ménos que á su triunfo esclusivo; no desconocemos los inconvenientes de todo gobierno procedente de una insurreccion por nacional y santa que sea, y mas de aquel que por sus principios afectaba un entusiasmo y respeto farisaico por la Constitucion, en tanto que por su propia seguridad y existencia se veía precisado á cerrarla, atrayendo sobre sí con triple motivo las acusaciones que contra el poder caido habia suscitado: no desconocemos los peligros de la convalecencia, la dificultad de la conciliacion, lo desmedido de ambiciones personales, los elementos de anarquía que do quier pululaban, hasta en el ejército mismo, única fuerza represiva. Era en efecto tan peligroso licenciarle, y esponerse el gobierno desarmado á las maquinaciones de sus enemigos, como mantenerle armado y descontento y acostumbrado á la insurreccion, infringiendo las mas esplicitas promesas. Solo el genio y robusta mano de Narvaez, podia comprimir los efectos de aquella desmoralizacion: la insurreccion de algunas compañías del regimiento del Príncipe dentro de la capital en la noche del 29 de agosto no fué sabida por la mayor parte de aquellos pacíficos moradores, hasta despues de haber corrido en presencia de toda la guarnicion, la sangre de ocho culpables. Pero al la-

do de tanta actividad, de tanto poder en un hombre solo, ¿qué conducta observó el gobierno? qué plan se trazó? el no seguir ninguno. La animadversión y el desprecio universal son el premio constante de la debilidad así en los individuos como en los gobiernos. Si el provisional pues no fué connivente con los revoltosos y enemigos de la situación, siguió la máxima de aquellos indios que ofrecían sacrificios únicamente á los dioses malos, porque á los buenos los tenían siempre contentos. Solo así se explica la mezcla de timidez y terquedad que usó con respecto á distintas opiniones, y los miramientos que gastó con la indócil junta de Barcelona, mientras que en términos violentos deshacía ingratamente los religiosos acuerdos de la de Valencia y de muchas otras juntas modelo de sumisión.

Pero si la única culpa del gobierno era una incauta confianza, si esperaba desarmar á los revoltosos á fuerza de concesiones, pronto vino á despertarle de su ilusión y de su letargo el terrible estallido de Barcelona. Avezada esta ciudad mas que otra alguna á espectáculos atroces y á desastrosas revueltas en los diez años de revolución; centro y asilo, por su posición comercial y fabril, de aventureros y criminales así españoles como extranjeros; abrigando en sus muros una numerosísima clase proletaria desmoralizada en su mayor parte por los demagogos, y puesta á sueldo de estos, por su indigencia, apenas las fábricas se cierran; dominada desde largo tiempo por una pandilla ambiciosa, erigida en foco permanente de anarquía, y en monopolista de los cargos y destinos públicos en provecho propio; amenazábala á los ojos de cualquiera un nuevo trastorno, del cual eran síntomas harto significativos las violencias de la junta provisional cuyos miembros amigos del orden habian ido retirándose, la especie de guardia pretoriana que formó en derredor suyo, y su alarmante y hasta sedicioso lenguaje pidiendo junta central para prolongar de esta suerte la anarquía. Para contrarrestar este peligro mandó allí el gobierno los cuerpos francos mas notables por su falta de moralidad y disciplina, y las autoridades militares mas débiles y faltas de prestigio; y cuando á últimos de agosto entró en Barcelona el general Primi, encontró el mal ya tan enconado, que con sus arengas á los descontentos no logró mas fruto que el de mostrar una serenidad y valor admirables en medio de aquellos *patuleas* idólatras de su jefe dos meses antes, y trocados ya en asesinatos. El 2 de setiembre reventó por fin la mina; 500 hombres de cuerpos francos que á la madrugada penetraron en Barcelona, atrincherados en la plaza de san Jaime dieron el grito de insurrección, y unidos con algunos nacionales, se apoderaron sin dificultad de Atarazanas, mientras las tropas y autoridades fieles al gobierno corrian á encerrarse en

Ciudadela. Entonces el pueblo barcelones sin amparo ni defensa emigró en masa, puede decirse, por entre un mortífero fuego, abandonando sus casas y sus haberes á la rapacidad de los revoltosos y á las desgracias de un sitio. Terrible fué en verdad aquella época en que andaban mezclados los horrores de la guerra y de los motines, el estrépito de las bombas y los delirantes clamores de la democracia. Quien lea que durante ochenta días, Monjuich y la Ciudadela de una parte, y Atarazanas y los baluartes por otra, apenas cesaron de noche ni de día de llover fuegos, no comprenderá que Barcelona al salir de su crisis pudiera ofrecer otro espectáculo que un montón de ruínas en medio de un lago de sangre. Instalóse por sí misma en 5 de setiembre una junta suprema revestida de un poder dictatorial, y aunque su primer presidente el coronel Baiges á las 24 horas yacía ya cadáver, atravesado de una bala enemiga, y algún otro miembro mas tarde sufrió igual suerte, no faltaron aspirantes á este peligroso puesto. movidos de ambición ó de mas viles pasiones. Fueron declarados milicianos nacionales todos los solteros y viudos sin hijos de 17 á 40 años, soltóse á los presidarios organizándolos en compañías con el nombre de *salvaguardias de la libertad*, hiciéronse al ejército las mas exajeradas promesas para que desertase de las banderas del Gobierno; reuniéronse en Barcelona como en su guarida así los oficiales comprometidos por Espartero, como los descontentos ambiciosos, que despues de haber contribuido al pronunciamiento de junio, buscaban un nuevo grado en un nuevo trastorno: mas á pesar de tantos y tan poderosos elementos de revolución, á pesar de la debilidad y de las pocas simpatias que escitaba el gobierno provisional, la voz de Junta Central levantada en Barcelona solo se propagó á la capital de Aragón, quedando sofocada dentro de sus muros. En Leon, en Granada, en varios puntos de Galicia prendieron algunas chispas, pero tan débiles que, ó bien se sofocaron ó bien quedaron aisladas desde el momento. Cataluña tan acostumbrada siempre á seguir la suerte de su capital, se declaró indiferente ó mas bien hostil á aquel movimiento; y en todos los puntos del principado donde se izó, como por sorpresa, la bandera centralista, se vió muy pronto arrollada por las tropas del gobierno, escepto en Figueras protegida por la inespugnabilidad de su castillo, y en Gerona donde se atrincheró Ametller, ántes amigo y ya rival encarnizado de Prim. Las sangrientas derrotas sufridas desde el principio por los insurgentes en San Andrés del Palomar y en Mafaró, y el éxito con que las autoridades de las provincias, abandonadas á su propia energía, supieron contener análogas intentonas en lo demas de España, mostraron desde luego que la nueva revolución no era mas que un aborto, que su término era cuestion de

tiempo, y que la desesperacion podia únicamente prolongarla.

Apartando pues los ojos con desconfianza del teatro de la guerra, los ayacuchos y los progresistas apóstatas de la coalicion bajaron unidos á la arena electoral, para contrarestar con su alianza la que se habia formado entre los defensores de la nueva situacion. Ineficaces y hasta ignorados tal vez hubieran permanecido sus esfuerzos, si la coalicion, adoptando miras ménos exclusivas, no se hubiera encerrado en el fatal círculo de los gastados prohombres de esta última década, y hubiera admitido en sus candidaturas así á las notabilidades retiradas defensoras de lo pasado, como á los hombres nuevos representantes del porvenir. Removiése entónces algun tanto este gigantesco *partido nacional*, compuesto tambien de elementos heterogéneos, aunque enlazados por los sentimientos religioso y monárquico, principales constitutivos de la nacionalidad española; intercaló en unas partes algunos de sus hombres en las candidaturas coalicionistas, y en otras se decidió á obrar por sí solo, despues de rechazado desdeñosamente por los parlamentarios; y á pesar de que este impulso ni fué enérgico, ni universal, ni acaso bien dirigido, á pesar de la indisciplina y de la inesperienza en las cosas parlamentarias, propia de la naturaleza de aquel partido, la pequeña señal que dió de vida alarmó de tal suerte á los liberales todos, que no se creyeron seguros tras de la Constitucion, sino tocando á rebato, como si llovieran de los Pirineos legiones de absolutistas. No es de este lugar el discutir acerca de la conveniencia ú oportunidad de que interviniera en las elecciones el partido monárquico religioso; en otros escritos tenemos bien consignada nuestra opinion: trátase solo de saber si era lícito á ciudadanos pacíficos ejercer un derecho constitucional, del cual ni abusaban en los nombres de sus candidatos, hombres nuevos é intachables por la mayor parte; ni en sus manifestaciones, modelo casi todas de sensatez y tolerancia. ¿Y si abuso cometian, era por los insultos, por las violencias, por el puñal ¿cómo debia exigírseles la responsabilidad? no circulaban al mismo tiempo candidaturas de ayacuchos y republicanos? si eran visionarios y restos de un pasado ya difunto, ¿porqué no se les dejaba palpar el práctico desengaño de su impotencia? si conspiradores, ¿porqué no se les entregaba á los tribunales? Las ilegalidades y desafueros cometidos en las ocho provincias de Castilla la Vieja y en varias otras donde acudieron los monárquicos-religiosos á las urnas; la escandalosa anulacion de las actas de Zamora, donde habian triunfado apesar de todo; las amenazas, insultos y hasta asesinatos cometidos con aquellos, imputados á las mismas víctimas por colmo de iniquidad; el gobierno puesto de parte de los opresores é insultando en una circular

al clero, al paso que pocos días antes se había bajado á dar en un manifiesto humilde satisfacción á los centralistas insurgentes y hasta á los periodistas de la oposicion; el silencio y tal vez satisfacción de los periódicos coalicionistas á vista de tales tropelías; harán de las elecciones de setiembre de 1843 una de las páginas mas vergonzosas de nuestro gobierno representativo, y mas propias para desvanecer el prestigio de sus hermosas palabras.

Segregada pues de la coalicion una fraccion tan considerable que le habia prestado su carácter de nacionalidad, é imposibilitada más y mas toda idea conciliadora, lograron en medio de estas disidencias los ayacuchos y progresistas triunfar en algunos puntos; y en otros donde no fué contrariada la candidatura coalicionista, alcanzó tan escaso número de votos, que bien demostraba la situacion pasiva de la nacion en aquella lucha electoral. De semejantes elecciones no podia resultar sino un congreso de carácter ambiguo, una mayoría indecisa y vacilante, y sesiones pálidas, y tímidas discusiones. Reuniéronse en 15 de octubre las córtes llamadas á una mision mas importante que ningunas de las anteriores; y se abrieron como de incógnito, sin sesion regia ni discurso de la corona, para evitar en la contestacion de este cuestiones apasionadas y peligrosas. Examináronse á galope las actas electorales, abrióse fácil entrada á todo diputado, sin discutir prolijamente sus poderes: mas á pesar de estas mútuas consideraciones, efecto de lo crítico y embarazoso de la situacion, cualquier otra cuestion que no hubiera sido la de la mayoría de la Reina, hubiera descubierto lo efímero de la alianza, y descompuesto el partido parlamentario en sus antiguos elementos. Oponerse en efecto á la declaracion de la mayoría de la Reina en virtud de no sé que artículo de la Constitucion, era lo mismo que entregar la nacion á una anarquía mil veces mas terrible que la dictadura de Espartero, ó llamar á este de nuevo á la regencia, cosa que aunque desearan algunos en sus adentros, no tenian valor para manifestar. Sin embargo no faltaron oradores en contra en aquella rápida discusion, donde al par de la brillante erudicion de Donoso Cortés y de la flúida elocuencia de Martinez de la Rosa, resonaron palabras imprudentes que revelaban en la oposicion alguna otra cosa que escrúpulos constitucionales. El 8 de noviembre á las 2 de la tarde anunció el cañon á los habitantes de Madrid que acababa de ser votada en el congreso la mayoría de la Reina por unanimidad de los cuerpos colegisladores, con escepcion de 16 votos; y á los dos días anunció el juramento prestado en el seno de las Córtes por la Reina doña Isabel II.

Pero así como habia estallado el movimiento centralista á propósito para impedir la reunion de las Córtes, así para prevenir una

declaracion tan solemne que ponía término á criminales esperanzas y á todo pretexto de insurreccion, se habia tramado un plan horrible. el de asesinar simultáneamente al parecer en toda España á los mas firmes gefes militares cuyo robusto brazo comprimia á los revoltosos. En las provincias ó bien abortó este plan, ó bien se desvaneció por sí mismo: pero en Madrid durante las primeras horas de la noche del 6 de noviembre salieron de detrás de las verjas de una iglesia de la calle del Desengaño dos tiros asestados al coche del general Narvaez, á los cuales siguieron otros y otros, que como fuego graneado persiguieron al coche durante un buen trecho. Pero el golpe fué errado, y solo salpicó al general la sangre de su ayudante Baseti que murió á los dos dias: Narvaez aquella misma noche se presentó en el teatro del Circo donde asistia la Reina, para tranquilizar al público alarmado. Prendióse á una docena de miserables y á varios redactores del *Eco*: seis meses han trascurrido, nuevos proyectos de deshacerse del vencedor de Torrejon ya por envenenamiento, ya incendiando su casa, han sucedido al primero; y la vindicta pública está todavía por satisfacer.

Realizábanse entretanto las esperanzas de los que veían unido al término de la guerra civil el de la menor edad de la Reina: y ora fuese lealtad respetuosa la de los insurgentes, ora efecto necesario del apuro y estremidad en que se veían, lo cierto es que las alegres salvas de Madrid hicieron enmudecer el cañón de las batallas en Barcelona. Ya el general Concha en 28 de octubre habia ocupado á Zaragoza despues de un dilatado bloqueo, ya Ametller se habia visto obligado á evacuar á Gerona á presencia de su odiado rival, si bien faltando á su empeñada palabra corrió á meterse desde allí en el castillo de Figueras: y estos descalabros unidos á la imponente tranquilidad de la península, quebrantaron el ánimo feroz de los jamancios barceloneses, que empezaron á ver un medio entre los dos extremos de su lema, *libertad ó muerte*; y fué el de una oportuna capitulacion. Habian pasado aquellos dias de furor y delirio en que desnudo el pecho se atrevian á escalar la Ciudadela; los fuegos de sus baterías eran mas intermitentes, sus bríos y esperanzas cada vez menores: la escasez se habia introducido en la ciudad, la discordia en la junta suprema, cuyos miembros se manchaban con los despojos mas arbitrarios bajo el nombre de visitas domiciliarias, y uno que otro con los robos mas feos y con escenas las mas degradantes. Sucediáanse entre los mismos soldados de adentro las conspiraciones para abrir las puertas á los sitiadores; y la violencia excitada mas por la suspicacia, acrecentaba el malestar y el descontento. En esta situacion el general en gefe del bloqueo D. Laureano Sanz comunicó á la junta la declaracion de la mayor edad de la Reina por

las Cortes, para que se sometiera á una autoridad que, sin abjurar todo principio monárquico, no podía dejar de reconocer como legítima; y los insurgentes de mas sensatez ó arraigo no dejaron de conocer la oportunidad de la ocasion para prestarse á un convenio, y salir con honor, ó siquiera con vida, del trance en que su ambicion les habia metido. Pero la hez de la insurreccion que ¡vivía en ella como en su elemento, y que nada tenia que salvar, ni aun sus vidas que en nada apreciaba, se desencadenó contra toda idea de convenio y contra la misma junta, apellidándola traidora, y desahogando su furia en sanguinarios cantares dignos de los canibales de la revolucion francesa. Los dias que trascurrieron en negociaciones y entrevistas entre el general Sanz y los delegados de la junta Soler y Ronquillo, desde el 10 al 19 de noviembre, fueron tal vez para Barcelona los de mas cruda ansiedad y de mas vergonzosa anarquía: era la última crisis precursora del restablecimiento. Firmóse por fin el convenio que no fué sino una de tantas capitulaciones vergonzosas entre los gobiernos y las sublevaciones, cuya serie empezó en 1855 en la casa de Correos de Madrid: y el 20 de noviembre entró en Barcelona el general Sanz con dos vocales de la junta rebelde á cada lado. La diputacion y el ayuntamiento fueron renovados en su totalidad, la patulea depuestas las armas dispersóse tranquila; los gefes centralistas se embarcaron públicamente, muchos con el fruto de sus rapiñas, y despidiéndose alguno con incendiarias proclamas; y de tantos delitos, no ya políticos sino sociales, que en aquellos tres meses se cometieron, ninguno recibió la condigna espacion. Tan humillante como fué la estipulacion de que conservase las armas la milicia nacional, tan poco decoroso fué el preesto con que por ciertos gritos subversivos dados por algunos nacionales fué al dia siguiente desarmada. De todos modos se restableció por este medio la tranquilidad; restituyeronse á Barcelona enjambres de emigrados, palpitantes entre el temor y la esperanza de hallar intactas sus haciendas y salvos sus amigos; desaparecieron las zanjias y empalizadas, repararonse las ruinas, y al tumulto de la guerra sucedió de improviso todo el movimiento de la industria. No quedó mas asilo á la insurreccion centralista que el castillo de Figueras, que despues de haber resistido á Prim por largo tiempo, se rindió al Baron de Meer en 13 de enero siguiente.

Declarada la mayoría de la Reina, y pacificada materialmente la península, terminaba la mision del gobierno provisional: así que á pesar de los entorpecimientos que opuso á la formacion de un nuevo gabinete, á pesar de sus intrigas para continuar en el mando, secundadas por los mismos disidentes de la situacion con quienes empezaba á reconciliarse, tuvo al fin que presentar su dimision á la Reina cuya confianza



personal no podía obtener, y ceder ante unas Cortes unánimes en derribarle. Encargado del poder en circunstancias de aquellas que hacen grandes á los hombres como apesar suyo, por pequeños que ellos sean, recayó en la oscuridad al siguiente dia de su dimision; pero en su impotencia de dejar un monumento, quiso dejar un funesto legado á sus sucesores, y terminó una vida de nulidad por un horrible pensamiento de venganza. Infiel á todos, acabó por apostatar de sí mismo. Los ayuntamientos y la milicia nacional habian sido los constantes elementos de toda revolucion, y el principal sostén de Espartero; y el gobierno provisional ántes de salir mandó que volviera á armarse la una, y que se renoyaran los otros por el vicioso método electoral cuyos anárquicos resultados eran tan conocidos: sinónimo hubiera sido llamar de Lóndres al ex-rejente. Era aquella idea parecida á la de los sitiados, que obligados á evacuar un fuerte, dejaran una mecha encendida para volario, en el momento de penetrar en él los vencedores.

J. M. Q.

La compasion y generosidad que escitan las grandes calamidades en los corazones de los que sobreviven, son el bálsamo mas consolador que endulza la amargura de aquellas, ora las sintamos en nosotros mismos, ora admiremos en los demas sus efectos. Parece que entónces se estrecha y se pone á prueba el vínculo de fraternidad que enlaza á los hombres, y que no ha podido romper del todo el espíritu egoista y disolvente de este siglo. Así ha sucedido con motivo de la catástrofe de Felanitx; las autoridades civiles y eclesiásticas rivalizaron en celo y actividad para acudir al socorro de ella; y á sus escitaciones correspondió la caridad de los palmesanos mas allá de lo que se esperaba. Las clases todas acudieron á depositar en la secretaría del Ayuntamiento su donativo, superior en alguno á sus recursos; los cepillos de las iglesias estaban abiertos para recibir el óbolo del pobre ó la secreta limosna de algun modesto bienechor; y mientras así se atendia al triste porvenir de los huérfanos y viudas, no se olvidaban las necesidades mas urgentes de los difuntos, por cuyas almas se celebraron en los principales templos magníficos funerales. No solo á todos los pueblos de la isla ha sido comunicado el impulso de la capital, sino que mas allá de los mares ha tenido eco en los corazones así de los mallorquines residentes en la corte, como de los que una vez visitada nuestra isla no han podido borrar su dulce recuerdo, ó de los que han atendido solo á un sentimiento general de humanidad. Entre los últimos mencionamos con placer á los Sres. Redactores del *Heraldo*, que el mismo dia de recibida la fatal noticia, abrieron suscrip-

cion en sus oficinas por las víctimas de Felanitx, siendo los primeros en suscribirse por 1000 reales; y entre los segundos al Sr. D. Manuel Guíllamas Galiano magistrado que fué de esta Audiencia, y ministro en la actualidad del tribunal de Órdenes, que se suscribió por igual cantidad, mostrando al mismo tiempo su cariño nunca desmentido ácia estos naturales. De los mallorquines allí residentes seria agravio nombrar alguno, porque todos se escedieron en generosidad á favor de sus desgraciados compatriotas: sin embargo justo es que la provincia se felicite especialmente por haber depositado su confianza en el digno diputado D. José Salvá, quien no solo dirigió una comunicacion á los *Heraldo* al mismo tiempo que el Sr. Guíllamas, llamando la atencion pública sobre la desgracia de Felanitx, sino que elevó una esposicion al gobierno para que destine un cuantioso socorro á reparar sus desastrosos efectos; esposicion que por la naturaleza de su motivo, y por el carácter bondadoso de nuestra Reina, es de esperar tenga un éxito completo.

---

Anunciamos con singular complacencia una obra que no podrá ménos de ser muy agradable á los que consagran algunos ratos á lecturas piadosas, muy útil á los que deseen formarse un lenguaje castellano elegante y castizo, y casi diriamos necesaria á cuantos españoles se dedican al ministerio de la predicacion: tales son los discursos panegíricos y morales del difunto magistral de esta santa iglesia D. Simon Bordoy. (1) España que cuenta entre sus escritores á los príncipes de la literatura ascética, no tiene todavía nombres que oponer á los de Massillon y Bourdaloue, pero si no mienten nuestras esperanzas, dia vendrá en que resuenen en sus púlpitos oraciones tan lógicas, brillantes, y conmovedoras como las de aquellos sabios y elocuentes varones, que vistieron de magníficos atavíos la doctrina evangélica, sin deslucir un punto de pureza y sencillez de su divino carácter. Á Mallorca le cabrá la gloria de haber impulsado este movimiento favorable á la Religion y á las letras, con la publicacion de las colecciones de discursos predicados por nuestros ilustres oradores Amengual y Bordoy; colecciones que sin duda merecen ocupar el puesto preferente en los estantes de predicables de una biblioteca española. Justo es pues que no falten en la modesta librería de todo eclesiástico, que por deber ó vocacion se ejercite en el ministerio de las palabra, y quiera obtener un guia seguro que le preserve de caer en las extravagancias que afean los sermonarios del siglo. 17, ó en las pálidas vulgaridades que á fines del 18 despojaron la oratoria sagrada de religioso brillo y magestuosa elocuencia.

(1) Se suscribi en la librería de Umbert cadena de Cort á 16 rs. el tomo en esta isla y 18 en el continente.

## MISTERIOS.

Cuando en los números anteriores sondeábamos, en cuanto es-  
 dable, los abismos á que precipita un paso dado fuera del cír-  
 culo de la fe, trazamos sin quererlo en la refutación del error  
 la apología de la verdad. El error es tan horrible y repugnan-  
 te en sí mismo, que basta arrebatárle los adornos y arrapiezos  
 de verdad con que se cubre, y presentarle en toda su desnudez,  
 para que se le rechace: basta mostrar el término á que conduce,  
 y empujarle á él con una lógica inflexible, para que retrocedan  
 espantados los incantos ó seducidos. Cuando la fe no tuviera en  
 favor suyo mas que los inconvenientes y riesgos de negarla, cuan-  
 do no fuera una luz inmortal y consoladora que muestra á to-  
 das nuestras facultades espacios inmensos donde se satisfagan,  
 sino un árido y estrecho pedestal cercado de precipicios y de  
 tinieblas, incómoda y triste sería nuestra situación, pero no tan-  
 to que desesperados prefiriéramos á ella el suicidio lanzándo-  
 nos en el vacío. Y en efecto la razón por sí sola no es capaz de  
 proceder en la investigación de lo sobrenatural sino por este  
 método negativo, que hasta en las cosas naturales emplea cien  
 veces por una, si bien se analizan sus operaciones; y no es de  
 éstrañar, porque, siempre lo repetiremos, la ciencia del hombre  
 es negativa. Negaciones son las ideas y hasta las palabras que  
 tenemos de lo infinito y aun de cuanto es meramente espiri-  
 tual; porque finitos como somos, y colocados en un mundo fi-  
 nito, y subyugados harto amenudo por la materia, partimos de  
 un punto enteramente opuesto al de la inteligencia suprema, y  
 todo lo vemos, digámoslo así, por el reverso. Nosotros no crea-

mos la verdad, ni tampoco la vemos patente y manifiesta en derredor nuestro; sino que está oscurecida por las pasiones, sepultada bajo un cúmulo de prevenciones y errores, que como capas de tierra van sobreponiéndose unos á otros. Preciso es pues desbrozar el terreno, cavar hondamente, arrancar y separar á un lado los errores, refutarlos en una palabra, para que aparezca la oculta verdad en su brillo: por esto su investigacion en cuanto es fruto de los esfuerzos de la razon, y no don gratuito y directo de Dios, va siempre acompañada de trabajo y fatiga, y no seguida siempre de feliz resultado.

Pero una vez descubierta, fácil es entónces proceder por un método inverso; porque entónces *ya sabemos*, entónces á la luz de sus rayos ya nos es lícito afirmar. Así como ántes mostramos pues la insuficiencia de la razon, y de la negacion de un solo dogma la llevamos al escepticismo, y de este al materialismo brutal é inerte y á un absurdo pirronismo; así por el contrario, de la existencia de nuestro espíritu, primera verdad que sentimos, podemos deducir la de un mundo espiritual en que viva aquel y se alimente. Todo lo que existe se alimenta de algo, es decir, tiene una esfera en que vivir, y objetos en que ejercerse: y si existe el espíritu, no será para agitarse en interminables dudas, ó aletargarse en una completa negacion; existe para pensar, existe para la fe que es su vida, puesto que la fe ó la afirmacion es la condicion de todo pensamiento. Mas para dar pábulo á sus pensamientos no bastan los sentidos, que no pueden transmitirle sino impresiones materiales incapaces de satisfacerle: otro conducto debe tener que ilustre al espíritu acerca de su origen, de su fin, de su propia naturaleza, ya que no encuentra en sí mismo la solucion de este problema, ni pueden dársela los sentidos. Este conducto no es otro que la tradicion, pero no tradicion que tenga su principio en la razon de ningun hombre, de la cual pudiéramos desconfiar con igual motivo que de la nuestra, sino que sea á su vez conducto de la revelacion, y que proceda de aquel mismo de quien procede nuestro sér. So-

lo un cuerpo de revelacion hay completo, y es el que posee el cristianismo; solo esta religion aspira constantemente al nombre de revelada, manifiesta los títulos de su cuna, y se promete perpetuidad, y guarda incorruptible su depósito al traves de los siglos; las otras religiones no han sido mas que símbolos informes cuya esplicacion se habia perdido, restos desfigurados de una tradicion primitiva, ritos supersticiosos y materiales, fábulas peculiares á cada pueblo creadas por la fantasía ó credulidad y prolongadas luego por el orgullo nacional ó por el interes de los legisladores; esplicaciones absurdas é incompletas del mundo y del hombre, y mas adelante monstruosas copias ó adulteraciones del cristianismo. Todas han quedado encerradas en el estrecho círculo de una nacion ó de una época, han crecido á la sombra de un principio humano, se han dilatado por medios siempre idénticos y esplicables, han nacido, vivido declinado y muerto como los imperios, como las sociedades, como todo lo que es humano. Solo el cristianismo es espansivo, universal y perpetuo; solo él ejerce influencia sobre la vida de los estados y de los individuos; solo él se propone seriamente resolver todas las dudas, llenar los huecos y satisfacer todas las tendencias; solo él ora sea afirmado ó negado, ofrece un interes bastante vivo y personal para ser llamado á discusion, para hallar defensores tan ilustres y enemigos tan encarnizados, para llenar por fin los siglos con su grandeza, y reunir en torno suyo como en una grandiosa batalla al linaje humano.

Considéresele pues así en su esencia como en su existencia y efectos, ora como dogma, ora como hecho, el cristianismo es el primer objeto de tradicion que, manifestando sus credenciales derivadas de Dios mismo, se presenta á las puertas de nuestro espíritu para ser admitido ó rechazado. ¿Y cuál es la primera página de su código, la verdad que desde luego se presenta como eslabon para unir la tierra con el cielo, la primera en el orden lógico respecto de nosotros, ya que no en el orden metafísico respecto de Dios? Es la que concisamente espusi-

mos en el número anterior delineando su necesidad, su admirable plan y economía, sus antecedentes, y sus resultados; es la Redencion, la reparacion de la humanidad caída por el Dios humanado. Una vez poseedores de este hecho, todo queda aclarado acá bajo y revelado allá arriba; tenemos ya la esplicacion de este mundo visible, y la llave de otro nuevo y desconocido, cuyas verdades llamamos misterios: la Redencion es el puente lanzado sobre el abismo que separa estos dos mundos. Así Dios quiso en cierto modo hacer accesibles á la razon misma sus misterios, convirtiendo el que es la llave de todos en un hecho histórico que se prueba como cualquier otro. La existencia de Jesus se sujeta al criterio humano como la de César y de Napoleon, y probada su existencia y sus actos, se prueba la veracidad de sus palabras, se prueba su divinidad. Sus palabras están escritas, á la vista están los resultados de su aparicion sobre la tierra, y unos y otros deponen de la divinidad de su autor. He aquí como por un camino seguro y breve, por una serie de deducciones no ménos lógicas que perceptibles, la razon humana, tan ciega y débil como es, desde el íntimo sentimiento de su propia existencia pasa á lanzarse en los brazos de Dios donde reside únicamente la ciencia y la verdad. No es otra la conducta que observan los monarcas de la tierra, cuando transmiten sus órdenes á provincias lejanas por medio de un lugarteniente ó representante de su persona: al exámen de los súbditos se sujetan las credenciales del lugarteniente, pero no las órdenes mismas que trae del soberano.

No le toca pues á la razon investigar lo que se revela sino quien es el que revela, y convencida de que es Dios mismo, enmudecer y adorar. Así como no puede negarse la obediencia á los mandatos de una autoridad sino negando su legitimidad ó existencia, solo negando la existencia de Dios ó su dominio sobre nosotros pueden negarse los misterios. Pero las leyes que parecen tiránicas no están léjos de ser desobedecidas, y los misterios que se creyeran absurdos no tardarian en ser rechazados,

sino explicáramos en que sentido pueden llamarse superiores, y en que sentido contrarios á la razon. Dijimos en otra parte que la obediencia que no estriba en la conviccion es efimera, violenta y vacilante, y que el entendimiento acaba por sublevar la voluntad contra todo yugo que le repugna; por esto si bien la fe impone á nuestra mente un sacrificio, debe ser este *racional* en espresion de la Escritura, y un sacrificio que repugnara á la razon del hombre *en su estado normal y legitimo*, no sería ya sacrificio sino suicidio.

La razon es una palabra muy vaga, y de muy diverso sentido, segun la perfeccion intelectual de cada individuo; y el horizonte de sus conocimientos varía mucho en estension, conforme la mayor ó menor altura en que se coloca. Tres órdenes existen en el universo separados por distancias inmensas, y á los cuales pueden reducirse todos nuestros pensamientos; el órden material, el espiritual, el infinito. El primero abarca la materia, el segundo los espíritus criados, el tercero lo llena Dios exclusivamente. Si nuestra razon se mantiene en el órden espiritual que como hija del espíritu le está asignado, y conserva su noble independendencia, comprende la existencia del infinito aunque no lo perciba, como comprendemos la existencia de los espacios que se estienden fuera del alcance de los sentidos. Los misterios no son mas que las verdades del órden infinito; y entónces la razon los acepta sin curarse de penetrarlos, y léjos de mirar su fe como un homenaje penoso, se estasia en la contemplacion de lo revelado, como se estasia el aldeano ó el salvaje oyendo las maravillas de la civilizacion y las riquezas de capitales que nunca ha visitado. Pero si la razon descien- de al estrecho círculo de los sentidos, si queda subyugada por la materia, rechaza todo cuanto no es materia, ó no entra por el conducto de aquellos, niega cuanto es contrario á sus impresiones, y no digo ya el órden infinito, sino hasta el espiritual desconoce y rechaza. Preguntaréis pues si son los misterios contrarios ó superiores á la razon; para la razon espiritual son

superiores pero ciertos, á la razon material son contrarios y absurdos.

Preciso es decirlo, la razon humana se halla casi enteramente materializada, y á muy pocos y no sin extraordinarios esfuerzos es dado restablecerla en el puesto de que descendió. No parece sino que el espíritu que cediendo á aquella perversa sujecion, *seréis como Dioses*, quiso escalar el órden infinito, y adquirir la ciencia completa del bien y del mal, se precipitó en el órden material en justo castigo de su presuncion, quedando esclavizado por los sentidos ministros y siervos suyos el que se rebelaba contra su dueño y Hacedor. Cegaron entónces sus ojos para que viera solo con los del cuerpo, y de todas las ideas intuitivas que tenia del órden espiritual no le ha quedado apénas mas que el íntimo sentimiento de su existencia, sentimiento que sería el colmo de sus tormentos, si no fuera al mismo tiempo el único medio de espíar y rehabilitarse. Cayéronsele las alas con que ya que no le era dado penetrar en la region de lo infinito, se mecia alménos en sus confines; rompió el mismo por la parte superior la cadena que le sostenia en lugar intermedio entre Dios y la materia, tomando por humillante sujecion lo que era saludable apoyo; y desde entónces arrastra por el suelo miserablemente, desterrado de su natural elemento, inquieto y degradado, ansioso de luz pero incapaz de buscarla, si la luz no baja á visitarle. La esfera de sus conocimientos se reduce al horizonte de los sentidos, y miéntras concibe ó cree concebir lo que está fuera de él, á sí mismo ni se concibe ni se conoce. Pedid sino al espíritu que forme idea de un sér incórporeo, indivisible, sin forma, sin espacio, de sus admirables facultades, de sus relaciones todavía mas admirables con el cuerpo, y no podrá mas que reconocer en este sér su retrato, pero sin esplicarse ni comprenderse. Sus sentidos rechazan esta idea, y la razon puesta de su parte la niega, siempre que el espíritu se halla bastante débil ó aletargado para perder la conciencia de su propio sér; y he aquí el secreto de



la propagacion del materialismo. Así pues el que niega ó pone en duda los misterios como contrarios á la razon, niega tambien para ser consecuente la existencia de su espíritu, que es un misterio tanto mas inesplicable cuanto mas cerca está de nosotros; aniquila el órden espiritual lo mismo que el infinito, y rebajando á Dios al alcance de su razon, rebaja la razon al alcance de los sentidos.

Este materialismo de la razon humana se refleja, mejor que en otra parte, en el lenguaje que usamos, hasta aquellos que por sus principios espiritualistas distan mas de profesarlo. Llamamos *incomprensible* á lo que solo debiéramos llamar *invisible, sensible y palpable* á lo que nos parece claro y manifiesto por abstracto que en sí sea. Nuestras afirmaciones suelen partir siempre de cosas materiales y concretas, y no alcanzamos á formar nos ideas abstractas y espirituales, cuanto ménos *infinitas*, sino por una serie de mas ó ménos explícitas negaciones. De aquí proceden las imperfecciones é inexactitudes de nuestro lenguaje, y la faliedad que amenudo resulta de él en las mismas ideas; y hasta los esfuerzos de la ciencia teológica para rectificarlas, los escritos de los mas sublimes espiritualistas, las mismas Escrituras acaso, se acomodan en su espresion á este lenguaje material y grosero, sin el cual, atendida nuestra intelectual degradacion, sería imposible entendernos. Mirado bajo otro aspecto que el puramente material ¿cómo pudiera llamarse la fe *servidumbre, yugo* la revelacion, los misterios *oscuridad*? Sí, la fe es *servidumbre* para los sentidos, pero libertad para el espíritu á quien emancipa de la esclavitud de aquellos, y coloca de nuevo en el eminente puesto que abandonó. Sí, los misterios son impenetrables tinieblas, ó mas bien luz vivísima que por su misma intensidad ciega los ojos que hiere, pero ciega los corporales, abriendo los del alma que estaban cerrados. Sí, el órden infinito abruma y confunde el material, pero ilustra y sublima el espiritual; y el asenso que el espíritu le presta es el acto mas noble de su independendencia. ¡Espectáculo grandioso el que presenta la fe y

produce la revelacion! Este soplo de vida encadenado á la materia, que siente por la materia, que no percibe sino materia, que solo conserva el sentimiento de su existencia en medio de un mundo todo material, de repente se aísla, rechaza y contradice el testimonio y autoridad de los sentidos que se tenían por únicos preceptores y dueños suyos, se despoja de las erróneas ideas que por ellos se habia formado, y no solo recobra el usurpado imperio, sino que se eleva mas arriba, hasta lanzarse en el seno de Dios que le muestra, en cuanto puede soportar su esencia finita, los tesoros de la infinita grandeza y sabiduría. Pero hartas veces ingrato el espíritu con la revelacion, se queja de oscuridad el que ántes vivia en crasas é impenetrables sombras, porque sus ojos no son tan fuertes que puedan arrostrar los rayos de la luz inaccesible; quéjase de servidumbre el que ántes arrastraba satisfecho el yugo tiránico y degradante de la materia, porque hay encima de él una suprema autoridad é inteligencia que se digna manifestársele; á vista de lo infinito quéjase de no ser tambien infinito; el que ántes se resignaba á vivir como los brutos, se queja de no comprender cómo Dios. Y entónces proclamando *independencia*, y apellidando á su socorro *la luz* de la razon, vuelve á sumirse contento en la degradacion y oscuridad de ántes; se escapa de los brazos de Dios para lanzarse de nuevo en el cieno de la tierra. He aquí presentadas en toda su fea realidad y miseria las luchas entre la razon y los misterios, entre el órden material y el infinito.

Pero no le basta á la razon refugiarse en el polvo para sustraerse á la oscuridad augusta de la revelacion, no le basta estrechar la esfera en que se agita á proporcion de su propia pequeñez, y formarse un mundo tan limitado y mezquino que se halle todo á su alcance; por estrecho que el círculo sea, nunca podrá llenarlo de modo que no encuentre en él innumerables huecos, y cualquiera sea el objeto de su consideracion, aunque bajo y efímero, siempre le presentará puntos inaccesibles, cubiertos de densa niebla, que desafiarán su impotente curiosidad. Huirá de

los misterios de Dios, y tropezará en los de la naturaleza; se negará para no verlos á levantar al cielo los ojos, y los hallará en el polvo que huella, en los encantos que la fascinan, en las distracciones que busca, en la region misma donde creyó ejercer un dominio no-disputado; y en medio del letargo á que se condena, la sorprenden todavía los misterios cual inevitable pesadilla. Cada insecto, cada hoja, cada átomo le gritan *cree*, palabra mortífera para el orgullo de la razon humana, y en vez de sujetarse á su exámen, la obligan á doblar la frente y á confesar su ignorancia. Solo el que no haya estudiado la naturaleza desconoce los arcanos que en su seno abriga, tanto mas profundos cuanto mas se sondean, y tanto ménos comprensibles cuanto mas debieran serlo, atendida su homogeneidad con la parte material del hombre. Que lo natural no alcance lo sobrenatural, que lo finito no abarque lo infinito, que la inteligencia humana no pueda dominar lo que encima de ella está, nada tiene sino de muy congruente, de muy claro, de muy *racional*: pero que la razon material, la razon de los sentidos no pueda explicar la materia, que lo finito se estrelle en lo finito, que el hombre no se conciba á sí mismo, ni lo que está á sus plantas, he aquí lo extraño, he aquí lo incomprensible, he aquí el verdadero *misterio* en la acepcion en que los incrédulos suelen tomarlo. Ya no es un *Dios desconocido*, oculto en su infinidad, rodeado de luz inaccesible, el que impone la ley á vuestra inteligencia; es ese poco de barro que os rodea y del cual sois formados, ese barro sobre el cual os subís figurándoos ya reyes de la creacion. Ya no os basta para *emancipar* completamente vuestra razon del yugo de los misterios, negar á Dios y el alma, lo infinito y lo espiritual, negar debeis tambien la materia, y reduciros al imbécil pirronismo que en otro número describimos. Para vuestra soñada independendencia no os queda ya mas refugio que la nada.

Así como muere la razon que aspira á vivir por sí sola, y encuentra su anonadamiento donde creyó hallar su libertad, así

vive y se robustece, cuando ni degradada ni envanecida, manteniéndose en su natural esfera, acepta como auxilio y no como yugo la revelacion. La razon no tiene en sí idea mas íntima que la de su propia debilidad, conocimiento mas práctico y repetido que el de su limitacion, necesidad mejor sentida que la de un guía sobrenatural; Dios quiso que siquiera por el contraste con la luz divina, conociera las tinieblas en que sin ella yace. Para que crea, no le pedimos sino que se examine y conozca bien á sí misma; y entónces correrá de por sí al encuentro de la fe, y le pesará su libertad, y besará el yugo: nada le parecerá tan natural y propio de ella como la docilidad, nada tan extraño y absurdo como la duda orgullosa, nada tan *racional* como aceptar los misterios revelados, nada tan *irracional* como examinarlos y discutirlos en sí mismos. Oh! si ese enjambre de insensatos presuntuosos de todos tiempos, que se llaman filósofos porque niegan, y sabios porque ignoran, tuvieran alménos una idea del hombre, de su dignidad respecto del órden material, y de su nulidad respecto del infinito; si supieran que están insultando y ahogando esa razon misma que proclaman, y que la encadenan en la cárcel de los sentidos, en vez de elevarla como hija del cielo á los inmortales resplandores; si sintieran cuán baja y triste gloria sea la de negar y dudar, se mostrarían sin duda ménos ufanos é insultantes allado de un sencillo creyente que en alas de su fe se remonta á lo infinito, miéntras ellos arrastran por el lodo su miserable orgullo.

Repúgnanles los misterios revelados del Cristianismo; pero cada uno de estos sirve de explicacion á otros mil naturales que sin él quedarian inesplicables. Los misterios no solo van entre sí estrechamente enlazados en el mundo infinito, sino que descifran los de este mundo visible, y nos muestran en aquel la razon de este. La solucion será tal vez superior á nuestro alcance, y no es de extrañar, pues al cabo reside en una region superior; pero ¿tan leve es la oscuridad de los problemas, la contradicción y la lucha que por do quiera observamos acá bajo,

tan inmerentes los azares de la duda y las ansias de la inquietud, que no debamos agradecer el término de ellas á una revelacion aunque incomprendible, y comprar el sosiego del espíritu y la esperanza del corazón con el sacrificio de la inteligencia?: Nos quejamos de la oscuridad de los misterios cristianos, y sin ellos todo queda oscuro é indefinible. Probad sino de quitar uno solo, y brotarán mil en lugar suyo; rechazad y romped el terso cristal que os ofende mostrándoos la pequeñez de vuestra razon, y se dividirá en multitud de fragmentos, cada uno de los cuales será un espejo de su debilidad; hareis lo mismo que las revoluciones, erigireis, para reemplazar á un dueño solo y legítimo, un centenar de tiranuelos. Si el orden natural no tuviera relacion alguna con el infinito, y quedara por sí solo bien completo y explicado, podríamos aislarnos en su elemento sin curarnos de lo demas; pero si flotamos acá bajo en un caos tenebroso, si cada paso, sin la revelacion, ha de ser para nosotros un tropiezo, y cada sér un enigma, aceptemos el enigma divino, cuya luz si bien no la vemos en sí misma, nos ilumina á nosotros y todo cuanto nos rodea. Miétras no acerremos con una explicacion mejor del mundo y del hombre, respetemos la que nos da la revelacion, respetemos sus misterios.

Dirémos mas; los ojos del alma no están tan cerrados que no perciban algo de aquella luz divina á la cual, si bien por un momento deslumbrados como el que pasa de la noche al dia, se acostumbran hasta cierto punto despues de una larga contemplacion. Ni el espíritu ántes de la revelacion era capaz de descubrir la existencia de los misterios, ni es capaz aun ahora de penetrar su esencia; y sin embargo experimenta en su enunciacion un encanto indefinible, semejante á la renovacion de un recuerdo perdido ó á la anticipacion de un hermoso porvenir; y en su interior se levanta un eco para responder á la voz reveladora y deponer de su verdad. Entónces en vez de cerrar las puertas á la luz, ó de entretenerse en analizarla, se aprovecha de ella para estudiar lo que ántes le impedían distinguir las tinieblas; examina su naturaleza y sus tendencias, y las encuentra en ad-

mirable armonía con el fin que se le muestra; combina y compara los problemas y su solución, lo natural y lo revelado, el mundo de acá bajo con el de allá arriba; descubre dó quiera mil y mil luminosas analogías y correspondencias, y la que empezó por creencia ciega acaba por ser una intuición tan completa, como es permitida en esta vida mortal á una inteligencia finita. Corta, cortísima es la parte que descubrimos de la grandeza y sabiduría eterna, pero la bastante para enderezar nuestro rumbo, para bendecir al sumo Hacedor y para anhelar el momento de apagar en su seno la sed de verdad que nos acosa. Dios nos impuso la fe en sus dogmas, como la vida, como la luz, como tantos otros dones de que nos ha colmado; el yugo á que nos sujetó es el de los beneficios, pesado solo para los ingratos.

Así pues la razón no muere, no concluye su ministerio con la revelación; ántes bien solo con ella empieza propiamente á ejercerle, porque solo por su medio obra con luz y conocimiento. Con su divina antorcha en la mano no teme estender sus conquistas en el campo de lo infinito; y espíritus sublimes y contemplativos se han sucedido uno tras otro desde los primeros Padres de la Iglesia, lanzándose en el abismo de los misterios que sin embargo reconocían como insondable. *Ciencia* es la teología, aunque basada en la revelación, y susceptible hasta cierto punto de adelantos y descubrimientos, sino en los dogmas, en su parte explicativa. En cuanto á nosotros nos abstendremos de este órden de consideraciones mas elevado, y ajeno de nuestro objeto y tal vez de nuestros alcances. Bástenos haber hecho comprensible la incomprendibilidad de los misterios, y haber llevado la razón como por la mano hasta el santuario de la luz donde puede, segun le plazca, ó bien prosternarse y anonadarse pegada la faz al suelo ó fijar los ojos en su contemplación, con éstasis y arrobamiento inefable.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

## EL TRIBUNO CATOLICO.



Este siglo en que tanto obra el egoismo en los espíritus, y el aislamiento en los individuos; en que cambian de fase tan a menudo los pueblos y sus necesidades, y en que tan poco duran por consiguiente las mas colosales reputaciones, y tan poco vale el influjo personal, está presenciando un ejemplo el mas admirable de popularidad cual nunca lo presenciaron los siglos anteriores, la encarnacion de un pueblo entero en un hombre, la de Irlanda en O'Connell. Hay en esto cierta cosa de providencial y tan superior á los cálculos humanos, que el mismo O'Connell ha podido exclamar sin vanidad en una de las recientes asambleas: «¡Estraña suerte la mia! creo ser el único hombre contemporáneo ó difunto que haya gozado sin interrupcion durante cuarenta años de la confianza y de la popularidad.»

Y sin embargo, este hombre, alma de un pueblo é instrumento de la Providencia, no es algun retoño de estirpe dinástica de aquellos que forman la herencia de las naciones, como lo fueron un tiempo para la misma Irlanda los Estuardos; no ha puesto á los piés de su nacion el orbe entero como Napoleon, ni ha peleado en los campos de batalla por la independenciam de su pueblo como Washington; no es mas que un abogado, ni ha usado otras armas que los dardos de su elocuencia; pero tiene á su disposicion mas fuerzas de las que tuvo jamas conquistador alguno, y en los campos de Waterloo no habia entre los dos ejércitos tantos hombres, todos de valor y energía, como en uno solo de sus *meetings*. «¡Qué espectáculo tan admirable, amigos míos! decia últimamente con efusion el hombre único tal

vez que despues del Hombre Dios ha merecido el dulce nombre de libertador: esta gente que me cerca, militarmente organizada bastaria para conquistar la Europa: en quince dias he hablado por lo ménos á dos millones que pudieran subyugar la mitad del globo conocido, y no les he hablado sino palabras de paz y de legalidad.”

¿Dónde está pues el secreto de su fuerza, de su popularidad? El mismo lo ha dicho: en la Religion, porque la nacionalidad irlandesa no existiria sin el catolicismo. No, no es dado á intereses puramente humanos inspirar tal desprendimiento, elevar hasta tal punto el entusiasmo: dejad la cuestion puramente política y administrativa; queda todo reducido á una fria sesion de cámaras, si prevalece el órden, á una turbulenta reunion de plazuela, si hay anarquía. ¿Qué tiene que ver espectáculo alguno del mundo antiguo ó moderno con estas asambleas, al parecer fabulosas, en que se reúnen en un campo trecientos, quinientos, setecientos mil hombres, presididos y capitaneados la mayor parte por sus pastores eclesiásticos, asambleas precedidas amenudo y como consagradas por una misa á la sombra de un árbol, y en las cuales no hay un solo grito sedicioso, y solo logran aplausos las palabras de órden y legalidad? Y si se atiende á que este pueblo es el irlandés, el pueblo mas ultrajado de todos, y en quien bien pudiera disculparse una reaccion contra sus opresores despues de tan largo abatimiento; que aquellas gentes son las que se alimentan todo el año de patatas cocidas, y á quienes diezma cada invierno la terrible guadaña del hambre, sube de punto la admiracion, y se levanta hasta Dios mismo reconociendo en ello su obra exclusivamente. Y sino ¿qué es lo que ha sucedido en otros pueblos desventurados? porque no es el único en serlo el irlandés en este siglo. La Polonia ha sucumbido en la demanda de su libertad, la Bélgica y la Grecia la han conquistado á costa de una guerra y guerra á muerte, la Francia ha corrido desatentada de revolucion en revolucion, la España de pronunciamiento en pronunciamiento; y lo que es-



tas no encuentran, y otras no han comprado sino á costa de su sangre lo alcanzará la Irlanda, sin disparar un tiro, del opresor más poleroso, del gobierno más maquiavélico que se conoce; porque el catolicismo es como la Providencia, es como Dios; *attingit á sine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*. Todos los pueblos gimen, no hay duda, y su suerte reclama y admite mejoramiento; ¿cómo es que los tribunos poniendo la mano sobre las llagas no han hecho sino encenarlas? qué han conseguido el visionario San Simon, el comunista Fourier? afortunadamente la risa y el descrédito, así como pudieran haber producido el desquiciamiento y la anarquía. También Lamennais ha querido predicar la libertad á su modo en nombre de Jesucristo; también Lamartine codicioso de toda especie de glorias ha intentado remedar á O'Connell, pronunciando palabras que han tenido eco en muchos corazones: y sin embargo han quedado estériles; ¿y por qué? porque en el corazón del *profeta cegado* y en el del *ángel caído* no late la fe, la fe ortodoxa, la única llama de vida que inflama el pecho del libertador de la Irlanda.

Si alguna duda cupiere acerca de nuestra asercion no hay más que leer la biografía de O'Connell. A peligro de desvanecer la admiración y las simpatías que algunos le profesan, porque pronuncia como ellos el nombre de libertad, diremos que ha sido educado por los jesuitas de Bélgica, y que toda su vida ha permanecido fiel á su memoria y al afecto sin límites hacia aquella órden; que sin ser hipócrita ni fanático, asiste á misa todos los días, comulga cada semana, se retira cada año á un convento de trapenses para hacer ejercicios. No, tribunos que os desdeñais de Dios y hablais en nombre de la diosa libertad, que os mostrais del hábito sacerdotal, y os horripilais al oír el nombre de convento, nada de comun tiene con vosotros O'Connell, el que ninguna obra empieza sin invocar ántes al Todopoderoso, el que anda siempre cercado de obispos y sacerdotes, y que ha merecido que su nombre fuera agregado á los del

papa y de la reina en las oraciones de la misa. Tribunos que hablais siempre á la plebe de sus derechos y nunca de sus deberes, que impelís los pueblos á la que llamais *santa* insurreccion, y haceis cimiento de vuestra libertad la ruina de los tronos, nada tiene con vosotros de comun el que nunca nombra á su reina (y reina inglesa y protestante) sin bendecirla; el que ante todo recomienda el sosiego y obediencia, y dirige aquellas inmensas masas como el ejército mas disciplinado. Tribunos que fraguais subterráneamente vuestros planes de esterminio, nada teneis de comun con el que anatematiza toda sociedad secreta, y manda que se le denuncien los que á ellas pertenezcan para entregarlos por sí mismo al gobierno: vosotros que atropellais toda propiedad y no comprendéis la libertad sino á costa de aquella, nada teneis de comun con el que prohibió á sus irlandeses el ramito verde, símbolo de emancipacion con que se distinguian, á causa del daño que podian causar en los árboles de las cercanías, y que mandó indemnizar á los orangistas los perjuicios que les habian causado en defensa propia los irlandeses de Dungannon: vosotros en fin para quienes todos los medios son lícitos con tal de conseguir el triunfo, nada teneis que ver con el que rechaza á los cartistas, porque no reconocen otro principio que el de la fuerza brutal, y su apoyo mancillaria la noble causa de Irlanda. No, vosotros no sois capaces de comprender toda la alternativa de grandeza y abnegacion que hay en el hombre que en la asamblea de Malton exclamaba: « Os prometo que estas gentes (los ingleses) jamas me hollarán. ¿Qué digo? Sí, podrán hollarme. (Voces: *no, no lo consentirémos*). Dejadme concluir; podrán hollarme, pero será el cadáver y no el hombre.» Y despues de estas altivas palabras añadió: « Me han llamado cobarde en la cámara de los Comunes. ¡Cobarde! no es fácil de digerir esta palabra: pero tienen razon, yo merezco esta ignominia. (Voces: *no, no.*) Amigos, no pretendais interponeros entre el culpable y el castigo: plegue á Dios que mi castigo recaiga sobre mí en este mundo, y no despues

de mi muerte, pues entónces temblaria yo ante su rigor. Sí, amigos míos, he violado la ley del Altísimo, y merezco castigo; pero se engañan los enemigos de la Irlanda, si creen que podria yo temblar ante mi Criador, dando mi vida por una causa tan justa como la de mi patria." Respira en estas palabras toda la humildad del cristiano, y toda la elevacion del que se siente Hamado á una mision escelsa, del que nada se cree en sí, y todo con respecto á la Providencia, á la cual sirve de instrumento.

Grande es en efecto, consoladora y envidiable aun á los ojos del mundo, la mision que encomendó Dios en su singular predileccion al abogado de la Irlanda. Si el genio sobrehumano y los grandiosos hechos que de siglo en siglo admiramos en algun mortal privilegiado, son efecto del soplo de Dios, y emanacion levisima ó un átomo, por decirlo así, del atributo divino que intenta manifestarse, si envia la Providencia segun conviene, ora conquistadores temidos, ora profundos talentos, ora hombres de noble corazon, de accion fecunda y de poderosa palabra; ¡feliz el escogido para edificar y no para destruir, el destinado á ser una encarnacion de la misericordia mas bien que de la justicia divina, el que al volver á los piés del Eterno para dar cuenta de su encargo, deja en la tierra, en vez de un reguero de sangre y de un nombre de espanto, un largo perfume de amor y veneracion! La Irlanda avasallada duramente por la Inglaterra á modo de país de conquista desde el reinado de Eduardo I á últimos del siglo XIII, oprimida luego en el XVI por el sombrío y sanguinario fanatismo de los protestantes, desde que con la religion católica acabó de desaparecer la humanidad del corazon de sus dominadores, y se rompió el vínculo religioso, único que ligaba á entrámbos pueblos; víctima en fin en el siglo XVIII de su amor á los destronados Estuardos, sufria todo el peso de la intolerancia protestante, del maquiavelismo del gobierno y del odio y desden inveterado de la nacion inglesa. Separada de esta por la triple rivalidad de raza, de religion y de dinastía, gemia bajo la triple opresion social, política y religiosa, cuando brotó de

su suelo á O'Connell. Recientes estaban entónces los dos grandes ejemplos de la independenciam de los Estados Unidos, y de la revolucion francesa; y á los ojos de los oprimidos se abrian al parecer estos dos caminos para emanciparse el uno de sangre y ruínas, el otro de heroismo y reconstruccion. Un hombre pues que apresurando la accion de los elementos deletéreos que abrían en su seno la Inglaterra, y mas en un tiempo en que se veía sitiada en cierto modo por el colosal poder de Napoleon, la hubiera reducido á la estremidad con insurreccion abierta ó con incendiarios conventículos, un hombre, que hubiera hecho apurar á sus opresores hasta las heces el cáliz de venganza, un hombre, si se quiere, que lograra arrancar su patria de las uñas del leopardo británico; si su obra hubiera sido una esplosion pasagera aunque terrible, habria hecho una revolucion mas, ó fundado nada mas un nuevo estado, si bien preparada en su plan y feliz en su éxito, hubiera ofrecido la empresa garantías de solidez y conservacion: pero de todos modos aunque sorprendente, no hubiera sido esta original, y siempre hubiera hallado esplicacion en la vehemencia de las pasiones populares, en la ambicion ó genio de un hombre, en las vicisitudes de la fortuna. La emancipacion de un pueblo entero sin que ni al opresor ni al oprimido cueste una gota de sangre, el triunfo de la opinion sobre las leyes y de la legalidad sobre la tiranía, el espectáculo de una lucha toda espiritual, si se me permite la espresion, pues que en ella no interviene fuerza armada ni violencia material, de una soberanía moral sin títulos ni corona, de una ambicion cifrada en las bendiciones de los pueblos, todo esto no recordamos se haya visto en otros siglos; y tal vez Dios no lo ha presentado en este tan egoista, tan turbulento, y proclamador del derecho *santo* de la insurreccion, sino como contraste del anatema de esterilidad con que ha herido á las revoluciones.

Pero las leyes del reino pesaban sobre los irlandeses como un ominoso yugo, y aprisionaban sus manos como estrechas cuerdas; y O'Connell por un lado necesitaba libertad y esfera

para obrar, y por otra, fiel á sus principios de legalidad y su-  
mision, no podia apelar á la violencia para derrocarlas. Acudió  
pues á un tribunal superior al de las leyes, al de la opinion; y  
con su invencible auxilio logró anular y romper las trabas, y re-  
conquistar uno á uno los derechos que convienen á la dignidad  
de un pueblo, sirviéndole siempre de arma el que acababa de  
conseguir para alcanzar otro nuevo. Por sobrado conocidos omi-  
timos los esfuerzos y habilidad de O'Connell en la emancipa-  
cion de los católicos, en la abolicion de las leyes que impedian  
la entrada de estos en el parlamento, y en el logro de tantas  
reparaciones como ha ganado para su patria el ilustre orador  
desde que se sienta en los escaños legislativos, que si bien po-  
cas todavía á los ojos de la justicia, son muchas y considerables  
comparadas cincuenta años atrás con el abatimiento y servi-  
dumbre de la Irlanda, que al parecer solo podia cesar con la  
ruína de Inglaterra ó con la estincion del protestantismo. La enu-  
meracion de los servicios de O'Connell á la Irlanda es la histo-  
ria de su vida; y nosotros que no escribimos su biografia, nos  
detendremos en la cuestion últimamente suscitada para revocar  
la union legislativa que entre las dos islas existe, cuestion gigan-  
tesca que coronará dignamente la noble empresa de su existen-  
cia, y origen del célebre proceso que pendiente todavía absor-  
be casi la atencion de la Europa.

Esta union consumada, si no nos engañamos, en los prime-  
ros años de este siglo por intervencion de algunos diputados ir-  
landeses, seducidos por el oro ingles, ó tal vez por las ventajas  
que de ella esperaban á favor de su patria, la ha mirado siem-  
pre O'Connell como el origen de los males que aun afligen á la  
Irlanda, invadida por un enjambre de funcionarios ingleses, pri-  
vada de su aristocracia que reside en Lóndres la mayor parte  
del año, sujeta á usos y leyes que no son las suyas, y obliga-  
da á mantener dispendiosamente una iglesia y un culto que solo  
profesan 700, 000 de sus habitantes, y que 7 millones rechazan  
como cismático. La separacion que pide O'Connell no es políti-

ca, sino puramente legislativa: reclama un parlamento irlandés, empleados irlandeses, iglesia irlandesa: *la Irlanda para los irlandeses y los irlandeses para la Irlanda*, tal es su máxima favorita. Por lo demás ni aspira á la independencia absoluta de su patria ni al exclusivismo de su religion, y el ardiente amor que á una y otra profesa no le estravía hasta desmentir sus principios de igualdad y tolerancia no ménos que de sumision, que no son en sus manos una arma hipócrita como se han hecho en este siglo: justicia y no preponderancia pide para la Irlanda, independencia y no proteccion para la Iglesia católica. Si lucha, no es contra la Inglaterra, sino contra su desatentado gobierno: «la separacion de la Gran Bretaña, dice, seria una gran calamidad que tendrian que deplorar ámbos países, y haremos cuantos esfuerzos estén en nuestra mano para prevenirla.» Léjos de atizar odios religiosos y nacionales, tiende los brazos á los hombres todos de buena fe para conciliarlos en ellos, y sobre la fraternidad de entrámbos pueblos intenta cimentar su dicha inalterable.

Firme en su idea de la revocacion de la union, en breve consiguió comunicarla al inmenso cuerpo de que es cabeza, con aquel eléctrico impulso cuyo secreto solo él conoce. Despues de haberla hecho adoptar en la corporacion municipal de Dublin por 44 voto contra 15 apesar de las grandes prevenciones que en contra habia, la hizo en un momento popular y nacional, y la voz de *repeal* (revocacion) resonó en la última cheza de la Irlanda. Instalóse en la capital, y se ramificó luego por toda la isla la Sociedad del *repeal*, en cuyas reuniones semanales se reúnen siempre cuantiosísimas sumas destinadas á la consecucion de su objeto. Los eclesiásticos, estraños al principio á esta cuestion como meramente política, tomaron en ella la parte mas activa, apénas se convencieron que de ella dependia el remedio de los males que diariamente palpaban: asistieron á las juntas, peroraron, contribuyeron, hasta los prelados mas eminentes; y solo faltan para declararse en favor de la revocacion

dos señores arzobispos. Desde la última primavera principiaron aquellos asombrosos *meetings* en que toda la nacion parecia trasladarse de un extremo á otro del territorio en pos de O'Connell, y se embriagaba con las arengas del pacífico tribuno, que recomendaba al mismo tiempo que brillantes esperanzas para el porvenir, sosegada resignacion por el presente. Pero este sosiego mismo desesperaba al gobierno inglés á quien no dejaban dormir los triunfos de O'Connell; y bien fuera violencia imprevista sujerida por el encono, fuera astuta maquinacion para irritar á los irlandeses y sacarlos del círculo de legalidad en que se mantenian inviolables, prohibió de repente la celebracion de un *meeting* que al siguiente dia debia celebrarse en Clontarf, é hizo acusar ante los tribunales á O'Connell y á sus principales compañeros de hombres *sediciosos y de mala conducta*. Por de pronto no hizo esta medida sino aumentar los fondos de la Sociedad de un modo incalculable, impulsar que se declarasen en favor de la revocacion algunos hombres de prestigio hasta entónces neutrales, entre otros el arzobispo de Cashel, y provocar un enérgico mensaje á la Reina de todas las parroquias de Irlanda, pidiendo nada ménos que la destitucion de los ministros que habian calumniado la lealtad de sus moradores. Algun periódico añadió: «En todas las parroquias se harán públicas oraciones en accion de gracias por haber castigado Dios al gobierno inglés con enagenacion mental»; y en seguida trascribia la fórmula de esta sarcástica oracion: «¡Dios quiera que los amigos de la libertad no tengan nunca que luchar con otros enemigos que Peel, Sugden, Wellington y compañía!» El objeto del gobierno no se logró; la voz del *sedicioso* resonó mas fuerte, mas paternal que nunca, pidiendo solo á sus irlandeses sosiego y paciencia. «Que no haya tumultos decia; declaro enemigo mio personal al que tome parte en cualquier tumulto: cogedle, y llevadle á la policia. Si sois mis amigos sinceros, permaneced tranquilos.» Y entretanto el gobierno hacia el vano alarde de concentrar tropas en Irlanda, como si amenazara una sublevacion.

Al mismo tiempo congregado en sínodo el clero irlandés, digno auxiliar del Libertador, acordaba rechazar, para cuando llegase el caso, la dotacion que el ministro Peel proyectaba asignar á los sacerdotes católicos, negándose de esta suerte á admitir del gobierno una proteccion interesada. Este acto de dignidad y desprendimiento arrancó unánimes aplausos á los irlandeses, y á O'Connell estas memorables palabras: «La union de la religion con el estado nunca ha sido ventajosa á la primera, cualquiera fuese. ¿Qué tiene que ver la religion con el ídolo del mundo? El clero está estrechamente identificado con el Dios á quien sirve, y de seguro la aceptacion de todo salario del gobierno sería una mancha.»

Formábase el jurado que debía juzgar al célebre agitador; y las autoridades del gobierno no contentas con escluir de la lista por medio de bajos ardides á 59 ciudadanos, católicos la mayor parte, recusó á 44 católicos que la suerte habia designado, insultándoles indirectamente como indignos de veracidad y sospechosos de perjurio. Si algunos irlandeses habian permanecido indiferentes á la cuestion del *repeal*, ni uno hubo que enmudeciera á vista de este segundo ultrage: reunióse en Dublin el 13 de enero una asamblea numerosísima para votar una esposicion á la reina sobre un proceder tan irritante, y este ejemplo no solo fué imitado en todos los pueblos de Irlanda, si que tambien por los católicos de Inglaterra. Nada empero detuvo al gobierno en su tortuosa marcha; eligieronse los doce jurados de entre los enemigos mas encarnizados del supuesto reo; y el 15 de enero conducido O'Connell en el mismo coche del lord corregidor su amigo, y seguido en su carrera por las mas entusiastas aclamaciones, compareció en su traje de abogado ante el tribunal del *Banco de la Reina* junto con su hijo Juan y los señores Steele, Duffy, Tierney y varios otros coacusados, uno de los cuales habia fallecido en el intermedio. Dos dias mortales duró el alegato fiscal, fárrago indigesto que ni una prueba aducia de las supuestas conspiraciones; siguieron



las deposiciones de los testigos casi todas favorables á los *repealers*, habiendo testigo que habló nueve horas; y el 27 de enero en medio de un continuado aplauso pronunció Sheil elocuente diputado la defensa de O'Connell y de su hijo. El 5 de febrero tomó la palabra el mismo O'Connell, contrayéndose con lógica y moderacion admirables á defenderse de la nota de conspirador, y á mostrar la publicidad de todos sus actos. Concluida la réplica del fiscal que, aunque no ménos vacia que su alegato, ocupó cuatro sesiones, y el resúmen del presidente que ocupó dos, pasó el jurado á dar su veredicto en medio de la mas viva expectacion, creyéndose generalmente que á pesar de la conocida enemiga de sus individuos contra el campeón del catolicismo, no habria unanimidad para condenarle; tal era la luz que arrojaba de sí la causa á favor del acusado. A las 12 de la noche del 10 de febrero se supo con espanto é indignacion en Dublin, y á las pocas horas en toda la Irlanda, que su libertador habia sido declarado culpable por el jurado de cinco acusaciones entre las once que sobre él pesaban, y de otras sus compañeros. Cuando llegó esta dolorosa nueva á Cork ciudad que le tiene por su representante en el parlamento, la poblacion entera se entregaba á arrebatos de júbilo ocasionados por la falsa noticia de su absolucion. Sin la proclama de O'Connell á sus conciudadanos al siguiente dia del veredicto, recomendándoles más que nunca el orden, y sin su circular al episcopado irlandés pidiendo su cooperacion para el mismo objeto, habria estallado entónces en Irlanda una esplosion, cuyos sacudimientos hubieran llegado hasta Lóndres y estremecido el palacio de san James.

El 16 de febrero el declarado *reo* entraba en la Cámara de los Comunes, y se sentaba entre los representantes de la nacion al son de aclamaciones que helaban al ministerio. Arrojado de los *meetings* se atrincheraba en la tribuna, y venia á tomar parte en la lucha empeñada por lord Juan Russell gefe de la oposicion sobre los negocios de la Irlanda. Discursos enérgicos, re-

criminales amargas se oyeron, así de los labios del ilustre orador, como de los de su hijo Juan y de los diputados irlandeses Sheil y Roebuck, en aquellas discusiones durante las cuales el asiento de los ministros parecía el banquillo de los acusados; y aunque la moción de Russell fué desechada por 324 votos contra 225, como lo había sido otra idéntica de lord Normanby en la cámara de los lores por 175 votos contra 78, quedó tan quebrantado el prestigio ministerial, que á los pocos días perdió la mayoría en el parlamento por una cuestión insignificante, y á la larga tendrá que retirarse el gabinete tory. O'Connell en tanto era recibido con honores casi regios por la Sociedad formada contra las leyes de cereales; sellaba su reconciliación con los whigs en el banquete dado por la oposición, durante el cual fué el héroe de la fiesta; reunía concurridos *meetings* en Liverpool y en Birmingham, entusiasmando á los ingleses como ántes á sus compatriotas; presentaba en las cámaras una exposición sobre la ilegalidad de su proceso firmada por 821, 334 repealers, y que estendida ocupara *media legua*! é imponía al gobierno hasta el punto de obligarle á abandonar una ley proyectada sobre el empadronamiento de los electores irlandeses. En suma, su corta permanencia en Inglaterra fué una serie de triunfos; la persecución parecía haber ceñido su frente con una aureola santa que sin distinción de cultos, sin distinción de pueblos, todos acataban á porfía.

De vuelta á Irlanda, el 18 de abril compareció de nuevo ante el tribunal, cuya sentencia diferida de un día para otro, no se pronunciará hasta últimos de junio, y según otros, de aquí á tres meses. Algunos opinan que aun en caso de condenación no se pasaría á prender á O'Connell, y que el gobierno se contentaría con la condenación del jurado; tal es el parecer de lord Wellington. Pero el libertador no se hace ilusión acerca de su suerte: «sin duda marcharemos á la cárcel, dice, aunque ningún crimen háyamos cometido, pero los irlandeses cometerían uno mayor que este, si se entregasen á actos de rebelión.»

Hay en la elocuencia de este hombre, semejante á la de los tiempos primitivos, mucho de poético y de inspirado; cualquiera diría que han revivido en él los héroes de Fingal animando á la independencia á sus nietos contra los aborrecidos sajones, ó los melancólicos bardos que gemían sobre las ruínas. «Soy un montañés, decía en el último *meeting* de Liverpool; nacido en las montañas, he visto tierno niño rodar á mis piés las olas del Océano: ¡qué hermosas eran esas olas que viniendo desde la costa del Labrador, corrian á estrellarse espumosas contra las rocas que mis piés hollaban! Hombre ya formado, escuchaba con delicia al rededor de mí los ruidos armoniosos de la naturaleza. Parecíame prestar atención á las voces de la eternidad, que me dictaban mi deber y me mandaban luchar sin descanso en favor de mi amada patria. ¡Podrán impedirme este año visitar esas montañas queridas, cuya hermosura salvaje ha encantado mis ojos, y conquistado mi corazón para la patria! mi patria que amo tanto como á mis compatriotas tan valientes, tan generosos, tan moralizados! Cómo me enageno al dejar vagar mi pensamiento sobre esa tierra tan bella, obra admirable de Dios que la ha colmado de sus beneficios! y cómo siento desgarrarse mi corazón cuando la tiranía hace correr algunas gotas de sangre de los pobladores de esa tierra tan querida!» A veces también se equivoca su voz con la de los profetas que predecían á la cautiva Jerusalem un nuevo día de esplendor. «Irlanda, ó patria mia! Tu sol empieza á brillar, y son bellos tus resplandores; pues como dice el poeta, las naciones han perecido y tú eres joven todavía. En el momento en que otros soles se sepultan en el ocaso, el tuyo se levanta; y aunque la nube de la esclavitud haya podido oscurecer el cielo por un instante, va á brillar sobre tí mas resplandeciente que nunca el astro purísimo de la libertad.»

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

## Dia del Corpus.

Se ha dicho, y con sobra de razon, que entre cuantas religiones han aparecido sobre la tierra para direccion ó consuelo del hombre, la que levantaba mas alto el espiritu, y satisfacía mas de lleno los deseos legítimos del corazon, era la religion cristiana, y que si el cristianismo entre las demas creencias era la única verdadera, era tambien la eminentemente poética; como que la verdad y la poesía en su legítima acepcion, á fuer de buenas hermanas, léjos de andar reñidas, se comunican la una su luz, la otra sus flores y atavíos para engalanarse mutuamente. Si las verdades cristianas han sido combatidas en el palenque de empeñada discusion, allí han saltado aventajados apologistas que con elocuente y esforzada pluma han pulverizado los errores de sus contrarios; y si arrojados estos de sus trincheras, han insistido en que no puede ser verdadera una religion que satisface, sí, al entendimiento, pero no cautiva el corazon, entónces no ha faltado quien descolgase del muro el harpa santa, que hiciéra desprenderse de sus cuerdas raudales de armonía que arrullan el espíritu, como esparcen las brisas el perfume de la flor que entreabre su capullo al albor de la mañana. Estudiemos las situaciones todas de la vida, y el corazon enarídece invadido por el tédio, y lágrimas de hiel surcan nuestras mejillas, é ideas profundamente desconsoladoras cruzan por nuestra mente, apénas olvidamos que vela á nuestro lado una religion que luego de salidos de las entrañas de nuestra madre nos recibe en las suyas para reengendrarnos, que se entretiene con tierna solicitud en esparcir flores por el rudo camino que nos guia á la inmortalidad, y que cuando los restos de nuestros cuerpos estarán confiados á la tierra, aun enviará oraciones al cielo por la salud de nuestras almas. Aun cuando el cristianismo no pasara

de ser un sueño dorado, ¿sería tan triste el despertar de este sueño! Desde la cruz solitaria que llama la atención del transeunte, desde el sencillo oratorio levantado en el fondo de un valle, hasta estas basílicas de colosales dimensiones en que los artistas agotaron los recursos del genio, no hay mas que una cadena de nobles cuanto poéticos sentimientos que tienen el alma dulcemente aprisionada. Sí, rico en poesía es el cristianismo, poéticos son sus libros, poético su culto, poético y risueño el porvenir que nos promete, y poéticas estas augustas solemnidades en las que nos recuerda sus altos y consoladores misterios, á cuya plena comprensión si no alcanza el entendimiento, reposa en ellos el corazón, como el niño en el regazo maternal. Y así como ningun misterio mas y consolador que el de la permanencia de Jesús entre nosotros, y el perenne sacrificio que consume en nuestros altares, no hay día tampoco ni mas solemne, ni mas risueño, ni que mas convide el corazón á deliquios de amor dulcísimos y lo haga rebosar en ternura, que aquel en que recuerda la Iglesia el misterio del amor por excelencia.

El dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía reposaba en la constante tradición de la Iglesia, cuando el fraile apóstata que en Alemania enarboló la manchada bandera del protestantismo, vino á combatir este artículo de fe, que sobre formar las delicias del corazón, presenta en abono las credenciales mas luminosas que desearse puedan. Si seguimos paso á paso la cadena tradicional que une á los fieles de nuestros días con los primeros discípulos de la Cruz, veremos que en todas las liturgias, así en la que se atribuye á los apóstoles, como en las de san Basilio y san Juan Crisóstomo, se da por asentada la doctrina de la presencia real y de la transubstanciación. Necesario fuera para destruirla rasgar una de las mas bellas páginas del Evangelio, pues que se hace forzoso anular el testamento de Jesús, ántes que desconocer el arranque de amor que le impulsó á quedarse entre nosotros, cuando víctima sin mancilla iba á entregarse por los pecados del mundo. Leemos

en los Evangelistas que Jesucristo, habiendo comido la última cena con sus discípulos en la vigilia de su muerte, tomó pan y vino; y despues de bendecirlos y de dar gracias á su Padre, rompió el pan y lo distribuyó entre sus apóstoles, diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*; y en seguida les ofreció la cope, diciéndoles: *Bebed, esta es mi sangre*. Y desde entonces la Eucaristía es el principal medio por el cual los cristianos *dan gracias* á Dios por el beneficio de la Redencion; y la Eucaristía es tambien el vínculo mas estrecho que liga á los fieles entre sí y con Jesucristo, formando de todos ellos una sola familia con una cabeza sola. Las muchas y bajas pasiones, que se coligaron en mescolanza con los errores de los protestantes, pueden únicamente esplicar el empeño que mostraron en derribar de nuestros altares la hostia santa, y enturbiar las aguas de vida de que ya no podian beber, separados de la Iglesia que nos abre su manantial.

Las heregías han servido en todos tiempos de cribo á la religion católica; y desde que Arrio en el siglo IV disputó con petulante orgullo la consubstancialidad del Hijo con el Padre, hasta el incrédulo filosofismo del siglo pasado, los errores no han hecho mas que purificar la ortodojía de la fe, como brilla mas aquilatado el oro despues que el lapidario le ha sujetado á la llama. Sin Nestorio no fuera tan ardiente la devocion que profesamos á la madre de Dios y á la Virgen siempre pura; y sin la heregía de Berengario puede que no viéramos hoy salir al Señor de los umbrales de su templo para recorrer nuestras calles y plazas. A ser cierto, como parece, que los errores de este heresiarca y de los sectarios que siguieron sus huellas motivaron la institucion de la solemnidad que nos ocupa, deberá esta arrancar del siglo XI, aunque sea mas reciente la época desde la cual data su introduccion en la Iglesia universal.

Estaba sentado en la primera silla Urbano IV, cuando la solemnidad del Corpus, ya conocida en la iglesia de Lieja de la cual él mismo habia sido arcediano, fué instituida para toda la

cristiandad, y se encomendó al mas célebre de los hijos de Guzman y á la principal lumbrera de su siglo, Tomas de Aquino, el piadoso oficio que en estos dias oimos resonar bajo las bóvedas de nuestros templos. Bastaba que dejase oír su voz el sucesor de Pedro para que en todo el orbe cristiano se solemnizase el dia del Señor; pero no obstante el concilio de Viena celebrado en 1311 bajo el pontificado de Clemente V, vino á ratificar la bula de Urbano IV, y el papa Juan XXII añadió á esta fiesta una octava, y la órden de llevar públicamente el santo Sacramento en procesion. Era muy justo en efecto que se instituyese un dia solemne para rendir un culto especial á Jesucristo en la santa Eucaristía; pues aunque la Iglesia siempre ha celebrado el aniversario de esta institucion el juéves santo, los oficios y las ceremonias lúgubres de aquella semana no permiten honrar aquel misterio con la pompa conveniente, ni con la alegría del corazon que es debida.

Y ¿qué podremos decir nosotros de la procesion del Corpus, despues de haber hablado en su *Genio del cristianismo* el inmortal Chateaubriand? Hemos estado tentados de trasladar tódo el capítulo en que se ocupa de esta solemnidad, creyendo honrarnos esta vez con la nota de plagio; pero ántes que transcribir mudas páginas, hemos preferido copiar los sentimientos de nuestro corazon, tales como en este momento lo agitan.

Cuando la embalsamada primavera nos tiene embebecidos con la graciosa variedad de sus flores, la risueña perspectiva de sus cascadas y la grata melodía de mil y milavecillas, cuando toda la naturaleza rejuvenecida se levanta como una sola criatura para entonar loores al Hacedor supremo; amanece un dia mas sereno que los otros dias, dia esperado con ansia desde mucho ántes, y durante el cual vuelan al parecer las horas; y mejor que el sol en el azulado firmamento radia el gozo en los semblantes de los hijos de la religion. Con vario paso se dirigen los fieles al templo santo, y postrados ante su Magestad divina olvidan sus antiguas rencillas, como los hermanos destierran de su

memoria las pasadas disensiones tan pronto como se arrojan á las plantas de su padre para recibir sobre sus inclinadas cabezas la bendicion paternal. Suena la hora , y empieza á desfilár la procesion. No ha muchos años que abrian esta marcha religiosa los gremios con sus estandartes coronados con la imágen de sus respectivos patronos, algunos de los cuales, aunque nacidos en una clase inferior han merecido ser adorados de los reyes por sus virtudes: ¡sublime leccion que solo la religion cristiana ha podido dar el mundo! A pasos lentos avanzaban despues los hijos del claustro que con su antiguo ropaje hacian vivir en nuestra memoria otros siglos y otras costumbres: pero los gremios han desaparecido en virtud de la ciencia económica, y los institutos monásticos han sido suprimidos en nombre de la conveniencia pública. ¡Ah! la revolucion con su mano de hierro no se ha contentado con podar, sino que una á una ha ido arrancando las flores que tapizaban el campo de la religion.

Al presente forma toda la procesion el clero secular, tristes reliquias de lo que un tiempo fué; y al extremo de esta pompa religiosa aparece el Señor bajo el palio y sobre los hombros de sus sacerdotes, como brilla el sol bajo una nube de oro, al través de una avenida de arboles. Rosas deshojadas sirven de alfombra al Dios ceñido en la estrechez de una hostia , y ante él los levitas balancean los incensarios y hacen humear los pebeteros; la carrera que en triunfo pasea , está cubierta de tropas que rinden las armas al suelo ante el Dios de los ejércitos, y los balcones colgados de seda y coronados de un gentío inmenso. Juntad á esta escena los aires que tiemblan con el grave tañido de la colosal campana, el onduloso estampido del cañon, y las armoniosas sonatas de la música militar. Y si vuestro pecho no se derrite y lágrimas de ternura no empañan vuestros ojos , os lo diremos , careceis de fe , ó careceis de corazon: porque ¡ay de aquel cayo espíritu no presiente las grandes solemnidades del cristianismo, y tiene que aprenderlas en las heladas columnas de un calendario! = JOSÉ VIDAL Y PONT.



## DOS PALABRAS

### sobre la Epopeya Cristiana.



Aunque no llenen suficientemente ese título, creemos que serán recibidas con indulgencia las siguientes reflexiones que nos proponíamos emitir como prólogo de nuestro poemita *Abdiel*. Algunos años ha que nos ocurrió la idea capital de este episodio que figuramos añadido al misterioso drama verificado en el Calvario: idea que, desenvuelta debidamente y en mayor escala, no dejaría de ser importante por el orden á que pertenece, y por la coincidencia de haber servido al mismo tiempo de objeto á un vasto poema con pretensiones de llenar el vacío que á pesar del *San Luis* y de *La Henriada* experimentaba la literatura francesa. No discutiremos aquí si M. Alejandro Soumet, apoderándose de una cuestión teológica para crear su *Divina Epopeya*, quiso únicamente revestir de brillante poesía ese juego de su imaginación que miraba sin consecuencia alguna, ó si formuló á propósito una descabellada alegoría con la intención de halagar ideas heterodoxas, admitidas ya por algunos que pretenden substituir un cristianismo espúreo ó mutilado al evangelio íntegro y espositado por la Iglesia. La amplitud que da á su sistema literario, y sus protestas de adhesión á las antiguas doctrinas religiosas nos obligarian á creer lo primero, si un hombre de su talento pudiera persuadirse que los sonidos de un harpa, tan melodiosa y vibrante como la suya, habian de perderse en el espacio, sin ser recogidos con afán para dar mayor aliciente á los sofismas. M. Soumet ponía el dedo sobre una llaga, y si no estaba en su mano el bálsamo para curarla, debia aloménos andar con tiento y guardarse de enconarla mas.

De léjos de muy léjos viene el malestar que aqueja á la humanidad entera: el sufrimiento es casi contemporáneo del hom-

bre, y aunque en todas épocas cada individuo ha procurado aligerar la carga de miserias que sobrellevaba, nunca sino ahora se habia soñado en la posibilidad de sacudirla todos á la vez, destruir ese yugo pegado á todas las cervices y mejorar indefinidamente la suerte de la familia humana. A fuerza de atribuir el origen del mal á la peculiar constitucion de las sociedades y gobiernos, á las costumbres é instituciones, á los principios morales y religiosos, se ha hecho creer que un cambio radical en las formas y en las ideas daría resultados inmensos á favor de las generaciones futuras; y de aquí tantos visionarios que han consumido sus años y sus talentos buscando esta nueva piedra filosofal, que han tomado por blanco de sus tareas la combinacion de algun plan estravagante, que han hecho alarde, por decirlo así, de su vena poética en la traza de sus símbolos religiosos y de sus utopias sociales. Los progresos industriales que en una civilizacion ménos adelantada se hubieran juzgado redondamente imposibles, las modificaciones que experimenta la sociedad con el transcurso de los siglos, el escepticismo que carcome las convicciones mas bien cimentadas, la inquietud del corazon que nunca habia sido tan activa, una sensibilidad exagerada que halaga el propio orgullo deplorando los males ajenos, la hermosura de los sentimientos de tolerancia y amor y fraternidad, todo esto ha dado armas á la seduccion, todo ha contribuido á hacer mas atractiva la novedad; y por esto se ha prestado fácil oído á lagrimosas declamaciones, se ha dado fe á seductoras profecías, y se han aceptado como realizables los sistemas mas independientes de todas las tradiciones de lo pasado y mas contrarios á los hábitos existentes. Se ha hablado tanto de regeneracion moral de las sociedades, se ha saludado con tanto entusiasmo el porvenir, que no es extraño se hayan abrigado esperanzas de una felicidad casi absoluta, y se haya aguardado con ansiedad la aurora del dia solemne, en que una humanidad infeliz desapareciera del teatro de sus dolores despues de haber procreado una humanidad bienaventurada en la tierra.

Pero aun así esta felicidad sería muy incompleta, mientras pudiese terminar en el abismo espantoso que la Justicia divina muestra á los prevaricadores. Para consumir la obra de la filantropía era menester no solo reabilitar al género humano en su estado transitorio, sino asegurarle tambien un porvenir eternamente dichoso. El dogma del infierno, tal como lo enseña la iglesia católica, era un obstáculo insuperable para hacer creibles sus promesas; por lo mismo fué necesario tergiversarlo, combatirlo, negarlo. ¿Qué sería de estas sociedades futuras si tuviesen tambien incierto su camino, si las amedrentase el temor de un destino infansto, si pudiese turbar sus voluptuosos ensueños una pesadilla aterradora, ó aparecerles la idea del infierno en medio de sus delicias, como la sombra de un espectro en un jardin de risueñas flores? Es verdad que tratándose con tanto ahinco del perfeccionamiento moral del hombre, era muy imprudente quitarle un freno, que basta á neutralizar el impulso mas violento, y á contenerle en medio de la pendiente mas resbaladiza; pero los que se entretienen en construir la nueva máquina social, desechan las ideas afflictivas y desconsoladoras como resortes ya gastados ó enmudecidos. El tártaro no puede situarse ni cerca ni lejos de los campos eliseos que ha soñado el filosofismo humanitario. Por eso, mentidos heraldos, proclaman una amnistia divina, se esfuerzan en arrebatár á Dios la vara de su indignacion, pretenden mitigar la sancion de sus leyes, y promulgan la abolicion del infierno, como si se lograra aniquilar su existencia eterna, suprimiendo el artículo que la enseña. Algunas veces de un mismo origen brota una idea justa; luego otra exajerada, luego otra absurda; se abolió la tortura, se pretende abolir la pena de muerte, y ahora ya se disputan á Dios los límites de su justicia, para abolir tambien el infierno.

En un siglo en que se supone tanta influencia á las inspiraciones del genio, no podia desconocer M. Soumet que, proponiéndose para argumento de su fábula épica el rescate del infierno, iba á sostener con el encanto de la poesía la empresa aco-

metida ya con las armas de la declamacion y del sofisma. No bastaba decir: *yo no dogmatizo, me prosterno ante el misterio mas formidable de la fe cristiana*; llevando á cima un plan acorde con el espíritu de una filosofía anticatólica, se declaraba partidario suyo, aloménos por el sentimiento sino por la convicción. Debía prever que su libro sería interpretado como una esplicacion simbólica de sus creencias, que sería tomado como un nuevo comentario del dogma antiguo, que se vería encarnado el espíritu en la letra, que en cada pasage se encontraría un sentido alegórico, que se leería como un nuevo Apocalipsis; y si era glorioso ambicionar ese triunfo como poeta, debía rehusarlo como cristiano. M. Javier Eyma ha dicho: *pues es nuestro oficio, seamos críticos ántes que católicos*. Nosotros decimos que el órden está barbaramente invertido: la creencia religiosa es lo primero. Ni la corona real, ni el casco de guerrero, ni el laurel de poeta han de ocultar jamas el sello de la cruz en la frente en que se halle impreso. Además, ¿no era insensato orgullo presentarse como afectado de un sentimiento de piedad superior á la clemencia divina? Porque pedir un postre milagro de amor á la fuente del amor infinito, si está en contradiccion con la justicia tambien infinita? Trabajar con tanto ahinco para hacer mas alhagüena, mas hermosa, mas atractiva una ilusion, ¿no era hacer mas desesperante, mas horrible, mas cruel, la verdad que se le opone? Cuanto mas interesantes fuesen los nuevos redimidos, tanto mas se esponia el autor á inspirar aversion á los decretos irrevocables de la suprema Justicia. Nos atrevemos á decir que por fortuna el fantástico *Idameel*, ese Lucifer de carne, esta personificacion gigantesca del orgullo humano, ni merece la ternura de *Sémida* ni la misericordia de Dios: A M. Soumet le ha cegado el deseo de pertenecer á la familia de los Dante, Milton y Klopstock; y es sensible que falseando la base, haya gastado sus fuerzas colosales en levantar un monumento tan grandioso como arbitrario, tan espléndido como absurdo.

Un poema que aparece dominado del mismo pensamiento, que pone en juego idénticos medios (pues á no renegar de las ideas cristianas, solamente en la sangre del hombre-Dios puede concebirse una fuerza espiadora capaz de extinguir las llamas del infierno), que se sirve igualmente del amor para motivar tan grandioso proyecto, no podrá pasar desapercibido, por mas que la ejecucion no corresponda á la sublimidad de la idea. La diferencia está en que M. Soumet se atrevió á borrar el *Lasciate ogni speranza* de Alighieri, y nosotros inculcamos el *Nulla est redemptio* de la Iglesia; que el épico frances dió por consumada su obra, y nosotros hablamos únicamente de una tentativa frustrada; que el poeta filósofico autorizó una teoria fascinadora, y nosotros nos ceñimos á una especie de parábola que se apoya en la verdad teológica y terrible de la mayor intensidad de las penas en las almas regeneradas con la sangre del Cordero. Recelos pudiéramos tener de que esta pequeña composicion fuese mirada como escrita á competencia con la obra de tan gran genio, sino la preservasen de esta sospecha lo reducido de sus dimensiones, y la sincera protesta de que fué imaginada ántes que tuviésemos noticia alguna de la *Divina Epopeya*.

Tambien pudiera grangear alguna importancia á nuestro poema la novedad de ese género de ficciones en la literatura española; pues si bien esta no carece enteramente de obras que embellecen con los adornos de la poesía las verdades históricas ó reveladas del cristianismo, acaso en ninguna de ellas se ve al genio abrirse una senda original al traves de lo infinito, como para prueba de que en tales argumentos es lícito tambien seguir el impulso de la fantasía, mientras no se pierda de vista el norte seguro de la fe. El tierno á veces, y á veces sublime Hojeda, y otros escritores mas piadosos que poetas (cuando era necesario reunir ambas cualidades en igual grado), cantando, á imitacion de Juvenco y de Gerónimo Vida, la pasion y muerte ó la vida entera del Salvador, no hicieron mas que amplificar algunos fragmentos de la *Epopeya verdaderamente divina* que es-

cribieron los evangelistas, revistiéndolos de una dición mas ó ménos poética: pero cuando les vino á cuento exhornar su narracion con invenciones propias del asunto que les ocupaba, las ideas religiosas y literarias de su época no les permitieron mas que cristianizar algunas imitaciones de lo que habían leído en los clásicos antiguos ó italianos. El mismo defecto se advierte en Melendez y Reinoso, si bien admitida una vez por tema de sus inspiraciones la caída de Luzbel ó la del primer hombre, la fuerza misma de las cosas les inducia á entresacar y copiar en miniatura sus respectivas escenas del cuadro inmenso que trazara la mano maestra del grande épico inglés.

Las ideas actuales presentan al poeta un campo mas vasto, aunque no indefinidamente estendido. No hay ya autoridad literaria que lo vaya rodeando de una zanja para trazar los límites á su antojo, pero queda la autoridad del sentido común, de la lógica y de la fe, que es necesario sean respetadas. No se han echado por tierra las vallas, solamente se han retirado un buen trecho para hacer la liza mas espaciosa. Ahora es mas fácil ser original en todos géneros, si bien esta facultad puede ser peligrosa en materia tan delicada y trascendental como son las ideas de un orden sobrehumano: elevándose el espíritu á la region sublime de lo infinito, lastimaria mucho una caída, que es muy temible, mientras no sostenga las alas vigorosas del genio el auxilio incesante de arraigadas convicciones. Mas, desde proclamar una libertad desenfrenada, como lo hace M. Soumet en el epígrafe de su libro, hasta regatear la mas insignificante licencia al vate cristiano; desde otorgar el permiso mas amplio para cantar los delirios del alma, hasta escandalizarse de encontrar la mas leve disidencia entre la ficción poética y la verdad religiosa; desde canonizar los absurdos, hasta pesquisar casi imperceptibles contrasentidos, media una distancia de crecidas dimensiones. Tan severa y minuciosa puede ser una crítica escudada con el símbolo de las creencias, que tal vez no osaria arrostrarla nuestro pobre Abdiel; y sin embargo cree-

mos que mas fácil nos seria responder entónces á las objeciones que se nos hicieran, que no improvisar ahora una poética completa para ficciones deducidas del órden sobrenatural del cristianismo. Los límites de este artículo no nos permiten anunciar las reglas que la compondrian; pero es claro que al fin convendrian en que es necesario al poeta depurar cuando le sea posible los sentimientos humanos, santificar sus mas tiernas emociones, aliar amistosamente la fe y la fantasia, y acordarse de que en ningun caso le es lícito investir de pasiones indignas los agentes celestiales, viciar el espíritu del cristianismo, degradar sus misterios sublimes, ó torcer rudamente la inflexibilidad de sus dogmas.=T. A.

## ABDIEL.



No era de noche, y nunca tan oscura  
 La noche habia al mundo sorprendido:  
 Nunca en mar de tan fúnebre negrura  
 Se viera un astro muerto sumergido.  
 Cual corazon hundido  
 En lo opaco del pecho que lo encierra,  
 El mundo entre su atmósfera latia,  
 Porque no eran las sombras todavía  
 Sudario del cadáver de la tierra.

Y crecieron hinchadas las tinieblas,  
 Como olas que entumece crudo viento,  
 Cual de un valle elevándose las nieblas  
 Su volúmen abultan ceniciento.  
 Su raudó movimiento  
 La tierra absorta habia entorpecido,  
 Yaciendo entre las masas de la sombra,  
 Cual trasquilada oveja entre la alfombra  
 De los negros vellones que ha perdido.

Y de ella en derredor acumulados  
 Formaban á su sien corona inmensa  
 Los globos, que de su órbita arrancados  
 Clavábanse en atmósfera mas densa.  
 El sol sin llama intensa  
 Cubierto de cilicio parecía;  
 Su blanda luz velaban las estrellas,  
 Y ni siquiera pálidas centellas  
 El choque de dos astros producía.

---

Desde ellos sus gloriosos tutelares  
 Fijaban en la tierra entrambos ojos,  
 Y el concierto inmortal de sus cantares  
 Cedia á la espresion de sus enojos.  
 Mas eran, ay! tan flojos  
 Los ecos de un dolor que helaba el pasmo,  
 Que enmedio de un silencio cruel se oía  
 En Dios el estertor de la agonía,  
 Y en el hombre las risas del sarcasmo.

---

Otros de los espíritus celestes  
 De la sagrada Cruz mas cerca estaban,  
 Y los peñascos del Calvario agrestes  
 Con invisibles lágrimas regaban.  
 Algunos ocupaban  
 Del Líbano los cedros corpulentos,  
 Los cipreses de Sion de fruto esquivos,  
 Las palmas de Cadés y los olivos  
 Del huerto de Getsémani sangrientos.

---

Sumido en su dolor, y solitario  
 En una de las breñas del Carmelo,  
 Revolviendo un proyecto temerario  
 Estaba Abdiel, el Angel sin consuelo;  
 Espíritu gemelo  
 De otro ángel infeliz, que deslumbrado  
 Por su inmenso esplendor, fué seducido,  
 Y compartió las penas del vencido,  
 Porque siguió la voz del rebelado.

---



Juntos los dos del tiempo en la mañana  
 Brotaron, como el rayo de la luna  
 Que penetrando en gótica ventana,  
 Divide luego en dos sutil coluna.  
 En una misma cuna  
 Reposaron los dos, juntos sintieron  
 El soplo del Señor que les heria,  
 Y juntos al fulgor del sumo día  
 Sus alas de oro y nácar estendieron.

Mas dado apénas el primer abrazo,  
 Dulce emblema del vínculo fraterno,  
 Llegó de la batalla el triste plazo,  
 Y abrió sus negras fauces el infierno.  
 Llanto vertia tierno  
 Abdiel entre los bellos vencedores,  
 No teniendo á su lado ya al amigo  
 Que se via arrojado por castigo  
 De un mar de intensa llama á los ardores.

El rojo lagrimal Abdiel enjuto  
 Del compasivo duelo no tenia,  
 Cuando le dijo Dios: «Su primer fruto  
 Ha dado la muger en este día;  
 Tú su custodio y guía,  
 Y su amigo has de ser: desciende al suelo.»  
 Y el agraciado espíritu obediente  
 Prosternó ante el Señor la augusta frente,  
 Y hácia el mundo abatió su raudó vuelo.

Hermoso era sin duda el primer hijo  
 Que durmió de muger en el regazo;  
 Y le miraba Abdiel con regocijo,  
 Y al de la madre unió su tierno abrazo.  
 Eterno creyó el lazo  
 Que ataba con el ángel al infante;  
 Porque en cuerpo tan bello presumia,  
 Que huésped de un momento ser debía  
 Un espíritu al suyo semejante.

Y ya la espina cruel de sus memorias  
 Su corazon punzaba mas remisa,  
 Y entónces de esperanzas ilusorias  
 Del niño le llenaba la sonrisa.  
 Rodaban pero aprisa  
 Los años con fatídica porfía,  
 Y en varon el infante se trocaba,  
 Y la imágen del ángel se borraba,  
 Y la imágen del hombre aparecia.

---

Y la tierra que estaba por desgracia  
 Abrevada de un tósigo reciente,  
 Exhalaba con toda su eficacia  
 De la ponzoña el hálito inclemente.  
 Bien pronto delincuente  
 Al nuevo objeto vió de su cariño,  
 Bien pronto lamentó su doble muerte;  
 Y vió como sufrían igual suerte  
 Su ángel hermano y su gracioso niño.

---

Desde entónces el pecho generoso  
 Que albergar no podia propias penas,  
 Se nutria en tormento misterioso  
 Compartiendo el pesar de las ajenas;  
 Y en las regiones llenas  
 De perfumes de luz y de armonía  
 Blanca niebla flotaba de aire hueco,  
 Y en su diáfana red, cual débil eco  
 De distante gemido, Abdiel gemia.

---

O errante por el páramo, que inmenso  
 Del espacio se estiende en los confines,  
 Vagaba meláncolico y suspenso,  
 Moviendo á compasion los serafines.  
 Cruzaba los jardines  
 Que por gayadas flores dan estrellas,  
 O hallaba en su carrera nuevos soles,  
 Y en esferas de vivos arreboles  
 Inundaba de luz sus alas bellas.

---

Y á pesar del concierto de los mundos,  
 De los astros que giran esplendentes,  
 De las harpas y cánticos yocundos  
 Que armonía derraman á torrentes,  
 Sus lágrimas dolientes  
 En los ojos el ángel retenia,  
 Porque en aquel magnífico conuento,  
 De sus tristes amigos el lamento  
 De trecho en trecho oír le parecia.

Cual lloraria un ángel desterrado  
 Al aspirar la atmósfera del suelo,  
 Así lloraba Abdiel, de luz bañado,  
 Y entre los goces íntimos del cielo.  
 Y el tiempo, que en su vuelo  
 Enjuga cuantas lágrimas destila  
 El hombre á quien devora pena interna,  
 Secar pudo jamás la gota eterna  
 Que empañaba su fúlgida pupila.

Mas la hora del consuelo de la tierra,  
 La hora de Redencion llegado habia:  
 Hora en que el manantial que al tiempo encierra  
 La plenitud del tiempo descubria:  
 Hora que dividia  
 La eternidad en dos eternidades:  
 Hora tremenda en que un licor sangriento  
 Debía dar de gloria y luz aumento  
 Del porvenir eterno á las edades.

Y Abdiel lo meditaba silencioso,  
 En tanto que su estática mirada,  
 Atravesando el aire tenebroso,  
 Persistia en el Gólgota clavada;  
 Y al ver la cruz bañada  
 En la sangre divina del Cordero,  
 Concebia el valor de cada gota,  
 Y un pensamiento audaz con fuerza ignota  
 Su tristeza engañaba lisongero.

«¿Porqué esta sangre de virtud inmensa  
 En la manchada faz del mundo para?  
 Ah! si, como la luz el aura densa,  
 Los poros de la tierra penetrara!  
 Ah! si á tocar llegara  
 Una gota no mas de este reguero...!  
 Una gota no mas, fuera bastante  
 Para extinguir el sol mas rutilante  
 Que relumbró en el cáos el primero.»

---

Y dominado de esta grande idea  
 Partió al Calvario el ángel velozmente,  
 Y la sangre del Cristo que chorrea  
 Adora consternado y reverente;  
 Y luego en su corriente  
 Humedeció las puntas de sus alas,  
 Que en hilos de cristal y de oro finos  
 Imitan en cambiantes peregrinos  
 De estrellas y de flores brillo y galas.

---

Así en las aguas de pequeño charco,  
 Que allá en el corazon de selva inculta  
 De entretejidas ramas verde arco  
 A los amagos del estío oculta,  
 Su plumage sepulta  
 La avecilla, y lo estrahe humedecido  
 Para amasar el barro pegajoso,  
 Con que está fabricando sin reposo  
 A su futura prole blando nido.

---

Con su rico tesoro Abdiel ufano  
 La ilusion estrenaba del consuelo,  
 Y sus alas abriendo al aire vano  
 De su honda lobreguez rasgaba el velo  
 Y dejaba en su vuelo  
 Un rastro blanquecino, cual sería  
 La despejada zona de blancura,  
 Si entre la cerrazon de noche oscura  
 Brillase por azar la láctea via.

---

Así pasa un cometa, y de centellas  
 Puebla el camino que en la esfera graba;  
 Así, en chispas de luz sus raudas huellas  
 En la compacta sombra Abdiel marcaba:  
 Y en tanto que volaba  
 De la tierra buscando los confines,  
 Por entre opacos astros y querubes,  
 Se abrían á su tránsito las nubes,  
 Y humillaban su sien los serafines.

---

Y volaba, y volaba, y de su ruta  
 Por fin tocara el término sombrío,  
 Entrando por la boca de una gruta  
 De ancha caverna al ámbito vacío.  
 Cual subterráneo río,  
 El ángel penetraba en las honduras;  
 Y junto al cráter de un volcan inmenso,  
 Envueltas vió saltar en humo denso  
 De ardiente llama ráfagas oscuras.

---

Llamas sin claridad; mas el tumulto  
 Que rugía en su lóbrego recinto  
 De allí le hizo apartar, y Abdiel oculto  
 Costeaba el horrible laberinto.  
 Un boqueron distinto  
 Encontró; dó la llama solitaria  
 En espumoso ardor no hervía dentro,  
 Y sacudió sus alas... y en el centro  
 Sumergió su esperanza temeraria.

---

Cayó la sangre en el desierto lago,  
 No cual de redencion feliz primicia;  
 Sangre era que añadir debía estrago  
 É implacable rigor á la justicia.  
 El crimen su malicia  
 Dobló, desde que la víctima inocente  
 Cual rio de perdon la derramara,  
 Y el fuego que esta sangre salpicara  
 Exacerbar debió su saña ardiente.

---

Cayó la sangre, y su aspersion divina  
 Perturbó de aquel piélago el sosiego,  
 Cual si chorros de azufre y de resina  
 Cebaran las hogueras de su fuego.  
 Un terremoto luego  
 Sacudió las convulsas cavidades,  
 Creciendo, con el súbito trastorno,  
 En crudeza las llamas de aquel horno,  
 Y en estension sus vastas soledades.

Y de una carcajada el estampido  
 Resonó en el vecino y ancho seno,  
 Cual de salvajes fieras el bramido  
 Que se mezcla al fragor de ronco trueno.  
 De rabia estaba lleno  
 El vencido Luzbel, la frente brava  
 Que en su segunda caída sumergiera  
 Acababa de alzar: entónces era  
 Que de su espanto horrible despertaba.

« Querubes, exclamó, nos ha vengado  
 El mismo que se jacta de vencernos.  
 ¿Con su muerte sangrienta, qué ha logrado  
 Sino añadir mas llama á los infiernos?  
 Oh! no lo veis? eternos  
 Serán estos ardores que han crecido.  
 ¡Ay de cuantos su sangre marque en vano!  
 Probarán al caer en nuestra mano  
 Las llamas que esta sangre ha embravecido.»

«A los hijos del Cristo seduzcamos;  
 Y al Cristo en su prosapia venceremos,  
 Y cuando en nuestras garras les tengamos,  
 En aquel seno atroz les hundiremos.»  
 Cesaron los blasfemos  
 Acentos de Luzbel: sulfúreos rios  
 Brotaban del volcan, y Abdiel saliendo  
 Tres veces suspiró, y voló diciendo:  
 «Oh! no hay ya redencion, amigos míos!»

TOMAS AGUILÓ.

## DISCURSO

## del Conde de Montalembert

PAR DE FRANCIA

SOBRE LA LIBERTAD DE LAS ORDENES RELIGIOSAS.

El 8 del presente mayo resonó en la cámara de los Pares de Francia con motivo de la discusión sobre la libertad de enseñanza, una voz elocuente, una enérgica protesta á favor de los calumniados institutos religiosos, y en especial del mas calumniado de todos, el de los jesuitas. A este discurso precedieron dos del mismo Conde Montalembert sobre la *libertad de la Iglesia* y la *libertad de enseñanza*; pero ya que no es posible insertar los tres como deseáramos, no queremos dilatar á nuestros suscriptores la lectura del último, ni defraudarles de ninguna parte de él, porque ninguna hay falta de interes. La votacion de los Pares resolvió el asunto en sentido contrario al del ilustre orador; pero no importa: estas ideas tienen un palenque mas vasto que el de una asamblea legislativa, y la justicia podrá diferirse de uno en otro dia, pero tiene en patrimonio la eternidad. Mas dejemos hablar al noble Montalembert:

« Señores: los institutos religiosos que condenais con prevencion y sin oírlos en defensa, son un elemento esencial del libre desarrollo de la Iglesia. Antes de la paz de Constantino hubo ya monges en los desiertos de la Tebaida, que despues fueron estendiéndose por el globo, bajo todos los gobiernos y en todos los climas. Donde quiera ha sido predicado y reconocido el cristianismo, ha cubierto el mundo de conventos. En una infinidad de países, en Alemania, en Inglaterra y en los reinos del Norte, introdujeron la fe cristiana únicamente los religiosos; y en las restantes naciones, por dó quiera repito, se ha visto siempre á la Iglesia acompañada de monásticos institutos: ved ahí el incontestable resultado de la historia de quince siglos. Lo que en ninguna época ni país se vió es una iglesia, como la de Francia, tal como la quisierais vosotros, es decir, ceñida á solos obispos y presbíteros seculares, y despojada de la fuerza y de la gloria que del clero regular ha recabado siempre.

« ¿Cual es el origen de un orden de cosas tan universal? es la necesidad imperiosa para ciertas almas, é inseparable en ellas de la misma fe, la necesidad de aspirar á la perfeccion, de obedecer, no sola-

mente los preceptos, sino tambien los consejos del Evangelio, de sustraerse á los peligros de una vida ordinaria para alcanzar mas seguramente la eterna. La satisfaccion de esta necesidad es un derecho inseparable de la libre profesion del catolicismo, como demuestran todos los obispos que lo reclaman en sus peticiones. Vosotros, que reconocis para las mugeres la validez de este derecho, ¿porqué la negais á los hombres? Ni la Iglesia ni la conciencia reconocen esta pueril distincion, contra la cual protesta la historia entera.

« Los institutos de religiosos han llenado el mundo con sus trabajos y su gloria: fruto del mas puro y fecundo entusiasmo religioso, han dado á la Iglesia sus papas mas eminentes, por ejemplo san Gregorio Magno, Sixto V y Pio VII, sus doctores mas esclarecidos, como san Bernardo y santo Tomas de Aquino, sus obispos mas celosos y sus apóstoles mas ardientes como un san Anselmo y un san Vicente de Paul.

« Servicios no ménos señalados han prestado tambien al mundo y á la sociedad temporal. En medio de las tinieblas y desórdenes que siguieron á la caída del Imperio romano, fueron ellos el faro que por espacio de veinte generaciones indicó á los nuevos pueblos la luz, la seguridad y la paz. Ellos desmontaron la mitad de la Europa, de la Francia sobre todo, donde mas de cincuenta ciudades actualmente existentes deben su nacimiento, su conservacion y hasta su nombre á estos mismos hombres, que despues de manejar con tanto vigor la azada y el arado, entraban en sus celdas para cultivar asimismo el espíritu, ocupándose de todos los ramos del saber humano. Para vosotros han conservado el depósito y la tradicion de todas las ciencias, todos los manuscritos de las literaturas antiguas, todos los pergaminos y documentos de nuestra historia nacional, en una palabra, todos los elementos de esta cultura intelectual en donde sus enemigos buscan armas para combatirlos. Ademas han trasmitido y cultivado todas las artes sin escepcion alguna, sembrando por el mundo tan gigantescos monumentos, que sus ruinas solas escitan todavia la admiracion y la sorpresa.

« Ellos en fin habian sorprendido el secreto de una caridad tan copiosa y perseverante á la vez, que desde su estincion data en el mundo la aparicion del pauperismo. (*Reclamaciones y murmullos.*) He dicho el pauperismo, Señores, no la pobreza, y me afirmo en que el pauperismo no ha aparecido sino con la desaparicion de los religiosos. Ved ahí lo que hicieron por la humanidad en el espacio de doce á quince siglos: y todo lo obraron sin emplear jamas la violencia, sin mas poder que el de la libertad y del amor, en virtud de un solo principio, el de la abnegacion propia por el amor de Dios, bajo el mé-



todo bien sencillo de la obediencia, y en vista de un fin único, la salvación de las almas.

« Ay! sin duda ha habido en su historia abusos, degeneraciones funestas y alguna vez vergonzosas: ¿quién lo niega? Pero ¿han encontrado por ventura sus contrarios cosa alguna bajo el sol que no sea accesible á la degeneración y á los abusos? No los ha tenido la propiedad? no los ha tenido la monarquía, y mas espantosos que otros algunos? y sin mas razón debieran suprimirse estas instituciones universales? Sí, grandes y dolorosas alteraciones, como todo lo humano, sufrieron los institutos religiosos; pero casi siempre provenían aquellas, no de su naturaleza misma, sino de la nociva influencia que el espíritu laical ejercía sobre ellos, y mas todavía de las invasiones del poder temporal. Lo incontestable es que no hay otras instituciones humanas que tan fácilmente se hayan prestado á las mas vigorosas y eficaces reformas.

« Pero á mas de los servicios que prestaban á la sociedad, segun el testimonio de la historia sinceramente consultada, otro muy mayor hacían en mi concepto dando un seguro asilo y una saludable actividad á cuantos no eran formados para la vida ordinaria. Si les admiro, es ante todo por haber conocido y puesto en práctica el secreto de curar tantos corazones enfermos, de corregir tantas imaginaciones desordenadas, de disciplinar y fecundar tantas peligrosas ambiciones en el seno de la paz del claustro, como muy bien se la llamaba. ¿Y tan nocivas, tan detestables creéis que serían semejantes instituciones en medio de una sociedad como la nuestra, donde todo concurre á despertar la ambición, la imaginación y el desorden intelectual, mientras todo falta para calmarlas ú organizarlas; donde son objeto de las ansias universales el bienestar material y los goces egoistas y del momento; donde las vocaciones religiosas que intentáis proscribir son reemplazadas con muy pocas ventajas á mi parecer por los tres mil suicidios que anualmente continuáis en la estadística de los tribunales (2586 en 1838, 2747 en 1839, 2814 en 1841)?

« Y bien, si hay un carácter comun á todas las órdenes religiosas con muy pocas escepciones, es seguramente la vocación á la enseñanza, que han desempeñado no solo en Francia sino en todas partes, no en nuestros dias, sino en todos tiempos: los preceptores de la Europa cristiana son los religiosos. Desde el siglo V hasta el XIII dieron ellos esclusivamente la instrucción pública y privada; y cuando mas tarde empezaron á florecer las universidades, prosiguieron las órdenes religiosas enseñando colateralmente, siendo este en Francia el apogeo de su esplendor; y así continuaron haciéndolo en todos los países hasta la reforma ó hasta la revolución francesa. Es un hecho pues enteramente

nuevo y singular la prohibición de la enseñanza á los institutos religiosos, que fueron entre nosotros sus fundadores, que durante ocho siglos conservaron al mundo por sí solos la instrucción pública como un depósito sagrado, que la ejercieron por espacio de otros seis, como un derecho benéfico é indisputable. Ahora á ellos solos se pretende escluirlos de la enseñanza... ¡O justicia y reconocimiento de esta generacion!

«Y ¿porqué todo esto? no tanto acaso por odio á las órdenes religiosas en general, pues se limitan los mas á olvidar sus servicios y á calumniarlas en la historia, cuanto por odio y temor á los jesuitas, esto es, á la orden que en los tiempos modernos ha desempeñado el papel mas eminente en la enseñanza. Y digo, en los tiempos modernos; pues si bien los benedictinos han hecho mas todavía, y desde tiempos mas remotos, á favor del cultivo del espíritu humano, si ellos y otros religiosos fueron degollados á menudo por los pueblos bárbaros que los veían aparecer en su seno, no se sabe que la mas bárbara de aquellas naciones pensara jamas en vedarles la enseñanza. Reservado estaba á la filosofía moderna este refinado despotismo, y debia únicamente pasar sobre los jesuitas: esta es la distincion y la gloria especial de esta orden.

«El honorable M. Cousin, de cuya vuelta me alegro, ha dicho: «Sonrisa ó indignacion causa á los que tienen algun conocimiento en estas materias, oír hablar del genio de los jesuitas para la educacion.»

«El canciller Bacon que puede que no tuviera en estas materias conocimiento alguno, pero á quien no negará el honorable M. Cousin cierta competencia en filosofía, dijo (*De augmentis scient. l. VI. c. 4*): «Respecto al arte de instruir á la juventud, el precepto es muy sencillo. Consultad las escuelas de los jesuitas, pues nada mejor que lo que en ellas se practica. *Consule scholas jesuitarum: nihil enim quod in usum venit, his melius.*»

«Descartes alumno de los jesuitas, pero cuya competencia tampoco recusará M. Cousin, les rindió igual homenaje en su carta 90 diciendo: «Y siendo la filosofía la llave de las demás ciencias, es muy útil cursarla enteramente segun se enseña en las escuelas de los jesuitas. En honor de mis antiguos maestros debo decir, que ningun lugar hay en el mundo donde mejor se enseñe en mi concepto la filosofía que en el colegio de la Fleche.»

«Y Voltaire, que no es ciertamente el discípulo de los jesuitas que mas honor les haga, pero que sin duda tenia un profundo conocimiento de las reglas del gusto y del estudio, dijo tambien: «Jamás se borrará de mi corazon la memoria del P. Porée, igualmente apreciable para cuantos estudiaron bajo su direccion. Nunca hombre alguno hi-

zo más amables el estudio y la virtud: las horas de sus lecciones eran de delicias para nosotros; y por mi parte deseaba que en Paris, lo mismo que en Atenas, se hubiera establecido el uso de que á toda edad se pudiera concurrir á tales lecciones: amenudo hubiera vuelto á su escuela." Y estas lecciones, señores, quereis proscribirlas!

«M. de Chateaubriand, á quien sin escrúpulo puede citarse despues de Bacon y Descartes, ha dicho: «La caída de los jesuitas fué una pérdida irreparable para la Europa literaria; y desde entónces no se ha reorganizado la educacion." Y en la misma época en que esto escribia, durante el imperio, decía Napoleon: «Conozco que los jesuitas respecto de la enseñanza han dejado un gran vacío.»

«Bacon, Descartes, Voltaire, Chateaubriand, Napoleon, todos de acuerdo en este punto! Grandes autoridades son estas, señores, y que acaso contrapesan la de M. Cousin. Si nos engañamos conviniendo con aquellos hombres acerca del mérito de los jesuitas, preciso es confesarlo, alménos nos engañamos en muy buena compañía. (*Sensacion.*)

«Pero todos estos elogios, se dice, son únicamente aplicables al primer siglo de la existencia de los jesuitas, siglo de heroismo, de gloria y de santidad: así os lo dijo el honorable Cousin trazando el otro dia una magnífica pintura de aquel siglo. Desde luego es completamente inexacta esta escepcion, pues Voltaire y Napoleon no hablaban del primero sino del último siglo de la Compañía. Además si tan irrepreensible era esta en su primer siglo, ¿cómo es que entónces cabalmente, quince años despues de san Ignacio y en tiempo de san Francisco Javier, la universidad de Paris, cuyos sucesores os intitulais, les cerraba sus puertas, y los acusaba ante el parlamento? cómo es que cabalmente entónces, durante aquel período primitivo tan fecundo y admirable, segun decís, los abrumaban con sus acusaciones los Pasquier, los Dumoulin, y otros legistas? Entónces fueron mejor defendidos, pero no mas combatidos que en la actualidad, y si eran en aquel tiempo irrepreensibles, lógica es la conclusion de que no tienen mayor fundamento que aquellas las invectivas de sus modernos enemigos."»

«Así pues la universidad antigua, que reconozco tenia de comun con la moderna el odio á toda rivalidad, rechazaba á los jesuitas precisamente á causa de su mérito, como habia rechazado 300 años ántes á santo Tomás de Aquino, á quien M. Cousin se digna llamar un hombre eminente respecto de su siglo; y como rechazó mas tarde á Descartes que tantos partidarios cuenta en el dia, y de quien tanto se ha hablado de algunos dias acá, debiendo añadir por via de paréntesis que fué tratado por sus enemigos contemporáneos de *jesuita sin sotana*, lo que puede servir de consuelo á los que mas modernos que él, y sobre todo

ménos ilustres, nada tienen con él de común sino esta calificación.

«No vengo aquí á deshacer todas las injustas acusaciones de que han sido blanco los jesuitas; pero dos hay que recientemente renovadas en esta tribuna, han adquirido por lo mismo un grado de autoridad de que importa despojarlas. Confiésoos, señores, que me sorprendí de que se escapara la primera de la pluma de M. Cousin; pues dijo el otro día en este recinto, no ya en el calor de la improvisación que tan bien maneja, sino en su discurso escrito, que las constituciones de los jesuitas prescribían en materia de estudios filosóficos que se omitieran todas las cuestiones acerca de Dios: *Prætereantur questiones de Deo*. Y bien, ¿sabeis lo que contiene el texto mismo de las constituciones invocadas por M. Cousin? oídlo, y según un ejemplar nada sospechoso, pues es el mismo que sirvió al parlamento de París para pronunciar su acuerdo de 1762. No se leen aisladas las citadas palabras; sino «que en la metafísica se omitan las cuestiones acerca de Dios y de los espíritus, que en todo ó en parte dependan de la revelación. *In metaphysicâ questiones de Deo et intelligentiis, quæ omnino aut magnopere pendent ex veritatibus divina fide traditis, prætereantur.*» Es decir, que se prescribe la regla trazada, preconizada, defendida diariamente en esta asamblea por el mismo M. Cousin! que se enseñe una metafísica, no contraria á la revelación, sino estraña á ella é independiente, y que suministre en apoyo de la verdad revelada las demostraciones á que alcanza por sí sola la razón. Absuelvo seguramente al honorable M. Cousin hasta de toda sospecha de haber querido mutilar ó falsificar el texto para combatir á sus adversarios; pero reprenderé á un sabio, no solo filósofo muy elocuente, si que también diestrísimo filólogo, por haber tomado una cita, sin comprobarla ántes de sacarla á plaza en esta tribuna, de un calumnioso folleto donde casi todos los textos que se citan están adulterados como acabais de verlo.

«Pero ved, señores, otra prueba de la estremada inadvertencia con que al tratarse de los jesuitas repiten los hombres mas graves las ménos fundadas acusaciones. El honorable M. Passy, antiguo ministro, hombre tan grave y templado en todas ocasiones, vino á decirnos que en una historia de Francia arreglada por los jesuitas se designaba al emperador Napoleon como marqués de Bonaparte, lugarteniente general de las tropas de Luis XVIII. Ahora bien, tengo el honor de manifestaros que nada de esto hay, que jamás ha existido esta falsificación estúpida de la historia. Si fuese verdadera, cierto que probaria muy mal la astucia y habilidad que se echa en cara á los jesuitas, pero el hecho es apócrifo completamente. La historia á que se alude fué estereotipada, é impresa en número de mas de cien mil ejemplares, y

ha circulado y circula aun por todas partes: el autor que todavía vive declara bajo palabra de sacerdote y de hombre de honor que no ha escrito una línea de lo que se le imputa. Hojead las dos ediciones primitivas del citado libro que datan de 1810 y de 1816: en él encontrareis una multitud de juicios contrarios á la gloria imperial y á la imparcialidad histórica, lo confieso; pero tal era la moda de aquel tiempo: y si á recriminaciones vamos, alcanzarian estas muy alto, no ya al oscuro jesuita, sino á hombres que todos respetamos, y que cedieron como los demás á la reaccion política. Sin embargo, ningun vestigio conservan aquellas ediciones de falsificaciones tan absurdas; léese en ellas con todas sus letras: *Napoleon Bonaparte proclamado emperador con el nombre de Napoleon, y consagrado luego por Pio VII;* y en seguida se refiere su historia circunstanciada. Ninguno de los que me oyen habrá visto seguramente un ejemplar de la mencionada historia de Francia con esa estraña trasformacion del emperador Napoleon en marques: y si en algun ejemplar pudiera encontrarse, diria yo atrevidamente que ha sido intercalada en él por algun enemigo de los jesuitas, y que esta intercalacion nada increíble ni sorprendente seria para los que han visto, como yo, con sus propios ojos, en 1830 estampas que representaban á los jesuitas haciendo ejercicios de fuego en Montrouge para enseñar al pueblo de Paris á combatir. (*Risas y movimientos diversos*). Sí, lo he visto, señores; de esta manera se escribe la historia no entre los jesuitas, sino contra los jesuitas. Los que imaginaron y pusieron en venta semejantes estampas, son muy capaces en mi concepto de haber inventado esa historia del marqués de Bonaparte para deshonar mejor á las víctimas de su encono.

«Mas ¿y paraqué, se nos pregunta incesantemente, estar tan apegados á los jesuitas? No puede subsistir sin jesuitas la religion, y no es posible separar la defensa de esta de la de aquéllos? Ah! señores! ¿quereis que os diga lo que tanto nos adhiere á los jesuitas? es precisamente lo encarnizado de los ataques, lo negro de las calumnias que los persiguen. ¿Cuál es el corazon generoso y delicado que á la vista de hombres que son hermanos suyos y los sacerdotes de su fe, no se sienta imperiosamente escitado á defenderlos? Lo que nos adhiere á ellos, preguntais? es el odio violento que inspiran á todos los enemigos de la Iglesia. No quiero afirmar que todos los contrarios de los jesuitas lo sean de la Iglesia tambien, pero no vacilo en decir que los enemigos de la Iglesia son siempre y ante todo enemigos de los jesuitas; sobre estos descargan siempre sus primeros golpes, y esto desigua la Compañía á la confianza y aprecio de los católicos como una vanguardia y uno de los cuerpos mas escogidos de la milicia sagrada. Así lo han con-

sesado francamente nuestros mas sinceros adversarios (M. Pedro Leroux en su *Rev. Indep.*): « El jesuitismo dicen, no es mas que una antigua fórmula que tiene el mérito de resumir todos los odios populares contra lo que hay de mas retrógrado y odioso en las tendencias de una religion degenerada. A despecho de las distinciones que se establecen entre el clero frances y los *Padres de la fe*, bien conocen todos en su fondo la naturaleza de esta lucha, en la cual se trata de saber cual de los dos triunfará, si la libertad ó el catolicismo esclusivo.»

« Esta conviccion confesada por los enemigos del clero, ha penetrado lentamente en los que nos profesamos hijos y fieles adictos suyos; y esta, si debo deciroslo francamente, es la que á mí me ha convertido, porque tambien yo he tenido que convertirme al aprecio de los jesuitas. Cuando en tiempo de la restauracion era discípulo de la universidad, cuando seguia las clases de los Sres. Villemain y Cousin en la Sorbona, yo tambien declamaba contra los jesuitas, y en medio de mis camaradas incrédulos ponía mi fe de cristiano á cubierto de mi antipatía ácia los jesuitas, como hacen muchos aun en el dia.»

« Pero cuando entré en la práctica de las cosas, cuando ví en el mundo y en la historia que en los países todos desde el Paraguay hasta la Siberia, no ha habido perseguidor de la Iglesia desde el marques de Pombal hasta el emperador de Rusia, ni error alguno de cualquier grado sea, desde el ateismo hasta el jansenismo, que no se hayan puesto de acuerdo contra los jesuitas, y conspirado sin cesar y por dó quiera para la ruina y proscripcion de la Compañía; cuando en las luchas religiosas de nuestros dias he reconocido en escala menor síntomas del todo semejantes; ¡oh! entónces he dicho en mi interior, preciso es que haya en aquellos hombres algo de sagrado y misterioso que explique y motive la maravillosa alianza de enemistades tan diversas en contra suya: preciso es que en ese instinto del odio, tan perspicaz casi siempre, haya alguna cosa que indique que este es el medio de herir á la Iglesia en su mismo corazon. Ved ahí como de enemigo que ántes era de los jesuitas, he llegado á ser su partidario y admirador, y gracias al cielo, no soy el único que he seguido este camino. Oisteis el otro dia lo que os dijo el Sr. conde de Beugnot, presente teneis aquí al vicepresidente de esta asamblea, al gefe del tribunal real de Paris, al autor principal de los famosos acuerdos de 1826, al Sr. baron Segnier que acaba de asociarse á las enmiendas favorables á los jesuitas; y últimamente habeis podido leer lo que en favor de su existencia, rigiendo la carta de 1850, ha escrito un sabio jurisconsulto, un ministro íntegro, M. de Vatimesnil, que fué cólega de los Sres. el conde Portalis y el conde Roy, cuando se espidieron los decretos de 1828, y que lo

fué del honorable M. Bourdeau hasta la entrada del ministerio Polignac."

« Pero son tan grandes, se dice, las faltas que han cometido los jesuitas! Que hayan incurrido en ciertas faltas de direccion cuando se han hallado inmiscuidos en negocios políticos, no lo niego; y como detesto de corazon todo lo que de cerca ó de léjos tiende al despotismo, reprobaré formalmente todo lo que hayan hecho en esta línea los jesuitas, cuando pueda demostrármese la exactitud de las acusaciones que acerca de esto se han intentado contra ellos. Mas aun suponiéndolas fundadas, ¿quién no ha cometido faltas de esta especie? y cuál es la asamblea, cuál la dinastía, cuál la corporacion constituida, que haya cometido tan pocas como la Compañía de Jesus, y sobre todo que las haya compensado y eclipsado con méritos tan brillantes? Sin duda no son infalibles los jesuitas, pues segun las creencias católicas solo la Iglesia es infalible; pero la Iglesia ha usado precisamente de su infalibilidad en favor de una orden que ella creó, que restableció despues de la mas odiosa persecucion, de cuyos miembros se sirvió en entrambos mundos por espacio de tres siglos, y cuyos hijos canoniza aun en nuestros dias, esponiéndolos á nuestra veneracion sobre sus altares.

« Sí, la infalible Iglesia ha hecho mas por ellos que por ninguna otra orden moderna; y en la mas augusta de sus asambleas, en el último de sus concilios generales, el de Trento, dió solemnemente á la Compañía de Jesus una indestructible aprobacion. Si mas tarde un papa, vencido por la violencia y la hipocresía, la suprimió sin condenarla (notadlo bien, *sin condenarla*), otro papa autor del concordato la restableció, y diez y nueve papas le han dispensado pública y oficialmente los mas espléndidos elogios. No conozco sobre la tierra ningun otro cuerpo ó institucion que reúna semejantes derechos al respeto y á la confianza de cuantos reconocen la autoridad de la Iglesia; y yo quisiera que los que de improviso se muestran animados de tan edificante deferencia á la santa Sede; al citar el breve de supresion expedido por Clemente XIV, fueran igualmente dóciles á la autoridad de Paulo III que creó los jesuitas, de Pio VII que los restableció, y de los otros diez y siete papas que tan constantemente aprobaron y protegieron su instituto.

« Háblase de su supresion en el siglo pasado: ah! señores, aquí desearia que la premura del tiempo me permitiera referiros en compendio esta grande iniquidad; quisiera citaros las unánimes protestas del episcopado frances en sus sínodos de 1761 y de 1762, los elocuentes homenajes de d'Alembert y de Lalande, y entónces os admirariais de

singular valor con que el Sr. ministro de instruccion pública en su informe motivado no temió decir que *ninguna voz acreditada se levantó para defender á los jesuitas*. Mas exacto fué nuestro antiguo colega el marques de Lally-Tolendal, cuando en 1806, durante el imperio, escribía: «que la destruccion de los jesuitas fué mas bien cuestion de partido que de justicia; que fué un triunfo orgulloso y vengativo de la autoridad judicial sobre la autoridad eclesiástica y aun sobre la autoridad real;... que los motivos eran frívolos y que llegó á ser bárbara la persecucion; que arrancar de sus hogares y de su patria á muchos millares de súbditos por algunas metáforas comunes á todos los institutos monásticos, y por mamotretos pertenecientes á un siglo en que todos los casuistas habian profesado las mismas doctrinas, y sepultados ya entre el polvo, era el acto mas arbitrario y tiránico que pudiera darse: que de ello resultó en general el desórden que acarrea una grande injusticia, y en particular una herida incurable á la instruccion pública.»

«Quisiera igualmente presentaros al papa que sacrificó aquellos religiosos á la iniquidad, muriendo en el colmo de la desolacion, y esclamando: Lo hice apesar mio; *Compulsus feci*. Pero el tiempo urge, y prefiero remitirme á la obra recién publicada por vuestro colega el conde Alejo de Saint-Priest cabalmente sobre esta misma supresion. Es obra de un contrario, pero contrarios hay de tanto genio é instruccion, que siempre se gana algo con ellos en el debate. Leedla pues, señores, y veréis en ella el vergonzoso origen y los odiosos pormenores de la mayor iniquidad de los tiempos modernos; veréis las cartas en que madama Pompadour instruye el proceso de esos jesuitas tan intrigantes y tan cortesanos, porque no querian tolerar sus relaciones con Luis XV; veréis los frívolos é ignobles motivos que armaron contra ellos á las potencias, y no terminaréis aquella lectura, estoy cierto, sin sentir vuestro corazon movido de compasion y de respeto ácia las víctimas, y lleno de indignacion y menosprecio ácia los verdugos.

«Se ha dicho tambien, y en este mismo sitio, que era incompatible con la libertad pública la existencia de los jesuitas. Pero, señores, ¿era un espíritu de libertad el que produjo su supresion en el último siglo? era representada la libertad por madama Pompadour cuando les perseguia? la libertad del adulterio, puede ser, mas no ciertamente la libertad política. ¿Era defendida la libertad por los parlamentos que los condenaron, por esos magistrados perseguidores, violadores eternos del santuario de la conciencia, que un dia hacian quemar los escritos de los filósofos por mano del verdugo, y al otro obligaban á los sacerdotes renitentes á llevar entre dos granaderos la eucaristía, pa-



ra administrar de orden suya los sacramentos á aquellos á quienes la Iglesia los denegaba? Era campeón de la libertad ese marques de Pom- bal que pretendia reconciliar á la Francia con la inquisición, y que deshonró á Portugal con los horribles suplicios é infames torturas que á sus víctimas infligia? Era en fin un espíritu de libertad el que dictaba á Carlos III la pragmática que suprimia á los jesuitas, y que, segun el mismo M. Saint-Priest, prescribia á todos los españoles el silencio mas absoluto en esta materia? «Prohibo espresamente, dice en su artículo 15, que nadie pueda escribir, declamar ó conmover con pretés- to de estas providencias, *en pro* ni en contra de ellas; ántes impongo silencio en esta materia á todos mis vasallos, y mando que á los con- trayentores se les castigue como reos de lesa Magestad:... pues no in- cumbe á los particulares juzgar ni interpretar las órdenes del sobe- rano.» Ved abí, señores, el espíritu que presidia en la supresion de los jesuitas. Si esto es libertad, confieso francamente que no puede ser invocada por los defensores de aquellos; pero no es así por fortu- na. La gloria de los jesuitas es haber sucumbido, no á manos de la libertad, sino bajo los mas odiosos escesos del moribundo despotismo.

«¿Y en el dia es sostenible esta supuesta incompatibilidad de los jesuitas con las libertades públicas? yo no lo creo, y me atrevo á de- cir que es una de las mas gratuitas aserciones, y que ni aun tiene colorido de verdad en presencia de hechos tan patentes y universales, como de- muestran que si con alguna cosa es incompatible la existencia de los jesuitas, es con el despotismo, y sobre todo con ese despotismo hipó- crita que se disfraza con el nombre de libertad. Nada por cierto mas evidente en el estado actual del mundo que la existencia de los je- suitas en todos los países que gozan de verdadera libertad. Tres na- ciones hay que seguramente la disfrutan mucho mas amplia que nos- otros; y son la América, la Bélgica y la Inglaterra. Podrán sus institu- ciones ser mas ó ménos admiradas, desearse ó rechazarse su introduc- cion en este país; pero es innegable que aquellos tres están en pose- sion de una libertad mucho mas ilimitada que la de Francia.

«Pues bien en estos tres países, y ademas en Suiza, en la misma Ho- landa, en las repúblicas españolas de la América meridional, en Guate- mala, donde están fundando una colonia, por dó quiera reine una real y sincera libertad, existen y prosperan los jesuitas libres y tranqui- quilos, con sus votos y sus colegios; y en ninguna época ni país se les ha podido echar en cara la menor tentativa ú oposicion contra las instituciones liberales de aquellos reinos y repúblicas, invocándo- las por el contrario como única salvaguardia de sus derechos.

«Y observad, señores, que estos colegios están poblados en parte de

jóvenes franceses á quienes alejan de su patria legisladores injustos, que perfectamente satisfechos de la instruccion que se recibe en Francia, rehusan á sus conciudadanos los medios de dar á sus hijos una educacion acorde con sus ideas. Sí, pasan de mil y docientos, es decir casi una cuarta parte del número de pensionistas que la universidad educa en sus colegios reales, los jóvenes que, perteneciendo á familias acomodadas y distinguidas de Francia, van á buscar su educacion religiosa en el extranjero, atestiguando así al cielo y á los hombres cuanta preocupacion é intolerancia reina entre nosotros, cuanta servidumbre se disfraza con el nombre de libertad.

«¿Creeis acaso que este destierro forzoso con que principian su vida intelectual sea una buena escuela para enseñarles á amar y respetar unas leyes que violentan la conciencia de sus padres, prohibiéndoles el ejercicio del primer derecho de la paternidad, que es escoger libremente la enseñanza de los niños? O pensais atacar este inconveniente inventando nuevas restricciones, privando á los padres del derecho de conducir á sus hijos fuera del reino, como se practica en Rusia y en Austria? En tal caso ni seréis los primeros en tomar ese camino, ni tampoco los primeros en arrepentiros. Vosotros sabeis el bien que esto ha traído á los ingleses que lo ensayaron en el horrible código penal contra los católicos de Irlanda, que por tanto tiempo les ha deshonrado; ni tampoco ignorais á donde ha conducido al rey Guillermo de los Países Bajos el prohibir á los belgas que viniesen á buscar su instruccion en Francia. No, no podeis tomar alguna de estas medidas restrictivas sin entrar en la senda que ha conducido á gobiernos tan hábiles como vosotros á su ruina ó á su descrédito que es peor todavía.»

«Y qué, señores, cuando en toda la Europa se van aboliendo esas leyes gastadas, esos usos envejecidos que violaban el asilo de la conciencia para sacar de allí motivos de proscripcion y de exclusion, cuando desde mucho tiempo la Inglaterra ha renunciado á la ley del *Test* citada pocos dias hace por M. Rossi; ¿escogeréis vosotros este momento para manchar vuestros códigos con una disposicion de tal naturaleza? Queréis establecer de nuevo distinciones odiosas entre las diferentes clases de franceses? Si maldecís, y con razon, las odiosas vejaciones producidas en nuestra historia anterior por la imposicion de ciertos formularios, ¿cómo es que ahora vosotros mismos invocais y aplicais medidas semejantes? Ayer en vuestra ley concerniente á la caza respetabais la inviolabilidad del domicilio material, hasta el punto de tolerar entre los muros de un parque lo que vedabais en sus afueras; y ahora perseguís la fe y la abnegacion religiosa hasta en el mismo co-

razon del sacerdote; demoleis los muros del sagrado é inviolable domicilio que llamamos conciencia, para arrancar una afirmacion que privará á un ciudadano de los beneficios de nuestra ley; exigís de él lo que la ley de nadie exige, y es que el mismo se condene por su propia boca! Y no veis que con esta iniquidad le tributais un nuevo homenaje, que os prosternais delante su sinceridad, y que segun se ha dicho muy bien, le tratais como á Arístides, á quien sin recelo alguno pidieron que escribiese su propia sentencia, por lo seguros que estaban todos de la probidad y veracidad del mismo á quien se queria proscribir? (*Movimiento de adhesion.*)

Quisiera tambien, señores, que observaseis lo que pasa en derredor vuestro. Una de las glorias de la Francia, aun bajo el aspecto intelectual y literario, ha sido siempre el púlpito cristiano. Pues bien, ¿cuál es el fenómeno que presenta en la actualidad? Dos hombres rivales por su elocuencia, pero profundamente estrechados por los vínculos de recíproco afecto, por el blanco de sus tareas, por la analogía de revoluciones que ha experimentado su vida: el uno cuyas palabras saltando á manera de torrente impetuoso, todo lo arrastran en pos de sí con sus arranques imprevistos é invencibles; el otro semejante á un rio magestuoso, derrama las olas de su elocuencia siempre armoniosa y correcta: el uno domina y arrebatá por medio del entusiasmo, arrojando centellas de fe, de humildad y de amor hasta en el fondo de los corazones mas rebeldes; el otro persuade y conmueve tanto por el hechizo como por la autoridad de sus palabras, purificando las almas al tiempo que rectifica las inteligencias: y ámbos el dominico y el jesuita, de año en año encallean sucesivamente, al pié de la mas respetable de las tribunas, millares de oyentes, atentós, encantados y sobre todo maravillados de encontrarse allí; ámbos vuelven al púlpito frances un esplendor, una popularidad, una gloria que no conociera desde los tiempos de Masillon. Y á estos dos hombres, honor de la Francia católica, á estos dos hombres á quienes no sería fácil encontrar superiores ni aun rivales en cualquier otra tribuna, sea política sea literaria, á estos dos hombres los proscribís, los declarais incapaces de dirigir una escuela, les rehusais el derecho que otorgais al último bachiller! y esto en una ley que se llama ley de libertad! Los escluís de la enseñanza á que se dedican impunemente hombres á quienes no quiero nombrar al lado de aquellos, y que tantos escándalos han suscitado; los escluís á ellos solos, diré mejor, á ellos y á los reos infamados por la justicia criminal del país, ó manchados en el concepto de sus conciudadanos por notoria inmoralidad? Y porqué escluirlos? Su capacidad no es dudosa, y ni ellos ni sus hermanos retrocederian ante ninguna condicion de suficiencia.

¿Temeis por su moralidad? han cometido algun delito? son conspiradores, enemigos de la tranquilidad pública? no, su vida es tan irreprehensible, como brillante su elocuencia; han pasado sembrando el bien por todas partes. Su crimen, oidlo! es haber sentido la necesidad de poner su talento, su energía, su abnegacion, su mismo desinterés bajo la salvaguardia de un vínculo sagrado: es haber jurado á Dios el permanecer castos, pobres y obedientes: es haber renunciado á las tres grandes tentaciones del hombre, la carne, el oro y la independencia de la voluntad; su crimen es haberse consagrado hasta la muerte con obligaciones especiales é inviolables al servicio de Dios y del prójimo. Este es su crimen! este el motivo por el cual declaran á estos hombres y á sus compañeros incapaces de velar sobre la infancia, los legisladores de un país civilizado que se precian de cristianos, y que se indignan cuando de incrédulos se les califica!

«No temo decirlo: esto no se hiciera ni en Turquía. No, si los PP. Lacordaire ó Ravignan abriesen allí una escuela, no se la cerrarian por el mero pretesto de que están consagrados á Dios con los tres votos que han producido tantas maravillas de quince siglos á esta parte.

«Y ¿quien ha dicho á los autores de esta exclusion que aquellos dos hombres no van seguidos de otros que se les parezcan? Ambos pertenecen á institutos que llenaron el mundo con su genio, sus virtudes y sus mártires: ¿con qué derecho pues se pretende secar la corriente mas pura y fecunda del talento, de la energía y de la abnegacion? De dónde les viene el derecho de decir en nombre de la Francia: Tengo las fuerzas, los talentos y la abnegacion que me basta, y nada mas necesito; se dice que estos hombres poseen todo esto, pero ¿á mí qué me importa? ni siquiera pretendo averiguarlo: es verdad que son franceses tambien, mas esto no hace al caso; que se les cierren las puertas de la patria! Es verdad que reclaman libertad é igualdad; pues bien que la libertad sea para ellos una quimera, y la igualdad una mentira: que sean libres como los presidiarios cumplidos, é iguales á los encausados por reincidencia. (*Reclamaciones*). Sí, nada ménos, Señores; los presidiarios, los reincidentes y los religiosos, son las tres únicas categorías que esclusis.

Ah! señores, ¿cosa tan difícil es tolerar lo que no amamos y dejar hacer á los otros lo que, si bien no es de nuestro gusto, nadie nos lo impone como obligacion? No tendremos jamas idea de lo que está fuera de nosotros mismos? Nada en el mundo podrá hacernos perdonar una diferencia de opinion, de origen ó de tendencia? Qué! El exclusivismo y la intolerancia han de ser de todas las épocas y de todos los partidos dominantes? Cuándo comprenderemos que hiriendo la conciencia

y la libertad de nuestros conciudadanos, forjamos armas contra nuestra libertad y nuestra conciencia; que es una espada terrible la violencia y la persecucion, y que si creemos tenerla siempre por el puño, puede que un dia se vuelva contra nosotros y nos atraviere con su punta emponzoñada? (*Sensacion.*)

«Confusion y tristeza me causa, ver que una medida, tal como la que rechazamos, haya sido presentada al país bajo los auspicios de hombres tan eminentes como los que están sentados en el banco de la comision y en el de los ministros: y verlos ceder tambien á los ciegos clamores y á las furiosas amenazas que han dictado esta disposicion, que habia desdeñado en 1856 la ley presentada por M. Guizot.

Qué! les diria, vosotros que habeis llegado al poder, y vosotros que lo ejercéis todavía ¿no habeis arrostrado tambien semejantes furores, y amenazas y declamaciones? No habeis servido de blanco á iguales ultrages, mas que cualquiera otra persona en Francia? No habeis visto amotinarse contra vosotros las falsedades mas odiosas, todos los recursos estremos de ese aborrecimiento, que nada ve, que nada escucha y que es necesario domeñar á toda costa? Dónde estariais ahora si los hombres que, aun cuando rechazan vuestra política, saben hacer justicia á vuestras personas, hubiesen consentido en la bajeza de hacerse instrumentos de estas pasiones y falsedades? Y hees aquí sufriendo que sean víctimas de una iniquidad que tan claramente comprendéis, unos hombres inermes, inocentes y cien veces mas irreprehensibles que lo pudiera ser jamas cualquiera de esos altos funcionarios que viven en la atmósfera borrascosa de la vida política! Poco hace que el mas elocuente de vosotros decia con noble orgullo: que por mas que se acumulara injuria sobre injuria, calumnia sobre calumnia, jamas llegarían al nivel de su desprecio. Y cuando estas injurias, estas calumnias se dirigen á pobres religiosos, de quienes nadie puede hacer constar ni un solo acto, ni una sola palabra reprehensible en los treinta años que hace están en Francia, permitiréis que no solamente alcancen sino que sobrepujen al nivel de vuestro desden, y os envuelvan á vosotros, y os dominen, y os arrastren en pos de sí? Lo que ocho años ha desdeñais hacer, hoy lo proponeis, lo defendéis, y consentís en ello. ¿Es esto prueba de fuerza ó de flaqueza? Es esto marchar ácia delante ó ácia atrás? Respondan las personas honradas y de generoso corazon. Por mi parte busco en vano al impertérrito vencedor de los clamores injustos de los turbas; yo no encuentro mas que á los ecos, á los cómplices, á los dóciles instrumentos de aquellas. Ah! si despues de tantas lecciones y desengaños, se necesitara todavía una

prueba mas de la miseria moral de los poderes actuales, y de las tristes compensaciones de la grandeza política, no quisiera otra que ese cruel predominio de las circunstancias, que obliga á los hombres mas eminentes de nuestro país á apostatar de sí mismos, á doblar la frente ante prevenciones de que no participan, á sufrir el yugo de pasiones que desprecian, é inmolar á odios añejos, á mentidas declamaciones, á calumnias mil veces refutadas, inmolar, repito, la inocencia, la libertad y la abnegacion sobre el altar de los celos, de la desconfianza y del miedo." (*Viva agitacion y movimientos en diverso sentido.*)

Al dia siguiente pronunció M. Guizot un discurso en contestacion al preinserto; pero cualquiera imparcial diria que este fué mas bien contestacion de aquel, y creeria trastornadas las fechas; tan victoriosamente quedaron impugnados de antemano por el noble Montalembert los reparos opuestos mas tarde por el célebre publicista. Sin embargo nosotros que no tememos la comparacion, y ajenos de toda parcialidad, copiaríamos la refutacion como la defensa, si no nos hubieran evitado este trabajo los diarios *conservadores* de nuestra España, apresurándose á reproducir con enfático elogio la perorata de Guizot, sin mencionar la de su antagonista. A ellos remitimos á nuestros lectores, y á vista del contraste entre la generosa tolerancia y el suspicaz exclusivismo, entre la ardiente fe católica y el helado cálculo protestante, entre el joven y desinteresado campeón nutrido en los desengaños tanto como en los libros, y el viejo y sistemático doctrinario, juzguen de que parte está la justicia, la libertad y el porvenir. M. Guizot, cuya habilidad no alcanzó á hacer buena su causa, puede á fuer de buen protestante rechazar á los jesuitas como enemigos del *libre examen* en materias religiosas, es decir, del protestantismo; pero no falsee la historia, no pinte como defensores inseparables del despotismo á los expulsos como á *regicidas*, no atribuya á los jesuitas la decadencia de España y de Portugal que empezó propiamente desde su supresion, no acuda como hombre de estado á esas vagas é inexactas generalidades que tan en moda puso como profesor, y que deslumbran pero no satisfacen al amante de la historia y de la imparcialidad.

## CIRCULARES

del Sr. Obispo de Argel.

Tenemos á la vista dos circulares del Ilmo. Obispo de Argel, el celoso y eminente Dupuch, dirigidas á los obispos y cabildos de toda la cristiandad, y tan interesantes por su objeto y por los detalles que contienen, que nuestros lectores nos agradecerán seguramente su íntegra reproduccion. Si algun fiel conmovido por su lectura quisiera coadyuvar con un donativo, siempre aceptable cualquiera sea su cantidad, á la noble empresa que la siguiente carta manifiesta, podrá entenderse con el gobierno eclesiástico, quien cuidará de hacerlo pasar á manos del Sr. Obispo de Argel.

«Argel 5 de abril de 1844. - Ilmo. Sr. - Con inesplicable sentimiento de timidez y de esperanza, voy á hacer á V. I. una proposicion, por la cual no solo me atrevo á esperar indulgencia, sino tambien que será aceptada de un modo favorable... Me explicaré sin mas vacilaciones.

«No ignora V. I. como obtuve, hoy mismo cumplen dos años, una de las mas insignes reliquias de san Agustin, que algunos meses mas tarde pude trasladar solemnemente á Hipona acompañado de varios obispos de la Francia. Aumentó la celebridad de tan venturoso dia la consagracion de un monumento ó altar erigido sobre aquella sagrada colina, á cuya construccion habian contribuido con una comun y fraternal ofrenda todos los arzobispos y obispos franceses. Viva permanece entre las ruinas de la antigua basílica del santo Doctor la impresion de esta augusta ceremonia.

«Sin embargo estas ruinas venerables, por tantos siglos profanadas, yacen por tierra todavía, aguardando que otras manos benditas las levanten; pues la suscripcion del episcopado frances no alcanzó mas que á la construccion de un altar aun no cubierto, coronado por una estatua de bronce de san Agustin, y cercado por una verja de hierro artísticamente trabajada.

«Desde la devolucion de estos huesos de mi santo é ilustre Predecesor, permítame V. I. que así le llame, me sentí inspirado á inquirir á lo largo de las costas del Mediterráneo situadas en frente del Africa, desde Gibraltar hasta Nápoles y aun mas allá, las sagradas reliquias

de una multitud de santos de las antiguas iglesias africanas, que ciertos monumentos y tradiciones me daban fundadas esperanzas de encontrar. Y en efecto, Ilmo. Sr., he encontrado unos 40 de estos héroes tan célebres de la fe; y las iglesias que los poseen tantos siglos hace, me han prometido generosamente repartir sus restos con la que en su humilde y milagrosa cuna representa á 354 de sus antiguas y desoladas hermanas.

«Pero ántes de ir en persona á recogerlos, ántes de trasportarlos á su vez á estas costas asombradas y que no cesan de palpar, debí pensar en los medios de prepararles un santuario dentro el cual quisiera reunirlos, confiándolos al vigilante cuidado de algunos sacerdotes escogidos, y convirtiendo aquel panteon sagrado en brillante y ardiente hogar que derramaria de nuevo la luz hasta el fondo de los desiertos, cuyas soledades florecieran exhalando nuevos perfumes en la Iglesia del Señor.

«¿Y qué santuario mas á propósito bajo todos aspectos, Ilmo. Sr. que la basílica de la *Paz* en Hipona, si fueran restauradas sus ruinas, y reedificada con las mismas piedras que tanto tiempo lloraron, hasta el dia en que; llegado por fin el momento de las misericordias del Señor, han conmovido el corazon de sus servidores? En breve podré disponer de estas ruinas cuya concesion he aguardado por muchos años, y cuya posesion es para mí tan preciosa.

«Mas ¿cómo levantarlas? cómo construir, no ya un altar aislado, sino un verdadero santuario? Soy tan pobre, tengo tantas fundaciones entre manos, y las que ya he realizado y de las cuales tendré el honor de dar á V. I. una relacion en seguida, han agotado todos mis recursos! Y bien, Ilmo. Sr. en este tierno aniversario de mi primera peregrinacion á Pavía y á los piés de Nuestro Señor, me he sentido impelido, irresistiblemente impelido á dirigirme con objeto tan interesante á V. I. y á todos los arzobispos y obispos del mundo católico, esperando con razon que ninguno de estos santos é ilustres prelados rechazaria mis humildes y ardientes súplicas; y seguro de que si cada uno podia por término medio contribuir con un centenar de francos, sin que sea empero mi intento limitar su generoso donativo, lograria fácilmente mi objeto con las piedras y otros materiales que tengo á mi disposicion.

«Bien ve V. I. con que franqueza manifiesto mi propuesta. Oh! esta idea tan propia de los sentimientos de V. I. conmoverá su generosidad. En aquel santuario se conservaria religiosamente su bendito nombre; pues la contestacion que de V. I. espero será en él depositada, y oraciones perpétuas se ofrecerán por V. I. en medio de los mas eminentes santos cuyas reliquias he recobrado. Entre ellos cuento ya



á san Cipriano, santa Mónica, santa Perpétua, san Eugenio de Cartago, santa Julia, san Mariano y san Jaime de Constantina, san Rosio, san Felix etc. cuya preciosa lista á su tiempo mandaré á V. I. junto con el diseño de la basílica.

«Aun hay mas, Ilmo. Sr., y la adjunta carta que me tomo la libertad de escribir á ese ilustre Cabildo informará á V. I. de que al lado del templo y sobre el mismo solar del monasterio del grande Agustin y en sus jardines, se reconstruirá aquel establecimiento habitado desde el principio por algunos canónigos honorarios á cuya subsistencia he podido atender.

«Teniendo este año que emprender inmensos viages por mi diócesis, y siéndome preciso saber cuanto ántes el éxito de esta singular aunque magnífica empresa, ¡cuán reconocido quedaria á V. I. si se dignara dirigirme luego que sea posible su contestacion que con tanta impaciencia aguardo, suplicando á san Agustin, á san Cipriano y á nuestros santos mártires que la obtengan favorable, segun el corazon de V. I. y segun el mio!

«Si pudiera asociársenos V. I., el mejor medio de hacernos llegar su piadosa ofrenda, sería una letra de cambio de un banquero de ese pais, que podria acompañar á la contestacion. Disimúleme V. I. que entre en semejantes pormenores, y contad, Ilmo. Sr., con los sentimientos que de esta carta se desprenden, y con los cuales tengo el honor etc.—Antonio Adolfo obispo de Argel.—P. S. Cuento ya en mi diócesis 50 iglesias ó capillas, 60 sacerdotes seculares y regulares, mas de 100 religiosas de distintas órdenes, dos seminarios, dos casas de educacion religiosa para las niñas, algunos hermanos de la enseñanza para los muchachos, trapenses, una casa de huérfanos y otra de huérfanas, 600 hijas de la caridad esparcidas por las tres provincias, una casa de preservacion para las niñas espóritas y un asilo para las arrependidas etc.»

La carta dirigida al muy ilustre Cabildo añade algunos pormenores á la relacion de la anterior, y es como sigue:

«Argel 5 de abril de 1844.—Ilustres y Reverendos Señores.—Inspirado me sienta á dirigir á esa ilustre corporacion una peticion que, si bien les parecerá estraña á primera vista, me atrevo á esperar será favorablemente acogida, atendida la piedad y celo de VV. SS. por los intereses de la Iglesia universal. Permitan V V. S S. que me explique con toda sencillez.

«VV. SS. recordarán, ilustres y reverendos Señores, que en este dia, dos años hace, el venerable Cabildo de la iglesia de Pavia en Lombardia unido á su santo prelado, se dignó repartir conmigo y con mi re-

naciente iglesia el inestimable tesoro cuyos depositarios eran, los amados restos de san Agustín, y que con pompa extraordinaria pude luego trasladarlos á las ruinas de Hipona.

«Desde aquella época afortunada he podido adquirir los huesos casi tan preciosos y venerables como aquellos, de unos cuarenta de los héroes mas generosos de la fe que brillaron en estas mismas regiones africanas, sumidas por tanto tiempo en la barbarie y en la degradacion. Así pues, concebí delante de Dios el proyecto de restaurar las ruinas de la basílica de la *Paz* en Hipona, y espero de la bondad de Dios y de su bendicion sobre las medidas que he tomado, que el proyecto se realizará cuanto ántes, pues ya me han sido restituidas aquellas ruinas veneradas. En ellas quisiera deponer en seguida aquellos 40 testimonios de los tiempos antiguos todavía subsistentes, aquellas nuevas prendas de los admirables designios de Dios sobre la iglesia africana; y luego destinaria para el servicio del templo, para velar sobre el depósito sagrado, y orar allí perpetuamente, cierto número de canónigos honorarios que formaran el cabildo de san Agustín en Hipona, habiendo ya asegurado la subsistencia de los cuatro primeros.

«Al lado de la basílica se elevaba el monasterio donde florecian los jardines de Agustín y de sus primeros discípulos; y ¡cuán consolador no sería reedificar una parte de él, y poblarla con estos nuevos regulares! Y puesto que dirigiéndome á todos los obispos del mundo católico para la reedificacion de la basílica, como ántes me dirigí con tanto éxito al episcopado frances para la ereccion del altar destinado á la custodia de las reliquias recobradas, espero y cuento poder edificarla de nuevo; así tambien me atrevo á dirigirme á ese ilustre Cabildo, y á todos los de las demas iglesias, pidiéndoles humildement una corta ofrenda, la que les permitan otras piadosas atenciones, para reconstruir por medio suyo un asilo por tantos títulos sagrado. Y así como la basílica de la *Paz* conservará los nombres benditos de los obispos, y sus cartas serán custodiadas en el archivo de las fundaciones, así lo serán la contestacion y los benditos nombres de VV. SS. en el monasterio, ó mejor dicho, en la casa capitular, como un vivo testimonio de gratitud.

«Nada añadiré; el Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis podrá dar á VV. SS. algunas noticias mas sobre mi proyecto, y por medio suyo podrian VV. SS. dirigirme la respuesta, que me atrevo á solicitar, tan pronta y tan favorable como posible sea y como exigen las circunstancias en que me encuentro.

«Dignaos, ilustres y reverendos señores, recibir el homenaje de los sentimientos mas respetuosos y agradecidos de vuestro humilde y adicto servidor.—Antonio Adolfo obispo de Argel.»

## CRONICA RELIGIOSA.

Al mismo tiempo que en este rincón del Mediterráneo íbamos á cerrar nuestra última crónica, en Madrid en las altas regiones del poder se obraban grandes cosas; el ministerio Gonzalez Bravo, invocado en dias de peligro para afianzar la situacion, habia ya desmerecido la confianza de la reina, y el caudillo de Ardoz ceñido de la auréola militar se hacia cargo del ministerio de la guerra y de la presidencia del consejo, llamando para colegas á los hombres mas aventajados del partido moderado, que fuesen la espresion fiel y genuína del principio político que en julio último llevó lo mejor de la batalla. Del ministerio de diciembre solo ha quedado con la cartera de gracia y justicia el Sr. Mayans; el apreciable joven, que no en valde ha estudiado los deseos y necesidades de la nacion española, levantando el destierro á beneméritos prelados, y derramando algunas gotas de bálsamo sobre las hondas llagas abiertas por la revolucion en la Iglesia, es el único que ha podido libertarse del naufragio ministerial, mientras el señor Carrasco ha sido echado del ministerio de hacienda, sin que nada le hayan valido sus antiguos servicios. Como nuestro deber no es estudiar los acontecimientos políticos sino religiosamente, solo diremos que recibimos como fausta nueva la entrada del señor Mon en el ministerio de Hacienda, porque reconociendo talentos en este señor, y recordando los elocuentes y razonados discursos que con ocasion de la cuestion decimal pronunció en las Cortes del año 40, nos lisonjamos de que fiel á las esperanzas que entónces nos hizo concebir, suspenderá la venta de los bienes eclesiásticos, si es que de veras quiere entrar en las vias de un nuevo concordato. La independendia de la iglesia no consiste solo en que los ministros de la religion ejerzan sus sagradas funciones sin sujecion á las autoridades civiles, sino tambien en que puedan poseer bienes en nombre del derecho de propiedad, y no estén, como quien dice, á sueldo de los ayuntamientos, porque de otro modo los párrocos no serian, como leímos poco ha en un periódico frances, sino *prefectos consotana*. Ahora podrán palpase los graves inconvenientes que consigo ha traído la abolicion del diezmo, y la nueva contribucion que le ha reemplazado, llamada de culto y clero, contribucion que como no sa-

tisfecha hasta ahora, hará odioso al ayuntamiento que por primera vez la recaude, y aumentará el tesoro de resentimientos que una parte del pueblo abriga contra el virtuoso clero: y nosotros ántes que ver mas enconados esos odios, deseáramos que se fijasen cepillos en las puertas de los templos, como allá en los primeros dias del cristianismo, donde fuesen los fieles á deponer voluntariamente el óbolo de la caridad; y de seguro que los ministros del altar saldrian gananciosos con esta contribucion verdaderamente cristiana.

Por si se necesitasen mas pruebas de cuán viva arde todavía en nuestra nacion la llama del sentimiento religioso, ahí está la entrada de los señores obispos de Calahorra y de Palencia en sus respectivas diócesis, verificada la del primero en el día 17, y la del último en 20 del pasado abril. Estos dos virtuosos prelados que vivieron en esta isla, el uno en la oscuridad del pueblo de Artá, y el otro en la casa hospital de san Antonio Abad, han sido acogidos por sus diocesanos bajo arcos de triunfo, al son de los himnos de victoria y en medio de una prolongada ovacion. En vano su humildad queria declinar esos obsequios hijos del entusiasmo religioso, pues mas altos que su calma voz se dejaban oír los estrepitosos vivas de los pueblos, que con alborozadas muestras de júbilo saludaban á los confesores del siglo XIX, como en otros tiempos lo fueron despues de la persecucion los Atanasios, los Crisóstomos, los Leandros, y los Fulgencios. Restituídos que han sido á sus rebaños, han dejado ya oír su voz apóstolica: el Sr. obispo de Calahorra acaba de publicar una pastoral impresa en Logroño que tenemos á la vista, en la que dá el virtuoso prelado minuciosa cuenta á sus ovejas de los sinsabores que le han abrevado durante su destierro, y de cuán fervientes eran los votos que hacia para, ántes de cerrar los ojos á la luz, ver otra vez á la grey que le encomendó el Espíritu santo. El Sr. Laborda si hasta aquí no ha publicado pastoral alguna á lo que nosotros sepamos, ya empero ha hablado á sus ovejas en el domingo día 28 del último, en que con una sencillez verdaderamente apostólica predicó en su catedral, adornado como iba de los ornamentos pontificales, y brillando en su mano el cayado de pastor. Tomó argumento S. S. I. de las palabras de Jesucristo que se leian en el evangelio de aquel día. «Vuestra tristeza se convertirá en gozo.» Tuvo que hacer alto algunas veces S. I: tal era la dulce congoja que le oprimia, y tan abundantes las lágrimas que corrian por sus mejillas, y que le embargaban á menudo la voz. Seria de ver como los fieles se apiñaban en torno del púlpito para recoger con una insaciable avidez las palabras de su obispo, lo mismo que el agostado campo bebe el rocío de la aurora.

Antes de salir de nuestra siempre querida España, no podemos ca-

Har á nuestros suscriptores la consoladora esperanza de que los P. P. Esculapios podrán muy pronto admitir nuevos individuos, necesidad que debian reconocer hasta los órganos del liberalismo mas avanzado, si veinte mil niños pobres no deben carecer de una esmerada y razonada educacion, sin la cual serian vagos y malhechores los que despues son buenos ciudadanos. El dia en que el gobierno alce la prohibicion á los P. P. de la Escuela pia, de admitir nuevos novicios, nosotros le felicitaremos con todas las veras de nuestro corazón, pero sin dejar de recordarle que si la infancia necesita del apoyo de los hijos de Calasanz, la juventud para que brille con los destellos del saber y los hechizos de la virtud, debe crecer á la sombra de los hijos de Loyola.

Desde nuestra última reseña los diarios de Roma han llorado la muerte del Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Bartolomé Pacca obispo de Ostia y de Velletri, decano del sacro-colegio, pro-datario de S. S., arcipreste de la basílica patriarcal de Letran y legado apostólico de Velletri. Nacido en Benevento el dia 25 de diciembre del año 1756, creado y publicado cardenal por Pio VII en el consistorio de 23 de febrero de 1801, agoviado con 87 años, murió con la muerte del justo el dia 19 del último abril. Lo que hará por siempre glorioso el nombre de tan ilustre difunto es el haber dividido glorias é infortunios con el inmortal Pio VII, y merecido en el encarcelamiento de Savona duro tratamiento de parte del gobierno frances, como que en cierta ocasion pidió el Cardenal Pacca un breviario, y los centinelas le entregaron una obra de Voltaire. — El Reverendo señor Pedro Miguel María Double obispo de Tarbes (*Francia*) nacido en Verdun el ocho de mayo de 1767, y consagrado en Burdeos el 26 noviembre de 1833, pasó tambien á mejor vida el primero del último abril á la edad de 77 años. Acababa de llegar de una escursion episcopal que á pesar de su avanzada edad hacia todos los años, sin que fuesen bastantes á detenerle ni lo largo del viaje ni los rigores de la estacion. Los pobres de la diócesis de Tarbes que tenian en el señor Double un verdadero padre derramaron sobre su tumba abundantes y sinceras lágrimas. — Tambien escriben desde Monreal (*Sicilia*) á un periódico de la corte que el Reverendísimo Sr. Domingo Benito Balzanco arzobispo de aquella ciudad y presidente de la comision de instruccion pública de Palermo, habia fallecido el dia 6 del último mes.

La tierra de Corea ha sido regada con la sangre de nuevos mártires, segun las últimas noticias de aquella nacion. El Reverendísimo Sr. Imbert obispo de Capsa y sus dos compañeros los Sres. Chastagne y Maubant con setenta católicos mas, han merecido la palma del marti-

rio. Esperamos que la sangre de estos adalides de la cruz será nuevo y mas abundante semillero de cristianos.

Sabidos son los desvelos que el Sr. Dupuch obispo de Argel despliega para que de sus cenizas renazca la tan célebre iglesia de África, que mereció tener á su frente obispos tan dignos como el inmortal Cipriano y el grande Agustino; pues bien, el venerable Gregorio XVI queriendo dar una prueba mas del afecto paternal con que mira á la iglesia naciente de Africa, acaba de conceder al citado obispo de Argel y sucesores el derecho de poder llevar delante de sí en todas las ceremonias ya públicas ya privadas la cruz pontifical, privilegio que solo corresponde á los arzobispos. Digno era por cierto el ilustrísimo Dupuch de esa nueva prueba de cariño con que acaba de honrarle el padre comun de los fieles.

En Lila ha hecho abjuracion de sus errores una protestante inglesa el dia quince de abril. Luego de bautizada bajo condicion, recibió la santa comunión con su hija y el hijo de esta; de ahí puede verse en conocimiento de cual sería la edad avanzada de la neófita. ¡Tres generaciones de la misma familia en la santa mesa! El jóven no conoció mas dogmas que los católicos; una hermana suya que desde un año habia muerto fué educada como él en las creencias del catolicismo, y la calma y la serenidad angélica y la santidad de su muerte habian abierto los ojos á su abuela ya conmovida por la abjuracion de su nieta. «Voy, la dijo esta al morir, voy á pedir vuestra conversion y á aguardaros en el seno de Dios, y desde entónces la anciana repetia llorando: «Ella ruega por mí, ella me aguarda.» — Otro espectáculo igualmente tierno presenció la catedral de Marsella el sábado santo. Despues de la bendicion de las fuentes bautismales, el señor obispo llamó, segun costumbre tradicional en semejante dia á los catecúmenos que habian sido preparados para recibir el bautismo. Presentáronse dos jóvenes musulmanes el primero de edad de 22 años y el segundo de 12; y lavados que fueron en las aguas rejeneradoras, se les administró el sacramento de la confirmacion. De muchas otras conversiones pudiéramos todavía hablar sino tuviéramos que consultar la brevedad: basta para satisfaccion de nuestros lectores saber que militares, hombres brillantes por su posicion social, y señoras hermoas con las gracias de la naturaleza y las galas de la juventud, han abjurado los errores protestantes para abrazar el cristianismo romano, el único que vino á fundar el Hijo del hombre.

En otra ocasion ya hablamos con noble y santo orgullo de cuanto en Mallorca vá desenvolviéndose el sentimiento religioso; pero á pesar de la favorable prevencion con que aguardábamos las tardes del mes

de mayo, hemos quedado agradablemente sorprendidos al presenciar las augustas funciones con que los fieles agrupados al rededor de los altares honraban á la madre de Dios. Apénas el sol doraba la cima de los montes, y ya los devotos de María la saludaban henchido el pecho de placer; y cuando el sol se hundía en el ocaso, todavía fervorosos cristianos se postraban al pié de un altar cubierto de luces y de flores, para ofrecer las flores de su corazón á la Virgen siempre pura. Y cuenta, que la devoción del mes de mayo no está ceñida en el ámbito de Palma, pues que felizmente ha invadido hasta la mas humilde aldea. ¡ Es tan consolador para la prole infortunada de Adán volver los ojos llenos de lágrimas á la que al cariño de madre une el poder de reina! Nosotros opinamos con el aventajado jóven que con fácil y galana dición predicó las glorias de María, que á la sombra de esta Señora deberá realizarse la conversion del mundo, pues que su imagen es la que ondea en las soledades de América, y á su invocacion Dios al parecer ha querido vincular todo su poder. Crezca entre los cristianos la devocion de la que es madre de Dios y madre nuestra tambien; y ella con tierna solicitud nos cogerá de la mano para presentarnos á su Hijo; mostrándole las desgarradas entrañas en que nos concibió. Y cuando las sombras de la muerte eclipsen nuestros ojos, al traves de estas sombras brillará el radiante faro que nos debe guiar al puerto de la inmortalidad; este faro es María.—J. V. y P.

## CRONICA POLITICA.

### Rescña General

#### DE LO ACAECIDO DESDE EL PRONUNCIAMIENTO DE JUNIO.

#### §. III.

Como presidente del Congreso y poseedor de la confianza de los diputados, y quinta esencia, digamoslo así, de la voluntad nacional, segun la teoria parlamentaria, pasó el señor Olózaga á ser presidente del nuevo ministerio y á encargarse de completario, con poca satisfaccion de los moderados, que en pago del incienso tributado al prohombre progresista y de las esperanzas que en él fundaban, se vieron completamente escludos de las sillias ministeriales. Despues de muchas consultas, incertidumbres y dilaciones, ora se exagerase á sí mismo los inconvenientes de gobernar con un ministerio de coalicion, esto es, heterogéneo en sus principios, y de discontentar á los opositistas de la izquierda, ora reverdeciera en su ánimo el esclusivismo de

sus antiguas ideas, designó por colegas suyos á los señores Cantero, Lúzuriaga y Domenech, que junto con los señores Serrano y Frias, únicos que habian quedado en pié del anterior gabinete, formaron un ministerio compactamente progresista. El 25 de noviembre Olózaga con sus compañeros quedó instalado en el poder, y empezó por una parte mandando suspender los dos fatales decretos de Caballero sobre la eleccion de ayuntamientos y reorganizacion de la milicia nacional, y por otra concediendo una amnistia sin restriccion á los vencidos en julio; lo que era prematuro, y confirmando los grados y condecoraciones concedidas por el Regente hasta el dia de su embarque, lo que sobre impolitico, era apostatar del pronunciamiento. El 26 sofocaba con oportunidad y energia un motin en que los ex-milicianos de la corte, frustrada su esperanza de recobrar las armas, desahogaron su impotente despecho: el 27 se presentaba por primera vez ante las Cortes para responder á las interpelaciones de los demócratas, y anunciar una marcha de imparcialidad y de independenciamiento de todo partido; y en la eleccion del señor Pidal para presidente del congreso recibia una prueba inequívoca de que los moderados, que se hallaban en mayoría, se disponian á salir de su cobarde inaccion ó de su incauta confianza. Aquel dia mismo rompía con el ministro Serrano con motivo de la dimision presentada por el general Narvaez, admitiendo la de entrámbos; y en la noche del 28 aquel hombre altivo y ambicioso, celoso de la privanza y prestigio del general, abandonado por los dos partidos cuyas esperanzas habia engañado sucesivamente, con disidencias en el ministerio, con hostilidad mas ó ménos próxima en las Cortes, en cuya disolucion veia el único golpe de estado salvador, se estrelló en la resistencia de una niña, que preguntaba candorosamente á qué disolver las Cortes que habian declarado su mayoría? Y entónces viendo inútiles los ruegos, inútiles las promesas, el caballero del Toison, el único de los de su bando á quien se atribuía algo de aristócrata, algo de diplomático, con toda la imprevision de un calavera y la brutalidad de un tribuno, se encerró con la heredera de los Cárlos y Felipes, la asió del brazo violentandola á firmar el malhadado decreto, y se retiró satisfecho, sin volver los ojos atras para ver el llanto de su reina, ni mirar ácia adelante el abismo á que corria. Tal vez la monárquica España no habia presenciado todavía un atentado tan atroz por sus circunstancias; porque un puñal puesto á dos dedos del pecho de un monarca fuera una coaccion ménos cobarde y segura que la menor violencia con una niña coronada.

Narvaez fué el primero que á la mañana siguiente oyó, rugiendo de cólera, de boca de la reina la relacion del atentado, repetida luego ante el señor Pidal como presidente del congreso, y mas tarde ante



los vicepresidentes del mismo, y los ministros de guerra y marina. Acordóse en aquella reunion la destitucion del señor Olózaga, comunicada desde luego al interesado que solicitaba la entrada en la antecámara, y se encargó á Serrano la formacion del nuevo gabinete. Pero Serrano enfriado de repente con Narvaez, y seducido por sus antiguos amigos Cortina y Madoz en cuya casa se habian reunido los diputados de la izquierda haciendo ya suya la causa de Olózaga, aspiraba á formar un ministerio todo progresista, y viendo la contradiccion general que hallaba su proyecto, dimitió su encargo que pasó á los Sres. Pidal y Gonzalez Bravo, y finalmente á este último por renuncia del primero. Corrian las altas horas de la noche del 30 de noviembre, la Gaceta estaba aguardando los nombres de los nuevos gobernantes, faltaba un ministro que apoyara en las Cortes convocadas para la mañana siguiente la solemne declaracion de la reina, todos huian el cuerpo por timidez ó por delicadeza; y el jóven ex-tribuno se puso al frente de los negocios, como quien juega un albur. «En este dia, ó me pierdo, ó lo consigo todo,» exclamó; y se lanzó á la defensa del trono con la misma audacia que ántes habia empleado en denigrarlo. Olózaga y Gonzalez Bravo ambos engañaron en opuesto sentido la opinion pública; el taimado, el ambicioso, el cortesano ex-embajador, y el demócrata y atolondrado articulista del *Guirigay* parecian haber trocado sus papeles.

El 1.º de diciembre empezó aquella serie de dramáticas y tumultuosas sesiones, en que durante veinte dias se puso á discusion la veracidad de las palabras de la Reina, bien explícitamente consignadas en el acta rubricada de su mano, y leida por el ministro de estado en el senado y en el congreso. Coincidencia de funesto agüero! aquellos mismos dias celebraba la corte solemnes regocijos por la mayoría de Isabel II, ya dos veces ultrajada en la libertad de sus actos y en la fe de sus palabras; regocijos helados por el asombro que en Madrid reinaba, y turbados en su última noche por sediciosas aclamaciones al ex-regente y por un conflicto entre el pueblo y la tropa. Entretanto Olózaga animado por los aplausos de las turbas de las galerias, por la eficaz cooperacion con que se reunieron entorno suyo todos los descontentos, y le abrieron los brazos otra vez los progresistas, y en fin por la generosidad y miramiento de sus compañeros de ministerio, y hasta del mismo Serrano, que en sus revelaciones le favorecieron todo lo posible, levantaba la frente mas audaz que nunca despues de su caída, como el ángel rebelde de Milton: pero despues de un reñido debate acerca de si le era lícito asistir á las sesiones en calidad de diputado, como sujeto á reeleccion, su larga arenga sembrada de inconcluyentes divagaciones, de misteriosas reticencias, de afectado sentimentalismo, y de vulgares

resortes tribunicios, su defensa que no supo fundar sino en la improbabilidad no bien demostrada del crimen, desvaneció su prestigio á los ojos de sus mismos parciales. Mas audaces y significativos, si cabe, mas preñados de amenazantes quejas, de curiosas revelaciones, y de arrepentimiento por la pasada coalicion, fueron el discurso del Sr. Cortina, que ocupó cuatro sesiones, y los de los señores Lopez, Madoz y de otros varios adalides del progreso; pero tambien halló el trono valientes defensores entre las filas del partido moderado, en los señores Pidal, Bravo Murillo, Castro y Orozco, Roca de Togores y especialmente en el señor Martinez de la Rosa, cuya peroracion mas que en floridos adornos abundó esta vez en nervio y elocuencia. Heregias políticas y alguna tambien religiosa bien grave por cierto, recriminaciones vivas, rupturas violentas de aquellas que suelen terminar en duelo, resonaron en aquel recinto, y en suma todo aquel concierto de palabras significativas y huecas declamaciones, de sentimientos generosos y confesiones egoistas que las pasiones arrancan al traves de las frias fórmulas parlamentarias.

Así trascurrieron ociosos muchos dias, estraviado el asunto principal en medio de una multitud de proposiciones incidentales que imaginaba cada cual solo con el fin de obtener la palabra; y sin embargo nada mas sencillo que lo que se discutia, mandar un mensaje á la reina lamentando la desagradable ocurrencia, sin que fuera esto prejuzgar la cuestion. Votóse por fin el mensaje por 101 voto contra 48, no sin gran sorpresa de la oposicion que nunca se creyera tan débil. Tiempo era ya entonces de proceder al juicio de Olózaga á quien debia acusar el congreso y juzgar el senado, y cuya acusacion de abuso de confianza, firmada por los Sres. Posada, Pastor Diaz, Moron y otros, habia sido tomada ya en consideracion en la sesion del 7; pero á los dos dias de su fanfarron discurso del 11, huia el ex-ministro por el camino de Portugal ignoblemente disfrazado, sin parar hasta Lisboa. Allí despues de vender la confianza del gobierno que le daba asilo, conspirando á favor de la insurreccion del vizconde Bomfin, y la del embajador de los Países Bajos que empeñó á favor suyo la palabra, se embarcó secretamente para Inglaterra, mas humillado todavia que Espartero, que en su retiro se negó á ver á su antiguo cómplice y luego causador principal de su desdicha. Cualquiera sea la idea que se forme del talento y carácter de Olózaga, y la exageracion que pudo haber en el aventajado concepto de que gozaba, no puede dudarse que esta notabilidad revolucionaria pareció en su mayor desvanecimiento castigada por Dios con una especie de frenesi que le lanzó de precipicio en precipicio: *Quos vult perdere, dementat.*—J. M. Q.

## LA IGLESIA.

**L**a aparición del Dios-hombre sobre la tierra produjo efectos tan grandiosos é inmediatos en el órden moral, que tal vez no han sido bastante observados, sino en globo y como secundariamente, los que obró en el órden intelectual, reconciliando nuestros espíritus con la verdad, al mismo tiempo que nuestros corazones con el bien supremo, y haciéndonos una y otro accesibles por su mediacion. Me atreveria á decir que en los designios y obras de Dios respecto de la humanidad hay algo mas grande todavía que su grandeza absoluta, y es la paternal solicitud con que nos las vuelve perceptibles, y las acomoda en cierto modo á nuestra pequeñez. En punto á grandeza y sabiduría ¿qué hay que admirar en un Dios, desde luego que por Dios se le reconoce? pero que tanta grandeza descienda al nivel de tanta nulidad, que la sabiduría eterna levante hasta sí tanta ignorancia, que la eficacia de lo infinito se apropie á las necesidades de lo finito, y se encierre en su ahogada esfera, y lo restaure, y lo sustente, disfrazada, digámoslo así, en medios finitos; esto es lo sorprendente, esto lo tierno y generoso de parte de Dios; así como el cariño de una madre ácia su niño enfermo, mas bien que en la eficacia de la medicina ó en la riqueza del vaso en que se la presenta, se trasluce en la amorosa solicitud y en los ingeniosos artificios que para propinársela emplea. Así pues Dios no se encerró en su gloria, como los monarcas de Oriente en su palacio, contentándose con regir desde allí á la humanidad, y hacerle oír de vez en cuando su voz pavorosa; ni se ciñó á rodearnos en el mundo visible de indelebles testimonios de su gloria ó de su beneficencia; ni quiso que se cumpliera

ra misteriosamente allá en las profundidades del cielo el gran sacrificio espiatorio que debía reconciliar á los hombres con su Hacedor: quiso que la sangre de la víctima empapara la tierra materialmente, y que fuese la reparacion para nosotros tan pública y visible, como lo habia sido el crimen y la degradacion. Conociendo la dependencia y esclavitud en que nos tenian los sentidos, quiso que por los sentidos entrara en nuestras almas la salud; que nuestro corazon de carne inclinado á objetos sensibles pudiera amar en Jesucristo nuestra carne y nuestros huesos, que la voz que habia de ilustrar nuestro entendimiento vibrara ántes materialmente en los oídos: y la palabra, la *revelacion* se hizo carne: *Et Verbum caro factum est*. El amor y la verdad tomaron cuerpo para ser hospedados entre nosotros; en un solo sér, en el Dios-hombre se reunieron estos dos extremos separados por un abismo, que una cadena infinita de séres no pudiera llenar por gradacion; y los que *lo vieron, dieron testimonio* de sus actos á nuestro corazon, y de sus palabras á nuestro entendimiento. Cualquiera sea de nuestras facultades la que se lance fuera de nosotros hambrienta de alimento, cualquier camino emprenda, allí está luego Jesucristo para guiarla; en todas partes está el mediador; en todos los órdenes se cumple aquella sublime fusión que deseó en la noche de su última cena: *hacernos una misma cosa consigo, para que seamos una misma cosa con su eterno Padre*.

Hemos visto ya como Dios consultando á la debilidad de nuestra razon, y hasta al materialismo en que se encuentra sumida, no la obligó, aun despues de ilustrada por la revelacion, á recorrer los abismos de su grandeza investigando uno á uno los misterios, y á pasar bruscamente del mundo material al infinito, anulando de un golpe todos los medios de exámen anteriores y la luz del criterio que nos guiaba aunque escasa. Formó mas bien de los misterios una cadena, y al extremo de ella puso la Redencion, trasformándola en un hecho histórico, es decir, en una verdad de la especie mas sensible y mas accesible á toda

clase de inteligencias. Tal vez algunos genios elevados, algunos entregados toda su vida á teológicas meditaciones podrán, no descubrir los misterios, no comprenderlos en sí, pero alménos contemplarlos hito á hito, hacer saltar de sus profundidades algunas centellas de luz, y subir como Moises á la cumbre del Sinaí para hablar directamente con Dios; pero la generalidad de los hombres tiene que quedarse al pié del monte, pues la voz misma del Señor abrumaría, *mataría* su razon, si no pasara por algun conducto intermedio: muévase mas bien por hechos que por consideraciones metafísicas, y está destinada por sus necesidades y hasta por sus inclinaciones á regirse siempre, ménos por el raciocinio, que por la autoridad cuyos títulos de legitimidad haya aprobado su razon. Sin embargo la investigacion de un hecho histórico, y mas siendo remoto, ofrece dificultades y exige conocimientos, difíciles aquellas de superar, y estos de adquirir para gentes rudas ó entregadas á los negocios de la vida, como las que componen la inmensa mayoría de los pueblos mas civilizados; y la aparicion del Dios-hombre sobre la tierra, á pesar de la grandiosidad intrínseca de este suceso y de los resultados que debia producir, hubiera quedado acaso problemática, y el código de verdades dogmáticas y morales que nos reveló, fuera olvidado ó adulterado, como la tradicion primitiva, si no hubiera dejado una institucion que fuera á un tiempo monumento indeleble de su venida, recuerdo perenne de sus actos, y depositaria infalible de su revelacion. Y así como nos dejó su cuerpo en la Eucaristía, como si treinta y tres años de penalidades y beneficios, y el mas cruento y generoso holocausto no bastaran para mantener en nuestro corazon el amor y agradecimiento, si no iban acompañados de un nuevo beneficio siempre perenne y visible; así legó su espíritu y autoridad á la Iglesia, para que espuesta á todo viento no se extinguiera la luz que nos trajo del cielo, sino que se conservara á la sombra de los templos, sobre el ara sagrada, por la serie perpetua de ministros encargados de custodiarla y mantenerla. Mediador entre Dios y los hombres así en el órden intelectual co-

mo en el moral, quiso todavía colocar entre él y nosotros un nuevo mediador, no como dueño tiránico, sino como guía de nuestra razón, no para imponernos un yugo, sino para atender más á nuestra seguridad, no para interceptarnos la luz, sino para hacérsela más suave y accesible: y temiendo por nuestra infancia intelectual, ántes de que llegara la edad de acogernos á su sombra, nos dió una madre que nos alimentara á sus pechos, y velara y protegiera nuestra debilidad, que nos enseñara lo que debíamos investigar, y nos señalara con el dedo el verdadero camino. Por esto el protestantismo, tan duro de corazón como ciego de entendimiento, negó á un tiempo la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y la autoridad de la Iglesia, estos dos portentos de paternal solicitud, con que proveyó el Redentor á la perpetuación del amor y de la fe, haciendo por ellos extensiva á las generaciones futuras la dicha de la que pudo verle con los ojos del cuerpo, y creer en sus palabras.

Una religion sin iglesia sería la vida salvaje, no como ha existido en las hordas más bárbaras, sino tal como la soñó posible Rousseau, aplicada al espíritu y al corazón. Y si las necesidades físicas é inclinaciones instintivas del hombre prueban que ha nacido para la sociedad civil, mejor prueban todavía que nació para la religiosa las necesidades é inclinaciones de sus más nobles facultades. Nuestro corazón y nuestro espíritu son eminentemente expansivos, ámbos necesitan comunicación de afectos y de ideas, y á ménos de negar los sentimientos y principios religiosos, y reducirnos á un materialismo degradante, más difícil aun de seguir en la práctica que de defender en teoría, no puede dudarse que estos son por su importancia trascendental, por su interés genérico, y por su naturaleza simpática y atractiva los que más exigen y promueven la asociación entre los mortales. Si somos criaturas de un mismo Dios, si más allá de la tumba nos aguarda á todos otra vida, si partidos de un mismo punto caminamos á uno mismo, ¿qué cosa más natural que tendernos las manos, y auxiliarnos en la común peregrina-

cion, y comunicar y ponernos de acuerdo en lo tocante á nuestro destino? Y si suponemos conocidos los dogmas del cristianismo, la caída del hombre y su reparación, y los deberes mas perfectos de nuestra vida regenerada, crece con los vínculos de fraternidad la tendencia á la sociedad religiosa, y con las necesidades de nuestro espíritu la necesidad de una iglesia. ¿Paraqué la iglesia? preguntan algunos: ¿no sabemos ya cuánto debemos saber? no se ha constituido Dios mismo nuestro guia y maestro? á qué interponerse de nuevo los hombres entre Dios y nosotros? Paraqué la sociedad? podríamos preguntar con igual título: ¿no somos cada cual un individuo completo organizado para subsistir por sí solo? no nos brindan á todos, los árboles con su sombra, la tierra con sus frutos, las grutas con su abrigo? á qué interviene la sociedad en la dispensacion de estos dones emanados del Criador? La respuesta es una misma: la sociedad en el órden temporal, la Iglesia en el espiritual no monopolizan, no usurpan, sino organizan, fecundizan, conservan, puesto que el trabajo es la ley de la humanidad, y no hay trabajo fecundo sin organizacion; y asi como sin sociedad desaparecerian los encantos de la civilizacion, las dulzuras de la familia, y aun las feraces campiñas que nos sustentan se trocarian en matorrales ó soledades, así sin la Iglesia se perdieran ó alteraran las verdades reveladas, y secáranse tantas fuentes de consuelo como derrama en nuestro pecho la Religion.

Léjos pues de que la revelacion escuse la necesidad de una iglesia, solo en un caso pudiera parecer esta ménos indispensable; y es, si no existiera revelacion alguna, y erráramos sin guia abandonados á los ténues vislumbres de nuestra razon: suprimida toda idea de infalibilidad ¿dónde habia de cimentarse la autoridad y la fe? sin elemento de unidad ¿cómo verificar la union? cómo edificar sin base, ó asegurar una cadena sin punto de apoyo? paraqué los templos y los sacerdotes, si carecieran de sagrado depósito que transmitir? Pero como la revelacion mas ó ménos de lleno ha ilustrado siempre el entendimiento

humano desde el principio del mundo, y con mas ó ménos pureza ha sido trasmitada por la tradicion; así es que en todas las épocas y pueblos, al par que una religion, ha existido una sociedad religiosa, es decir una iglesia, con su autoridad, con sus preceptos y sus ceremonias: siempre y por todas partes se han agrupado los pueblos al rededor de los templos como centros de unidad; siempre y por todas partes se presenta el sacerdote como intérprete de la ley y depositario de las doctrinas religiosas. La Iglesia católica no es pues en el fondo un fenómeno totalmente desconocido, accidental ó meramente arbitrario; es una institucion comun y esencial á todas las religiones y cultos, si bien perfeccionada y santificada por la divinidad de la religion que conserva. Las mismas sectas que han pretendido emanciparse de su imperio, por mas independendencia y libertad que hayan afectado en sus opiniones, forman una iglesia mas, desde luego que para existir tratan de organizarse, arrogándose por sí propias el privilegio de infalibilidad, que negaron á su antigua madre á pesar de los respetables títulos que se lo aseguran. Por latas que se proclamen la libertad civil y religiosa, ninguna sociedad puede eximirse de la necesidad de un gobierno, ninguna religion de la necesidad de una iglesia, sucediendo que los revolucionarios en uno y otro órden tienen que abdicar sus principios, y acogerse en la práctica á los mismos que han derrocado, so pena de suicidarse.

Es preciso no formarse ilusion acerca de la naturaleza del hombre; su razon es ciega de nacimiento, su voluntad se halla profundamente corrompida, y la antorcha divina puesta en las manos del individuo correria riesgo de extinguirse á cada paso, y el bien sembrado en su corazon se esterilizara y muriera, si una mano solícita no lo cultivara asiduamente. No basta revelarle una vez sola la verdad y la virtud para que las conserve y nutra en adelante: en el órden moral necesita, digámoslo así, una revelacion incesante, como en el físico una creacion continua, y la misma diestra que le sacó de la nada, y mas tarde de la



degradacion en que yacia , debe á todo momento mantenerle asido sobre el abismo, para que no recaiga en él por su propio peso. Ciertamente no es una verdad desconocida ni olvidada en nuestros dias, aunque de ella se saquen consecuencias muy diversas , la degeneracion de las tradiciones mas puras , el desfiguramiento de las verdades primordiales y el abuso de los mas sagrados sentimientos , que han manchado la mayor parte de cultos, la supersticion y el error creciendo en los santuarios á modo de ortigas ó yerbas ponzoñosas, el crimen profanando los altares; y entre tantas religiones solo una se ha salvado de la decadencia comun, solo una permanece inmaculada y perpetua, siempre jóven y siempre madura, y es el catolicismo. Prescindiendo del gérmen de error, y por lo mismo de muerte, que en su seno abrigaban las demas y de su naturaleza humana y corruptible, no puede negarse que en su origen fueron mas puras, como nacidas de la tradicion primitiva, y que lograron mayor vida y robustez, segun que lo fuerte de su constitucion , es decir, lo estable de su *iglesia* cerraba mas ó ménos el paso á errores y pasiones individuales. Y aun el cristianismo si bien de esencia divina, hubiera podido ser alterado y profanado sin la institucion de la Iglesia , medio providencial de que se valió Dios para asegurarle la inmutabilidad prometida: divina era tambien la tradicion primitiva , divina la religion del Sinaí, y sin embargo se perdió la una en las sombras de la idolatría, la otra se estinguió en manos de los fariseos cegados por su orgullo. Volvamos sino la vista á estas iglesias separadas de la católica, que reconocen la mayor parte de los dogmas cristianos, que creen en aquel cuya sangre lavó al mundo, que tienen aparte su gerarquía, su disciplina y hasta sus sacramentos; y sin embargo se marchitan faltas de vida, las verdades se disminuyen entre ellos prodigiosamente, cada secta pare otras veinte, cada division encierra el gérmen de cien divisiones. ¿Qué les falta pues? la unidad: están desgajadas del tronco comun; y no circula por sus fibras el jugo fecundo de la sangre de Jesucristo. Si este es el

espectáculo que presenta una iglesia falsa é ilegítima, ¿cuál fuera pues la anarquía religiosa que presenciara el mundo, si posible fuese la carencia de toda iglesia!

Una revelacion directa é individual que Dios se hubiera dignado concedernos, me atrevo á decir que estaria sujeta á mas inconvenientes y peligros que la que confió á la Iglesia y que por medio de ella nos trasmite. A ménos que fuera tan clara como la voz que habló á Moises desde la zarza, tan invencible como el rayo de luz que derribó á Saulo en el camino de Damasco, la menor duda que pudiera haber acerca de su realidad sería una ansia mortal para el espíritu; vacilaria el entendimiento, extravariase la imaginacion, las pasiones se sublevaran. Incierto una vez el hombre de su propia revelacion, buscaría la luz fuera de sí, ó negaría su existencia, é impio ó supersticioso engañaria á los demas ó dejara engañarse por ellos: los mas hábiles ó entusiastas subyugaran á los mas débiles y frios, la supersticion y la impostura se repartirian el dominio de la humanidad, y lo ménos que podia suceder sería que adorásemos como revelados los partos de nuestra mente, los deseos del corazon, las visiones de la fantasía. Pero si la revelacion fuera indudable y clara, si nos hablara Dios abiertamente, ¿qué restaba entónces al hombre sino prosternarse y escuchar, hundida la frente en el polvo? quién resistiria el espíritu del Señor y á su voz perceptiblemente manifestada? dónde estaria entónces la esencia de la fe, dónde el mérito de la lucha? Ya no sería la revelacion una luz que nos guiara, sería un soplo impetuoso que nos arrastraria sin dejarnos la facultad de la eleccion; ya no corriéramos nosotros, sino que seríamos empujados ineluctablemente ácia el bien. Asi Dios impuso, digámoslo así, un velo trasparente á la verdad revelada, dejándola ni tan evidente é intensa que deslumbrando la mente encadenara nuestro albedrío, ni tan oculta y amortiguada que hiciera ilusorio el beneficio de su esplendor divino; bastante clara para iluminarnos, y bastante oscura para que fuera un mé-

rito el creer en ella. Quiso poner á prueba nuestra fe, dándonos sin embargo sobreabundantes medios para salir de la prueba victoriosos, y conciliando nuestra libertad con nuestra seguridad, creó una institucion que, si bien compuesta de miembros mortales y humanos, fuera divina é inmortal, y que sirviendo de conducto á su revelacion y de voz á su pensamiento, exigiera un sacrificio de nuestra razon, y le presentara al mismo tiempo para su exámen los incontestables títulos de autoridad en que se apoya. Tal es la Iglesia, esta institucion que pudiéramos llamar divino-humana como el Dios-hombre que la fundó.

Otra mira deja entreverse ademas entre las muchas y sublimes que brillan en la institucion de la Iglesia. ¿Cuál es la suerte de las noventa y nueve centésimas partes de los humanos? Encorvados sobre la tierra que riegan con sus sudores, y bastándoles apénas el tiempo para las necesidades de la vida material, no lo tienen para levantar los ojos al cielo ó para replegarse sobre sí mismos; sienten las necesidades del espíritu, y la sed de lo bueno y verdadero, pero imposibilitados de buscarlo y de hallarlo por sí mismos, vivirían en ansiedad continua ó acabarían por embrutecerse. Igual sería la suerte de estos párvulos en el órden intelectual, si no hallaran una madre en la Iglesia, á la de los niños de Jerusalem pereciendo de hambre porque *no habia quien les rompiera el pan*. Aun los escasos hombres dedicados al estudio, no todos se consagran á la solucion de las cuestiones religiosas, no todos, aun supuesta la revelacion, pueden estudiarla por partes, segregarla de todo elemento humano, derivar de ella las consecuencias inmediatas sobre nuestra creencia y nuestra conducta. ¿Quién hay de vista tan perpicaz que descubriera el enlace que encadena las verdades todas? quién tan firme que no tropezara en una piedrezuela de escándalo, y de una negacion parcial pasara á una negacion universal ó al escepticismo? quién tan desapasionado y recto á quien un interes ó un deseo, tal vez sin percibirlo, no malearan el entendimiento? Y aun cuando fuera dable un hombre así,

¿quién garantizaba sus cualidades á los otros, quién consagraba su autoridad? Además el hombre no llegaría á este punto sino despues de largas y profundas meditaciones, gastando así en buscar la verdad los años que debiera emplear en practicarla, y careciendo de creencia y de moral fija precisamente en la edad de las pasiones, en la época que suele decidir de la vida entera. Solo la Iglesia podía poner las verdades reveladas al abrigo de toda alteracion y nuestros espíritus al abrigo de toda duda; solo la Iglesia, visible por do quiera con su gerarquía, sus leyes y sus ritos, apoderándose de nuestros sentidos y de nuestra razon, podía deponernos regenerados en les brazos de la fe, é introducirnos de golpe y sin esfuerzo nuestro en los arcanos mas sublimes de lo infinito y en el conocimiento mas íntimo de nuestros deberes; solo la Iglesia podía nivelar en la verdadera ciencia al rústico ignorante con el teólogo mas profundo, y enseñar al niño á balbucear lo que ha de formar su regla y su consuelo cuando anciano.

Bien se comprende pues la humildad con que san Agustin, el que mereció ser llamado lumbrera de la Iglesia, exclamaba sin embargo: «Yo no creeria en el Evangelio, si la autoridad de la Iglesia no me moviera.» Dotado, cual ningun hombre, de profundo talento y de una gran fuerza intuitiva, desconfiaba de su razon en medio de las sabias investigaciones á que le conducía, inmolaba su misma creencia individual, aun siendo verdadera y conforme con la general, en las aras de la autoridad. No presumia de contemplar la verdad *à priori*, y de hablar en cierto modo con Dios cara á cara, y sin necesidad de intermedio; ni se desdeñaba de valerse del mismo vehículo establecido para comunicar la revelacion á la generalidad de los fieles; preferia creer á ver. Tal es la imágen del verdadero creyente, que ilustrado cual debe estarlo, acerca de la legitimidad de la autoridad á quien obedece, y pronto á dar razon de su fe siempre que se la pidan, una vez persuadido de la maternidad espiritual de la Iglesia, se entrega seguro en sus brazos, sin recelar engaño

de su madre, y sofocando todas las repugnancias de su razon y los movimientos de su voluntad, contrarios en los puntos mas leves á la razon y voluntad maternal.

Y este es en efecto el proceder de todo hombre religioso de buena fe, porque las cualidades de religioso y creyente no pueden absolutamente separarse. Quitad la Iglesia, la autoridad perpetua y una; y el símbolo y la moral del cristianismo abandonados á la razon individual no constituirán mas que un deismo puro, ó peor todavía, porque sobre Dios estará la razon que le espide su título de divinidad. *Dios por la gracia de la razon* es un título poco lisongero para el Sér Supremo, y poco seguro y estable para la razon misma. No es esto exajeracion; dad á la razon soberanía sobre la mas leve decision de la Iglesia, si leve pudiera llamarse alguna de sus decisiones, y se la dais sobre la Iglesia, sobre Jesucristo, sobre Dios mismo, porque no hay mayor motivo de creer en una decision que en otra, en un punto de la revelacion mas bien que en otro, en un misterio con preferencia á otro misterio. Un cristianismo vago é indeciso no es mas que una ley sin sancion, una hipótesis sin realidad. Falsear la base de una autoridad es derrocar cuanto en ella se apoja, sea de grande, sea de corta importancia. En materias religiosas no hay mas que dos partidos que seguir, dos vastas categorías á que toda la humanidad se reduce, creer ó no creer, ser católico ortodojo, ó incrédulo completo; todo lo demas es abominable hipocresía ó inconsecuencia incomprendible, falta de meditacion y de pensamiento, ó sobra de pasion.

Pero no solo como principio de autoridad, y depositaria é intérprete de la revelacion, habla la Iglesia al entendimiento; habla tambien al corazon como foco de amor y vida, habla á los sentidos con toda la pompa y aparato del culto esterno. La mayoría inmensa de los hombres tienen ménos ideas que sentimientos, y estos se alimentan principalmente, preciso es decirlo, con impresiones exteriores; así las impresiones y los sentimientos religiosos refluyen poderosamente en las convicciones

mismas. Con el calor de los afectos la Iglesia mantiene siempre viva la luz de la fe; y la unidad de voluntades nacida de los fraternales vínculos con que á todos visiblemente nos enlaza en su comunión, conserva inalterable la unidad de creencias. Cada sentimiento del corazón, purificado y santificado por ella, tiene su culto particular y su esfera de adoración; cada necesidad del alma encuentra remedio y satisfacción en sus sacramentos é instituciones; cada recuerdo, cada esperanza, es objeto de una conmemoración especial en sus solemnidades. La Iglesia es una tradición viviente, un libro en acción, es la religión misma organizada y constituida. Colóquense las sociedades en cualquiera de sus fases, los individuos en todas las situaciones y circunstancias de la vida; y la Iglesia es siempre su guía, su consuelo, su madre, por decirlo en una palabra; su influjo y sus beneficios se dejan sentir, como los de Dios, sobre los mismos que no la reconocen. Gócese en hora buena el impío y el materialista en su salvaje aislamiento; pero el hombre de espíritu elevado y de generosos deseos solo en el seno de la sociedad religiosa puede vivir y descansar; y aun prescindiendo de las pruebas positivas que muestran la divinidad de la institución, y la voluntad bien explícita del Dios Hombre, y atendiendo solo á las necesidades del entendimiento y á la expansión natural del corazón, un hombre amante de la religión y enemigo de la Iglesia, ó cuando ménos réacio á su autoridad, sería cosa inconcebible y monstruosa.

Nuestro plan nos constriñe á considerar la Iglesia únicamente en sus relaciones con la fe, y como intermedio entre la revelación divina y la razón humana; y así no acometerémos la materia siempre antigua y siempre nueva, y que sin agotarse jamás, ha agotado las plumas de tantos ilustres escritores, de contemplar el admirable plan de su organización, los títulos revelados de su autoridad, su gerarquía modelo de todas, su sabia disciplina, su magestuosa y significativa liturgia, sus tiernas y solemnes festividades, la prudencia y acierto constante de sus

leyes, la pureza de su moral, y sobre todo la mezcla que hay en ella de perpétuo y de flexible, con que participa de la inmutabilidad de Dios sin participar de la inmovilidad de un cadáver, permaneciendo en sí siempre la misma, y acomodándose sin embargo á todas las circunstancias y relaciones exteriores. Todo es grandioso en este divino monumento, desde las indestructibles columnas que la sostienen, hasta el menor de sus delicados accesorios, desde sus cimientos hasta su cúspide de elevacion indefinida, desde el Sér que en él se adora, hasta los nombres de tantos adoradores que se han sucedido en su recinto. Recordando las virtudes de sus santos, las luces de sus doctores, el celo de sus apóstoles, la docilidad de tantos sabios, humildes como niños á la voz de la Iglesia, el espíritu mas independiente y altivo siéntese sobrecogido de respeto y forzado á doblar tambien la frente, y se pregunta sin querer qué institucion es esta que se presenta con tan compacta unidad, con tan inalterable pureza, con séquito tan respetable, y en vano busca en lo humano cosa que siquiera se le parezca. Si no fuera esta mas que obra del acaso y efecto de combinaciones humanas, sería el acaso mas admirable en esto que la providencia; y si un hombre sin mision divina hubiera sido capaz de concebir semejante institucion, no temo decir que en cierto modo se hubiera puesto al nivel de Dios mismo, y que si en ningun caso fuera disculpable la idolatría, sería para con este hombre ciertamente.

Necesidad de creer, necesidad de adorar, necesidad de asociarse, he aquí las tres necesidades que creemos haber demostrado en el hombre derivadas de su misma naturaleza, y satisfechas solo legítimamente por medio de la fe, de la religion, de la Iglesia. La una nos lleva á la otra del mismo modo que, segun ya dijimos, la heregía lleva á la impiedad y esta al escepticismo: las verdades van eslabonadas como los errores. Ciertamente es que la misma satisfaccion y cumplimiento que deparó Dios á nuestras tendencias, y los ingeniosos beneficios que empleó

dara satisfacerlas, han pasado entre los mortales ingratos por un nuevo yugo; y que los hombres superficiales se han acostumbrado á mirar la fe, la religion, la Iglesia como principios de servidumbre, y limitaciones impuestas al saber humano, creyendo lograr mucho los que mostraban que ni la libertad era incompatible con la religion, ni la sabiduría con la docilidad del creyente. Nosotros creemos mas, que la libertad, que la sabiduría solo en el seno de la fe pueden encontrarse. La ignorancia por mas que se disfrace consiste siempre en la negacion ó en la duda; y la fe y la Iglesia nada nos prohiben afirmar, sino negar ó dudar de lo que por su conducto sabemos. La libertad es el cumplimiento del fin y la satisfaccion de las tendencias, y ménos que en una independendencia absoluta, solo posible en el Sér infinito, consiste en una independendencia legítima libre de toda intrusion y tiranía: la fe y la Iglesia nos emancipan de los hombres y de nosotros mismos, para sujetarnos únicamente á Dios. Así se verifican, hasta en un sentido humano, aquellos dos textos cuya vulgarizacion nada quita á su sublimidad: «*Initium sapientiae timor Domini.*» «*Ubi spiritus Domini, ibi libertas.*»

JOSÉ MARÍA QUADRADO.



# LITERATURA

## DEL JUSTO MEDIO.



**A**l entrar á hablar de literatura, no se nos diga que esta palabra para los hombres escépticos y burlones es ya una derision, para los melancólicos un epitafio, para el público sinónima de *moda*, para los autores de *dinero*, de *gloria* para algunos principiantes, y que solo para contados escritores de alma enérgica y de corazón entusiasta, poco conoedores y poco conocidos de su siglo, y nutridos con sus propias ideas mas bien que con los aplausos agenos, conserva todavía su antiguo y genuíno significado. No ignoramos que la literatura es en la actualidad lo que son tantas otras cosas en España, un mero nombre, un recuerdo, y una esperanza tambien si se quiere; y si como esperanza merece que nos esforcemos en realizar su cumplimiento por lejano que parezca, merece tambien como recuerdo, por curiosidad, sino por gratitud, ser preservada del olvido. Cuando se habla mucho de una cosa, es amenudo porque ha dejado de existir; pues á los ausentes y difuntos es preciso mencionarlos para refrescar su idea, y paraque no se pierda enteramente su memoria; á los presentes hasta con mirarlos y gozar de su vista. Así pues apesar de tanto enfático anuncio y de tanto encomio prodigado, de tantas flores y laureles como brotan cada dia de las prensas para morir mañana, sin dejar siquiera un rastro de perfúme, apesar de no haber diario apénas que de segundo apellido no se intitule literario y no publique folletines y artículos de teatro, en nuestro concepto están convictos los periódicos de haber muerto la literatura y los libros, así como estos mataron ántes los edificios y la arquitectura, segun el buen Victor Hugo. Han muerto los libros por medio de la concurrencia mercantil, vista la sencilla razon de que mas fácil es á los

autores escribir un periódico que un libro, y mas cómodo y halagüeño para la mayoría del público instruirse en un gabinete de lectura que en una biblioteca: han muerto la literatura (porque la vulgarización y el descrédito son la muerte para esta delicada vírgen) á fuerza de manosearla, y de arrastrarla por las calles, y de convertirla en artículo de consumo. Para conocer que nos hallábamós en el período de la decrepitud, sin haber pasado tal vez por el de la edad madura, no necesitábamós atender á ese nuevo género estrambótico y chocarrero que sin mas pretensiones que las de *hacer reir*, se ha instalado hace algun tiempo, con gran provecho de los que no pudiendo medrar de otra suerte han logrado hacer moda su propia insulsez. Una careta es muy cómoda para encubrir caras mas feas que ella todavía; muchos podrán pensar que es máscara lo que es un retrato. Si por alguien nos duele, es por esos pocos escritores de talento dignos de mejor palestra, y que nos hacen el mismo efecto que el de una persona distinguida en una sociedad de mal tono, remedando en vano los modales de la gente del bronce, y mostrando apesar suyo su aristocrática alcurnia. Este gusto al fin no es mas que una *especialidad* á la cual no conviene dar mas importancia que la que se da á sí misma; pero la escuela dominante; á pesar de su vaguedad y anarquía, hemos creído abarcarla con el nombre del *justo medio*.

Felices tiempos aquellos los de la canícula del romanticismo, en que todo el mundo aprendía de memoria las últimas endechas que habian salido, y se hablaba en todas las reuniones de la última viñeta que las acompañaba, en que cada dia se contaba un nuevo genio precoz que se estrenaba maldiciendo en prosa de los clásicos y de las odas, y confesándonos en verso su amor vírgen y volcánico, en que estaban á la órden del dia Dante y Shakespeare, Dumas y Calderon, y la mision del poeta, y las torturas del genio! ¿Y nosotros nos atreverémos á burlarnos ahora de aquellos tiempos de entusiasmo y de locura, de proyectos colosales y de incompletos fragmentos? Qué quisiéramos

ahora sino fragmentos? Qué quisieran mas sino volver á semejante época muchos ingenios de nombradía, que sin embargo no la deben sino á aquella, y que despues han ido menguándola con producciones mucho ménos espontaneas y muy mas descoloridas, é igualmente faltas de bellezas y de defectos? Y es que á pesar de la tortuosa direccion, de los principios exajerados que entónces dominaban, escribian los jóvenes con entusiasmo y conciencia; y no rodeados todavía por el brillo de su mas ó ménos justa celebridad, se ataviaban con mas esmero, desconfiando modestamente de sí mismos, como quien va á ser juzgado y no aplaudido. Entónces no habian tomado aun con el público esta insultante familiaridad que á la larga les perjudicará á ellos mismos; entónces sus producciones eran verdaderamente el *primer amor*, y como tales, hijas de un afecto puro y desinteresado; entónces latian sus corazones al ver por primera vez su firma, al principio con iniciales, y luego poco á poco con nombre entero, nombre cuyas negras letras aunque de menudo carácter se engrandecian á sus ojos, y les parecia verlas brillar como de fuego en el templo de la inmortalidad. Metan ahora la mano en su pecho, y digan ¿por cuál triunfo de los posteriores, por mas ruidoso, trocarian aquellas purísimas emociones primeras. Y qué han aprendido, qué hemos aprendido todos desde entónces? á burlarnos de lo pasado, sin saber hacerlo mejor al presente. Somos como los hombres machuchos, que al salir de la juventud dejaron sus estudios á medio camino, y que entorpecidos por largo ocio y desidia, se rien alegre y desdeñosamente de lo que llaman sus *mocedades*, como si valiera mucho mas lo que están haciendo.

Sí, habia esperanzas de tener muy pronto una literatura, por cada provincia cien genios, por cada genio cien obras, y nos decíamos: «cuando haya cesado el estrépito de la pelea, entónces se dejará oír mas sonora la voz de la inspiracion; de la discusion nacerá la verdad, de la tempestad la purificacion, de la guerra una paz sólida y estable. Pasó la lucha, la encarnizada lucha; las palabras de clásico y romántico no tienen ya mas sen-

tido que el de güelfos y gibelinos, ¿y qué ha quedado de los combatientes cuando el sol ha salido á alumbrar el campo de batalla? los restos de entrámbos ejércitos sin vida, dispersos y confundidos. No siempre es cierto que la salud nazca de la crisis, que lo roto pueda volver á soldarse, que se logre reconstruir lo demolido, que todo el que se embarcó en el mar vuelva siempre al puerto. No siempre resisten á ciertas pruebas los hombres y las naciones, y es peligro degollarlas, con el intento de rejuvenecerlas, como á Pelias degollaron sus hijas, porque no es fácil hallar á la mano ó conocer las yerbas eficaces para ello. Así despues de la lucha religiosa se esperaba el triunfo completo de la fe, y por ahora no ha quedado en gran parte sino la indiferencia; despues de la lucha civil y política se esperaba la paz y la reconciliacion, y no ha quedado sino el enojo y la anarquía; despues de la lucha literaria se esperaba la union y los adelantos, y no ha quedado mas que el cansancio, el descrédito y la apatía.

Los románticos se mofaron de los clásicos, los clásicos, si los hubo, aunque embozados les devolvieron la mofa con usura: no hubo forma ni materia apénas que no fuera desacreditada y profanada con el ridículo de los contrarios, y aun mas con el abuso y exajeracion de los que la usaron. Resultó de aquí que unos y otros temen emplear sus formas y temas favoritos, que entrámbos guardan silencio para no prestar armas al sarcasmo de los enemigos, hasta que por fin se han avenido en una especie de mezcla é intermedio, pálido como todas las medias tintas, débil como todos los justos medios. Es cierto que no tiene la seguridad y magestad solemne que como en una estatua griega respira en la escuela clásica, ni el vuelo libre, atrevido, y á veces sublime con que la escuela moderna pretende imitar en cierto modo el edificio gótico, recargada de adornos extraños, incoherentes, pero siempre bellos en las manos del genio; mas lo que dicen algunos, nosotros no hemos de vivir en los monumentos, ni góticos ni griegos; de lo que necesitamos es de casas donde acuartelarnos con tantos pisos, con tantos balcones

por fila: esta es la arquitectura. Ahora bien; necesitamos de una literatura manual, diaria; de una novela cada dia, por mas que sea insulsa, que nos acompañe en el almuerzo; de un drama, por mas que sea necio, que se nos presente por primera vez tres dias á la semana. La literatura es una necesidad, no un recreo, y las necesidades se satisfacen de cualquier modo. Otra cualidad de la literatura en este siglo, ademas de su continuidad, debia ser la nivelacion; la division de lo sublime y de lo grotesco, de la oda y de la sátira, de los instintos espiritualistas y materiales, de estas dos grandes fuentes de poesía conocidas bajo distintos nombres en toda literatura, y que nunca habian mezclado sus aguas sin distinguirse en su mismo color, era supérflua, era absurda en un siglo en que anda todo tan mezclado: debia pasar el nivel igualador sobre la purpurada tragedia y la humilde comedia en unos tiempos en que ni hay palacios ni chozas, ni nobles ni plebeyos, en que no hay mas que casas y ciudadanos. Así es que tenemos dramas ciudadanos, literatura ciudadana, digna espresion de la clase media que felizmente reina. El romanticismo apesar de sus instintos revolucionarios, de su puritanismo de igualdad, habia respetado harto aun estas divisiones, y á fuerza de cavalgar y triscar por los siglos medios, se le habia pegado algo de caballero y de aristocrático, algo tambien de bufon: faltaba todavía hacer la literatura del siglo XIX, ¿entendeis? pintarnos á nosotros mismos, y no en nuestras convulsiones y catástrofes, en nuestras ansias é inquietudes y esperanzas, en nuestros hermosos intérvalos de heroismo y desprendimiento, que tambien en este siglo los ha habido; este cuadro sería grandioso y valdria tanto como cualquier otro. No, solo se trata de colocar bien el daguerrotipo en cualquier estancia, en cualquier sarao, en cualquier calle, en cualquier bohardilla, para que el primero que pase quede allí clavado con sus pelos y berrugas, si las tiene, y los hilos de su corbata, y se dibuje allí fielmente con todos sus interesantes pormenores cualquier escena doméstica, cualquier intriga amorosa; y bautízote literatu-

ra de costumbres , literatura-espresion del siglo XIX.

Y no lo imputeis á la naturaleza de los tiempos, al prosaismo de nuestras costumbres que no inspira ni permite otro género de literatura: no, muchos de estos literatos son tráfugas del Olimpo y luego de los mundos etéreos é imaginarios , han cantado la Grecia y la edad media , han sido epicúreos y platónicos, trovadores y soldados: pero ahora cansados, como dicen, de los *excesos del romanticismo*, se han retirado á buen vivir, y se han avenido con los *rancios pelucones* á quienes la corriente ineluctable del tiempo poco á poco les va acercando. Han dicho: «perdonadnos lo trivial, y nosotros os perdonamos lo frío y ampuloso; sacrificadnos las unidades, y nosotros os sacrificamos los *cuádrós*, suprimid á Moratin, y suprimiremos á Víctor Hugo: Calderon se declara terreno neutral; no se hable de mas tumbas ni de pastores, de crepúsculos ni de auroras; ahí están estas estancias, estas calles, este mundo en que vivimos que nos brinda con sus interesantes y variadísimas escenas; y sobre todo no riamos ni lloremos á rienda suelta, sino con una risa que cause llanto, y con un llanto que mueva á risa.» Para el que cree que la literatura es hija del carácter , de la educacion, del genio de cada cual, que es tan difícil el cambiar de inspiraciones como cambiar de naturaleza, y que no es uno dueño de ver las cosas bajo distinto color que el que se le presentan, ofrece este arreglo algunas pequeñas dificultades. Dante murió Dante , Calderon murió Calderon, Quevedo murió Quevedo; pero en nuestros tiempos lo hemos arreglado de otro modo; esto de ser siempre un hombre mismo es pesado para sí, y fastidioso para los que nos observan. En religion ¿quién no ha sido incrédulo, católico y panteista, ó de otro modo invirtiendo el órden? en política ¿quién no ha sido monárquico, tribuno y del justo medio? Y si la literatura no es mas que un vestido, ¿porqué no hemos de llevarlo cortado segun el último figurin llegado de Paris? ¡O ingenios flexibles y multiformes! O siglo de la elasticidad!

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

## CÁNTIGAS

DE SILVIO PÉLLICO.

## Eligio y Valafrido. (1)

Sea la paz contigo! Acia dónde te encuentras bajo estas negras bóvedas?

—O buen ermitaño, gracias os doy por vuestra visita. Las cadenas que me sujetan al pilar me impiden salir al encuentro. Por una estrecha rendija descende hasta aquí un pálido reflejo de luz, que os permitirá ver algo dentro de poco.

—Hijo mio, en días mas alegres conocí en ti una alma humilde y religiosa: plegue al cielo no la hayan cambiado las desventuras.

—Sí, cambiado estoy, ó padre! Necesito de vuestros consuelos. Resignadme, resignadme á la amargura, no de la muerte, porque la siento cercana y no tiemblo, sino de la mancha de desleal caballero que recaerá sobre mi nombre.

—Y aunque fuera injusta esta mancha ¿no te acuerdas de uno, mas justo que tú, que sufrió tambien muerte y oprobios? y él no habia nacido hijo degradado de la culpable Eva: ¿era tu Criador!

—Desventurado de mí! que adoro este sublime ejemplo, y no sé resignarme á la infamia!

—Arrodíllate, guerrero, y confiésate ante Dios; y él te dará la paz que ansías.

—Benedicidme, ó padre. Otros pecados no recuerdo desde la última vez que me perdonasteis en vuestra celda... si pecados no son, y eran

(1) La acción de esta cántiga se refiere á la segunda ó tercera década del siglo X, y se supone acaecida en una ciudad del reino de los Borgoñones, que en tiempo del rey Rodolfo comprendia parte de Saboya y de Suiza, es decir, todas las provincias contenidas entre el monte Jura y los Alpes.

ya entonces, el incesante y secreto culto que rindo á mi dama, y mi odio invencible á los viles y malvados. Sin embargo procuré, cuanto me fué dable, fijar en el cielo mi pensamiento ántes que en mi dama, y no amar, porque amarlos no puedo, pero alménos hacer bien á los malos.

—Ea, no te ciegue el orgullo! y si vendiste la causa de tu rey en batalla, no niegues que fuiste reo de grave culpa.

—Ah! juzgado vos mismo. No hice, no, traicion á las banderas de mi señor: no hice sino soltar un prisionero mio, sin consentimiento de Rodolfo; pero mi alma se hallaba en lucha entre dos deberes. siéndome forzoso faltar al uno para cumplir con el otro. Oidme, ya que no tuve ocasion de nombraros en mis confesiones al hermano de mi corazon, oid la historia de la eterna amistad que con él me enlaza.

«Súbdito del monarca borgoñon, nací en los campos de Saboya junto al gran lago; y allí Valafrido, niño todavía, fué conducido desde Italia por su madre hermana de mi padre, huyendo de sus bárbaros parientes que habian muerto al suyo, y arrebatádole el castillo paterno situado junto á Verona. Huérfano y pobre, de hermoso semblante y de corazon mas hermoso todavía, su destino conmovió tiernamente á mis padres que desde entonces le amaron como á hijo. En un mismo dia habíamos nacido entrámbos, pero la naturaleza no anduvo igualmente liberal con nosotros en la gallardía, en la gracia y en la inteligencia que nos concedió. Tardo y rudo era mi entendimiento, brillante el ingenio del niño italiano, pero aunque concentraba este en sí las miradas de todos, sentíame yo obligado á quererlo. Sí, mi generoso primo, léjos de triunfar por sus ventajas sobre mí, se ponía frecuentemente á mi nivel sin demostrarlo, y á proporcion que él bajaba, animábame yo á subir, y llegó acaso un tiempo que por fin éramos casi iguales. Oh! padre! vos que llamais *amor* á la religion, bien sabeis vos cuán noble consuelo sea amar y ser amados! Sublimábame á mis propios ojos el afecto de mi hermano, como siempre le llamaba: su mente rica en imágenes de virtud veía en mí cien soñadas prendas, y por ellas me profesaba respeto, y exijia que todos formaran de mí un elevado concepto; y yo cuyas facciones y modales nunca fijaban ántes las miradas de los demas, al cabo divulgándose el aprecio en que me tenia aquella alma grande y generosa, acabé por verme objeto de la estimacion ajena.

«Juntos siempre nos educamos en el castillo de mis padres, y juntos pasamos, cumplidos los diez años, para ser iniciados bajo la direccion de mas graves maestros en la escuela de la eminente caballería, á la casa de mi ilustre abuelo materno, donde fué cultivado nuestro espíritu por las damas, y oíamos del magnánimo anciano relaciones de



hazañas que nos aguijoneaban á valerosas empresas (2). Juntos tambien en el solemne dia en que cumplimos catorce años (3), nos ciñó la espada bendita un sacerdote con magnífica pompa. O primeros latidos de gloria! ó Valafrido! cómo relampagueaban tus ojos de altivo y candoroso júbilo! y con qué transporte exclamé yo al besar la espada: ah! si me rezco empuñarte, gracias á Valafrido. Oyóme el sacerdote, y bien penetrado de la verdad de mi espresion, y cual inspirado por Dios mismo, trocó las espadas, y dijo: «Para alimentar mejor la llama del heroismo, recuerde cada cual de vosotros que ciñe la espada de su amigo.

«Desde aquel dia servimos á los caballeros en justas y torneos; y los aplausos de las damas y de los héroes recompensaban ya nuestros primeros ejercicios juveniles. Pero llegados á los veinte y un año, al revestirnos los caballeros del armamento completo, y al jurar nosotros ante el altar el solemne voto, el sacerdote que era el mismo de ántes, pero ciego ya en su vejez, y que sobrevivió muy pocos dias, «O hijos míos, exclamó bendiciéndonos; tú, Eligio, has evitado la perezosa oscuridad, y tú el orgullo, ó Valafrido, solo porque amasteis mucho! (4) Proféticas son las últimas palabras de ese moribundo anciano: vuestros adelantos ó vuestra decadencia en el camino de la virtud dependerán siempre del santo amor que enlazó vuestras almas.» Y hasta mi abuelo dándonos el espaldazo con la tizona nos dijo: «Conservad perenes dos recuerdos: el nombre del caballero que os promovió á tan eminente grado, y el del amigo á quien tanto debeis mutuamente.» A aquellas augustas ceremonias, á los santos ritos que siguieron á ellas, al devoto regocijo del pueblo y de aquellos ancianos é ilustres caballeros, á la consoladora y grave sonrisa de nuestros padres, á aquel sagrado é ine-

(2) En los tiempos caballerescos el hijo de familia noble llegado á la edad de diez años solia ser enviado al castillo de algun anciano guerrero, bajo cuya direccion aprendia los ejercicios convenientes á su estado, mientras que las damas del castillo lo educaban en la religion y en afectos generosos.

(3) A esta edad recibia el mancebo una espada bendita, y este venia á ser el primer grado de la órden de caballería; desde aquel instante eran rigurosamente observadas todas sus acciones, y de su conducta dependia el ser despues armado completamente caballero á los veinte y un año.

(4) Estas palabras recuerdan aquellas tan tiernas del Evangelio *quoniam dilexit multum*. Durante la escasez de libros que reinaba en los siglos medios, todo el que tenia aficion al estudio solia nutrirse particularmente en la lectura de la Biblia; así es que se encuentran frecuentes alusiones á los textos sagrados en boca de los personajes de esta cántiga.

fable tumulto de impresiones que embriagaban nuestro espíritu, otra se añadía, ó padre... Dos tiernas doncellas, ah! bien ajenas de conocerlo, habian encendido en nuestros corazones secreta llama, secreta á todos excepto á nosotros recíprocamente. Ambos entre los honores con que plugo á las damas adornar nuestras armas, obtuvimos uno de la señora de nuestro corazon: y de aquí el confiarnos á porfía nuestros afa- nes, y todas las esperanzas leves, y las leves pero sumas alegrías que brotan de una mirada, de una sonrisa, de una palabra del objeto ama- do, sin burlarnos nunca de una idea de amor, por pueril que fuese la idea... Perdonadme, ó padre, estas palabras; solo os lo cuento como uno de los vínculos que mas me estrechaban con Valafrido.

«Pero mas todavía que el dulce período de la juventud que juntos atravesamos, y la identidad de nuestras inclinaciones y ejercicios, y las mutuas confianzas de los tiernos secretos de amor, ah! mil veces mas me estrechaba con él el esplendor de las nobles hazañas con que ilustra- ba su nombre aquel valiente. Si se encendia guerra entre dos castillos, consagraba él su espada al castellano por quien estaba la justicia, lue- go tendia la diestra al vencido, y se interponia como mediador entre los dos partidos beligerantes. Si el vencedor abusaba altivo de su triunfo, Valafrido se constituía campeón del oprimido : en toda oca- sion defendia con preferencia los sacerdotes, los siervos, los huérfanos y las viudas. Atravesó por fin los Alpes la fama de héroe tan insigne. Habiendo salvado la vida de un viajero italiano, incógnito para él, si bien era hermano de Berengario (5), devolvió este justo rey sus derechos á su ilustre súbdito, y llamándolo de nuevo á Verona, premió con es- celsos honores sus virtudes. Seguí yo á mi amado hermano, y merecí participar de la gracia del rey de Italia, y acaso conseguí en su ejér- cito algun renombre en ocasion de rechazar á los húngaros invasores. Mas ¡ay! aquellos dias de triunfos y de gloria eran los últimos de mi sosiego. Enciéndese la guerra entre Berengario y mi soberano (6), mis pa- dres y el honor me llaman: era aquella la primera separacion que arran- caba uno de otro dos corazones que se amaban desde nacidos. ¡O dolor indecible! separarnos, y volver uno contra otro las espadas! pero me

(5) Berengario I duque de Friuli conquistó con su brio la dignidad de rey de Italia y emperador, y obtuvo la corona imperial del papa Juan X en 915.

(6) Sucedió este rompimiento en 921 por envidia de los principales señores italianos, que no pudiendo sufrir la supremacía de un igual su- yo, brindaron á Rodolfo con la conquista de Italia. Rodolfo logró pe- netrar hasta Pavía, obligando á Berengario á evacuar su capital, y mas tarde supo posesionarse de aquel reino.

ligaban las leyes y el voto de caballero. Y ved ahí los dos hombres que mas se querian en el universo, bajo distinta enseña, en huestes encarnizadamente enemigas, implorando al cielo victoria para su rey, y temiendo, ay! la victoria como el sumo de los males! Y esta angustia me tocaba experimentarla.

«Rechazados por el ejército italiano en el cual mandaba un cuerpo de tropas Valafrido, volvíamos á pisar ya nuestros valles, cuando silva una pica sobre la cabeza de Rodolfo, y el monarca al traves de la sombras de la noche y de la confusion horrible de la pelea ve ó cree ver al agresor. «Amparado y criado un dia en mis dominios, esclama, ¿osa el traidor levantar su ingrata mano contra mi real persona?» Atizan su furor lisonjeros y malvados cortesanos, hasta que espide un bárbaro edicto á los guerreros, pidiendo ante todas la cabeza de Valafrido, é intimando pena de muerte á todo el que se encuentre en batalla con aquel gefe, y no lo acometa. Vuelo á la presencia del rey, échome á sus plantas, cuéntole mi amistad con Valafrido; en vano: ni quiere eximirme del rigor del edicto, ni del servicio de las armas, Oigo pronunciar con amenaza el infame nombre de desleal... «No, señor, prorumpí, no soy desleal; las heridas que cubren mi pecho, por vos las llevo todas, y pronto estoy á morir en defensa vuestra; pero nunca Valafrido caerá inmolado por la espada de Eligio.» Quería castigarme el rey, pero le calmó el llanto de mi padre.

«Amaneció por fin la infausta aurora de la batalla decisiva. Yo no peleaba contra la division de mi hermano, y así me abandono á mi impetuosidad. Siembra el estrago mi valiente tropa; pero cuando reputo ya segura la victoria, vuelven cara de repente los fugitivos, animándoles el osadísimo campeón. «Compañeros, grité, viva nuestro rey Rodolfo! Victoria por nosotros, pero cuartel para mi hermano!» Alguno murmuró tal vez al oír estas palabras, pero vivo en el corazon de los mas; y cuando la mala estrella de los italianos los precipita por segunda vez á la fuga, penetrando yo hasta Valafrido, veo las lanzas asestadas ya al pecho del héroe, retirarse á efecto de mis clamores. Yo y no otro le cogí, era Valafrido prisionero mio; tenia yo derecho de soltarlo...Y lo solté. «En adelante, le dije, ya no puedes combatir contra mi rey: vuelve á tu castillo.» Y para satisfacer á mis gentes, acepté la espada que me tendió; y yo mismo, concluida la batalla, fui á presentarla á mi soberano.

«Escúchame este rugiendo de cólera, y mis rendidas palabras no sirven sino para acrecentarla. Reúnese un consejo para juzgarme; durante tres meses he yacido en este calabozo, hasta que por fin acaba de fulminarse la sentencia. Ah! no bastaba condenarme á muerte; debo

ademas ser degradado como vil traidor, y despojado de las insignias de caballero! Esto me anonada; esta, ó piadoso anciano, es la injusticia que no puedo perdonar al mundo. Y ménos me doliera el oprobio si fuese yo la única víctima á quien hiriese; pero, bien lo sabeis, el vituperio de un caballero degradado recae sobre sus deudos, y ay de mí! mi padre, mi padre cuya vida constituyó por tantos años un honor sin mancilla, en sus últimos dias se oirá llamar por sus enemigos *padre de un traidor!*”

Así gemia el guerrero, y el ermitaño derramaba una lágrima sobre sus cadenas, y permaneció por un corto instante en silencioso recogimiento. Pedia entónces al cielo aquellas palabras, y mas que palabras aquellos afectos, modales y acentos que enternecen y fortalecen al par á los afligidos: y luego que creyó sentir en su interior la inspiracion, habló á su penitente de lo que habia sufrido el Nazareno no solo como hombre, sino como hijo, cuando al caminar al suplicio se encontraron sus ojos con los de su triste madre, y oía tal vez los ahullidos de las turbas que la llamaban madre de un ladron. Otros piadosos ejemplos le recordó el ermitaño, que si bien no poseía la mundana elocuencia, habia leído mucho el Evangelio de Juan, y de su lectura y de la esperiencia de las desdichas habia aprendido á amar y á llorar, y su llanto era un bálsamo para los infelices. Al fin viendo ya sosegada la víctima, y piadosamente resiguada á la muerte, absolvióla de sus pecados.

—Ahora, ya que me dispensasteis el supremo de los beneficios, ea! concededme otra gracia. Pendiente de mi cuello llevo la imágen, perdonad, es de una mortal, pero de una santa, oh! sí, de una santa. El cruel verdugo al tronchar mi cabeza podria mofarse de mi prenda, y hollar en el polvo esa efigie, y no depositarla en mi ataud! Ah! mañana, buen religioso, acompañadme al suplicio, y entónces me quitaréis esta medalla, y cuando yazga yo exánime, componed en el féretro mi cadáver, y restituid á mi seno esta imágen querida! Mas todavía os pido: ayer un guardia me prestó su espada, y con ella corté mi caballera; si vos algun dia, ó alguno de vuestros monges de confianza viajais por las márgenes del Iser, haced que llegue este recuerdo á manos de mi señora, y decidle que lo reparta con mi Valafrido, y decidle ademas que no fueron cortados mis cabellos por manos infames sino por las mias, y ántes de ser vilmente degradado.

Quería el ermitaño retraer al jóven de estos apasionados é idólatras pensamientos, pero lo hizo con mesura é indulgencia.

Recomendóle luego Eligio á su padre á algunos compañeros y á algunos siervos suyos.—«Y si cesa por fin la guerra, si se aplaca con

mi sangre el soberano, y puede un dia Valafrido visitar mi sepulcro, consoladlo, y no le habéis de estas mis lágrimas, ni de esas mis cadenas.

Todo aquel dia permaneció el religioso en la prision, olvidado de la comida, ó partiendo el negro pan con el preso; y apenas oyó arriba la vigilante guardia de los *errantes* que gritaban por las calles á los ciudadanos: *alerta al fuego!* (7) levantóse entónces del suelo el ermitaño.

—Media noche ha dado, y en el monasterio yace moribundo un hermano mio. Déjame verlo otra vez, y ántes del alba estaré de vuelta. Conserva la paz y la humildad hasta mi regreso.

El padre de Eligio no habia abandonado un momento los salones del rey, y desdenes, humillaciones, todo lo arrostró mientras duró la esperanza: mas al fin despues de media noche vuelve á su amado hijo, deja silencioso la luz en el suelo, acércase con dignidad, y finge un valor que no tiene, para hacer la muerte ménos amarga á Eligio. El jóven caballero por su lado, dejando entrever una dulce sonrisa, oculta en parte sus tormentos. Oh! cuánto conmueve la sagrada mentira de no confesarse jamas infeliz, aun en la hora de los supremos dolores, á presencia de una persona muy amada! Con un gesto irónico, verdadero en parte y en parte fingido: Necio mundo! esclama el anciano; cree árduo semejante paso para un valiente: mas donde quiera se disuelva este barro, en medio del campo, en un blando lecho ó sobre un cadalso, ¿no es uno mismo el sosiego de que goza el cadáver al siguiente dia?

Eligio con serena frente y semblante entero le aprieta la mano, y arrepiéntese luego, porque con el movimiento han sonado las cadenas, y aquel ruido ha estremecido al parecer el alma toda del buen anciano. Pero ninguno de los dos da muestra de notar el dolor que se oculta en el pecho del otro, y prosiguen su grave conversacion. Mas ah! no fué constante aquella firmeza; ni al uno ni al otro pudo atribuirse la primera debilidad; una mirada, un gesto involuntario...y vedlos ahí tristemente abrazados los dos, y prorumpiendo en interminables sollozos.

—O padre, de una cosa me duelo solamente, del oprobio que de mi os redunda.

—Ah! gloria mia y no oprobio eres tú, hijo querido, que mueres mártir de la virtud.

(7) Es uso antiquísimo en Suiza y otros países el gritar de noche á todas horas á los ciudadanos que se guarden del fuego. En la edad media las ciudades situadas mas allá de los Alpes eran en gran parte fabricadas de madera, y de ahí provenian los frecuentes incendios que las asolaban y la institucion de estos centinelas nocturnos.

—Mas los perversos insultarán tus venerables canas.

—Esas canas, ó hijo, no quedarán espuestas á sus insultos, porque hallarán un asilo en el desierto de la Cartuja (8).

Así hablaban, cuando entró el fiel ermitaño mensajero de la auro-  
ra, y los dos caballeros le recibieron serenados. Veíase que habian llora-  
do, pero no querian mostrarlo, ni el religioso les habló de su dolor  
para compadecerlos. Refirióles sosegadamente la muerte feliz del mon-  
ge enfermo: parecia que en íntima reunion se hablaba allí de sucesos  
extraños para distraer otros cuidados mas próximos y acerbos.

Mas cuando despues de pasada una hora, oyen el tañido de una cam-  
pana, y conocen los tres lo que aquel toque significa, y ve el infeliz pa-  
dre entrar á su escudero; «Adios, dice disimulando su temblor: ya ha lle-  
do mi escudero, él me acompañará... Adios!»

Arrodíllase con aparente calma el jóven caballero, y el anciano le  
bendice; abrazanse luego, se arrancan uno del otro, y el padre al pisar  
el umbral, dirige una postrera mirada á su hijo, y desaparece... Y  
cuando no se vieron mutuamente, soltaron tal vez la rienda al compri-  
mido llanto.

Oh! cuán densa se apiña en las calles, en las plazas, en las ven-  
tanas, muchedumbre de todas clases y edades. Interrumpe los murmu-  
llos la aparicion del desventurado, y un secreto pesar oprime los cora-  
razones todos. No adornaba la belleza el semblante de Eligio, pero bri-  
llaba en sus ojos una mirada tan benévola y generosa, que le amaba  
cuantos le veían. Para algunos era desconocido su nombre, pero lla-  
mábanle el amigo del gran Valafrido, y este título parecia una espe-  
cie de honor que no pueden comunicar los abuelos ni los monarcas.  
Ay triste! decian; quiso salvar á su amigo, y por esto ha sido condena-  
do á muerte, y miradle que sereno muere por la amistad!

Suben al tremendo cadalso Eligio, el ermitaño, un caballero, los  
infames esbirros y el verdugo. Debía asistir al acto un sacerdote... que  
anulara la noble dignidad de caballero, y degradara y maldijera su  
cabeza; pero los sacerdotes unánimes se negaron ante Rodolfo á degra-  
dar al justo. Desempeñarán la triste ceremonia los esbirros y el caba-  
llero.

Mas, ó sorpresa! de enmedio de la plaza se levanta una voz sobre la  
multitud. *deteneos, deteneos!* y cien bocas repiten esta palabra, y na-

(8) La Cartuja era un vasto yermo á cuatro horas de Grenoble, donde un siglo mas tarde fundó S. Bruno su famosa órden. Acaso en los tiempos á que esta cántiga se refiere, vivia ya en aquel desierto algun piadoso solitario, ó el padre de Eligio poseía allí algun castillo al cual pensaba retirarse.

die sabe todavía porque se clama así, y sin embargo el clamor se repite de cada vez mas universal, mas fuerte y amenazador. Ya el temerario pueblo arranca las picas á los guardias, y jura vengar con sangre la sangre de Eligio.

Sale furioso Rodolfo con imponente comitiva á refrenar el insano tumulto.

—Quién? esclama, quién, atrevidos, os incita á rebelaros?

—No, señor; no incito vuestro pueblo á la rebelion: intento salvar la vida del mejor de vuestros súbditos, y ofrezco á la segur la cabeza del enemigo que odiais.

—Es Valafrido! es Valafrido! esclama atónita la muchedumbre. Cuál queda Rodolfo, contemplando en su presencia al héroe italiano! Quisiera hablar, pero sus labios convulsos empiezan y truncan vacilantes y furibundas espresiones: siéntese anonadado á sus propios ojos.

—Yo soy aquel Valafrido cuya muerte anhelaís: oh! demasiado tarde llegó á mi castillo, al cual me habia retirado, la noticia de vuestras iras. Mucho sufrió Eligio por causa mia; si faltó, baste lo sufrido para espacion de su falta, y acabe mi sangre de aplacaros.

Aquella voz, aquel temblor, aquella mezcla de compasion y de cólera, de horror y de reverencia, aquella noble elegancia que le revestia de piés á cabeza, nunca habian espresado con tanta magestad y gallardía el carácter y el dolor de un héroe.

Mas ya se habia postrado Eligio á los piés de su soberano; ya se le ha vuelto deseable lo que ántes tal estremecimiento le causaba, el nombre de traidor.

—Sí, ó rey, justicia es que muera ese desleal siervo; pero Valafrido ni nació súbdito vuestro, ni os ofendió, y se presenta ahora desarmado. Oprimir al inocente, al inocente extranjero! ... Nunca querreis echar esta mancha sobre vuestro ilustre nombre.

—Levantaos, heróicos jóvenes, levantaos. Ah! ¿dónde me habia precipitado la ira? Infeliz de mí! cuándo será que no vea solo viles siervos en torno mio, sino almas generosas que no siempre aplaudan los extravíos de su señor?

Espectáculo digno de asombro y veneracion el de un rey que llora y confiesa con rubor magnánimo que le impelia á actos indignos su razon!

Fulmina Rodolfo una mirada al caballero que se habia ofrecido á degradar á Eligio: acaso la envidia de aquel perverso cortesano, mas bien que el corazon del monarca, habia dictado la caida del justo; y no sería el único aquel malvado, puesto que á otros se volvió la mirada del rey con desden no ménos tremendo.

Estallaba entretanto el júbilo del pueblo en penetrantes vivas al digno monarca, y unidos á su nombre resonaban los bellos nombres de Eligio y Valafrido; y abrazábanse conmovidos los dos héroes; y el padre del caballero libertado acudia á completar el universal contento; y el ermitaño enjugando sus lágrimas clamaba *paz en alta voz, paz entre italianos y borgoñones!* y el rey; volviéndose á Valafrido le decia: **Sí, paz!** haz que pueda concluir una paz honrosa. (9)

---

(9) El benigno propósito de Rodolfo quedó sin efecto, pues se dejó arrastrar nuevamente por la ambicion, como demuestra la conquista que hizo del reino de Italia y el desventurado fin de Berengario.



## TRISTEZA.

Con tus alas de niebla mojadas,  
 Que se mueven sin ruido en la sombra,  
 Ven, tristeza, que hermana te nombra  
 De mi pecho el doliente gemir.  
 Cual nodriza tu leche me diste  
 De mi madre supliendo el abrazo;  
 Y al calor de tu blando regazo  
 Me lograste piadosa adormir.

Quiero agora mi beso de hermano  
 Devolver á tu pálida frente,  
 Cual besarme te plugo inocente  
 Cuando á mi alma alumbró la razon.  
 Peregrina despues yo creía  
 Que lejanas regiones cruzabas,  
 Y tú en tanto callada rondabas  
 El umbral de mi pobre mansion.

O aguardabas sentada en su piedra  
 Te llamase mi grito de duelo;  
 O venias cubierta de un velo,  
 Si anhelante invocaba al placer:  
 Porque estabas celosa, y temias  
 Que su acento de astuta sirena  
 Su caricia que al alma enagena  
 Tus caricias me hicieran perder.

Harto pronto yo pude, ó tristeza,  
 Conocer de tu voz el sonido,  
 De esta voz que retumba al oído  
 Sin que el aire conmueva en redor.

De mis días la flor no mecieron  
 Suaves brisas de frescos abriles;  
 Era niño, y los juegos pueriles  
 Me vedaba tu austero rigor.

Del invierno en las tardes sombrías  
 Me llamabas á oscuro aposento,  
 Donde apenas osaba mi aliento  
 Aquel hondo silencio turbar.  
 Nada en torno se via, y tan solo  
 Un reflejo de hoguera lejana  
 Los cristales de un alta ventana  
 Inflamados solia mostrar.

Cara á cara y á solas entrámbos,  
 Te gozabas teniéndome al lado,  
 Cual doncella que siente á su amado  
 O platica en secreto con él.  
 Si una lágrima entónces cayendo  
 Lentamente mi rostro surcaba,  
 Cuando al márgen del labio llegaba  
 Era dulce cual gota de miel.

Yo no sé porqué entónces mis ojos  
 Su deleite encontraban llorando,  
 Ni porqué con latido tan blando  
 Palpitábame allí el corazón.  
 No sé qué era la atmósfera aquella,  
 Ni qué encanto su sombra tenia,  
 Sé tan solo que á mi alma placia  
 El perderse en tan vaga region.

Contemplaba yo á veces las ascuas  
 Que empezaba á cubrir la ceniza,  
 Los caprichos de lumbre rogiza  
 Que bosqueja el rescoldo tal vez;  
 Y del modo que allí se transforman  
 O disipan estrañas visiones,  
 Mi delirio criador de ilusiones  
 Disiparse debia á su vez.

No es verdad, no, ó tristeza, que hiele  
 Cual la brisa del norte tu aliento;  
 Ni que bajo tu mano al momento  
 De la sangre se apague el hervor.  
 Quien respira el intenso perfume  
 De las dichas, un vértigo siente;  
 Quien enjutos sus ojos presente,  
 Cual los tristes no vive de amor:

Del amor que las almas refleja,  
 Eslabon que encadena dos almas,  
 Como el nudo que uniendo sus palmas  
 Dos querubes pudieran formar.  
 Oh! yo así tiernamente la amaba.  
 ¿Qué me importa, si entónces salía  
 Un suspiro del pecho que ardía,  
 Y con él una lágrima al par?

Oh! qué esplendido el astro aparece  
 Del amor al rayar en su oriente!  
 Cuán hermoso el azul trasparente  
 De la esfera que empieza á correr!  
 Deslumbróme su brillo, y pensaba  
 Que temieras rival á mi bella,  
 Que de mí te apartaras, y que ella  
 Heredara tu antiguo poder.

Mayor bien, ó tristeza, te debo:  
 Las delicias encorvan el alma;  
 Mas tú hiciste que enhiesta cual palma  
 Se elevase la mia ácia Dios.  
 Tú me muestras los cielos, y en tanto  
 Me acompañas y sirves de guia;  
 Tú dijiste: «en su umbral algun día  
 Separarnos podremos los dos.»

¿Y qué fuera de mí, desdichado!  
 Si cogido yo hubiese la tierra,  
 Cual famélico buitre que aferra  
 Un cadáver, cebándose en él?

Si el placer con sus alas de fuego  
 Me asaltara en mitad del camino,  
 Cuál sorprende feroz remolino  
 Engolfado un pequeño batel?

Yo por horas hubiera vivido  
 Solamente entre luz y delirio;  
 Que en la paz de las sombras, martirio  
 Fuera ver tu semblante otra vez.  
 Porque tú me encontraras, y entonces  
 No cual halla una hermana á su hermano,  
 Sino como al esclavo, que en vano  
 Se fugaba, su crudo arraez.

Compañera precoz de mi vida,  
 Ven, tornemos á vernos á solas;  
 Vale mas tu corona de violas  
 Que las rosas que ciñe el placer.  
 Mas fragancia las rosas despiden,  
 Son mas bellas por cierto á los ojos;  
 Se deshojan empero, y abrojos  
 Quedan solo despues que cojer.

TOMAS AGUILÓ.

# Íntimo á la felicidad.

L'amo (il mondo) perche alme vi trovai fraterna  
Che all'alma mia s'avvincer dolcemente...

SILVIO PÉLLICO.

**E**sto sí que es vivir, ó Dios mio!  
Ora sí que mi espíritu llenas,  
Y cual néctar la sangre en las venas  
Siento en ondas de vida correr!

Dicha tal en la tierra si cabe,  
¿Para el cielo, Señor, qué atesoras?  
La inmortal sucesion de esas horas  
¿Qué otra cosa es del cielo el placer?

Bebe á sorbos el pecho la vida,  
La despide, y de nuevo la aspira;  
Tal en concha de mármol se mira  
Incesante saltar el raudal.

Sus alientos estático cuenta  
Cual de péndola el golpe nocturno;  
Esta tañe la muerte en su turno,  
Mas aquellos del tiempo el natal.

Bueno eres, ó Padre divino!  
¿Pude yo desamarte algun dia?  
Mas entónces, Señor, no vivía:  
Para amarte bastara alentar.

Buena es la natura, y los hombres  
Buenos son, porque bueno me siento:  
En la tierra hoy nacido me cuento,  
O ella virgen hoy nace del mar.

Salve, ó tierra mi madre! en tu seno  
Tú me abrigas, me nutres, me encantas,  
Tú palpitas de amor só mis plantas:  
De las nuhes bajara por tí.

Salve, ó mar, salve , espejo del cielo  
Accesible á los ojos humanos!

Velas son las que surcan tus llanos,  
Alas son de querubes allí.

Y esos ruidos que pueblan el día,  
Y el vacío y letargo nocturno,  
Y las horas al mundo en su turno  
Nueva forma llevando y color,

Y esas nubes al viento flotantes,  
Y de sombras y luz ese juego.....  
¿Dónde estaba, qué via yo ciego,  
Cuando el alma dormía en dolor!

Ya no pido á la luna deliquios,  
Pensamiento al espacio, á los mares,  
A las selvas aroma y cantares;  
Todo luz, todo flores es ya.

Todo goza y se atrae en los séres,  
Todo bien, todo júbilo y calma;  
Odio solo del hombre en el alma,  
En su pecho el dolor solo está.

Renacer es la ley de natura,  
No morir, cual insano creía;  
Cada sér un recuerdo me envía,  
Un amor cada pecho mortal.

Con el mundo que al centro gravita  
Gira el cuerpo en descanso suave;  
Con la luz, con las nubes y el ave  
Busca el alma su asiento eternal.

¿Y qué importa no goce el sentido,  
O sin sol languidezcan los séres?  
En mí están sol, verdor y placeres:  
Yo domino los séres mas bien.

Ni es la luz la que engaña mis ojos,  
No es la mente quien dichas delira:  
Ah! la muerte y el mal son mentira;  
La verdad es la vida, es el bien.

De ese mundo á la vista otro tiempo  
Te admiraba, no amaba, Dios mio:  
Colosal le veia y sombrío,  
Mas faltábale el alma y color.

Ni tu edad y grandeza media,  
Sin llorar lo fugace del mundo:  
Me ahogaba en tu seno profundo:  
Las criaturas robaban tu honor.

Cada sér hoy descubre en mi senda  
Una luz, una letra en tu nombre.  
Sé que es áspero el viaje del hombre,  
Sé que el tiempo es morir, y no mas:

Y bien sé que en el pecho hay vacío,  
En el mundo tinieblas é invierno;  
Que ni amor ni verano es eterno.....  
Gozo de él segun tú me lo das.

Deslizarme viviendo me siento,  
Cuán veloz! por las ondas de un rio:  
Todo pasa, y risueño ó sombrío  
El país sucediendose va.

Caros rostros mi curso acompañan,  
O en la orilla mirando les sigo;  
Digo «adios» á la orilla, al amigo  
«Volverémos á vernos allá.»

Mas no pasa con ellos la dicha,  
Que en mí llevo la dicha y los bienes....  
En mí no; que á mi lado tú vienes,  
Ser amado! mi bien es tu amor.

Si eres tú de mis goces el prisma,  
Tú mis alas al Sér infinito,  
Tú la luz de los campos, ¡bendito  
Seas tú que me vuelves mejor!

Tú al Señor que te envia me vuelves  
En tu amor de su amor instrumento;  
Sin mirarte ni oírte, te siento  
En mi pecho, en natura, dó quier.

Quizá partas mañana, y en torno  
 Quedará todo lóbrego y triste....  
 Quede al ménos la paz que me diste;  
 Sea en Dios eternal mi placer.

Y al partir en sus brazos depónme,  
 Como el ama, venciendo el cariño,  
 A la madre devuelve su niño  
 Que en su choza por ella nutrió.

Y al partir, ó Señor, no te irrite  
 Si harto débil el niño solloza:  
 Ya del ama la leche no goza,  
 Y el amor maternal no probó.

JOSÉ MARIA QUADRADO.





## CRONICA RELIGIOSA.

En los desgraciados tiempos que hemos alcanzado, la carcoma que mas hondamente va royendo las entrañas de la sociedad, es á no dudarlo la corrupcion de costumbres. Como si no se desarrollara con bastante velocidad el gérmen de mal que radica en nosotros mismos, le comunicamos nuevo calor para que se robustezca con mas espantosa rapidez, y cebándonos en lecturas impías y obscenas, inoculamos incautamente en nuestro corazon el veneno que mas ó ménos tarde debe matarlo. Solo Dios sabe cuantas almas cándidas é inocentes han sido arrebatadas al cielo por lecturas inmorales; la religion cristiana ha exalado desde lo mas hondo de su corazon profundos y penetrantes gemidos, á los que se ha contestado con la palabra *fanatismo*; y ved ahí porqué en tantas frentes jóvenes todavía están ya marchitas las gracias que solo la helada mano de la vejez debia haber berrado. La juventud ha ido á caza de libros tan inmorales en la doctrina como de lujosa edicion y de brillante estilo; al arrullo de estas leyendas las pasiones han despertado del plácido sueño en que dormian, y el joven infeliz, ya que no ha podido reconciliar otra vez el sueño de la inocencia, en su desesperacion ha invocado el pesado sueño de la tumba. No serán empero los obispos los responsables de esta calamidad que tan amargamente deploramos; ellos, cuando todavía era tiempo, señalaron la nube que nos debia envolver, y levantaron la voz, y blandieron el cayado ántes de que estallase la tempestad; ¿pero qué podian hacer ellos solos, cuando á ciencia y paciencia de los mandatarios del poder se vendian libros de ilícito comercio, en los que el lector poco prevenido bebia á grandes sorbos un tósigo muy activo? Por fin el ministro de Gracia y Justicia, cuyo nombre hemos acompañado siempre de tantos y tan merecidos elogios, ha comprendido la intensidad del mal y ha puesto el dedo en la llaga. A la vista tenemos la circular de 30 de mayo último á los SS. Fiscales para que hagan entender á los promotores de su territorio, que denuncien bajo su mas estrecha responsabilidad *todos los folletos, obras y caricaturas contrarias á los dogmas de nuestra sagrada religion, á las buenas costumbres y á la decencia pública.* Bien ha merecido de la religion y de la patria el Sr.

Mayans, pues estancando la circulacion de libros impíos é inmorales, se hiere mas certeramente á la cabeza de la revolucion que con las mas gloriosas batallas. Cuando la corrupcion y desenfreno de costumbres van surcando la sociedad, las revoluciones no se ahogan á cañonazos, pues esterminadas acá, brotan acullá. Y el gobierno en dias tan azarosos tiene que resignarse á esta dura alternativa, ó á sucumbir, ó á ser un *gobierno á caballo*.

Por hoy nos abstenemos de hacer comentarios sobre el acuerdo forzoso que ha tenido que tomar el cabildo metropolitano de Tarragona, y que debia surtir su efecto desde primero de junio, mandando suspender por falta de recursos el culto solemne, que bajo las magestuosas bóvedas de aquella catedral se tributaba al Dios de los cristianos. Nosotros nos lisonjamos de que la ida de SS. MM. á Tarragona no habrá sido estéril para la Religion, y de que la piedad de la candorosa Isabel y de su augusta Madre se habrán justamente sobresaltado al presenciar la penuria y abandono en que gime una iglesia que disputa á la de Toledo la primacia de las Españas. Y á propósito de Tarragona, parece que su digno arzobispo desde Roma, donde fué á guarecerse cuando el huracan revolucionario bramaba sobre nuestras cabezas, se restituye otra vez á su diócesis pasando ántes por Loreto; los cansados dias de S. E. y las congojas del mareo le han obligado á hacer el viaje por tierra, lo que retardará algun tanto el ansiado dia en que sus diocesanos puedan otra vez ver á su cariñoso pastor, y abrazarle tiernamente las rodillas.

En números anteriores hemos hablado y con bastante detalle de la cuestion ruidosa que se agita en Francia entre la universidad y el clero sobre libertad de enseñanza; brillantes discursos en pro y en contra de esta cuestion se han pronunciado desde la tribuna de las cámaras, y los partidarios del monopolio universitario han hechado mano de todos los medios para presentar aislada la cuestion, y demostrar que no todo el clero, sino los obispos son los únicos que se presentan en la arena. Pero á las palabras del señor Persil ha respondido como debia el clero de Paris y de Versailles, presentándose á sus respectivos prelados para decirles en tiernas alocuciones, que abundaban en sus propias ideas, y que no se hallaban solos en el campo. El clero frances se ha conducido en esta ocasion lo mismo que los subalternos de ejércitos disciplinados que en dias de crisis ofrecen á sus respectivos generales sus brazos y espadas. Ya que no podemos trasladar todo el discurso que mas de docientos curas de la diócesis de Paris dirigieron por boca de su decano el señor Frasey al arzobispo, no podemos callar este aparte que no dudamos leerán con gusto nuestros lectores,

pues demuestra cuán robusta es la unidad de sentimientos que eslabona á todos los individuos del clero, por diferente que sea por otra parte su gerarquía. «Se nos podrá muy bien acusar, se nos podrá afligir; pero separarnos de nuestro arzobispo, dividirnos, eso jamas!!! En nuestro tiempo, como en los tiempos anteriores, os lo aseguramos con nuestro corazon, la familia de S. Dionisio no perderá nada de su dignidad ni de su integridad. *Nuestra iglesia será perfectamente bella, porque permanecerá perfectamente unida.*» No lo dudamos; á esa unidad deberá el clero frances su triunfo en un plazo mas ó ménos breve, porque el partido uno es el partido verdadero, y la verdad tiene el dia de su triunfo.

Antes de salir de Francia debemos hablar de algunas conversiones con que Dios en este último mes ha consolado á su iglesia. En la de Bazeguey diócesis de Saint-Die, hicieron con toda solemnidad la abjuracion de sus errores dos jóvenes protestantes, naturales del Bajo-Rhin; y en Paris en la capilla del sagrado corazon de María, recibió el bautismo, de manos del respetable cura de nuestra Señora de las Victorias, toda una familia israelita compuesta de padre, madre y dos hijos, é igualmente una señora con tres jóvenes de la misma nacion. Cosa de advertir es que en dicha capilla, que apenas hace dos años fué erigida por Alfonso María Ratisbone en memoria de su milagrosa conversion, han abjurado sus errores cerca de treinta israelitas. Y ya que hablamos de este jóven en cuya frente brilla de un modo especial la auréola de la gracia, no será por demas decir á nuestros lectores que acaba de ser ordenado de menores por el Obispo de Amiens, y que así que haya concluido el noviciado, podrá el aventajado jesuita ser elevado á la dignidad del sacerdocio.—En otro número anunciamos ya simplemente la abjuracion del Sr. Scott-Murray individuo de la cámara de los comunes y de la universidad de Oxford, quien el dia 5 del último mes prestó el juramento que se exige á los diputados ingleses que profesan la religion católica. Gracias á la buena recomendacion del Sr. Douglas, otro ingles convertido, pudo tratar en Roma el Sr. Murray á los religiosos de san Pedro. Despues de numerosas conferencias con esos padres, vió al fin disiparse las nieblas que le ocultaban la verdad, y no queriendo ensordecer á la gracia que daba fuertes aldabadas en su corazon, abrazó la fe católica y fué recibido por el cardenal Frasoni en el número de los hijos de la Iglesia. La edad del Sr. Murray frisa en la de 25 años, y es tan pingüe su patrimonio, que se calcula en dos millones su renta anual. Señalado triunfo es este que el catolicismo acaba de alcanzar, pues á no ser por la verdad que entrañan sus dogmas, no puede esplicarse como un jóven, radiante con el talento y

mimado por la fortuna, haya podido sin la menor coaccion abjurar las creencias religiosas que en su infancia bebió del labio maternal y que arrullaron su cuna, para abrazar otras objeto de suspicacia y persecucion en su patria, y que no abren por cierto la senda á un glorioso porvenir. De otras muchas conversiones pudiéramos todavía hablar, pero en gracia de la brevedad esperamos de nuestros lectores nos las dejarán pasar por alto.

Los periódicos de Holanda refieren detalladamente la curacion milagrosa de una jóven ocurrida por la invocacion del immaculado corazon de María en el pueblo de Veghel. Mas de nueve años habia que Cristina Schey padecia de una enfermedad escrofulosa, teniendo en continua zozobra á su afligida familia, y siendo un objeto de compasion, de disgusto y hasta de horror para cuantos la veian. La infeliz clavada en el lecho del dolor, arrojando sangre por la boca y desauciada de los médicos mas acreditados que desde el año 36 la visitaban, viendo siempre frustrados todos sus esfuerzos, y los recursos del arte, esperaba resignada su último momento, cuando volvió sus ojos oscurecidos por las sombras de la muerte á la que es aclamada *salud de los enfermos*; y á los pocos dias de haber empezado una novena, fueron cerrándose las úlceras de que estaba plagado su cuerpo, sintiéndose casi de repente restaurada en su quebrantada salud. Los tres médicos y cirujanos que la visitaban han depuesto en favor de esta curacion milagrosa, puesto que tal es la crítica mordaz de estos tiempos, que es necesario armarse de una multitud de pruebas plenísimas, para no ser tachados de preocupados ante una razon altanera que desconoce un orden providencial que vela sobre la humanidad.

Nuestros lectores recordarán que en la penúltima reseña les dimos la funesta noticia del fallecimiento del Ilustrísimo Sr. Diaz Merino obispo de Menorca, acaecido en Marsella el diez y seis del último abril. El clero frances con su digno obispo y demas emigrados españoles se esmeraron en honrar los funerales que se celebraron por el alma de un obispo tambien, arrojado á estrangeras playas por haber tenido con mano firme el báculo episcopal. El cabildo de Menorca ha solicitado y obtenido del gobierno el permiso de poseer 'los restos de su aventajado prelado, que el 26 del actual acaban de ser desembarcados en Ciudadela con la fúnebre pompa que le era debida. Nosotros felicitamos á nuestros hermanos de la segunda de las Baleares, porque sino pudieron coger el último suspiro de su pastor, podrán siquiera esparcir flores y regar con lágrimas la losa epulcral que cubrirá tan respetables cenizas.

J. V. y P.

## CRONICA POLITICA.

### Reseña General

#### DE LO ACAECIDO DESDE EL PRONUNCIAMIENTO DE JUNIO.

#### §. IV.

Enardecidas las pasiones en el seno del Congreso por el asunto de Olózaga y por la escandalosa discusion que habia provocado, quitado todo freno á la virulencia de la oposicion, y balanceadas las opiniones hasta el punto de no formar ninguna mayoría sólida y compacta en que pudiera apoyarse el ministerio, imposible le era á este seguir gobernando con aquellas Córtes, y sujetar á su exámen los prontos remedios que reclamaban los males de la época, y los planes de reorganizacion que para mas adelante meditaba. Ofrecióse desde luego ocasion de conocer estas mútuas disposiciones en la ruidosa sesion del 25 de diciembre, en que con motivo de las violencias cometidas dos dias ántes en la redaccion del *Eco de Comercio* que habia publicado una diatriba contra la Reina madre, se vió asediado Gonzalez Bravo por una nube de interpelaciones que, sin distincion de opiniones, de todos los bancos se le dirigian, y á las cuales creyó oportuno no contestar, atrincherándose en el silencio. Cuatro dias mas tarde, el 27 de diciembre, se reunieron otra vez las dos cámaras para oír el decreto de su suspension indefinida. Este acto de firmeza sentó mal generalmente á los diputados, hasta á los mismos adictos á la situacion que se reunieron en casa del Sr. Carriquiri, si bien pronto se dieron por satisfechos despues de una entrevista tenida con el ministerio. No así la oposicion progresista, que *alarmada por la libertad* acordó en casa de Madoz los medios de salvarla, y algunos tal vez ni tan públicos, ni tan legales como aparentaba. De todos modos la suspension de Córtes dura todavía despues de medio año; y el problema de reunir las mismas ó convocar otras nuevas, cuya trascendencia nos asustaba ya en el enero último, sigue todavía sin resolver, aterrando probablemente á los actuales consejeros de la corona como á los pasados, y creciendo con el discurso del tiempo su magnitud y los peligros que en uno y otro sentido se presentan.

El ministerio González Bravo completado por los Sres. Mayans, Carrasco, Mazarredo, marques de Peñaflorida y Portillo, verdadero ministerio de coalicion porque todos los matices se hallaban en él representados ó mas bien uniformados, á pesar de su personal heterogéneo, de los oscuros ó dudosos antecedentes de la mayor parte de sus miembros, y falto de talentos de primer orden, consiguió lo que ningun otro habia conseguido en muchos años, consiguió gobernar, reuniendo el vigor que habia faltado á unos y la buena fe de que habian carecido otros, para sostener la situacion. Si bien las circunstancias le favorecian, si bien nunca habia dejado sentirse tanto la necesidad de firmeza para los gobiernos, la necesidad de paz para los pueblos, nadie puede disputarle el mérito de haber conocido su posicion, de haber fiado bastante en su brazo para cargar con el poder en el momento del peligro, de haber en fin zanjado un escándalo y sofocado una insurreccion. Ciertamente que la union de los ánimos y la reparacion de las injusticias, dos objetos á que debe tender todo gobierno que aspire á ser estable y nacional, no adelantaron bajo aquel ministerio cuanto era justo y oportuno; y que si por un lado las medidas conciliadoras del Sr. Mayans, y mas aun el lenguaje en que se espedian, prometian alguna tregua y esperanza de remedio á los males de la Iglesia, atrayendo á la gran mayoría de los hombres religiosos, los retraia por otro la obstinacion del Sr. Carrasco en seguir adelante con sus planes financieros, á costa de los bienes del clero, y en consumir, al son de los aplausos de los periódicos *conservadores*, el inicuo despojo empezado por sus enemigos políticos, contra los cuales habia en otros tiempos declamado tan elocuentemente. Cierto es tambien que en los últimos meses no mostró el ministerio la misma actividad que al principio en reorganizar la administracion, y que no aprovechó como debia, para plantear leyes orgánicas, la preciosa libertad en que le dejaban la suspension de las Cortes y el estado excepcional; cierto es que no siempre presidió el mejor acierto á sus trabajos, y que la ley de ayuntamientos, tal como por exigencias democráticas tuvo que ser reformada en 1840, no alcanza de mucho á remediar el mal que se intentaba; pero al fin puso el dedo en las tres llagas que gangrenaban el cuerpo de la nacion, los ayuntamientos, la milicia nacional y la prensa libre; y si no las restañó del todo, si algo dejó que hacer á sus sucesores, algo les dejó tambien que imitar.

La ley de ayuntamientos unida al suceso de Olózaga dió esperanzas á los enemigos de la situacion de hallar un pretexto para trastornarla, y combustibles preparados para una esplosion general; y sin disimulo levantaron la cabeza por todas partes, conspirando á la luz del

dia en Galicia, armando asechanzas á la vida de los pacíficos ciudadanos en Andalucía, promoviendo asonadas en Málaga y Granada, excitando varias diputaciones á resistirse al cumplimiento de la ley citada, tegiendo conspiraciones en Barcelona los mismos centralistas á quienes por mal entendida clemencia se perdonara la vida, y sublevándose insolentemente en Zaragoza el 22 de enero los nacionales que todavía conservaban las armas contra lo estipulado en la capitulación de octubre. En aquella ocasión el gobierno recogió el premio del tino con que habia procedido en la provision de mandos militares en las provincias, confiándolos á gefes enérgicos y leales, que con el solo prestigio de su nombre ó con su actividad y resolución mantuvieron en su fidelidad á las tropas, y en pánico terror á los revolucionarios.

Sin embargo era preciso un esfuerzo desesperado; y se escogió por teatro á Alicante. Hallábanse sus moradores en la noche del 28 de enero entregados, parte al descanso del sueño, parte á las diversiones del carnaval, cuando mezclada con tiros resonó de repente la campana de alarma. Las autoridades civiles y militares acudiendo al sitio del peligro, se hallaron prisioneras en poder del coronel D. Pantaleon Bonet gefe de unos 200 carabineros, que habian entrado en la ciudad pocos dias ántes con pretesto de perseguir el contrabando. La tarde anterior habia sorprendido el castillo por engaño otra partida de carabineros; la corta guarnicion de la ciudad estaba comprada, la milicia nacional seducida ó violentada siguió el movimiento, y á los dos dias pudo salir Bonet con una columna de 1000 hombres, 40 caballos y dos piezas de artillería para la propaganda revolucionaria. El grito era el de casi todos los pronunciamientos: *sálvese la Constitucion, abajo el ministerio*. Formóse una junta de salvacion compuesta de personas sin crédito ni arraigo, prendióse á los vecinos mas influyentes de Alicante, ó se les exigieron enormes adelantos. En la noche del 1º de febrero se insurreccionó en Cartagena un batallon de Gerona adhiriéndose al pronunciamiento, y prendiendo al gobernador Requena, mientras que entraba en Murcia la columna expedicionaria de Bonet rechazada de Alcoy, obligando aquella capital á pronunciarse. Este fué el apogeo de la insurreccion.

Entretanto el gobierno, ni pecando de tímido ni de incautamente confiado, daba muestras de energía nunca vista y tal vez sobreabundante á los ojos del que no poseyera como él el vasto hilo de la conspiracion. Al dia siguiente de llegada á Madrid la noticia de Alicante, quedó declarada la nacion entera en estado escepcional, suspendida la libertad de imprenta, disuelta la milicia nacional en todo el reino, y sujetos á pena de muerte irremisible los oficiales que se sublevaran, y las tropas á ser diezmadas. En la noche anterior, la del 31 de enero

fueron presos Madoz, Cortina y otros varios diputados de la oposicion gravemente indiciados de complicidad con el levantamiento; y con el mismo objeto fué buscado el alicantino Lopez, el presidente del gobierno provisional! Estos ídolos de la revolucion, fautores eternos de los pronunciamientos, y que mil veces se habian jactado de ello en el seno de las mismas Córtes, asegurándoles el prestigio la impunidad, aguardaron en las cárceles durante muchos meses el fallo de la ley, cuya cuchilla, una vez probada su culpabilidad, hubiera sin duda alcanzado sus cabezas. Por poco nacional que hubiera sido la insurreccion, estas medidas del gobierno no hubieran hecho sino inflamarla con mayor furia; pero los pueblos tendieron los brazos á las cadenas, los nacionales corrieron á deponer las armas, sin mas resistencia que la de unos cuantos perdidos en Málaga, y el imponente silencio de toda España aterró á los gritadores de Alicante. La derrota de la columna de Bonet en los campos de Elda, en que perdió la mitad de su gente y solo se salvó gracias á la ligereza de su caballo, el fusilamiento de siete oficiales prisioneros segun todo el rigor de la ley, el despronunciamiento de Murcia, la marcha del general Roncali sobre Alicante y de Concha (D. José) sobre Cartagena, acabaron de derramar el desaliento en el corazon de los rebeldes.

La circunstancia de haber pertenecido Bonet al ejército de Cabrera ántes de que pasara al servicio de la Reina, y la coincidencia de varias gavillas facciosas que en Galicia y en el Maestrazgo se levantaron al mismo tiempo, prestó motivo á los periódicos conservadores para suponer un plan urdido entre demócratas y absolutistas, y para muchas y odiosas declamaciones contra estos últimos. Si la acusacion se dirigia á individuos, nada significaba, porque en todas las opiniones existen y abundan hombres inmorales: si se dirigia á todo un partido, era una calumnia y ademas una imprudencia política, porque exacerbaba ánimos ya bastante ulcerados, y de cuya union tienen mas necesidad que nunca los conservadores. Tambien un tiempo se acusaba á estos de trabajar en union con los absolutistas, y la falsedad manifiesta de estos rumores debia hacerlos mas cautos en acogerlos bajo otro sentido. El desvío y desden de que hacen alarde de harto tiempo acá los órganos del moderantismo con los hombres estraños á la comunión liberal, confundiéndolos de propósito con los fanáticos ó con los rebeldes, ademas de ser una falta de generosidad con los vencidos y de justa tolerancia con ciudadanos pacíficos, será siempre falta de gratitud por lo pasado, falta de prevision para el porvenir.

Estrechados los alicantinos por mar y por tierra, faltos de víveres, víctimas los mas opulentos y notables de cruelísimas estorsiones de par



te de Bonet y de la junta rebelde, amenazados por un bombardeo que arruinara su ciudad, como estaba ya arruinado su comercio, anhelaban el momento de verse libres de sus tiranos; y este momento llegó en la noche del 5 de marzo, en que habiendo capitulado secretamente con los sitiadores el gobernador del castillo, se difundió el terror entre los sublevados, salvándose por su lado cada cual, y Bonet desobedecido y abandonado por los suyos huyó en medio de la confusión. Al día siguiente el general Roncali recibió de manos del ayuntamiento las llaves de la ciudad sin tratado, sin capitulación de ninguna especie; y el 8 de marzo una descarga corrida que tumbó 24 cadáveres en el suelo, así de militares como de nacionales rebeldes, entre ellos el de Bonet á quien habia aprendido un labrador en las cercanías, anunció que en España habia cesado la época de impunidad para los revolucionarios. Pocos dias despues sufrió igual suerte el secretario de aquella gefatura política D. Felix Garrido. Harto sangriento tal vez, aunque necesario fué el ejemplar; y la severa justicia, reapareciendo entre nosotros despues de tanto tiempo de connivencia ó lenidad culpable, fué tratada de bárbara porque era casi desconocida.

Desde Alicante se lanzó el general Roncali sobre Cartagena reducida ya á la estremidad; y despues de un bombardeo de algunas horas provocado por los sitiados, despues de un dia de anarquía terrible dentro de la plaza, durante la cual se embarcaron 300 de los rebeldes mas comprometidos, el gobernador Requena puesto en libertad por los mismos sublevados, abrió las puertas á los sitiadores; y el 25 de marzo rindióse á discrecion Cartagena último baluarte de la insurreccion, dos dias despues de haber entrado en Madrid la Reina madre. Uno mismo fué para Cristina el dia de su triunfo y para la revolucion el de su muerte, porque Dios que prueba á los reyes, castiga también las revoluciones. Los últimos cañonazos de la insurreccion se confundieron con las salvas de alegría por la llegada de la augusta princesa, como despues de una noche de tempestad el brillo de los rayos ya lejanos se confundió con los primeros albores de la aurora.

Desde que Cristina atravesó los Pirineos en los últimos dias de febrero, su viaje por España fué una marcha triunfal; los lugares testigos de su humillacion y amarguras en 1840, Barcelona y Valencia, se esmeraron en hacerselas olvidar á fuerza de obsequios, y admiraron su piedad ferviente y su bondad apacible nutridas en los desengaños y en la desventura. En Aranjuez estrechó contra su seno á sus hijas muy queridas, y en medio de ellas entró en Madrid al son de vivas aclamaciones y entre brillantes festejos, que no alcanzó á turbar el rumor siniestro de algunas conspiraciones. En aquel mismo punto moria

en su lecho Argüelles, el patriarca del liberalismo, el tutor celibato destinado por la revolución á suplir para con las regias niñas los tiernos cuidados de una madre; y sus admiradores dispusieron una especie de ovación para su entierro, en venganza tal vez de la que Madrid había preparado á la augusta desterrada.

Con todo unos temian, otros esperaban, según sus intereses, mayores resultados de la venida de la Reina madre, y de su influencia en los consejos de su hija; porque apesar de todo el puritanismo constitucional, la naturaleza y el ascendiente de la sangre reivindican siempre sus derechos, y á la calidad de madre va inherente la de consejera, especialmente si son abonadas sus lecciones por la experiencia del mando y de la desgracia, y por una posición mas independiente y desinteresada que la de ningun ministro responsable. La presencia de Cristina no produjo empero mas efecto ostensible que la de estrechar las enfriadas relaciones con su cuñado el infante D. Francisco y con sus hijos huérfanos ya de su ambiciosa madre, dar mayor brillantez y movimiento á la Corte visitando á menudo con sus hijas los establecimientos públicos, especialmente los militares, y recomendar con su ejemplo en la alta sociedad las olvidadas prácticas religiosas.

El ministerio, que no había dudado adoptar el sistema de organizarlo todo por medio de decretos sin el concurso de las Cortes, para presentarse despues á la nación con su obra en la mano, vacilaba ya al parecer en su atrevido empeño, ó al ménos se mostraba mas remiso en seguirlo de lo que pedia la oportunidad de las circunstancias. Desembarazado ya de los cuidados de la insurrección, espidió únicamente dos decretos, el de la creación de la Guardia civil, que bien organizada fuera una garantía de orden y escusara tal vez la reorganización de la milicia nacional; y el de imprentas, que si bien corta algunos de los abusos á que daba margen la ley anterior, no los evita ciertamente todos: testigo el desencadenamiento revolucionario de la prensa opositora de Madrid. De todos modos no deja de ser singular el ver al antiguo redactor del famoso *Guirigay* y al satirizador de Cristina, verle presidente del ministerio que la llamó de su destierro, y constituido represor de los excesos de la prensa!

No queremos creer que estos antecedentes tuvieran parte alguna en la caída del ministerio Gonzalez Bravo: efecto fué según unos, de disidencia entre los miembros del gabinete, según otros, de un juego de bolsa: el asunto de la Diputación de Cuenca con el ministerio Portillo sirvió solo de pretesto á sus mas adictos para volverle las espaldas. El 5 de mayo se hizo pública la dimisión del ministro, y la instalación del nuevo destinado ya á reemplazarle, y formado y presidido por el

general Narvaez, conservando su cartera el Sr. Mayans. No se escasearon muestras de distincion y confianza con los exministros, así para suavizar su caída, como para persuadir á los pueblos de que no era una nueva escision la que se habia verificado entre los hombres del nuevo orden de cosas, sino un repartimiento amigable del poder.

Dos elementos principales se notan en la composicion del actual ministerio, el militar encarnado en Narvaez y Armero, y el parlamentario, digámoslo así, representado por Mon y Pidal. La subida declarada del caudillo de Ardoz al poder, del cual era ya como núcleo y centro muchos meses habia por el ascendiente de su genio y por la fuerza misma de las circunstancias, los vastos planes que se le suponian, el viaje de SS. MM. á Barcelona al cual, por sencillo que fuese su motivo, se complacian los mas en atribuir misteriosos fines, todo esto hacia presagiar un golpe de estado para poner término á la situacion anómala é improrogable en que nos hallamos, ó cuando ménos una marcha rápida y decidida en los negocios: pero sus fines y hasta su sistema de gobierno son todavía un arcano despues de dos meses. Procederá esto tal vez de la *legalidad* que afectan sus colegas parlamentarios, segun la cual levantaron el estado escepcional al dia siguiente de su nombramiento, y se proponen no expedir ley alguna sin el concurso de las Cortes; mas la suerte de estas permanece todavía indecisa. Háblase de reforma de ley electoral, háblase hasta de reforma de Constitucion, háblase tambien de casamiento: lo cierto es que jamas habíamos presenciado tanto sosiego material con tanta ansiedad en los espíritus, tanta inaccion alménos aparente con tanta necesidad y oportunidad de obrar.

El 20 de mayo salieron de Madrid SS. MM. y A. acompañadas del presidente del ministerio y de escasa comitiva, y segun el deseo manifestado por ellas mismas, fué sencillo el recibimiento que les hicieron los pueblos en su carrera, igual á la que habia seguido dos meses ántes la Reina Cristina. El 1° de junio entraron en Barcelona, ignorándose hasta cuando prolongarán allí su permanencia. ¡Plegue á Dios que á su regreso mezclados á los obsequios del respeto oigan vivas de gratitud y entusiasmo, y que esta tregua que la jóven Reina ha creído deber poner al curso de los negocios públicos en beneficio de su salud, no sea perdida para el afianzamiento de su gloria y para la salud de la nacion!

J. M. Q.

## CONDENA DE O'CONNELL.

Al fin se pronunció el fallo en el proceso de O'Connell. El tribunal *del banco de la reina* le 'condenó á un año de prision en el lugar que escogiera, á una multa de 2000 libras esterlinas y á una fianza de 5000 por siete años; su hijo Juan O'Connell, Gray, Steele, Barret y demas complicados en esta causa fueron condenados á nueve meses de prision. Un gentío inmenso llenaba el tribunal y todas sus cercanías, frenéticos aplausos acogian las palabras de O'Connell, y mas de una vez la policía y las tropas tuvieron que contener la agitacion popular. El presidente mismo del tribunal estaba conmovido. y el reo admirado de las muestras de afecto que recibia, tan extraordinarias eran estas! Acusado de conspirador O'Connell protestó que no se le hacia justicia; en seguida escogió tranquilamente por prision la penitenciaría de Richmond, á la cual fué luego trasladado por el Sheriff con los demas reos, en medio de los vítores de un pueblo inmenso. La condena de O'Connell ha causado profunda sensacion en Inglaterra, y le ha atraído mas simpatías que nunca: whigs y radicales protestan contra ella enérgicamente. Aguardase con impaciencia la decision de la cámara de los lores á la cual se ha apelado. Los periódicos irlandeses salen de luto, y dan cuenta diariamente de la salud del preso, de su vida en la prision, y el público recoge con avidez cuanto se refiere á su libertador, que es ya tambien el mártir de Irlanda.

He aquí la proclama publicada por este en el momento de su prision. «Paz y tranquilidad, pueblo de Irlanda, queridos compatriotas. Se ha pronunciado mi sentencia, pero acabo de apelar de ella á la cámara de los lores, y abrigo la esperanza de que lograré justicia. Paz y tranquilidad, por tanto; nada de tumultos, nada de violencias. Esta es la crisis en que el pueblo irlandés mostrará si escucha mi voz. El que violase la ley, el que atentase á la seguridad de las personas ó de las propiedades, ese sería mi enemigo, y el enemigo de la Irlanda. Guarden todos sus hogares; ni hombres ni mugeres llenen en tumulto las cañes y los campos. Ahora, pueblo de Dublin y de Irlanda, sabrá el mundo si me amais y respetais. Mostradme vuestro amor y estimacion obedeciendo á las leyes y absteniéndoos de toda violencia. Permaneced tranquilos. y la causa de la Irlanda triunfará. Os recomiendo el órden y la tranquilidad en mi nombre, en nombre de esa patria á la que tanto amamos, en nombre de la religion y de Dios. Dadme este consuelo. porque mucho se regocijarian los enemigos de la Irlanda si sus hijos alterasen la paz de que hoy goza. Dublin 30 de mayo—Vuestro fiel amigo DANIEL O'CONNELL.»

# INDICE GENERAL

## DE MATERIAS.

	Pág.
<b>DOS PALABRAS SOBRE EL TÍTULO.....</b>	<b>3</b>
<b>FE RELIGIOSA.</b> La razon luz artificial, espejo de la fe: la fe vida del entendimiento, último término de la razon. Imposibilidad de un escepticismo total. Dependencia de nuestro sér y de nuestro entendimiento. Dios centro de vida y de verdad: oficio de la razon en las verdades reveladas. Fe de las falsas religiones; daños causados por los filósofos antiguos. Fe sublime del cristianismo colocada solo en Dios. Misterios: engrandecimiento del espíritu humano: autoridad de la Iglesia. Instantaneidad de las obras divinas, y lentitud de las humanas; sueños de la razon. Errores y sectas de los primeros siglos de la Iglesia. Siglos de fe ciega: disputas escolásticas, peripateticismo: fatal carácter de las disputas actuales. Ciencia incompleta origen de duda: duda científica. Protestantismo. Reinado de la razon. Escala del error, negacion, escepticismo, indiferencia. Imperio de la fe sobre el corazón. Carácter de este siglo; placeres y positivismo, escépticos é indiferentes. El escepticismo y la fe convienen en la nulidad de la razon: alternativa entre la fe y el escepticismo.....	<b>5</b>
<b>FE POLÍTICA.</b> Política eterna y política variable. Guia de la conciencia; intencion recta, no escluye el error ni la variacion. Separacion de las creencias religiosas de las políticas. Importancia de la moralidad muy superior á la de las instituciones. Fe política práctica, vida de las sociedades, elemento de los tiempos antiguos: la violencia ley suprema de los nuestros Fe de las verdaderas revoluciones, fanatismo revolucionario. 1812 y 1820; veteranos de la libertad. Carácter de este tercer periodo; pequeñez de nuestros hombres; peligro que nos amenaza. Desacuerdo de la conducta con los principios: intereses, cansancio, inaccion. Fe en los partidos no es lo mismo que fe en los principios. Abusos y degeneracion de todo lo humano. Las instituciones políticas regulan, pero no mejoran al hombre; su bondad se gradua por su conformidad con el código moral, la buena fe produciria la unanimidad en estas cuestiones. Firmeza mal entendida que inutiliza los desengaños. Diferencia de fe á esperanza en la reparacion...	<b>17</b>
<b>FE LITERARIA.</b> Fe moral y fe científica. Objeto de la fe de la imaginacion; la belleza, la verdad que tienen su centro en Dios. La belleza es el tipo de todas las creaciones, que bajo este concepto pueden llamarse <i>imitacion</i> . La fe elemento principal de poesia, y mortifero influjo del escepticismo. Tendencia de la be-	

- lleza á identificarse con la verdad. Superstición é incredulidad literarias. Fe excesiva en los sistemas y autoridades es ilegítima, hace perder de vista la belleza, y priva de espontaneidad á la literatura. Las reglas, la crítica, el ejemplo de grandes literatos, hasta qué punto pueden dirigirnos. La libertad literaria no es anarquía, ni la fe en la inspiración quita nada al trabajo del arte. Desinterés modesto y concienzudo estudio con que trabajaban en otro tiempo los escritores: diferencia de celebridad á popularidad. Extinción de la fe literaria causa de la decadencia de la literatura; especulación, moda; leyendas y cuadros de costumbres. Superficialidad y precipitación en el escribir. La literatura si no es preciso que sea cristiana, nunca puede ser anticristiana; profanaciones introducidas en ella con el pretexto de cristianizarla. Verdad relativa de la literatura escéptica, causas del interés que escitan algunas de sus obras. Resúmen de los tres artículos anteriores: por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO..... 31
- PAZ Y AGITACION poesía: por D. TOMÁS AGUILÓ..... 45
- CRÓNICA RELIGIOSA del mes de Enero. Alzamiento del destierro de los obispos. Apertura de la academia de ciencias eclesiásticas en Madrid. Concordato: venta de bienes del clero. Portugal. Francia. Alemania. Roma. Oriente. Estados- Unidos. Venezuela. Fallecimiento del arzobispo de Zaragoza y de otros prelados del orbe católico. Conversiones. Por D. JOSÉ VIDAL Y PONT. 55
- CRÓNICA POLÍTICA del enero. Por D. J. M. Q..... 62
- NECROLOGÍA. de D. Jose Ferrer y Subirana: por D. JOAQUÍN ROCA Y CORNET..... 65
- LA RELIGION Y LA FILOSOFÍA. Divinización de todo cuanto creemos: explicación de la idolatría por la falta de conocimiento de un bien único é infinito: la negación de este entraña la idolatría. Necesidad de religion como de fe. La razón humana es pasiva; los sentidos y la tradición conducto de sus nociones, aquellos en el órden físico, esta en el moral: estado del hombre sin la tradición. Cualidad negativa de la ciencia humana; imposibilidad en la mente de crear y de inventar rigurosamente hablando. La filosofía como hija esclusiva de la razón contrapuesta con la religion hija de la fe, negación la una, afirmación la otra. La filosofía desconocida en los pueblos primitivos, é influjo exclusivo de la religion: sanción religiosa buscada por los mismos filósofos. Cuna y principios de la filosofía. Filósofos griegos: Platon: escuelas estoica, epicúrea y pirrónica. Variación introducida en la filosofía por el cristianismo: heregías. Protestantismo, debe su subsistencia á lo que conservó del catolicismo. Filosofía negativa del siglo XVIII: su esterilidad, lo que debe á la religion; su código moral robado al evangelio. Sansimonianismo, neo-catolicismo. Delirio de los que quieren divorciar la religion de la filosofía, ó completar aquella con esta. Tres consecuencias importantes de todo lo espuesto. Por D. J. M. Q..... 65
- INTOLERANCIA. Males de la intolerancia política. Tolerancia ó

- caridad universal del cristianismo. Intolerancia del protestantismo, que por sus principios debiera ser el mas tolerante. Intolerancia achacada á los príncipes católicos. Bienes de la unidad religiosa; su influencia en nuestra historia. Palabras de Olózaga sobre este punto. *Por* D. J. V. y P..... 83
- MIÉRCOLES DE CENIZA.** El carnaval y la cuaresma. Reflexiones sobre esta institucion; su analogía con las prácticas de otras religiones; motivos é historia de su establecimiento. La ceniza. *Por* D. J. M. Q..... 93
- CÁNTIGAS DE SILVIO PÉLLICO.** Breve observacion acerca de estos poemitas. **AROLDO Y CLARA,** traduccion..... 99
- CONFIANZA EN DIOS,** poesia. *Por* D. JOAQUIN RUBIÓ..... 110
- CRÓNICA RELIGIOSA del mes de febrero.** Ampliacion del decreto sobre alzamiento del destierro á los obispos. Nuevos decretos reparadores del Sr. Mayans. Conducta contradictoria del Sr. Carrasco. Suicidio del Sr. Ramirez de Arellano. Méjico. Nueva Granada. Inglaterra. Movimiento religioso en Palma: funciones de Iglesia. *Por* D. J. V. y P..... 114
- CRÓNICA POLÍTICA.** *Reseña general desde el pronunciamiento de Junio.* §. I. El pronunciamiento: *por* D. J. M. Q..... 119
- VARIETADES.** Sobre las tres lecciones públicas de frenologia de D. Mariano Cubí. —Recomendacion de la obra *Historia de la Religion* por L'Homond—Idem del folleto satírico *Suplemento al Taboada.* 126
- ESCEPTICISMO, MATERIALISMO.** Repugnancia de la razon al escepticismo. Impotencia de este para formularse en una escuela ó en una sociedad cualquiera: palabras de Lacordaire. Imposibilidad del escepticismo absoluto, pues sería la muerte completa del alma. Inconsecuencia del escepticismo aplicado solo al órden espiritual y religioso: es apoyado y sostenido principalmente por las pasiones, y termina siempre en el materialismo. Tormentos del espíritu escéptico ántes de materializarse. Absurdos del indiferentismo: la irresolucion no es dable en negocios vitales. Imposibilidad del materialismo absoluto, sentimiento íntimo de nuestra espiritualidad. El alma nunca se materializa completamente; su influjo hasta en los placeres de los sentidos: goces del espíritu, del corazon, de la fantasia. Encadenamiento de los errores. *Por* D. JOSÉ MARIA QUADRADO..... 129
- REACCION.** Reaccion en el órden físico. Análisis de esta palabra y vaguedad de ella, injusticia que suele cometerse en su aplicacion. La revolucion provoca siempre reacciones; multitud de ellas en Francia y en España. Responsabilidad de los innovadores. La reaccion considerada como fuerza de resistencia de los principios ó sentimientos contrariados: fatalidad de los medios revolucionarios para comprimirlos. Prudencia que debe haber en la legitimidad para evitar las revoluciones, y moderacion en estas para evitar la reaccion. Aplicacion á lo que está pasando entre nosotros. *Por* D. JOSÉ MARIA QUADRADO..... 142
- LA DESPEDIDA DEL CENÁCULO:** *Capitulos XIII, XIV, XV, XVI*

<i>y XVII del evangelio de san Juan. Reflexiones sobre la última cena del Salvador con sus discípulos, y version compendiada del último discurso que les dirigió. Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....</i>	153
<b>LA REINA CRISTINA</b> <i>en el convento de la Enseñanza de Barcelona. Por D. JOAQUIN ROCA Y CORNET.....</i>	161
<b>LAS DISCIPLINAS.</b> <i>Novela religiosa. Por D. TOMAS AGUILÓ.....</i>	167
<b>LA REDENCION.</b> <i>Traduccion de Silvio Pellico: poesía. Por D. TOMAS AGUILÓ.....</i>	185
<b>FRENOLOGÍA.</b> <i>Breve réplica al señor Cubí. Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....</i>	187
<b>VARIEDADES.</b> <i>Viaje de los señores obispos de Calahorra y de Palencia.—Música sagrada.....</i>	192
<b>LA REDENCION.</b> <i>Es la base y solucion de las cuestiones religiosas. Degradacion del hombre: doble naturaleza que hay en él. Tradicion unánime de los pueblos acerca del pecado original; sacrificios y expiaciones. Necesidad de un mediador que fuera Dios y hombre: sínul sacado de la union del alma con el cuerpo. Desiguos de la providencia en que no apareciera el reparador sino en la plenitud de los tiempos. Carácter y hechos de Jesucristo. Anuncios de su venida, los símbolos, las Escrituras y el pueblo judío. Consecuencias de su venida, regeneracion moral del mundo, beneficios obrados en la sociedad. Notables palabras de Napoleón. Por D. JOSÉ VIDAL Y PONT.....</i>	193
<b>DE LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.</b> <i>Importancia vital de esta cuestion. Dos medios que tiene todo gobierno para asegurar la religion de sus gobernados, el de inspeccion rigurosa en la enseñanza ó el de libertad completa. Ventaja de este último medio en Francia. Intolerancia del protestantismo y filosofismo nacida de su debilidad. Estado de esta cuestion en Inglaterra: bil. de Sir Graham; peticion de los protestantes de Dublin; palabras de O'Connell. Monopolio de la enseñanza por los doctrinarios franceses. Liga formada entre todos los heterodojos contra la libertad de enseñanza. Observaciones sobre el racionalismo, y sobre el pretendido influjo de algunos filósofos en la reaccion religiosa. Descripcion de la enseñanza universitaria: reclamaciones y excesos á que dió lugar. Jesuitas. Sesiones de 15 y 27 de mayo de 1843 en las cámaras de Francia. Tiranía desplegada contra el clero. Nuevas reclamaciones de los obispos: proceso del abate Combalot. Sesiones de las cámaras de 17 y 24 de enero y de 19 de marzo de este año. Contestaciones del arzobispo de Paris con el ministro de cultos. Extraño juicio de los diarios conservadores de España sobre esta cuestion: temores para el porvenir. Por D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.....</i>	205
<b>DESASTRE DE FELANITX.</b> <i>Consideraciones. Por D. T. A.....</i>	228
<b>A LA PRIMAVERA</b> <i>poesías por D. PABLO PIFERRER y por D. T. A....</i>	235
<b>CRÓNICA RELIGIOSA</b> <i>del mes de abril. Vuelta de María Cristina. Apertura del tribunal de la Rota. Ordenaciones. Semana san-</i>	



ta en Madrid. Inglaterra. Suecia. Hungría. Jesuitas en Nueva Granada. Conversiones. Muerte de los obispos de Lérida y Menorca y de otros varios. Necrología del Sr. Oliver Pro. de Felanitx. <i>Por D. J. V. P.</i> .....	239
<b>CRÓNICA POLÍTICA.</b> <i>Reseña general desde el pronunciamiento de Junio.</i> § II. El gobierno provisional. <i>Por D. J. M. Q.</i> .....	245
<b>VARIETADES.</b> Caridad manifestada con las víctimas de Felanitx.— Publicacion de los sermones de D. Simon Bordoy.....	255
<b>MISTERIOS.</b> Método negativo empleado por la razon en sus investigaciones. Serie de consecuencias por las cuales llega á la revelacion. Solo el cristianismo presenta el carácter de revelado. Base de la revelacion; la Redencion trasformada en hecho histórico. Oficio de la razon en el examen de las verdades sobrenaturales. Tres órdenes, material, espiritual é infinito. Materialismo de la razon humana, castigo de su presuncion. Lenguaje materialista. Engrandecimiento del hombre por la revelacion, é ingratitud que usa con ella. Arcanos y misterios del orden material. Racionalidad de la fe, é irracionalidad del no creer; problemas innumerables resueltos por los misterios cristianos. Contemplacion y estudio de los misterios hasta qué punto puede estenderse. Ciencia teológica. <i>Por D. J. M. Q.</i> .....	257
<b>EL TRIBUNO CATÓLICO.</b> Popularidad de O'Connell: el secreto de su fuerza está en la religion. Contraste de su proceder con el de los demas tribunos. Mision de O'Connell, situacion de la Irlanda, línea de conducta seguida por el libertador. Revocacion del acta de <i>Union</i> . Sociedad del <i>repeal; meetings</i> . Acusacion fulminada contra O'Connell, historia del proceso que se le ha seguido. Viaje de O'Connell á Inglaterra. Pasajes notables de sus discursos. <i>Por D. J. M. Q.</i> .....	269
<b>DIA DEL CÓRPUS.</b> Poesia del cristianismo. Dogma de la eucaristía. Institucion de la fiesta del córpus. Descripcion de esta solemnidad. <i>Por D. J. V. y P.</i> .....	282
<b>DOS PALABRAS SOBRE LA EPOPEYA CRISTIANA.</b> La <i>Divina Epopeya</i> de Mr. Soumet. Tendencias á la perfectibilidad y ambicion de novedades. La existencia del infierno atacada por el sentimentalismo. Errores de Mr. Soumet; objeto del siguiente poema. Poemas religiosos españoles. Límites de las ficciones poéticas en materias religiosas. <i>Por D. T. A.</i> .....	287
<b>ABDIEL.</b> poesia: <i>por D. T. A.</i> .....	293
<b>DISCURSO DEL CONDE MONTALEMBERT</b> sobre la libertad de las órdenes religiosas.....	301
<b>CIRCULARES DEL OBISPO DE ARGEL</b> sobre traslacion de varias reliquias de santos á su iglesia, y reedificacion de la basilica de Hipona.....	317
<b>CRÓNICA RELIGIOSA</b> del mes de mayo. Esperanzas en el nuevo ministerio. Inconvenientes de la contribucion de culto y clero. Accgida de las diócesis de Calahorra y Palencia á sus respectivos obispos. Esculapios. Fallecimientos de prelados. Mártires en	

Corea. Argel. Conversiones. Mes de María en Mallorca: por D. J. V. y P.....	321
<b>CRÓNICA POLÍTICA. Reseña general desde el pronunciamiento de junio. §. III. Olózaga; por D. J. M. Q.....</b>	<b>325</b>
<b>LA IGLESIA. Mediación de Jesucristo en el orden intelectual: modo de hacernos accesible la verdad presentándonosla visible. Miras benéficas con que fundó su Iglesia. Paralelo entre la institución de la Iglesia y la de la eucaristía. Necesidad de una sociedad religiosa. Una iglesia es consecuencia indispensable de una revelación, y es general á todos los cultos y hasta á los mismos cismas. Revelación continua, necesaria á la miseria del hombre. Influencia de la Iglesia en conservar la pureza del catolicismo, y comparación de este con las sectas cristianas. Inconvenientes de una revelación directa; anarquía en las creencias, falta de mérito en la fe. Conciliación de la libertad con la seguridad. Dificultades del exámen individual: igualdad establecida por la Iglesia entre las inteligencias. Humilde y profunda expresión de san Agustín. Racionalismo cristiano no es dable: no hay medio entre la fe ortodoxa ó la incredulidad completa. Influencia de la Iglesia en el corazón y en los sentidos, en el individuo y en las sociedades. Su organización admirable. La fe, la religión, la Iglesia principios de ciencia y de libertad: por D. J. M. Q.....</b>	<b>329</b>
<b>LITERATURA DEL JUSTO MEDIO: por D. J. M. Q.....</b>	<b>343</b>
<b>ELIGIO Y VALAFRIDO, Cántiga de Silvio Péllico.....</b>	<b>349</b>
<b>TRISTEZA, poesía: por D. T. A.....</b>	<b>359</b>
<b>HIMNO A LA FELICIDAD, poesía: por D. J. M. Q.....</b>	<b>363</b>
<b>CRÓNICA RELIGIOSA del mes de junio. Circular del Sr. Mayans contra los malos libros. Apuros de la Catedral de Tarragona. Adhesión de los párrocos franceses á sus obispos en la cuestión de la libertad de enseñanza. Conversiones. Curación milagrosa. Traslación de los restos del obispo de Menorca: por D. J. V. y P.....</b>	<b>367</b>
<b>CRÓNICA POLÍTICA. Reseña general desde el pronunciamiento de junio. §. IV. El ministerio Gonzalez Bravo. El ministerio Narvaez: por D. J. M. Q.....</b>	<b>371</b>
<b>VARIEDADES. Fallo pronunciado contra O'Connell. Su alocución á los irlandeses.....</b>	<b>378</b>

